

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

EL AMOR CATEDRÁTICO



COLECCIÓN AUSTRAL

C-46.879

Empresa: ~~ESPASA~~ 195
ESPASA-~~ESPASA~~
Rios Rosas, 28
MADRID

MDS

9191

~~DP~~
~~17214~~

~~860.3~~
~~MAR~~
~~amo~~

X



10000046879

GREG

MEMORANDUM FOR THE RECORD



1950-01-19

1950-01-19

1950-01-19

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

EL AMOR CATEDRÁTICO



860-31"19"

R/10.H16

ESPASA-CALPE, S. A.

*Primera edición especialmente autorizada por la viuda
del autor para la*

COLECCIÓN AUSTRAL

Queda hecho el depósito dispuesto por la ley N° 11.725.

*Todas las características gráficas de esta colección han
sido registradas en la Oficina de Patentes y Marcas
de la Nación.*

*Copyright by Cía. Editora Espasa-Calpe Argentina, S. A.
Buenos Aires, 1954.*

**IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE**

Acabado de imprimir el 29 de noviembre de 1954

Cía. Gral. Fabrú Financiera S. A. - Iriarte 2035 - Buenos Aires

ÍNDICE

Pág.

Cartas de Teresa Alcaraz a Carlota Guillén, su amiga	9
Soliloquios del discípulo.....	59
Notas del catedrático.....	97
De Teresa Alcaraz a Carlota, su amiga.....	124
Todo es uno y lo mismo.....	129

CARTAS DE TERESA ALCARAZ

A

CARLOTA GUILLÉN, SU AMIGA

Bruselas, 6 de agosto, 1907.

Carlótica mía: Sí, no te quepa la menor duda; puedes responder de ello, lo puedes jurar, hasta por la laguna de Estigia, si te lo exigen. Es cierto, ciertísimo; es indudable, aunque a ti te parezca inverosímil. De los enérgicos puntos de admiración con que has amenizado tu carta, deduzco lo intenso de tu sorpresa. Y me pregunto: después de todo, ¿hay realmente motivo para asombrarse tanto? La conciencia me responde: ¡¡¡No!!! Así, con tres admiraciones, por lo menos tan enérgicas como las tuyas. Ya presiento a través del espacio —y desde Bruselas a Valladolid le hay casi infinito—, ya presiento, digo, Carlota de mi corazón, la sonrisa escéptica con que me adviertes: «La conciencia, Teresa, no es más que una máquina de justificaciones; ¡desconfía de sus *dictados!*». Te obedezco, desconfío, dudo... y acabo por permitirte que sigas asombrándote. Diez minutos te doy, a partir del recibo de estas cortas letras. ¡Uno..., dos..., tres...; asombro concluído!

Después de lo cual, entremos en materia. Dialoguemos:

—¡¡¡Casada tú, Teresa!!! (Conste que aquí las tres admiraciones me han parecido casi ofensivas).

—(Humildemente). Casada, ya lo ves.

—¿Pero con...?

—(Con la misma humildad). Ya lo ves...

—¿Y cómo ha sido eso?

—El amor todo lo justifica.

—¡El amor! ¿Es posible?

—No sé si es posible, pero es cierto.

—*Certum est quia impossibile est* ha dicho...

—Tertuliano.

—¡Pero eso es absurdo!

—Un hecho, queridísima, no puede ser absurdo: es un hecho.

—¿Y qué ha dicho tu madre?

—«¡Hija, que seas muy feliz!»

—¿Y tu padre?

—Mi padre cree en el *imperativo categórico*, y no ha dicho nada.

—¿Y Mariano?

—Mariano..., que te lo diga él, si vais los dos este septiembre a la feria de nuestra histórica ciudad.

—En fin, chiquilla, que mi marido es un tesoro, un pozo de ciencia, un mar de amenidad, cariñoso, paciente, enamorado, sabio, y que estoy contentísima, ¿cómo no?, de haberme casado con él, y que le quiero, le quiero..., *hasta la pared de enfrente, y era la orilla del mar*, como dice la copla.

Me exiges la «historia verídica y completa» para perdonarme el silencio relativo de estos últimos doce meses. Completa la tendrás, como función de desagavios; afortunadamente, como tú sabes bien, mi filósofo padre, trocando a cada uno de sus ocho hijos en un «conejito de Indias» de la Psicología, nos ha hecho adquirir desde la tierna infancia la tremenda costumbre, del autoanálisis. Eduardo, José Manuel, Enrique, Teresita, Juan, Andrés, Luis y Antonio Alcaraz, han escrito su diario íntimo a partir de los ilusionados cinco años: parte de las sabrosas páginas andan ha tiempo impresas, para honra de la familia y provecho de la psicología infantil. Remuérdeme la conciencia, y acojo gustosa esta ocasión de desahogar el remordimiento en tu pecho; remuérdeme, digo, del pecado de impostura para con la ciencia mi contemporánea: en cuanto me enteré —creo que fué entre los trece y los catorce— del valor experimental de mis confesiones, dime a escribirlas con la más *rousseau-niana* de las insinceridades: aquel angelical corazón retratado en correcta bastardilla, está bastante retocado, y aventaja al original en no pocos perfiles y quintaesencias. Teresita Alcaraz, en su diario íntimo,

es una Teresita de laboratorio psicológico, un lindo pastiche de las más exquisitas Pamelas y los más virtuosos Grandisones. Mi pobre mamá se educó en colegio francés, y yo pude leer en su meliflua biblioteca todas las «Veladas de la Quinta» habidas y por haber. Como el filósofo autor de mis días, aunque piensa hondo, escribe mal, no ha reparado nunca en los galicismos de mi juvenil estilo; así andan por España madamas Cottin y de Genlis reeditadas, en completo desconocimiento de causa, por el más profundo de los psicólogos españoles, el señor don Gabriel Alcaraz, autor de varios luminosos tratados sobre el alma española, y regente de la escuela práctica en la Normal de X... (Callaremos el nombre de mi ciudad natal, ya que tú y yo lo sabemos de sobra y a la posteridad le importa poco.)

Íbamos diciendo que desde niña adquirí la costumbre de escribir mis Memorias, y ya que en el cuaderno oficial haya fantaseado más de lo justo, el prurito invencible de decir la verdad a toda costa me ha llevado a escribir paralelamente un memorándum sólo para mí, en cuyas páginas, no escasas, van mis verdaderos *estados de conciencia*: a él he de acudir para satisfacer tu curiosidad, no sé si decir cariñosa o maligna; guarda las cartas cuidadosamente; cuando te cases tú y también tengas una hija, y vaya estando en edad de razón, podrás, leyéndolas de nuevo, meditar sobre los peligros que, para un corazón femenino de diecisiete años, están ocultos en el estudio de las ciencias naturales, y muy especialmente de la Cristalografía. De este modo mis cartas vendrán a ser obra ejemplar, que pasados veinte años de mi muerte, te doy permiso para que imprimas y divulgues.

Érase, pues...; pero mi marido me llama; precisamente el Museo de Historia Natural de Bruselas es una verdadera maravilla; el conservador de él y mi marido se conocían de sabio a sabio, y por correspondencia hace ya más de cuatro lustros; hoy la ciencia belga se apresta a recibir a la ciencia española con todos los honores, y yo, ¿podré no estar presente a la entrada triunfal de mi amado por las puertas de la sabiduría?

—Voy, pues, a ponerme guapa, y mañana hablaremos.

13 de agosto.

Perdón, Carlota: si el mañana prometido —iba a decir ayer— ha tardado en llegar seis días con sus siete noches, no tengo yo la culpa: el tiempo y la felicidad son los verdaderos y únicos culpables. Los dulces momentos se atropellan o se deslizan —elige tú el vocablo que mejor cuadre con tu concepto de la dicha— en confusión vertiginosa; ya de antiguo se conoce y comenta la voracidad del pasado, que, en su ansia de asimilación, apenas otorga al presente la fugaz duración de un suspiro; dices, «¡te adoro!», y aun no terminaste de articular la apasionada frase, cuando ya pertenece a los siete mil siglos del ayer, ¡oh, pretérito eterno de la vida! ¡Y aun nos atrevemos a prometer «mañanas»! El hombre es un monstruo de presunción.

Entre paréntesis, ¿no te parece admirable de sentido metafísico esto de que el decir hombre valga tanto como decir «humanidad», con mujeres y todo, mientras que cuando decimos «mujer» excluimos definitivamente hasta la sospecha de una existencia masculina? Hombres somos todos, y mujeres nosotras, exclusivamente; luego no hay en la especie humana más que un ser diferente: la mujer. Es así que sólo lo diferente existe... , *ergo*... Carlota mía, ¿no saltas de gozo? Las mujeres somos, dentro de la humanidad, lo único real y positivo; los hombres son un mito, una fábula, que podemos versificar a nuestro antojo... Claro es que la mujer, profeta o creador —según la equivalencia shelleyana— hace su vida, porque así le place, de este lindo mito, y no puede quejarse de su suerte si la composición no sale a su gusto; todo fué mala elección de rimas o de metros. Yo he resuelto versificar la mía... o el mío, en madrigal heroico. Moraleja: «La mujer que con *su hombre* entre las manos no acierta a ser feliz, merecida se tiene su desdicha... por tonta».

Y vamos a otro asunto. Quedábamos la semana pasada camino del Museo de Historia Natural de esta ciudad flamenca, bonita y silenciosa. Mi marido terminó de vestirse con indudable emoción; tanta, que tuve que hacerle yo el lazo de la corbata. Y no era

el caso para menos. —Ya sabes que él, aunque oficial y accidentalmente catedrático de Cristalografía—, es esencialmente paleontólogo—. Habrás leído, o no habrás leído, porque de tales heroísmos no suele ser capaz sino el amor, su luminoso y voluminoso «Estudio sobre las especies desaparecidas». Pues bien: en el Museo de Bruselas está la más luminosa manifestación de la más desaparecida de las especies. ¡Qué suerte tienen los belgas, hija! Por algo le llaman ellos a su tierra *l'heureux pays*.

¿Tú has oído hablar de los *iguanodontes*? Allá en los tiempos prerremotos, cuando la tierra no había tenido aún el honor supremo de ser contemplada por el hombre, es decir, mucho antes de que Adán o Brahma, ¡vaya usted a saber!, se entretuvieron en irles poniendo nombre una por una a las maravillas de la creación, afirma quien lo sabe que «el planeta que habitamos» era una inmensa selva o cosa así, con árboles tamaños..., y a la sombra de sus robustas frondas se paseaban animales no menos robustos, aunque vegetarianos. Érase un período de transición, a saber: cuando los reptiles, a fuerza de arrastrarse, como la babosa de Hartzembusch, empezaron a desear un cambio de *sport*, y lenta, pero definitivamente, se fueron transformando en aves (Ya en el reptil, Carlota de mi vida, estaba potencialmente el hombre, con su digamos prenostalgia de alas). El iguanodonte es, como si dijéramos, personificación, ¡perdón, Humanidad!, de este anhelo, inquietud hecha hueso y músculo, cosa fea, pero grandiosa, ¡algo es algo!, libro a la ultramoderna, con mucha carne y poco estilo. Figúrate un ser —ya que de algún modo hay que llamarle— de diez metros de largo, alto en desproporcionada proporción, con cola de cometa, cabeza de caballo, patas —dos nada más— de mastodonte, y figúratele en esqueleto, negro —ha pasado siglos metido en una mina de carbón—, montado en alambres, descomunal, espantoso, trágico..., y figúrate que el monstruo no es uno, sino una docena. Y ve añadiendo a la figuración que alguien, con vocación de autor dramático, ha colocado, los unos, esqueletos «en posición de vida», y los otros, en «posición de yacimiento». La procesión macabra de monstruos esqueléticos y vivos parece adelantar bajo la nave clara del Museo; los caídos lo están en actitudes mágicas, como los encon-

traron en la hullera; parece ser que sucumbieron en lucha por la vida o en transtorno terráqueo, de todos modos, en gesto de grandeza digno de ser contado por un Homero iguanodonte; y allá están panza arriba, adivinándose entre el hueso negro la contracción que hubieron de tener los músculos ausentes en la hora o en el instante de agonía; ¡terribles, Carlota! Es el caso, según mis noticias, que, aunque sospechándola, los sabios dudaban de la existencia del iguanodonte. Bélgica halló de golpe en su privilegiado subsuelo la prueba, más que la prueba, el hecho, el ser, la realidad absoluta, ¡y Europa la envidia!

El conservador del Museo —¡qué sabio más simpático!—, diez años más que mi marido, pero limpio, atildado, esquelético, amable y sonriente (Decididamente, la Paleontología es la mejor salsa para este sabroso bocado que llamamos marido). El conservador, digo, del Museo, que tuvo el honor de bajar en persona a la caverna —tumba de los susodichos colosos vegetarianos—, nos ha contado, y es persona digna de crédito, que el difunto don Juan Vilanova vino desde Madrid a ver el portento ¡y lloró de gozo!

Mi marido no lloraba, porque es hombre que sabe dominarse; pero estaba conmovidísimo y me apretó la mano. ¡Lo que es la emoción conyugalmente compartida, chiquilla! A mí me corrió un delicioso escalofrío desde las uñas de los pies a la raíz del polo, como dicen las novelas francesas, y todo el aire de ópalo —la mañana estaba brumosa y tibia— se llenó de burbujas de dorada luz. ¡Bendito sea Dios, que se digna guardar iguanodontes en conserva, para regocijo de sabios y estremecimiento de esposas sensibles! Hasta cualquier «mañana», Carlótica mía.

Londres, 30 de agosto.

¡Eres inexorable, Carlota! Claro; la falta de experiencia, que siempre origina juicios precipitados, absolutos y poco benévolos, por carencia de datos. ¿Qué sabes tú, soltera infeliz, lo que es un viaje de boda por la culta Europa, con mucho amor y poco tiempo, ya que, siendo el esposo catedrático, hemos de aprovechar para la felicidad viajera el plazo corto, y casi tan inexorable como tú, de las vacaciones de verano?

Por eso te perdono tus insultos. ¿Que no cumplo lo ofrecido? ¿Que no te escribo? Es verdad. ¿Que no me acuerdo de ti? Mentira; me acuerdo, por lo menos, seis veces al día, y me muero de ganas de comunicarte mis observaciones; pero siempre el recuerdo me acude sobre el terreno de la observación, y, desgraciadamente, suelo entonces no tener a mano papel ni pluma. No te amohines, sin embargo, dulcísima, que nada pierdes por esperar; tengo yo una cabeza más segura que un libro de memorias, y en cuanto vuelva a mi tranquila X..., mientras mi maridito esté en clase —ya que yo no tendré que asistir a ella—, prometo poner en letra todos mis recuerdos y enviártelos a correo continuo.

Te quejas, no sólo de mi silencio, sino de mis divagaciones; te interesa la historia de mi amor, y te hablo de especies desaparecidas. Todo está en todo, ha dicho quien sabemos tú y yo; pero sobre todo no te enfades. Hoy voy a ser buena; mi marido ha ido por cuarta vez al Museo Británico, y a mí no me gusta volver con demasiada frecuencia al campo de las emociones; uno de los secretos de la felicidad está en «no insistir»; otro, en saberse hacer echar de menos a tiempo. Hoy, mi buen paleontólogo, bajo la luz discreta que ciernen los cristales de la nave, pensará con añorante melancolía, mientras contempla el único mechón de pelo del auténtico mastodonte ruso: «¡Y ella, que no está aquí!». Volverá pronto, y a la tarde nos iremos al río a pasear en barca, como dos simples enamorados de cualquier siglo y de cualquier especie. Apresúrome, por lo tanto, a historiar, puesto que ya te veo fruncir el ceño.

Prolegómenos. Teresita Alcaraz entró a los cinco años en la escuela primaria que dirigía en la Normal de la ciudad de X... su señor padre; la clase era de niños, con lo cual, desde su más tierna edad gozó las indudables ventajas de la coeducación. Su madre, señora excelentísima, educada con monjas francesas, se escandalizó un poco ante la novedad pedagógica; pero el padre, que, como ya sabemos, no quería perder ripio en lo de observar directamente el desenvolvimiento progresivo de sus retoños, se impuso, por primera vez en su vida. Teresita Alcaraz agradece profundamente al autor de sus días esta resolución; a ella debe, en primer lugar, el conocimiento más o

menos intenso que posee de la naturaleza masculina, y en segundo, la ventaja positiva de haber conservado la inocencia más absoluta hasta muy avanzada edad; no hay como tratar libremente con el sexo contrario para no aprender picardías; a los diecisiete años, y me he casado a los diecinueve, creía yo, y tú también, me acuerdo, que los niños vienen de París. ¡Y eso después de aprobar con sobresaliente la asignatura de Historia Natural en el quinto año de bachillerato! Porque ésta es la segunda etapa de la historia de nuestra interesante heroína; a los diez años, no quedándole ya en primera enseñanza nada que aprender, pasó a la segunda, con asistencia efectiva al Instituto. ¿Describiremos sus emociones ante el encanto laberíntico de la ordenación en la lengua latina, sus triunfos en cátedra traduciendo a Horacio por boca de Raimundo Miguel; su éxtasis fervoroso ante el enigma de una vieja gramática, ¡toda en latín!, forrada en pergamino y amparada del nombre, que a ella se le antojaba cabalístico, de Nebrija? No, no; éstos son movimientos del ánimo que andan ya impresos en más sabios textos; baste apuntar que Teresita en esta edad escolar fué feliz, muy feliz. Única hembra entre tantos varones; con sitio aparte junto a la mesa del profesor; aprendiendo de prisa todo lo que entendía, fantaseando más de prisa aún sobre lo mucho que no entendiera y conservando en la memoria con facilidad y fidelidad conocimientos y fantasías; leyendo como ratón de biblioteca y jugando al toro con no menos encarnizamiento, fué feliz, repito; muy feliz, muy feliz...; tanto, que muchas veces, dejando a un lado juegos y libros, solía recogerse a la sombra propicia de un árbol o de un arco de puente para llorar de gozo sin saber por qué.

La sombra de un árbol o el arco de un puente... He aquí otro privilegio que agradece al destino Teresita, tan fervorosamente como la coeducación; haber nacido en capital de provincia, con murallas, con río y con huertos a la orilla del ídem; haber vivido en un caserón con huerto grande, con vistas al campo; ser hija de madre devota que, rezando, rezando, la olvidó muchas horas bajo las naves de la catedral; haber logrado en la tal catedral, y merced a la coeducación anteriormente apuntada, amistad íntima con el hijo del campanero, y, por lo tanto, saber de los misterios

de la torre, de su escalera de caracol, del resonar profundo de la campana gorda, que, oído allá en lo alto, parece deshacer el cuerpo y el alma en un torrente de sonido vivo. ¡Ay de mí! Carlota, quien de niño no ha subido a una torre, y no ha visto la tierra desde arriba, y no ha sido uno con la sonora vibración del bronce, al tañer por su propia mano la campana, ignora esa inefable emoción que las gentes adultas llaman «salir del mundo», y los filósofos, «estar más acá, o más allá, o más arriba, o más abajo de la vida». Esa emoción inefable, digo, que si no se gozó en años de inocencia hay que alcanzar a fuerza de dolor en horas de purificación amarga, resignación o penitencia, después de haber vivido mucho y pecado no poco, según dicen autobiografías y confesiones de sutiles espíritus. Sí, Carlota mía; a medida que leo filosofías hondas, voy encontrando en ellas, como en un espejo turbio, todos mis arrobamientos de infancia; y te juro que siempre que en una ciudad nueva veo las torres de una catedral, se me llenan los ojos de agradecidas lágrimas; figúrate que en Santa Gúdula, en Bruselas, besé a hurtadillas los hierros de una reja, porque se retorcían precisamente como los de la Capilla del Sagrario, en nuestra Catedral, y recordé el ardor con que a los trece años soñé a su sombra con renunciar de una vez para siempre a las pompas del mundo y profesar de monja carmelita...

Carlota, Carlota, ¿has pensado siquiera una vez qué hermosamente heroica sería la vida si tuviéramos el valor de vivirla de acuerdo con todos nuestros sueños de infancia? Chicuelas y rapaces románticos, en plena independencia de espíritu, sin ligaduras de amor ni de dolor, sin prejuicios de leyes ni temor de sanciones, soñando al aire libre, sobre el campo de todos, bajo el cielo de Dios... De Dios, Carlota, y nuestro, porque el alma niña ve a la divinidad tan cara a cara, que casi participa de su soberanía, y va diciendo «mío» a cuanto ven sus ojos o adivina su mente. Chicuelas y rapaces, medio eruditos como nosotros y nosotras éramos, ¿te acuerdas tú?, sabiendo a los diez años el nombre de tantas estrellas, y creyendo, a pesar de la ciencia, a pie juntillas, que una desconocida, recién creada, blanca como un diamante, fué guiando a los magos camino del portal de Belén. ¡Ay, aquellas serenas noches de agosto, cuando mi padre,

cogiendo el fermentado catalejo, se iba a campo traviesa con dos docenas de ilusionados críos, a enseñarles el «mapa del cielo»! ¡Qué poeta adulto podrá alabarse de haber oído mejor que nosotros la música estelar, la melodía astral, la divina armonía de los mundos? ¿Ni qué moderno fantaseador habrá poblado mundos con seres más perfectos que aquellos que nuestra fantasía, desdeñadora de imposibles, hacía vivir a la centelleante luz de Sirio o entre el misterio de los anillos de Saturno? Si tengo hijos, Carlota, sabrán leer, como yo supe, mucho antes de aprender a pensar, y leerán de todo, cuentos absurdos, verdades hondas, libros de ciencia y libros de amor, mitología griega y catecismo, el *Quijote* y los *Salmos* de David y la historia de Diego Corrientes. Así podrán poblar los sueños de sus noches y las divagaciones de sus días con figuras nobles y palabras bellas, y discurrirán bajo los nogales del huerto, mano a mano, y con toda intimidad de exaltación, con Teresa y Rodrigo de Cepeda, y harán, como ellos, ermitas de barro para sagrario de la adoración y el ensueño; ermitas que, si el sol acierta a ser de trópico en las horas de siesta, cuando todo duerme en el caserón menos la fantasía de los rapaces, se trocarán en rancho del lejano Oeste para refugio de nobles caudillos pieles-rojas... Y no habrá miedo de que el mucho leer y el desatinado soñar turben o perviertan la moral de mis hijos, porque ellos serán sanos de cuerpo y curiosos de espíritu, como lo es su madre, y no hay filtro que así purifique toda literatura como la mente de un chiquillo robusto, animado del ansia de saber. Ahora recuerdo libros leídos en la infancia, y veo que hay en ellos hasta páginas de esas que las madres prudentes procuran ocultar a sus hijas, y bendigo la admirable imprudencia de la mía, que me supo conservar inocente a fuerza de visiones de hermosura. Dicen que el hombre nace bueno; dicen que el hombre nace malo; yo sé que el niño viene al mundo con los ojos del cuerpo y del alma abiertos al deseo de saber y sentir rectamente, con facultad de comprenderlo todo y de creerlo todo, fundiendo fe y saber en la inefable alquimia de lo maravilloso, y sé que para hacer feliz a un niño no hay más que darle pasto de aire libre, de pan, miel, leche y fruta para el cuerpo, y de ciencia y creencia y ensueño para el alma. Sí, Carlota, la vida sería go-

zosa, y plena, y digna, si nos lanzáramos a vivir de acuerdo con el arranque de alas que movieron en nuestras almas niñas todas aquellas impresiones radiantes. Pero... las personas mayores, tal vez por culpa de pedagogías absurdas, han perdido de tal modo la facultad de «volar», que el niño, frente a ellas, se da cuenta instintiva de que no ha de ser comprendido, y teme el ridículo, y, como ama sus sueños, los esconde... ¿No recuerdas tú de alguna noche de invierno en que, acurrucada junto a la lumbre, estabas con los ojos muy abiertos, callada, inmóvil, soñando alguna hazaña portentosa —¡conquistar una América o salvar un alma!—, y alguien, una «persona mayor», naturalmente, dijo con toda incompreensión: «Acostad a esa niña, que está muerta de sueño»? ¿No recuerdas, digo, cómo te dolió muy adentro una cosa muy grande? ¡Ay! Un chiquillo mío, para entenderle siempre, para contarle cuentos y verdades, para enseñarle versos y geometrías, para dormirle con la señal de la cruz en la frente y despertarle con el gozo del juguete que esta noche le han traído las hadas. ¡Un chiquillo mío, sí, un chiquillo mío, para que sea el hombre que yo hubiera querido ser en mis sueños de muñeca exaltada!

Londres, 6 de septiembre.

Por esta vez tienes razón, querida. «Es imposible, dices, que lleguemos al fin de la historia si nos vamos parando bajo todos los árboles del camino». Razón que te sobra. Mas, ¡ay!, que tu argumento, espada de dos filos, ha abierto dos heridas: una en mi vanidad de narradora: ¿es posible que mis divagaciones sean tan tediosas que ni aun mi mejor amiga logre saborear en ellas la miel *thoneauniana* del *extra vagare*? Otra en mi susceptibilidad sentimental: ¿no llega tu afecto hacia mí hasta el heroico «¡qué me importa lo largo del camino yendo en tu compañía!»? Dolida, pues, por partida doble, y arrepentida con toda la eficacia que cabe en humano arrepentimiento, prometo desde hoy llevar la historia de mis amores a todo vapor... Con lo cual —dirás— va gastada ya más de una carilla en floreos. ¡Qué le hemos de hacer! Mientras no se invente cosa más racional que la

abundancia de buenas palabras para prometer abundancia de buenas obras... ¡No te enfurezcas, ya me callo!

Quedábamos en el Instituto. Hay en el claustro, entrando, a mano izquierda, un rosal trepador... ¡Nada de vegetales!, te oigo gritar. ¡Perdón, otra vez! Aun cuando bien pudiera discutirse si aquel rosal del claustro del Instituto de X... es accesorio vegetal o arquitectónico, ya que tan armoniosamente entrelazado y prendido va a la ojiva, tan melodiosamente combinado el verdor de sus hojas y el amarillo intenso de sus flores con el gris ambarino de la piedra... Sí, juraría yo que el matemático soñador que levantó este claustro no le pudo soñar sin el rosal de rosas amarillas, en el rincón, entrando, a mano izquierda...

Resumen: seis años a la sombra del verde rosa!; seis primaveras, con seis florecimientos de rosas amarillas; seis octubres con la renovada voluptuosidad de cortar las páginas al libro de texto recién salido de la imprenta; seis junios con la invariable mies de sobresalientes, premios y matrículas de honor; la sabiduría del mundo pasando ante mis ojos maravillados; latín, historia de la patria, historia del mundo, historia de la historia, matemáticas por las nubes, psicología en píldoras, poética en fórmulas; tardes de lluvia, en clase, y mañanas de sol; profesores rubios, morenos, castaños, jóvenes, viejos y de mediana edad; la chiquilla que se hace mujer y bachiller en artes sin perturbación física ni psíquica de ninguna especie; que llora un poco cuando su madre le alarga las faldas, advirtiéndole que de allí en adelante no podrá salir sola a la calle, y que se consuela casi inmediatamente, al pensar que con siete hermanos varones es bastante difícil que le llegue a faltar compañía — porque es de advertir que nunca ha tenido por tal a persona de su mismo sexo—. Supongo que no te ofenderá esta afirmación, única amiga mía, puesto que sabes bien que te he amado con tal exceso, que nunca he logrado hacer en nuestra relación afectiva la distinción arbitraria entre el tú y el yo, y, por lo tanto, mal puedes nunca haberme acompañado, puesto que formas parte de mí misma.

Llegan los floridos dieciséis septiembres —yo cumpla años en el jugoso mes de las vendimias—. Mi padre me sugiere la idea de estudiar Filosofía y Letras;

yo, pensando que para filosofar por cuenta propia no hacen falta títulos universitarios, y arrastrada por mi insaciable anhelo de certidumbres, declaro que prefiero ser doctora en Ciencias. Azul por azul, mi padre se resigna al cambio de matiz en la borla, y entro en la Universidad sin sospechar siquiera, merced a un mal presentimiento —¡qué traiciones de silencio nos suele hacer el corazón, Carlota!—, sin sospechar, digo, que el monstruo, el Minotauro, el ¡¡¡Amor!!!, en una palabra, así con mayúscula y admiraciones triples, me estaba esperando en el aula...

Pero no adelantemos los acontecimientos; así como así, faltan casi tres años para el estallido —un poeta diría para el florecimiento pleno, mi marido, para la completa cristalización— del sentimiento irremediable.

Aquel octubre —aún vivías tú en X..., Carlota, y recuerdo que asististe conmigo al solemne acto — el discurso de apertura en la Universidad estuvo a cargo del doctor don Raimundo de la Gala, catedrático de Cristalografía. ¿Te acuerdas? El tal discurso dió bastante que hablar, y aun algo que reír; disertó el profesor sobre la absoluta inutilidad de la sabiduría. Filosofía, ciencia, vino a decir en resumidas cuentas, os han de ser perfectamente inútiles para el logro del único fin racional de la vida, que es conocer la verdad y vivir de acuerdo con ella. No creáis a los que os afirmen que, habiéndose hecho el conocimiento experimental, no puede menos de conducir a la certeza. Tan falaz es un hecho como un sueño, tan deleznable una ley física como un artículo de código; aprended escepticismo en nuestra misma lengua, que llama «probable» a lo que precisamente no se puede probar, y que dice «creo» para afirmar «dudo». Os quernaréis las cejas sobre los libros; perderéis el pelo, ya que no la paciencia, en los laboratorios, y moriréis tan lejos de la verdad como el mismo día en que nacisteis, acaso más, porque en el momento de nacer, antes de estar deslumbrados por el espejismo de las diferencias, tal vez tiene el hombre una especie de consciencia física, un lazo material que le une —y unión es el más próximo equivalente de conocimiento— a lo universal incognoscible... No os amohinéis, sin embargo, estudiantes amigos, ni toméis en vuestro fuero interno la infausta resolución de abandonar las Uni-

versidades; yo, estudiante incorregible, os invito a estudiar sin descanso; yo, desilusionado del fin, quisiera contagiaros la indesarraigable ilusión del medio. Venid, seguid viniendo; venid más que nunca en busca del libro y del laboratorio; escudriñad, inquirid, investigad; no os deis punto de reposo, no os consintáis minuto de inactividad cerebral; discutid las antiguas teorías y formulad las nuevas; desentrañad la tierra, revolved los sepulcros; sacad al aire fósiles y momias; mostrad a plena luz el alma antigua, la que ha dormido siglos en cuneiformes o jeroglíficas escrituras; acercaos los astros y desenmarañad la madeja de sus espectros luminosos; gastad intensamente la intensísima voluptuosidad de morder la manzana del árbol de la ciencia. ¿Para qué? Para nada. ¿Por qué? Por eso; porque es una voluptuosidad intensa, la única inagotable, ¡la única, oídlo bien! Porque, de todas las mentiras vitales, es la más gustosa y perfecta, puesto que es la que más acabadamente contrahace el sabor divino de la verdad; porque es también la sola que os conservará el cuerpo en longevidad saludable: mujer, vino, manjares, aromas; voluptuosidades caducas por monótonas; la voluptuosidad de saber es multiforme, maga, serpentina, diabólica y celeste —ya veis cómo el mito mosaico la hizo una con el espíritu mismo del mal—; en resumen, es la sola capaz de hacernos pasar absolutamente «distráidos» sobre las espinas indudables de este valle de lágrimas. Cuarenta y cinco años tengo, y tan cogida me tiene la muy ¡sirena!, que aun no he hallado tiempo de ponerme a pensar si soy feliz o desgraciado; con lo cual dicho queda que soy feliz, puesto que la única infelicidad está en la consciencia de la desdicha; y ya que, sin remedio hemos de fracasar en el intento de lograr el que antes he llamado «fin racional» de la vida, logremos siquiera el «fin práctico»; ya que no alcancemos el conocimiento, procuremos la bienaventuranza. Os juro que la ciencia es su único camino, caminantes somos, de tan raro jaez, que no sabemos ni de dónde venimos ni adónde vamos; tal vez esto del caminar sea una de tantas ilusiones de óptica: sí, tal vez somos «inamovibles», y lo que va pasando ante nosotros es esa misma vida que hemos dado en creer inmutable. Poco importa; sea ella o seamos nosotros quien anda, el movimiento parece que existe;

hagámosle suave, ligero, distraído, feliz, en resumen. Ya sabéis el medio; de acuerdo con las últimas exigencias científicas, esta mi teoría está cimentada en fundamento experimental; la felicidad que os predico es la mía, y la que a todos os deseo. ¡He dicho!».

¿Recuerdas el escándalo que suscitó la doctoral perorata? Mi padre, psicólogo de buena fe, se indignó, afirmando que el profesor de Cristalografía era un sofista, por no decir un farsante; sus alumnos le hicieron una ovación; los de otras Facultades le silbaron desafortunadamente; el respetable claustro de profesores tomó el prudente y amable partido de sonreír. El orador también sonreía; aun me parece que le estoy viendo, en la tribuna, en pie, alto, delgado, con la cara afeitada, que le hacía parecer mucho más joven, y los lentes de oro, que le daban aire de un poco más viejo; en suma, con su aspecto de hombre maduro, limpio, saludable y zumbón. Sonreía, digo, reposada y agudamente, y había en aquella sonrisa como una consciencia de dominio evidente sobre los hombres y las cosas. Sonreía y cabeceaba mientras duró el tumulto en el auditorio; bebió luego, saboreándola voluptuosamente, digamos científicamente, el agua con azucarillo de uno de los vasos que le habían dispuesto sobre la mesa... y volvió a sonreír.

He dicho que el corazón no me avisó, Carlota, y, pensándolo bien, me retracto; me avisó, mas de tan extraña manera, que no me fué posible entenderle. Yo era una convencida creyente de la ciencia... y de la fe; yo les daba al saber y al creer una finalidad absoluta y trascendente; yo acababa de matricularme en primero de Ciencias, resuelta a apoderarme de la verdad a fuerza de sobresalientes, ¡y aquel hombre fatal se había atrevido a apedrear mis dases, a profanar mis templos, a derribar mis aras, a desprestigiar por adelantado todos mis sacrificios! ¡No, y cien veces no! El corazón —tan despreocupado le tenía yo entonces que se lanzaba a defender la Química como un sueño de amor— se rebelaba contra tanto absurdo, contra tan manifiesta iniquidad; se rebelaba, sí, se enfurecía! Y el bueno del hombre continuaba sonriendo. Mi rebelión tomó un extraño aspecto de odio, de rencor. Le miraba. «¡Qué hombre tan antipático!», pensé, y le seguí mirando. «Antipático, odioso, necio, pedante...» «Parece un buen señor», recuerdo que

dijiste. «¡Te hubiera pegado! ¡Viejo idiota!», murmuró un estudiante de Leyes detrás de mí. El día estaba de sensaciones raras y agresivas. Al oír «¡Viejo idiota!», de buena gana hubiera arañado al estudiante. Volví a mirar a la tribuna. En la sonrisa del doctor don Raimundo de la Gala había un extraño poder de fascinación. Yo tenía los nervios de punta; creo que le hubiese arañado de mejor gana aún que al estudiante, y sentí no ser hombre y tener toga, y cincuenta y cinco años, por lo menos, por no poder subir a la tribuna y anonadarle en un discurso sublime, que confundiese todos sus sofismas con el peso de diez años más que los suyos de experiencia mundanal y científica...

El caso es que salí del Paraninfo rabiosa, con la boca seca, con la garganta apretada, odiando con todas mis potencias al señor don Raimundo de la Gala, catedrático de Cristalografía, o lo que es lo mismo, en lenguaje psicológico, definitivamente enamorada de él.

7 de septiembre.

Naturalmente, Carlota de mi alma, que esta equivalencia psicológica entre la antipatía y el amor no la advertí en aquel mismo instante. Costóme muchos meses tediosos de amor latente y descorazonado el llegar a descubrir que sólo el hombre a quien amamos de todo corazón es capaz de inspirarnos ese imperioso deseo de arañar, que a las veces nos sobrecoge; de arañar, de morder, de hacer pedazos. Sin duda, es el ansia de posesión manifestada en el instinto de ejercer uno de los derechos del poseedor: el derecho a destruir el objeto poseído; algo como el afán de las criaturitas a romper el juguete, que ahora sabios han descubierto ser la manifestación primera del instinto de construcción.

Muchos meses, todos los de un curso y la mitad de otro, más las vacaciones intermedias. Tediosos, sí, los únicos de mi ya larga vida, que no me gusta recordar, los que me han dejado mal sabor de boca, a pesar, o tal vez precisamente, por ir engastado en ellos el elemento pseudo-sentimental, para tantas mujeres ilusionante, ¡pobrecillas!, de un primer noviazgo; fíjate que no digo de un primer amor. ¡Pobre Mariano! Si supiera él que su interesante, atildada, repulida

y conquistadora figura es la única que me gustaría borrar en mi galería de humanos recuerdos. ¡Oh, restostado, retorcido y cosmetizado bigote! ¡Oh, impecables corbatas, botas, guantes, frégoli y panamá! ¡Oh, agilidad envidiable de piernas y de ingenio, quiero decir para el baile y para el retruécano! ¡Oh, sed de amar! ¡Oh, vueltas de paseo! ¡Oh, noches de agosto a la reja y tardes de diciembre al brasero! ¡Oh, tedio inacabable, inagotable, infinito!

Quedamos, pues, en que el amor sembrado en aquella memorable solemnidad académica dióse a cristalizar lenta y calladamente, a lo más, con cierto rumor sordo y molesto como el dolor mal localizado que dicen que se siente cuando dentro del cuerpo se está formando un cáncer... ¡Qué sé yo! Esto de los amaneceres de amor es cosa bonita en las novelas, porque siempre cuida el novelista de poner frente a frente los que se han de amar en un medio propicio: campos floridos, salones perfumados, entre brisas y versos, en cierta soledad ideal que, favoreciendo el dúo, precipita los acontecimientos. Pero la topografía real de almas y situaciones difiere bastante de la imaginada, aun en las novelas más realistas. Enamorada esta heroína, sin sospecharlo, de un hombre sabio, maduro y más bien feo, la vuelta de la rueda del vivir la pone frente a frente de un joven más bien guapo y desoladamente ignorante. Dirás tú: «¿Tenía más que volver la cabeza y no hacer caso al galán intruso?». ¡Ay, Carlota de mi corazón, prosigamos el símil patológico! Así como el que siente ese indefinido malestar de que antes hemos hablado, si por acaso oye o lee de una enfermedad cualquiera, se figura desde luego que la padece, y concreta imaginativamente los síntomas, adaptándolos a la dolencia en cuestión; así yo, dolida de inquietud cordial y habiendo leído las bastantes novelas para saber que de los quince a los veinte las tales inquietudes suelen significar amor, engañé al corazón con la cabeza, haciéndole creer que el causante del daño era el primero que se había lanzado a nombrarle delante de mí. ¿No asusta, pensad, queridísima, la cantidad de mujeres que deben de casarse por equivocación? De estas y otras confusiones análogas nacen, a mi entender, las desilusiones de que tantas veces echamos la culpa al amor, que, verdaderamente, no la tiene. Cásase una pareja, al pare-

cer enamorada: la buena fe no falta; pero el amado, ¡ay!, no era precisamente el elegido; síguense dos caminos: primero, la vida pone frente al iluso al verdadero amado; resultado: adulterio, muerte, desolación, tragedia ruidosa; segundo, los que verdaderamente hubieron de amarse, no se vuelven a ver; resultado: tedio, cansancio, desilusión, tragedia silenciosa y gris; de ahí los innumerables aforismos necios: «La posesión engendra el hastío», «el matrimonio es el sepulcro del amor», etc., etc. ¡Pobre amor, que carga con la responsabilidad de todas nuestras equivocaciones! Estremecimiento me da pensar que hubiera yo podido, a ser un poquito más sensual, dejarme prender por lazo de caricia o de halago y ser a la hora presente esposa resignada, desilusionada y aburrida de mi señor primo. Carlótica, por Dios, no te olvides del consejo de Nietzsche: piensa si el hombre con quien quieres casarte será capaz de darte conversación para toda la vida. Eso fué lo que a mí me salvó: haber leído a Nietzsche... y a Santa Teresa, y morirme por la conversación.

Empezó el curso en un maravilloso día de sol; octubre con sol es lo más delicioso del año; hablan del encanto emocional de la primavera, del romanticismo de abril, de la conmovedora fragancia de mayo. Casi todos los urdidores de sentimentales intrigas enamoran a sus héroes a aromas de acacias y violetas; no saben ellos bien cómo huelen las últimas pálidas rosas, las que se quedan en los jardines como olvidadas en la fronda profusa de los rosales trepadores, las que se deshojan tan calladamente sobre la piedra de las escalinatas, ni mucho menos cómo trastorna el alma y el sentido ese otro olor, que no me atrevo a llamar perfume por no quitarle dignidad, de las hojas primeras que se caen y se pudren a la primera lluvia otoñal en la sombra húmeda de las avenidas. Fué, pues, día de sol, y yo tenía el alma bañada en una placidez nueva, en una melancolía perfumada y gloriosa, como si por primera vez tomase posesión de rincones de mi propio espíritu desconocidos hasta entonces.

Empezamos por clase de Álgebra; el profesor hablaba sencilla y claramente de los valores de la cantidad, haciéndonos notar cómo la cantidad cuantitativa dos, por ejemplo, puede tener, y siempre, una especie de valor moral, según que ayude o contra-

ríe a la anhelada solución del problema; hasta el número, el impasible, el inmutable número, puede decir que sí o que no; la cantidad es positiva o negativa. El profesor era hombre simpático y de buena voz; además hablaba claramente, como quien sabe lo que está diciendo; yo saboreaba con fruición intensa la luz del sol, la tibieza del aire —teníamos las ventanas del aula de par en par— y la bien ordenada claridad del razonamiento; era absolutamente feliz. Recuerdo que hasta cerré los ojos un instante —¿por qué esta inclinación a cerrar los ojos cuando el alma tiene algo que saborear?—, y entonces la voz del profesor, sonando, bien timbrada, como rumor de fuente o de arroyo, cosa de agua libre, sonido limpio, vibración campesina y serena; se había levantado un poco de aire y movía levemente el ramaje de unos castaños de Indias —las ventanas del aula abren sobre el esbozo de jardín botánico, gloria de la Universidad de X...—; movía, digo, el ramaje, como es su derecho; mas, extralimitándose un poco, entró por las ventanas del aula, y movió también las cuartillas que yo tenía sobre el pupitre para tomar notas: volaron las cuartillas; alcéme a recogerlas; miré maquinalmente al jardín, y ¿quién, por mala o buena estrella, acertó a pasar junto a la ventana? El señor catedrático de Cristalografía, que llegaba, como de costumbre, un poco tarde a clase. Verle esta humilde servidora tuya y perder el equilibrio intelectual, fué todo uno: todas mis indignaciones de la víspera, todas mis antipatías, todas mis ansias más o menos destructoras resurgieron en tropel; creo que toda la sangre del cuerpo se me agolpó a la cara; zumbáronme desafortadamente los oídos; me temblaron las manos; sentí en el corazón una punzada extraña, como si me le atravesaran por la punta con una aguja de coser esteras... Volví a mi sitio; llevéme las manos a la frente, intentando coordinar ideas, restituirme a la realidad algébrica, que imperiosamente me estaba llamando. ¡Inútil! La voz del profesor continuaba sonando clara e insinuante; el razonamiento supongo yo que seguía encadenándose con la más absoluta lógica, pero yo no volví a entender ni jota. Nublóse el sol; el airecillo se hizo viento, y fresco; entraron en clase unas cuantas hojas arrancadas de los castaños, y un alumno cerró las ventanas...

8 de septiembre.

Si te he contado tan por menudo el incidente del viento, las cuartillas y el catedrático, a pesar de su poca importancia exterior, es porque podemos considerarle como primer término de una serie de incidentes sucesivos análogos, y en lo exterior, tan poco interesantes como este primero. Es una verdadera calamidad, queridísima, esto de que el proceso de las pasiones haya venido en nuestro tiempo a ser tan silencioso. ¡Si la vida sigue por estos caminos, no sé qué van a hacer los novelistas! ¡Oh, siglos bienaventurados de la pasión a voces y la muerte a gritos! Diríase que el alma universal ha entrado en una era de mutismo; calladamente se ama, se odia, se espera, se desespera, se engaña, se perdona; calladamente se puede una morir de amor, que no faltará médico para certificar que se murió de anemia. ¡Le tenemos un miedo a toda voz que venga del espíritu, a todo gesto que pueda acusar emoción, a todo sonido que pueda traicionar, por el timbre, el metal de nuestros corazones! Silencio, silencio. Y, sin embargo —me dirás— estamos en el siglo del ruido. Cierto, amadísima; todo alborota, pero nada dice; nos permitimos la risa y el reniego, pero no el suspiro; ostentamos la alegría y el dolor, pero ocultamos cuidadosamente el gozo y la pena. ¡Extraño pudor, que casi es cobardía! Sí, estamos hechos de sangre villana, puesto que tan villanamente juzgamos de nosotros mismos, puesto que nos parece imposible y casi vergonzoso todo apasionado arrebató. ¿Por qué se han acabado los héroes? Sencillamente, porque no hay quien se crea con derecho a ejercer el heroísmo en el bien ni en el mal.

Viene la pena, la pena grande, la desatinada pena de amor, y no la queremos reconocer, porque —sonriendo con cierto escepticismo— pasaron ya los tiempos de Werther... y, naturalmente, no nos matamos. Ahí están lenitivos de baja estofa, vicio en hombres, frivolidad en mujeres, para convencernos de que el dolor de amor es literatura, y de que la vida está en salir de uno mismo. Claro que el dolor huye, ¡pues no ha de huir!, ¡como que no vive más que en los corazones que le respetan; pero al huir se lleva el

alma, y ahí se queda el hombre poco menos que trocado en piedra!

Llega la emoción, porque llega, Carlótica mía, y de tantos matices y por tantos caminos... Ya es compasión, ya es exaltada fe, ya es amor, ya es angustia de duda por todo lo que está sobre la tierra y más allá del cielo; llegan esas tardes en que la inquietud cordial, ¡por lo que sea!, no nos deja vivir; en que nos levantamos de la mesa, y cerramos el libro, y dejamos a un lado la labor, y vamos a la puerta, y luego a la ventana, y en lugar de rendirnos a la evidencia y caer de hinojos ante la dignidad de la visitación y hundirnos y dejarnos anegar en la marea dulce o amarga, pensamos, ¡pensamos, horror!, que la emoción injustificada no es propia de personas normales, razonables, equilibradas como nosotras, y que, de profanación en profanación, llegamos a blasfemar la idea de que sin duda la agitación insólita proviene de que la taza de café que hemos tomado al postre estaba más cargada que de costumbre. Y la emoción huye, ¡pues no ha de huir!, pero nos deja un tedio de la vida...

¿Por qué somos cobardes? ¿Por qué le tenemos miedo a la exaltación? ¿Por qué, si se nos llenan los ojos de lágrimas al escuchar una voz amiga, volvemos la cabeza para que quien habló no se entere de nuestro llanto? ¿Por qué, si temblamos al estrechar una mano querida, apartamos la nuestra para que el temblor no nos haga traición ante el amigo? ¿Traición de qué, Dios mío, traición de qué? ¿De haber sentido, de habernos inquietado por algo sutil, de amar acaso frente a quien tal vez no siente, no se inquieta o no ama? ¡Peor para él! ¿Por qué hemos nosotros de avergonzarnos en su presencia? Así va el mundo, callando todos, disimulando todos, renegando todos la inevitable emoción, y más que nunca, ellos frente a nosotras, nosotras frente a ellos; ellos, porque eso de emocionarse «no es cosa de hombres»; nosotras, por el miedo a que nuestra emoción les parezca a ellos «cosa de mujeres». ¡Oh, tantas y tantas palabras necias dichas para ocultar una idea demasiado honda! ¡Oh, cuántas y cuántas risas sin sentido para esconder un temblor de voz! Lo malo es que, volviendo por pasiva aquello de que la función crea el órgano, es de temer que, a fuerza de limitar el funcionamiento emocional, venga a perder la Humanidad por atrofia la fa-

cultad —o el órgano— de emocionarse, y el día en que así sea, Carlota de mi alma, sí que será cosa de reeditar el deseo de Nerón, y ver de hacer con todos los humanos una sola lamentable cabeza para una liberadora guillotina.

¡Chiquilla, qué serias nos hemos puesto! Es a saber que llueve, que hace un poco de frío, a pesar de la chimenea encendida, y que mi marido, contando con mi venia, naturalmente, no ha venido a comer conmigo. Es la primera vez que como sola desde que me he casado. La ausencia está perfectamente justificada: banquete de sabios que preparan un congreso de Paleontología para la primavera que viene. Además, yo no he asistido a él porque no me ha venido en gana, puesto que en esta tierra no está mal visto el que las mujeres coman con los hombres en fraternidad de ideales más o menos fósiles. A pesar de lo cual, tengo unas ganas de llorar terribles. Tal vez toda la anterior perorata no haya sido más que necesidad de justificación para este nerviosismo injustificado. Sí, ganas de llorar por... por... cinco horas de ausencia. Es absurdo, pero así es el amor. «¿Y por qué —dirás—, ya que el amor te aprieta hasta el absurdo de llorar una tan breve ausencia del amado, no has ido con él al banquete?». Ahí verás tú; por eso, por lo de antes, por la pícara cobardía ante la manifestación de las emociones; por el miedo, ¡más que miedo, pánico!, al ver sonreír con leve ironía al señor don Raimundo de la Gala ante un «Voy contigo porque me da tristeza quedarme sola». ¡No te rías, eh! Si te ríes, perdemos de una vez para siempre las amistades.

¿Por qué ha de sonreír irónicamente el señor catedrático? No hay que olvidar, Carlota, que el señor catedrático es muy sabio y un poquito zumbón, y tiene algunos años más que su señora esposa. En resumen, que el único defecto es mucho—, el único pero que puedo ponerle a este retrecherísimo señor y dueño, es un desesperante exceso de equilibrio. ¡Lo que yo daría en muchas ocasiones por un capricho, por una sinrazón, por una rabieta, por un enfado, por una ligerísima arbitrariedad! ¡Anhelo inútil! A este hombre admirable no hay modo de sacarle de sus casillas. «¡Te arañaría!», le digo muchas veces. Y él, con la más amable sonrisa del mundo, me contesta, ofreciéndome la cara: «¡Arañame!». Con lo cual, o ma-

tarle o dejarle, como dicen las madres de los chiquillos testarudos.

Me duele la cabeza escandalosamente. Hasta la vista.

Londres, 9 de septiembre.

Próximamente a mediados de curso, es decir, entre Carnaval y Semana Santa —ya que los estudiantes tenemos la pícara costumbre de ir midiendo el período escolar por las etapas de vacaciones— dióse en la psiquis de esta tu amiga un fenómeno de relativa importancia. Por primera vez en la vida se me vino a las mientes la pregunta inevitable: ¿Dónde estará ahora mismo el hombre con quien me he de casar?

Toda mujer, no sé si por acatamiento de una ley natural o por pesadumbre de la idea heredada, siempre que edifica visiones de porvenir —y creo que comienza el dulce trabajo arquitectónico en cuanto salta de la cuna—, puebla sus castillos en el aire con hijos y marido— así por este orden, hijos y marido. Ella se mira dueña y señora en el amable reino familiar, moviéndose ordenadamente en la actividad de la vida doméstica, dentro de la cual caben todos los perfiles de frivolidad, lujo y bienestar que su especial matiz intelectual le sugiera. Los hijos son pequeños, alegres, sanos; saltan, gritan, abrazan, lloran, ríen; la madre los reprende, los consuela, los viste, los halaga, con lecciones y cuentos. En la casa hay jardín o hay salones; hay fiestas o hay duelos. —Puesta a soñar una mujer tanto placer le saca a las futuras lágrimas como a las risas por venir, que ya es lugar común en poesía lo de que la esperanza y el recuerdo todo lo doran y platean a luz de sol o a ópalo de luna. —Entre todo este tráfago de sonrientes anticipaciones, el marido va y viene, habla tal vez, acaso sonrío; pero como si estuviese dentro de una nube. Está en el sueño, porque es elemento indispensable para la edificación familiar; pero la soñadora no le ha visto nunca la cara..., ni ha deseado verla. A lo más, decide, no cómo ha de ser el marido, sino «lo que ha de ser». Dicen que los muchachos que van para hombres sueñan con mujeres bonitas, rubias, morenas, altas, metidas en carnes o idealmente descarnadas, según el temperamento de cada cual. Las niñas que van para mujeres, lo sé

por experiencia y por confidencias, sueñan con un hombre ingeniero, o marino, o militar, o médico, o torero, u oficinista, también según el concepto especial que de la felicidad les dicte su disposición orgánica. ¿Por qué esta diferencia en el imaginar esperanzado entre ellos y nosotras? Sin duda, porque cada uno sueña con lo que no tiene. Atrafagados ellos por la vida, sueñan con la belleza estática, a modo, no sé si decir de esencia o de cualidad, algo, en fin, que les sirva de deleite y reposo; y nosotras, privadas, por absurda crueldad de las costumbres, de responsabilidad social, despojadas del derecho a «hacer vida», cristalizamos —¡ah!— en el hombre soñado las ansias de esa actividad que ha de quedársenos para siempre sin empleo. Y así las de imaginación aventurera lanzan al amado ideal a afrontar los riesgos de guerras, mares o bravas lidias con astados brutos; las de voluntad medrosa le sueñan sujeto a la seguridad de un sueldo fijo y una voluntad ajena; las compasivas le consagran al bien de la Humanidad doliente; las ansiosas de bienes materiales le sueñan acaparando metales preciosos tras las rejillas de una casa de banca; las ambiciosas, dirigiendo pueblos desde una presidencia de Consejo. ¡Pobres mujeres, condenadas por siempre a vivir nuestro ideal en cabeza ajena; faranduleros inválidos, que hemos de representar nuestra farsa en teatrillo de fantoches, moviendo los muñecos entre bastidores con mal disimuladas cuerdas vergonzantes! Éste es todo el secreto, chiquilla, del don de apostolado que, místicos y no místicos, reconocen y ensalzan en la mujer. ¡Pobre soldado con las piernas rotas, quisiera con sus voces animar a los que corren al asalto de la fortaleza de sus sueños! ¡A voces! Sueño también; de poco sirven apostolados mujeriles, aunque el amor mismo dicte las pláticas y las riegue el llanto con la misma sangre del corazón. ¡Querrás creer que, amando yo desafortadamente a mi señor esposo y siendo amada por él, ¡de eso estoy bien segura!, con no menos fuego, no puedo conseguir que deje de fumar ¡en la cama! unas horribles tagarminas que son todo su encanto y que a mí me ponen loca de indignación? Los hombres son monstruosos: están dispuestos a dar la vida por ti y no te sacrifican un cigarro. Verdad que ellos disculpan este refinadísimo egoísmo diciendo que es impropio de la gran

dignidad del amor ofrendarle tan leves sacrificios... —¡Pídemelo que quieras, lo que quieras; pero grande, difícil, estupendo!— Con lo cual como, naturalmente, no todos los días hay una cabeza de Bautista que exigir en pago de un paso de danza, las mujeres acaban por no pedir, y el hombre, satisfecha la conciencia por el heroísmo latente de su amor, vive en el mejor de los mundos.

Como íbamos diciendo, una tibia mañana de marzo, viniendo yo de casa a la Universidad por la alameda que tan bien conoces, mientras miraba las ramas de los álamos, que, hinchadas, comenzaban a dejar escapar la plenitud de savia en la espuma de hojuelas verdeantes y tiernas, y sorbía por todos los poros de mi cuerpo el halago del sol primaveral y del aire mañanero, que aun tenía sabor a nieve de la sierra —¡vaya un parrafito bucólico!, ¿eh?—; viniendo yo, digo, de casa a la Universidad, con los libros debajo del brazo, si bien olvidada de toda geométrica o zoológica preocupación, formulóse en mi mente la pregunta antedicha: ¿Dónde estará el hombre con quien me he de casar?

Por las razones metafísicas antes apuntadas, y, curiosa de espíritu, curiosa ante todo y sobre todo, tenía desde la más tierna infancia concentrada mi visión de «ser complementario» en un ente investigador. Mi hombre ideal había de ser sabio, o, al menos, trabajar por serlo. Claro es que no había yo definido el matiz de la investigación; tan pronto veía a mi sabio quemándose las pestañas sobre el clásico polvoriento infolio, como sobre la no menos clásica retorta; ya rompiendo pedruscos a martillazos, ya clavando en cartones mariposas, ya escalando cimas en busca de hierbas, ya desenterrando ciudades en estudio de muertas civilizaciones. Le veía y me veía a mí con él, siempre con él, ratón de biblioteca o aprendiz de alquimista, ya que con tanta vocación me sentía para ordenar herbarios como para andar a caza de raíces. ¡Y puede que los hombres se figuren que siempre que soñamos con ellos anhelamos tenerlos de hinojos ante nuestra hermosura, diciéndonos ¡te adoro! con balbuciente lengua! Por ahí los novelistas han hecho cundir la conseja de que toda mujer viene al mundo enamorada de un príncipe sin nombre... ¡Pobre imaginación masculina, que, al ponerse a fingir aspiraciones

femeniles, no acierta a ir más allá de un pueril cuento de hadas!

Así las cosas, en cuanto bajo aquellos álamos y en aquel aire fresco y fragante hubo cuajado la interrogación, yo me di a buscarle respuesta, pasando revista a los ambientes por donde acostumbraba a levantar el palacio de mis ilusiones. Y acaeció que ninguno de los habitantes me satisfizo completamente: tanto el laboratorio goethiano como la telarañosa biblioteca se me antojaron teatrales y sin consistencia; las montañas propicias a la herborización, cosa remota; las ciudades desenterradas, cosa novelesca; en suma, a todos mis ambientes preferidos les faltaba un elemento de realidad, una nota de posibilidad, de actualidad esencial —si así puede decirse—. Y las figuras de sabio que la fantasía otras veces se había complacido en hacer vivir dentro de ellos, parecióronme también ridículos muñecos rellenos de paja, espantapájaros lamentables y feos, figuras de cera con trajes de guardarropía y pelucas de estopa. Decididamente, mi futuro marido no andaba por allí... Pero, entonces, ¿habría de quedarme soltera?

La alameda se interrumpe a la orilla del río; hay un puente; pasado el puente está la muralla, y entre las brechas de ella algunas casas nuevas asoman al campo sus caras frescas y recién lavadas; quiero decir sus fachadas blancas con persianas verdes. Yo, al pasar la muralla, por el portillo de los Santos Mártires, miré las casas y me entretuve como una criatura en ir nombrando a sus habitantes. —En ésa vive don Roque el médico; en aquélla del mirador, doña Tulita, la cubana; aquellas ventanas con tiestos de claveles son las del administrador del Hospicio; aquel balcón del toldo a listas es el del escribano; aquel otro donde está un gato negro tomando el sol es el de don Raimundo de la Gala. ¡Y sí que es el balcón simpático y el gato hermoso! ¿Tendrá un gato negro el señor catedrático por superstición o por gusto? Y la casita está muy bien situada, mejor que ninguna de las de la muralla; debe de tener unas vistas soberbias, ¡ya lo creo!, el río, y toda la vega, y la alameda, y el arrabal...; hasta mi casa se debe de alcanzar desde ese balcón; sí, desde la azotea de mi casa debe verse el balcón de don Raimundo; en cuanto llegue esta tarde subo a verlo... Distraída por la casa, y el balcón, y el

gato, olvidé, a mi parecer, al amante; calle Real arriba iba dejándome pensar. El balcón aquél debe ser el de la sala; pero como el doctor no tiene, de seguro, visitas de cumplido, habrá hecho de la sala despacho; allí es donde trabaja, fijamente, para gozar el airecito fresco que sube del río; ahora sin duda estará trabajando...; son las nueve y media y no tiene clase hasta las once—. Es de advertir que yo, inocentemente, tenía al dedillo el horario de clases del señor catedrático. — ¡Trabajando! Qué bien se debe trabajar al sol en estas mañanas de marzo, con la mesa frente al balcón, y al río, y a la vega, y a la alameda, y al arrabal...; y en las noches de invierno también, con el balcón cerrado, y dos buenos troncos en la chimenea, y un vasito de ponche de huevo y ron, bien caliente, para aclarar la inteligencia y diferenciar las ideas, un vasito de ponche del que yo sé hacer...; es decir, dos vasitos, porque ¿habrá que advertir, Carlota de mi alma, que, en toda esta visión, me había yo sentado con la mayor osadía a la propia mesa de trabajo del mi don Raimundo, frente por frente a él...? Al darme cuenta, por el detalle de los dos vasos, de que estaba contestando en deseo a mi pregunta, primero sentí un poco de confusión —pudor natural, puesto que por primera vez había colocado una cabeza real y masculina sobre los hombros del esposo ideal—, y luego me eché a reír como loca. ¡Yo, yo, yo, Teresita Alcaraz, con mis diecisiete ilusionados, soñadores, embrujados y radiantes septiembres; yo, esposa de un señor, sabio, sí, pero viejo, y burlón, y antipático, y rarísimo! Porque dicen —seguía yo diciendo— que es extravagante como no hay dos, y que no come nunca a sus horas, y que no deja que entre nadie en su cuarto a limpiar el polvo, y que duerme con los huesos fósiles, y que fuma en la cama. —¡Ay de mí, esta última imperfección, como te he dicho antes, es, por desgracia, cierta!— No, muchas gracias; no está mi primavera para aguantar otoños eruditos. ¡Que le aguante su doña Ramona! ¡Ay de mí, que apenas hube pronunciado *in mente* el nombre de la dama en cuestión, me asaltó el pecho una inquietud extraña! Doña Ramona era, como sabes, el ama de gobierno del buen doctor. Supongo que no habrás olvidado la peluca rubia, los polvos de arroz y el carmín fermentado con que sus cuarenta pasados pretendían conservar la ilusión

de los muy más pasados veintinueve. Doña Ramona tenía fama en X... de comadre insufrible e insuperable cocinera; doña Ramona, aun cuando iba a la plaza todas las mañanas a pelo descubierto, se ponía mantilla y blusa de seda para ir a pasear a la Alameda las tardes de domingo; doña Ramona, si bien al nombrar a su amo le llamaba «el señor», empleaba, hablando de asuntos domésticos, plurales alarmantes: «Nos han subido el cuarto». «Hemos comprado ayer una partida de melones de cuelga». Doña Ramona, en fin... Yo era bien inocente todavía aquella primaveral mañana, Carlota de mi corazón; juro a Dios que el limpio pensamiento no se me fué a manchar en la aprensión de familiaridades escabrosas; sin embargo, la visión de un elemento femenino en la intimidad de mi buen doctor me desazonó, como digo, extraordinariamente. ¿Por qué aquella mujer odiosa y su peluca habían de tener derecho a presentarse de mañana en la alcoba del señor catedrático, para abrir los postigos y dejar entrar la luz recién nacida? ¿Por qué aquellas manos aborreciblemente regordetas habían de coserle la ropa y aderezarle el yantar? ¿Por qué aquella boca con dientes postizos había de poder decir «compramos» hablando de adquisiciones hechas con el dinero «suyo»; de él, sí, señor, de él?... ¿Qué ser tan odioso es un ama de llaves!

—Sabes que hemos traído esta mañana una conversación divertidísima —me dijo en la puerta de la Universidad el hermano de tanda. ¡Pobre muchacho! La verdad es que tengo unos hermanos admirables. Hoy he recibido carta de los siete; me dicen que desde que faltó yo de allí ninguno tiene ganas de armar ruido, y que mi padre, que siempre se estaba lamentando de que no le dejábamos meditar a gusto con nuestros alborotos, ahora dice ocho o diez veces al día, en tono mucho más lamentable que nunca: «¡Pero qué silenciosa se ha quedado esta casa».

10 de septiembre.

El encanto de la primavera es de una suavidad más bien inquietante; al menos a mí me lo ha parecido siempre. Acaso dependa ello de que, rapaza escolar, siempre he tenido, tras la tibia sonrisa de mayo, la

aprensión de los exámenes que llegan. Desde Semana Santa a mediados de junio hay pocos estudiantes, aun de los buenos, como esta tu humilde servidora, que no envidien al trapero que encuentran en la calle de mañanita, atrafagado sobre sus montones de inmundicia; al cartero, que a mediodía ven pasar jadeante llevando noticias que no le importan; al picapedrero que, en la vuelta a casa al atardecer, encuentran machacando y sudando por las cunetas de la carretera; a todo ser humano, en fin, que no se tiene que examinar dentro de cuatro o de tres o de dos semanas o días. ¡Temo que este tormento general y periódico impuesto a toda la juventud inteligente de un país contribuya a la degeneración de la raza! A mí, por lo menos, me hacía degenerar de modo indudable; adelgazaba y empalidecía, perdía el apetito y la en otra época inagotable gana de reír; mi madre aseguraba que no bastaban huevos frescos y leche recién ordeñada para reparar durante los meses de verano el estrago de mis primaveras. En ésta de que vamos hablando, el daño fué de más importancia: no sólo me quedé flaca como un hilo, amarilla como una candela, sería como un poste, sino que perdí el hasta entonces inalterable equilibrio nervioso. Estaba a días de mal humor, me impacientaba, reñía con mis siete hermanos, y a la caída de la tarde subía a la azotea, miraba al río, contemplaba los álamos... y me echaba a llorar. Mi madre se alarmó, y, clarividente en cuanto a la causa de tantos malestares, se dió a pensar: Esta chiquilla debe de estar enamorada. Comunicó la aprensión a mi padre, que abrió unos ojos tamaños y le aseguró que veía visiones; él seguía estudiando mi «diario íntimo», y no había encontrado en él señales acusadoras del tremendo fenómeno. ¡Imposible! Mamá, un poco incrédula en punto a adivinanzas psicológicas por escrito, dejó en paz a mi psicólogo padre y llamó a capítulo a los cuatro hermanos mayores que se repartían el honor de acompañarme a la Universidad. Si grande había sido el asombro de mi padre, mayor fué el de mis cuatro hermanos y aun más enérgica su negativa. ¡Teresita novio! ¡Imposible! A un hermano mayor siempre le parece imposible que a nadie se le ocurra enamorarse de su hermana. Mamá insistía. ¿Pero algún compañero de clase? Ellos se daban por muy ofendidos. «¿Lo habíamos de haber consentido

nosotros?» Mamá seguía interrogando: «¿Pero algún profesor?» Mucho menos. Precisamente todos los del primer curso de Ciencias están casados. ¡Que no y que no!

Entretanto mis nervios seguían alterándose de un modo alarmante; mi madre, cansada de andar por las ramas, decidió ir al tronco, es decir, habérselas conmigo. Fué un melancólico atardecer en la azotea, donde la madre selva trepadora comenzaba a embalsamar el aire con sus primeros prematuros búcaros. «Vamos a ver, Teresita, hija mía, ¿qué te pasa?» Yo, con la mayor sinceridad: «Nada, madre». «¿Estás mala?» «No, madre». «¿Te duele algo?» «No, madre». «¿Por qué no comes?» «Porque no tengo gana». «¿Por qué te pones tan de mal humor?» «Porque me da rabia». «¿De qué?» «No sé, de todo; me molesta el ruido, me molesta el silencio, me molesta que la gente esté alegre, me molesta que la gente esté triste; además, la vida es una cosa estúpida». «¿Por qué, hija mía?» «¡Qué sé yo! Porque no sirve para nada..., para nada. Ya ves, yo estudiando, estudiando, ¿para qué? Para sacar muchos sobresalientes; ¿Y qué?; y aprender cuatro cosas inútiles, y enseñárselas luego a otras infelices, que se las enseñarán a otras, y a otras... ¿Y qué? Después de todo, ¡nada!». Mi madre dió un suspiro de aprobación; tampoco ella creía en la importancia esencial del saber; para ella la ciencia representaba únicamente la posibilidad de lograr una cátedra y asegurar el pan a una familia; no contradijo, pues, mi desolada afirmación; pero se asombró de que a mí, mujer al cabo, pudiese afligirme cosa de tan poca trascendencia práctica. «¿Y eso te pone triste, hija mía?». «Eso y todo, madre». «¡Cómo todo! ¿Qué es todo?». «Todo, pues todo; nace una para que nazcan otros, y morirse, y nacerán los otros para que nazcan otros y morirse también... Es una estupidez, madre, una estupidez completamente inútil». Dicho lo cual, me eché a llorar amarguísimamente. Mi madre empezó por quitarme el libro que tenía en las manos; no tenía la culpa el pobre libro, que era, sencillamente, el texto de Química general; luego me cogió en brazos y comenzó a besarme despacito en la frente, en los ojos, a alisarme el pelo... Y yo lloraba, lloraba a más y mejor, callando, a lagrimones, ¡y me daba un gusto tan grande llorar! Iba anocheciendo;

el viento tibio y perfumado me barría la cara con un beso de los que apenas rozan la piel y no se acaban nunca... Lloraba, lloraba; mi madre me dejaba llorar; cuando al cabo se me agotó la fuente de las lágrimas, estrechándome más contra el pecho y hablándome en voz queda: «Dime la verdad, Teresita —me dijo—, la verdad, ¿sabes?, porque a mí me la puedes decir, que te quiero más que nadie en el mundo. Tú tienes novio, ¿verdad, hija mía; verdad que sí?».

¡Novio! De un salto, abandonando el regazo maternal, me planté al otro extremo de la azotea. «¿Novio yo? No, madre, no; ¡te juro que no tengo novio!». Y volví a llorar con más desconsuelo que nunca. «¡Te juro que no, te juro que no!». «Pero, hija mía —replicó mi madre, no poco alarmada ante la violencia de mis negaciones—, si no tendría nada de particular». Es verdad —pensé yo, vuelta a la realidad por las sencillas palabras de la buena señora—; después de todo, no tendría nada de particular el que a mí me hubiese salido un novio... como a otra muchacha cualquiera; pero no me ha salido, ¡eso es!—. Mi madre sabe bien que yo no miento nunca. Creyóme, pues, bajo palabra, y volvió a echar la culpa de todos mis trastornos nerviosos a la ciencia pícara. Por aquellos días tuvo unos cuantos altercados con mi padre, por la manía de hacer estudiar a esta pobre criatura como si fuera un hombre; mi padre aseguraba, con verdad, que yo estudiaba porque me daba la realísima gana; mi madre no entendía que una cosa que se hace por gusto pueda quitar el apetito y alterar el sistema nervioso; yo seguía llorando al anochecer, sin querer convencerme tampoco de que el amor tuviese nada que ver en el negocio. De los novios posibles, entre mis conocidos, ninguno me inspiraba el menor deseo ni aun de conversación; de aquella visión profética al pie de los balcones de don Raimundo de la Gala no me quedaba más que un recuerdo leve y risueño, como de algo absurdo que hemos soñado en una hora de humor funambulesco. Seguía viendo al señor catedrático todos los días, al entrar o al salir de clase, al cruzar el claustro o el jardín botánico, al pasar por la biblioteca; tenía una especie de respeto burlón: me reía de sus lentes de oro, y una vez que mi padre me encargó de llevarle una carta, se la entregué a un

bedel, porque no me atreví a entrar en clase ni a dirigirle la palabra. Un día, al volver de la Universidad, vi a doña Ramona asomada al balcón, y como consecuencia, regañé con mis siete hermanos y me marché a la cama sin cenar. Una noche soñé que estaba en un jardín y que mi don Raimundo salía de detrás de una peña y muy rendidamente me besaba la mano, lo cual me dió una alegría muy grande en sueños y una tristeza muy negra al despertar. Llegó la semana tremenda; me examiné; volví a casa, más pálida que nunca, con mis inevitables sobresalientes; mi madre comenzó su terapéutica de duchas, huevos, leche; me prohibió estudiar en absoluto, y se decidió a lanzarse al mundo para ver de divertirme un poco.

El «mundanal ruido» ya sabes tú lo que significa en X... y en verano: bailar, ir de merienda, bailar más, ir al teatro si viene compañía, bailar otra vez y bailar siempre, en el casino, en el teatro después de la función y en casa de todas las amigas; bailar todas las noches de la semana, casi todas las tardes y las mañanas de los domingos, al salir de misa de once, mientras llega la hora de comer. Como la ciudad es relativamente fresca, vienen familias de Madrid a pasar el verano con economía. Los «muchachos jóvenes» de las tales familias madrileñas son la gran atracción del veraneo sentimental, porque acaece que todos los solteros de X... han sido novios durante el invierno de todas las solteras, sus conciudadanas, y en el verano complácense ellos y ellas en gustar las dulzuras de la «diversidad, sirena del mundo», en el noviazgo con la veraneante, madrileñería. Noviazgos, ¡ay!, que suelen ser no más que nubes de verano, porque los madrileños y madrileñas son de ordinario pérfidos y pérfidas como la onda, y, en cuanto vuelven a su Madrid, se olvidan del amor estival y consagran el invierno, supongo yo, a ser novios por turno y entre sí, como sus congéneres de X... Lanzámonos, pues, al vértigo danzante mi madre y yo. ¡Pobre señora, cuántas horas de sueño ha debido pasar mientras su hija bailaba! ¿Te acuerdas de aquel vértigo, digamos giratorio, de aquellos tres meses de vals crónico, de polka desafortada, de rigodón sin fin? Yo no había bailado nunca, yo no había estado nunca «en sociedad», como dicen en X...; el mundo era, por lo tanto, una novedad para mí, y yo una novedad para el mundo: de

aquí mi éxito entre los donceles, tanto residentes como veraneantes, a pesar de mi escasa belleza y de mi poca picardía. ¡Ahí es nada, una chiquilla que, aunque va de corto, es toda una mujer, y que no ha sido nunca novia de nadie! Yo no sé lo que tiene el movimiento, sobre todo a compás, Carlota de mi corazón. Halagada tal vez en mi instinto matemático por el «ritmo de la danza», recuerdo que me dejé arrastrar al placer del baile con verdadero frenesí; bailaba de noche, bailaba de día en casa, con mis hermanos, sola; bailaba con deleite, con encarnizamiento, como una peonza, como un trompo, y, ahí verás tú, aquel exceso que, según mi padre, hubiera debido acabar conmigo, logró lo que no conseguían todas las terapéuticas maternas: volverme el buen color y el apetito y curarme la melancolía. Sí, Carlotita mía, unas cuantas en redondo, complicadas con unas cuantas galanterías necias de unos cuantos jóvenes «graciosos», consiguieron en el breve espacio de treinta días volverme idiota por completo. No ha habido en todo X... muchacha más absolutamente estúpida que yo durante aquel bochornoso verano; toda mi sutileza de espíritu, toda mi ansia de vida útil y noble, toda la teoría de mis alados ideales, naufragó en la ola de necedad ambiente, al son de un fementido pianillo o de una murga mucha más inarmónica; el caso era bailar, bailar, bailar más que nadie y tener alrededor más niños tontos que ninguna diciéndome majaderías; reírme mucho, mucho, y mi madre, ¡infeliz!, tan contenta, porque su hija, olvidada de libros y melancolías, se había decidido a hacer vida de muchacha joven y a divertirse como las demás. Entonces sobrevino Marianito; Marianito reúne, a todas las notas de cursilería típica, la agravante de ser más o menos mi primo; también era el cuitado una novedad en X... Estudiante de Medicina, y no consiguiendo aprobar no sé qué asignatura en Madrid —porque, el alma mía, además de todo, es mal estudiante—, se había venido a X... en busca de benevolencia; pero, por suerte o por desdicha, la Facultad de X... es de un rigor extremo hace unos cuantos años..., y Marianito perdió el viaje; es decir, le ganó, según juraba él, puesto que tuvo la suerte loca de conocerme. Ya sabes que es rubio; ya sabes que es bromista; que se burla del mundo y de sí mismo, con ese desgarro madrileño que bien pue-

de a veces pasar por gracia; que es un poco vicioso y no lo oculta; que se ríe de las mujeres; que «saca versos de su cabeza»; que baila bien y con refinamientos de elegancia; que es capaz de estarse hablando una tarde seguida sin decir nada; que toca el piano, y la guitarra, y la bandurria, todo muy mal, pero haciendo muchísimo ruido; que dice picardías a las señoras mayores, y que las señoras mayores se mueren por él; que hace juegos de manos, que convida a barquillos a las muchachas; que ayuda a ponerse el cántaro a la cabeza a las criadas de servir; que torea un becerro si viene al caso; que se viste a la última moda de Madrid y se peina con raya al medio; en fin un *non plus ultra*, un estuche de monerías, un final de ramillete, un muchacho de mucho porvenir y que será un gran médico, dicen las susodichas señoras mayores —si hay Universidad en España que se decida a dejarle aprobar la Histología—, porque tiene muchísima labia, y eso es lo esencial.

Naturalmente, el cotarro femenino de X... andaba alborotado ante la picardía y el donaire del calabaceado estudiante; por no sé qué fatalidad de la suerte, el estudiante se mostró desdeñoso con las niñas bonitas y se dedicó a galantear a esta tu amiga, que, como no pensaba más que en bailar, no le hizo gran caso en un principio; pero que, advirtiéndole después la gran envidia que causaba en el corro su buena fortuna, se dejó morder por la pícara vanidad e hizo unas cuantas monerías condescendientes. Enredáronse valses y palabras, pasaron días y pasaron polkas; todas las amigas tenían ya su novio correspondiente; calentóse un poco la cabeza de pájaro que hay en todo cerebro de mujer, por bien organizado que esté para las matemáticas; llegó el día de Santiago bendito; tuvimos en los jardines del Casino baile de verbena; bailé más que nunca; bebí por primera vez en mi vida champagne helado; el aire estaba saturado de necesidad ambiente; Marianito estuvo más decididor y más expresivo que nunca; a mitad de un *schotis* —hasta *schotis* bailábamos en aquel casino— me juró que le era materialmente imposible vivir un día más sin que fuéramos novios; me habló de una pistola, del cielo azul y de lo felices que son las gentes que se quieren; creo que los dos estábamos un poco borrachos, y le dije que sí; después de lo cual me marché a

la cama, sudando como un pollo y con una sed loca. Al despertar, ¡ay, Carlótica mía, qué despertar más triste!, al abrir los ojos y darme cuenta de que tenía novio y de que mi novio era Marianito, ¡qué pena tan extraña se apoderó de mí! Parecióme que me habían echado una cadena al cuello, pero cadena de tedio y soga gris; me vestí en silencio, yo que hacía días había vuelto a mi costumbre de echarme de la cama cantando; no desayuné, y a media mañana sorprendí a mi madre, que estaba en la azotea cuidando los pájaros, con esta afirmación a quemarropa: «¡Madre, tengo novio!». Asombro, interrogaciones, confesión, consejos. A mamá le habían seducido, no sé por qué, las gracias del nene, y le pareció de perlas la noticia. ¡Yo, que sin confesármelo a mí misma, contaba con su oposición para romper el compromiso! Porque, inocentísima criatura, me figuraba que el haber contestado que sí a un hombre que le pide relaciones, ataba a una mujer tal para toda la vida como un juramento ante los altares; esto había sacado de mis lecturas, en las que había visto afirmado el hecho de que el mutuo consentimiento y la palabra dada es lo que constituye matrimonio. Pasé el día muy triste; al anoecer fuimos a bailar; no sé por qué me había figurado que Marianito debía estar tan triste como yo; por el contrario, estaba contentísimo; el amor —habla él— le tenía completamente vuelto el juicio; bailamos; a medida que íbamos dando vueltas, yo iba reanimándome y él poniéndose serio; después de todo, pensaba yo, puede que sea buen muchacho... Ya que me quiere tanto como dice... Este invierno estudiaré con él la Histología, y puede que consiga aprobarla... Además, no es feo..., no...; más bien es guapo..., y tiene unos ojos azules bastantes agradables..., cuando los pone tristes... Porque es el caso que los iba poniendo un poco tristes; a fuerza de hablarme de amor, sin duda había llegado a convencerse a sí mismo, y, muy en serio, decía cosas de cariño que casi estaban bien...; le daba aquella noche por el agradecimiento... Yo era la mujer más buena del mundo, y él no se cansaría nunca, nunca, de quererme, para pagarme la bondad extraordinaria, regalada, exquisita, de haber consentido en decirle que sí. En resumen, nos separamos bastante contentos el uno del otro, y a la mañana siguiente me levanté yo con un poquito menos

de melancolía, pensando: «Puede que no sea tan triste como a mí me parece eso de tener novio». Así fué transcurriendo agosto: rebelde yo de día y resignada con mi suerte a la hora de bailar. Así llegó septiembre: mi Marianito se volvió a examinar, ¡y lo aprobaron! Lleno él de más asombro que nadie, declaró que con mi dulce trato se le había pegado la ciencia infusa, y en agradecimiento a la buena suerte, decidíó matricularse en la Universidad de X... y pasar el invierno en nuestra compañía...

«A todo esto —preguntarás—, ¿qué se ha hecho de nuestro muy amado don Raimundo?». Mentiría si dijese que le había dado por completo al olvido; en medio de mis fútiles placeres, en lo más arrebatado del vértigo danzarín, aun me paraba a veces a saborear la visión del estudio a medias en la sala de la casa de la muralla; casi todas las tardes subía a la azotea y miraba tan de lejos al balcón cerrado; porque el profesor tiene la costumbre de pasarse el verano corriendo mundo en peregrinaciones de ciencia. También recordaba, en los momentos inevitables en que Marianito se empeñaba en demostrarme cómo era de absoluta necesidad que me dejase dar un beso —necesidad que yo, entre paréntesis, no consentí en reconocer nunca—, aquel otro beso soñado que el buen catedrático me dió en la mano, y en un jardín, y saliendo de detrás de una peña; pero siempre que lo recordaba me echaba a reír, después de haber lanzado, ¡ay!, un suspiro. «¡Qué cosas tan absurdas se le ocurren a una —pensaba yo— cuando es una chiquilla sin experiencia!». Sin embargo, sentía un placer extraño, mezcla de alegría y confusión, cuando recordaba que en segundo de Ciencias hay que estudiar Cristalografía, y que el profesor de Cristalografía, jera él!

11 de septiembre.

¡Era él! Desde aquella solemne apertura de curso, aunque le había visto casi a diario no había vuelto a oír el metal de su voz. No te puedo explicar con palabras la impresión espantosa que me causó oírle pronunciar mi nombre al pasar lista el día primero de clase: ¡Teresa Alcaraz y Benito! Me pareció, en primer lugar, que hasta entonces no me había nombrado

nadie nunca, y que, por consiguiente, yo no era yo; además, la voz, como sonido, me hizo el efecto material de una escobilla eléctrica que me fuese arañando la piel de todo el cuerpo: ¡Teresa Alcaraz y Benito! Yo quise contestar inmediatamente, y con mucha serenidad, y con voz fuerte; pero, ¡ay de mí!, que tenía el famoso nudo en la garganta, y aunque dije, o más bien creí decir: ¡Presente!, con toda gallardía, no me oyó nadie, y mi buen don Raimundo volvió a decir, no sin un poquito de sorna: ¡Teresa Alcaraz y Benito! —¡Presente!, volví yo a contestar, esta vez con ronca y desentonada voz. Don Raimundo me miró, inclinó la cabeza y sonrió con esa su sonrisa tan atormentadoramente benévola. Por aquel día no pasó más; pronunció en nuestro honor un ligero discurso, en el que daba por segura nuestra aplicación, y nos mandó a la calle. A los tres días me llamó aparte: «Ya que es usted —me dijo— la única mujer que tenemos la suerte de contar entre los aspirantes a cristalógrafo, me permito rogarle que se encargue del trabajo, en cierto modo doméstico, de esta clase. ¿Tendría usted inconveniente en ocuparse del arreglo, limpieza y conservación del armario?». El armario es una colección particular, y particularmente valiosa, de cristalitos, que don Raimundo deja en usufructo a la Universidad, y que, encerrada en una especie de armario-vitrina, ornamenta la clase de Cristalografía, con orgullo de todos los alumnos. Acepté el encargo, recibí la llave, procedí al inventario de pedruscos con la mayor solemnidad y a la siguiente mañana gasté buena parte de mis ahorros en comprar el más lindo plumero y la más flamante gamuza que pudo lograrse en el bazar de la Plaza Nueva. Además, ensarté la llave, que por suerte era inglesa y muy pequeña, en una cinta de raso azul, y me la colgué al cuello, ni más ni menos que una reliquia; naturalmente, mi Marianito se burló de mí, al advertir el dije modernista (palabras textuales del cuitado); naturalmente, le llamé majadero; naturalmente, se ofendió muchísimo, y archinaturalmente, acabamos por reñir en serio; pero era viernes, y el domingo volvimos a tener baile, y bailando hicimos las paces.

¡Oh, novio, novio, novio de familia, novio inevitable, novio que entra en casa, novio que gasta bromas a mamá y juega al toro con los hermanitos pequeños!

Carlota mía, si aún estás a tiempo, ¡por lo que más desees querer en el mundo, no tengas novio sin amor... ni con amor! Te lo pido, te lo ruego, me pongo más que de rodillas para conjurarte a que alejes tal calamidad de tu vida, si la quieres serena y noblemente romántica. ¡No des a ningún hombre el derecho a creerse obligado a darte un beso detrás de cada puerta, no profanes la violenta hermosura del amor con la tediosa obligación de decir «te quiero», en voz baja, delante de toda la familia reunida, y de cinco a siete, precisamente, de cinco a siete, o de nueve a once... o de la hora que sea a la que sea! No envuelvas el amor, o la ficción de amor, que es cosa del libérrimo deseo, en la niebla parda, mezcla de prohibición y consentimiento, que representa este aborrecible verbo español: «estar en relaciones». ¡Madre mía, quererse porque sí, al aire libre, donde nadie lo sepa y a nadie le parezca bien ni mal, sin reconocimiento oficial, sin comedia casera, sin noviazgo, en una palabra! Creo que si me llego a casar con mi novio le hubiese guardado rencor de haberlo sido para toda la vida; afortunadamente, mi marido no ha sido mi novio nunca, nunca, nunca...

Como ves, Carlotita de mi alma, tu pobre Teresita andaba por aquel entonces muy lejos, però muy lejos de ser feliz. A mis tedios caseros se añadían mis rabietas en clase; cierto que la limpieza y arreglo del «armario» no dejaban nada que desear; cierto que nunca habían centelleado con mayor fulgor corindos, cornalinas, topacios y granates; cierto que yo estudiaba con sin igual aplicación y atendía a las explicaciones del maestro como nunca atendió entusiasmado alumno; pero, ¡ay de mí!, que me ocurría un fenómeno extraordinario: desde el primer día de asistir a clase, las palabras de don Raimundo de la Gala perdieron para mí todo sentido; no eran más que voz, es decir, sonido, es decir, caricia; sí, Carlota, caricia; cosa rara, ¿verdad? Gustábame oír hablar a aquel hombre por sólo el placer de oírle hablar, y ¡qué placer, criatura, qué placer! Hablan de miradas, y de contactos, y de roces más o menos sentimentales, de manos que se estrechan, de bocas que se juntan. Yo te puedo decir, ahora que el matrimonio me ha enseñado por práctica algo sobre el valor de tales voluptuosidades, que no la hay, para mí, parecida a la vo-

luptuosidad de aquella voz, que yo oía cerrando los ojos, que pasaba sobre mí, a veces como corriente de agua tibia y bien oliente, a veces como puñal que de parte a parte me atravesase el corazón, a veces como beso, aquel beso soñado en la mano; porque hasta en las manos sentía yo el roce de la palabra musical, honda, conmovedora, de cristal, de acero, de luz..., de amor del señor catedrático. Mientras estaba en clase oía, oía, oía sin entender jota, y en casa repetía deleitándome, como quien saborea una golosina favorita: «¡Sistemas de cristalización, sistemas de cristalización, sistemas de cristalización...!», o cualquier otro grupo de palabras tuyas que me hubiese aquella mañana conmovido especialísimamente. No te rías, ¿eh?, porque yo he llorado con desconsuelo muchas noches seguidas, sin querer confesarme la razón de mi mal.

¿A qué seguir? Sabido el desenlace de la historia, ¿qué más podré contarte de los detalles preliminares? Esta mi extravagante situación se fué agravando a medida que pasaron días; si flaca había estado la anterior primavera, ésta llegué a convertirme en un verdadero esqueleto; de irritabilidad nerviosa, no hablémos: yo era un cardo, un erizo con los pinchos de punta, un gato cogido en un lazo. Marianito sufría mis continuos malhumores con paciencia digna de mejor causa. ¡Lo que son los hombres! Creo que si la situación llega a prolongarse unos cuantos meses más, se hubiese enamorado de mí irremediabilmente; dándoselas de médico, por anticipación declaró formalmente que todas mis arbitrariedades eran achaques de histerismo, y mi madre, que había llegado a tener en su ciencia futura fe de mamá política, lo creyó a pie juntillas, y ya entre los dos tenían decidido para el verano un tratamiento medio hidrotérapico medio eléctrico que era un primor. Afortunadamente, llegó junio, puesto que todo llega en el mundo, y con él la catástrofe.

Supiste a su debido tiempo, con sorpresa, con estupefacción, con pasmo, que, habiéndome examinado de Cristalografía, volví al hogar, no con la acostumbrada rama de laurel, sino con la exótica calabaza. Sí, querida mía: el señor don Raimundo de la Gala no tuvo más remedio que suspenderme; no fué suya la culpa, ni aun creo yo que la intención; segura estoy de que

me guardaba cierto agradecimiento por el escrupuloso cuidado que de sus colecciones había tenido durante todo el curso; algo me dijo de ello, o me debió decir, al entregarle yo la llave el último día de curso; digo debió decirme, porque, como de costumbre, no entendí palabra de todas las tuyas. En el examen, además de no comprender, di en la linda gracia de no contestar; estuve completamente idiota; todos los sistemas de cristalización teníanlos atravesados en la garganta y la voz no acertaba a salir por tan escabroso camino; mirábame el docto tribunal con los ojos llenos de espanto; diéronme a elegir las lecciones, rogáronme que hablase, siquiera fuese para decir un desatino; ¡todo inútil! Puedes figurarte cómo volví al hogar, entre la desolación de mis siete hermanos. ¡Un suspenso en el pozo de ciencia que es la casa de mi padre! Tanto vale un borrón de cobardía en los blasones de un guerrero noble. ¿Qué te diré yo? A mí nadie me dijo nada; pero mi padre y mis hermanos me miraban con tristeza algo cómica, y andaban por la casa lanzando suspiros capaces de partir una peña; yo me marché a mi cuarto y lavé «mi deshonra» en amargo llanto; acudió mi madre, como de razón, y me consoló con sus maternales sinrazones; llegó Marianito, ¡y aquí fué Troya! Empezó por reírse de mis lágrimas —menos mal—; pero luego se le antojó echar también a risa al señor catedrático; yo misma me asombro de haber sido capaz de furia tan extraña; todos mis rencores de novia por sorpresa hallaron desahogo en cinco minutos; Marianito se quedó literalmente mudo de espanto.

—¡Pues no te ha entrado a ti poco fuerte el entusiasmo por don Raimundo! —acabó por decir, pasado el chaparrón de mis improperios.

—¡Eso a ti no te importa!

—Más de lo que tú te figuras.

—¿Y por qué?

—Porque siendo tu novio, me parece que tengo derecho a preocuparme por las pasiones más o menos científicas que se te ocurre cultivar.

—Siendo mi novio, puede que sí; pero...

—¿Pero?

—¡Pero ya no lo eres!

¡Qué asombro me causó a mí misma el sonido de estas cinco palabras! Juro que no las quise pronun-

ciar, que no supe que las pronunciaba, que me cayeron de los labios empujadas por una fuerza completamente ajena a mi voluntad; fueron algo fatal, sibilítico, decreto de lo alto, sentencia de la misma verdad ofendida o compadecida, ¿quién sabe?, por el error sentimental en que veníamos viviendo. ¿No recuerdas cómo ha dicho un amable filósofo que si el hombre sufriese por una causa verdaderamente justa, la Naturaleza saldría de su indiferencia para llorar con él? Así, en mi caso: el aire, el agua, la tierra y el fuego, compadecidos de esta pobre estudiante que tanto los ama, cambiaron por un momento su forma accidental de existencia, trocándose en sonidos y pronunciando por mí, para mí y dentro de mí las palabras libertadoras: ¡¡Ya no lo eres!! Decirte el gozo que, pasado el asombro, me produjo el haberlas pronunciado, es cosa de que no me reconozco capaz; hay sensaciones más que poemáticas, más que psicológicas, para las cuales sólo encuentra expresión adecuada el genio, porque son menester palabras reveladas, de esas prodigiosamente sencillas, que luego forman las frases eternas y de aplicación universal, algo como el *lasciate ogni speranza* o el *¡fiat lux!* No sé si me entiendes: el caso es que me puse contentísima por haber tenido el arranque de decir sin querer lo que estaba queriendo decir hacía tanto tiempo. ¿Es posible —pensé— que fuera tan fácil, tan fácil de decir y que haya tardado tanto tiempo en decirlo?

Marianito, en honor de la verdad, se puso un poco pálido.

—¿Qué dices? —murmuró. Y yo, arrogante:

—Lo que has oído —respondí—: que ya no somos novios.

¡Oh, voluptuosidad de la afirmación! Al asegurarlo por segunda vez, la verdad grata salió de las nieblas de lo casi soñado y se hizo realidad clara como el agua:

—¡Que ya no somos novios! —volví a asegurar, y el agua limpia se trocó en diamante—. ¡Que ya no somos...!

—¡Bueno, hija mía, bueno! —interrumpió Mariano—; no me lo vuelvas a decir, que ya lo he oído.

Marianito rogó cinco minutos; yo me mantuve firme y él acabó por marcharse, después de haberme abrumado a epítetos: pérfida, cruel, coqueta, voluble.

¡A gloria me supieron todos ellos, como al mártir los golpes que le van abriendo el camino del cielo! Marchóse al fin; confirmé la situación inmediatamente, dando conocimiento de ella a mi familia —reyezuelo flamante, apresurábame a proclamar mis leyes—. Nadie mostró gran sentimiento; al cabo, la familia es siempre el enemigo natural del futuro marido, y se alegra tanto de verle desaparecer. Subí a la azotea. ¡Qué clara, qué tibia, qué suave, qué aromada me pareció la tarde! En el cielo, ya puesto el sol, navegaba la luna tan sutil, tan sutil como si fuera disco de filigrana; quedaban a poniente unas cuantas nubecillas rosadas; la madre selva saturaba el aire de aroma fresco y sano; el río había aprisionado en el agua unos cuantos rayos de sol poniente, e iba, vega abajo, jugando con ellos; luego empezó a formarse sobre la corriente una neblina azul... ¡Qué alegría tan grande de vivir me entró en aquel momento! Parecía que por toda el alma y por todo el cuerpo me hubiesen nacido alas frívolas, inquietas, que hubiesen de llevarme no sé adónde; bañóseme el espíritu en inefable optimismo. Sí, la vida —sentía yo— es cosa buena, amable, digna de vivirse, llena de sentido..., aun cuando no hace falta que tenga sentido común; somos como árboles, y la vida nos sube de la tierra, ¡y qué gozo da sentirla subir, subir, subir, desde las plantas de los pies, cuerpo arriba, y estremecer la carne e inquietar la sangre, y reír en los labios, y arder en los ojos, y acalorar la frente, embriagando con una calentura dulcísima, dulcísima, violenta, loca...!

Mi madre me encontró al cabo de dos horas tirada en el suelo, abrasada de fiebre, y diciendo cosas tan sin sentido, a su parecer, como: «¡Don Raimundo, don Raimundo de mi alma!». Acostáronme, y dicen que deliré toda la noche y buena parte del día siguiente.

22 de septiembre.

Cuando volví a tener conciencia de mí misma, encontréme con una porción de novedades: 1ª, habían pasado cuatro semanas justas desde el día fatal; 2ª, me habían cortado el pelo poco menos que al rape; 3ª, mi enfermedad había sido de peligro. Nada me-

nos que fiebres tifoideas, y de las graves; 4^a, mi don Raimundo, durante todo el tiempo de mi inconsciencia, había estado tan enfermo como yo, y de la misma enfermedad; pero ya empezaba también a dar señales de vida. A mí la coincidencia me pareció providencial, aunque era sencillamente epidémica, puesto que parece que por aquellos días se presentaron en la, si muy histórica, poco higienizada ciudad de X..., una porción de casos de tifus, y algunos mortales, por causas que yo no soy la llamada a explicar. En resumen, los dos nos curamos, gracias a Dios, y a medida que íbamos haciendo pinitos, nos interesábamos mutuamente por nuestra convalecencia, pues a él también la voz popular le llevó la noticia de mis males, y de cuando en cuando venía a preguntar noticias de la niña un muchacho muy feo, pero muy buenazo, que se llama Teófilo, y que vive con él desde hace mucho tiempo, porque es sobrino de su doña Ramona; por cierto que yo no lo sabía, ni había reparado gran cosa en él, a pesar de que somos compañeros de clase hace dos años y que este último curso éramos hasta compañeros de banco. Convalecimos en conmovedora unanimidad; volviéronme lentamente las fuerzas y me empezó a crecer el pelo; llegaba el mes de agosto; los días, más bien calurosos, daban lugar a atardeceres suaves, oreados por frescas brisas de montaña; mi madre decidió, de acuerdo con el médico, que me vendrían muy bien unos cuantos paseos hasta la casería de Peñarroya, para tomar el aire y beber leche recién ordeñada; mi hermano tercero se brindó a acompañarme, y allá nos fuimos tarde tras tarde en amor y compañía, una hora antes de ponerse el sol, por el camino de las huertas, entre murmurar de regatos y cantar de chicharras. El aire olía bien, y yo estaba plácidamente melancólica. No te hablaré de sensaciones de convalecencia, ni de la alegría que da el volver a la vida después de haber pasado el tifus; porque esos son temas agotados ya hace tiempo en la literautra psicofisiológica. Además, lo interesante del caso no es lo que yo sintiera o dejara de sentir, sino el que a las cinco tardes de ir a la casería, ¿a quién dirás que nos encontramos sentado debajo de la parra y tomando su vaso de leche con espuma? Al señor don Raimundo de la Gala, convaleciente como yo, asistido por mi mismo médico y sometido

por su consejo, lo mismo que yo, al régimen de brisa fresca y leche recién ordeñada. Acompañábale el sobrino de doña Ramona; saludámonos; yo, con bastante confusión; bebimos la leche, y luego rompimos a hablar con benevolencia, no sé si de cómplices o de compañeros de infortunio.

—¡Conque también usted!

—También; sí, señor.

—¿Y también el tifus?

—Sí, señor; también el tifus.

—Pero ya mejor, ¿eh?

—Sí, señor; ya mejor; ¿y usted también?

—Yo también; muchas gracias.

Pausa larga, durante la cual yo me admiro de haber tenido valor para hablar con relativo sentido común durante tanto tiempo.

—¡Es buena la leche de esta casería!

—Sí, señor; muy buena.

Nueva pausa.

—¿Este joven es su hermano de usted?

—Sí, señor; mi hermano Enrique; también estudia Ciencias; pero ha empezado este año, y por eso no le conoce usted; al curso que viene seremos compañeros.

Creo que al decir esto debí de ponerme muy sofocada. Don Raimundo no contestó, y estuvimos mucho tiempo callados, tanto, que se hizo un poco tarde, y mi hermano dijo:

—Me parece que haríamos bien en volver, porque luego sube la niebla del río y te puede hacer daño, Teresita.

Nos levantamos todos y volvimos juntos. La tarde olía a gloria e invitaba a callar; veníamos despacio; al señor profesor no se le conocía en la cara la enfermedad; a mí me daba un poco de rabia tener el pelo tan corto; nos separamos, llegando al arrabal, con un hasta mañana, que dijimos a un tiempo. Yo dormí en un sueño toda la noche, y al día siguiente me desperté cantando. A la tarde, vuelta a la casería; ya estaba allí también mi don Raimundo; pero no había querido tomar la leche, esperando a que llegase yo; semejante atención nos dió motivo a risas cordiales, y mientras bebíamos a dúo, entramos en conversación; no te voy a contar lo que hablamos ni este día ni los siguientes; insensiblemente fuimos tomando

confianza, tanta, que una semana más tarde me llegó a decir:

—Me parece imposible, Teresita —oyendo a mi hermano, tanto él como el sobrino de doña Ramona habían tomado poco a poco la costumbre de llamarme Teresita, y a mí me daba mucho gusto oírmelo llamar—, me parece imposible que desconozca usted el goniómetro de Wollaston.

Yo me puse como una cereza; precisamente el maldito goniómetro estaba en la lección primera de las que me tocaron en suerte en el examen, y no podía recordar sin bochorno su existencia; el doctor sonrió, añadiendo:

—No se sofoque usted, que no es para tanto; pero dígame usted la verdad, porque es una curiosidad que tengo. ¿Le conoce usted o no le conoce?

¡Que si le conozco! Y me sé de memoria todas las modificaciones que sucesivamente han introducido en él Mallard, Mitscherlich, Hirschwald, Mohs, Babinet y Groth... ¡Que si le conozco! Como si le hubiera inventado. Afortunadamente, con la enfermedad parece que se me hubiera desvanecido la timidez cristalográfica —un efecto del tifus que pueden estudiar los doctores—, y tomando como quien dice carrerilla, expliqué al profesor, estupefacto, c por b, todo lo que es posible estudiar de cuestión tan amena. Tan sería me debí de poner, que sin poderlo remediar soltó la carcajada; también mi hermano y el bendito Teófilo se echaron a reír; yo también me detuve, un poco confusa. «Siga usted —me dijo don Raimundo—. ¿Y la distribución de las formas cristalinas?». «¿En 32 clases de simetría? —interrumpí yo con encarnizamiento. Precisamente la segunda lección del examen. —Sí, señor, también las conozco». Y las dije como el más elocuente de los loros. Al profesor, sin duda, le divertiría mucho el ejercicio, porque, sonriendo y cabeceando con benevolencia irónica, continuó: «¿Y los parámetros y símbolos... y la ley de racionalidad...?». Y yo, como si en ello me fuese la honra, iba tema tras tema disertando como para premio de honor. Estaba sofocada, me palpitaba el corazón; si llego a equivocarme una sola vez, de fijo me muero de repente: tal empeño pueril tenía en demostrar a mi don Raimundo que sabía su asignatura, cosa —después me lo ha confesado él— de la cual estaba per-

fectamente convencido, y que además le traía sin cuidado. ¿Entonces?, te preguntarás. Eso mismo me preguntaba yo; pero, hija mía, los hombres son peores de lo que nos figuramos, y parece que de lo que quería convencerse el bueno del doctor, a través de los parámetros y símbolos, y con la complicidad de los siete holoedros regulares, era de mi amor por su interesante persona. Sí, Carlota, nadie lo creería, pero es verdad; parece que mi acento, al hablar de la producción de cristales por acciones lentas, equivalía a la más elocuente de las declaraciones de amor, y el señor catedrático saboreaba todas las dulzuras de un inconsciente «me muero por ti» en la precipitación casi balbuciente con que se atropellaban mis palabras al explicar el cómo y el porqué de las cristalizaciones imperfectas. Así va el mundo.

Ello es que se iba pasando agosto y que cada día eran más morosas las despedidas en la primera casa del arrabal; la cura de leche nos sentaba a todos maravillosamente; en los últimos días, que ya eran los primeros de septiembre, habíamos tomado la costumbre de adelantarnos un poco a la vuelta, mientras mi hermano y el sobrino de doña Ramona cazaban grillos y cantaban coplas, y en una de estas vueltas el profesor dejó de sonreír y muy serio me dijo que, si no fuera por la pícara diferencia de años y por el temor a cometer un crimen pidiendo a mi lozana juventud el sacrificio de unas cuantas ilusiones, acaso se atreviera a proponerme aquella colaboración sentimental en la casita de la muralla, con la cual había soñado yo una mañana del mes de marzo. De lo que contesté no me acuerdo; el caso es que él me dijo que yo era la mujer más buena del mundo y, además, el ideal de mujer para un hombre de espíritu. Recuerdo que al oírlo me eché a reír, y él se puso muy serio, sin duda pensando que me reía de él; con lo cual yo también me puse grave, y él volvió a sonreírse y nos dimos la mano tan contentos. Y al día siguiente él me dijo que cualquier día de éstos tenía que ir a hablar con mi padre, y yo le contesté que no, porque si le hablaba, todo el mundo diría que éramos novios, y yo estaba resuelta a no tener novio ni para casarme ni para no casarme, y, alabándome el gusto, me propuso él la boda para cuanto antes; y yo, bien contenta con su cariño, porque, después de

todo, lo mejor del amor es la seguridad de que a uno le quieren y de que uno sabe corresponder; contenta, digo, con saber su cariño, y sin prisa ninguna por la boda, porque yo soy así, declararé formalmente que no me quería casar hasta que tuviese aprobada, ¡y con sobresaliente!, la Cristalografía; lo cual era retrasar hasta junio el matrimonio, puesto que, examinándome en septiembre, como alumno suspenso, no podía sacar más que aprobado; y tan a pechos tomaba yo lo de la reivindicación escolar, que mi buen doctor, sonriendo, aunque un poco contrariado, no tuvo más remedio que decir que sí; y empezó el curso, y asistía yo a clase, y estaba en mis glorias, sintiéndome querida y bien querida...; y no me equivocaba, porque a fin de octubre, el señor catedrático, llamándome aparte, después de una clase en que luminosamente nos había explicado el ángulo de desviación mínima, me aseguró que le era imposible, pero materialmente imposible, seguir viviendo a gusto sin tenerme a su lado, y que el invierno es la mejor época para iniciar las colaboraciones, tanto científicas como sentimentales, y que junto a la lumbre de su chimenea había un sillón esperándome con los brazos abiertos, y que el hombre y la mujer que pierden una sola hora de felicidad son tontos de remate. En resumen: que debíamos casarnos cuanto antes, y que me lo pedía por todo lo divino y lo humano..., con tanta elocuencia, que sacrifiqué mi sobresaliente, y el señor doctor habló con mi padre, y al día siguiente sorprendióse la villa con la noticia, y pasados apenas dos meses, el tiempo justo de hacerme yo el equipo, nos casamos.

Me parece que va bien demostrado por activa y por pasiva el amor de la niña de Alcaraz al señor de la Gala; sin embargo, ¿querrás creer que hay todavía quien se permite dudar de él y aun negarlo con el mayor cinismo, bajo el pretexto deleznable de que es inverosímil? ¡Como si estuviera una obligada a vivir con verosimilitud! Eso se queda para las comedias y las novelas, que, al cabo, como son cosa artificial, necesitan cierto fundamento lógico; pero como la vida no es un artificio ni una edificación, sino «vida», únicamente vida, precisamente vida, se prende, germina, florece sobre el más inverosímil e inestable de los terrenos. ¿No se ven lindísimas flores de montaña, azules, moradas, blancas y aun rojas, en las mismas grie-

tas de los peñascos tan lozanas y satisfechas sobre el azar de un puñado de tierra que el viento de ayer trajo Dios sabe de dónde y que probablemente el viento de mañana se volverá a llevar? Mi padre, mi madre, mis hermanos, han consentido en que me case, porque ante la voluntad de una mujer que quiere casarse no hay fuerza en lo humano que baste; pero están convencidos de que no quiero, de que no puedo querer a mi marido. A mí se me sublevaban razón y sentimiento contra tales escepticismos. ¿Por qué, señor, por qué? ¿Sabes lo que se atrevió a decirme en la misma estación el majadero de Marianito? Pues me dijo:

—¡Ay, nena, nena; muy contenta te vas con tu enamorado prehistórico; a la vuelta te espero, y puede que entonces tengamos ocasión de alegrarnos juntos! ¡Habrás visto cinismo como éste! A mi marido este ambiente de duda universal que a mí me saca de mis casillas, parece hacerle bastante gracia. No lo entiendo. Quisiera yo que mi cariño fuese algo indiscutible, evidente, cosa de luz propia, innegable como el amanecer, fuerza natural, fenómeno cósmico, ley física, fórmula matemática, algo que yo pudiese demostrar con el solo enunciado ante los ojos de la Humanidad entera; por el contrario, la poca humanidad que me conoce, o me va conociendo, en cuanto se percata del caso empieza a dudar de su realidad. ¡Esa niña casada con ese buen señor! No le quiere; imposible que le quiera. Los más benévolos conceden a mi amor cierto asomo de vida actual —¡las mujeres son tan caprichosas!—, pero condenándole a muerte en plazo breve y perentorio; sé de quien se ha atrevido a fijar fecha para mi infidelidad irremediable —¿No es cosa para desesperarse?— Y que, por lo visto, no hay alternativa; los cínicos me condenan a adulterio fatal; las buenas almas, a morirme de tedio en una larga vida de no menos fatal desencanto. Dicen que tengo, ¡vaya una razón!, tal aire de alegría, tal aspecto de juventud inmarcesible, casi de infancia... Ciertamente me he puesto de largo para ir a los altares; cierto que me he subido el moño media hora antes de pronunciar el sí; cierto que mi marido gasta lentes y empieza a tener canas; pero ¿y la copla, la copla sabia, la copla irrefutable: «Te quiero porque te quiero y porque me da la gana?...». Lo cierto es que a días me pone de malísimo humor esto de querer contra «el consentimiento

unánime de las naciones». Porque no creas que la tal incredulidad sea achaque exclusivo de X... Consolárame entonces pensando que mis conciudadanos son gentes atrasadas, provincianas, acostumbradas al invariable carril de la vida burguesa, incapaces de comprender ciertas quintaesencias psicológicas, ciertos excepcionales romanticismos de la sentimentalidad; no, hija mía, no; lo mismito que en X... me ha sucedido en Bélgica y en Holanda y en Inglaterra, y ¡en París!, admírate, en París, la cuna, el foco, la patria, el hogar, de las novelas psicológicas... ¡Esa psicología de mi amor es inverosímil en todas partes! Cuando me muestra, esposa fiel, ¡oh, ya lo creo!, y enamorada, después de haber vivido Dios sabese ciento veinte años, de seguro se disputan mi cerebro todos los institutos psicológicos de Europa. Entramos en una reunión, lo mismo de sabios que de gentes frívolas; nos presentan, y apenas ha sonado el fatídico, ¡y a mí me gusta tanto oírlo! «El señor y la señora de...», no hay mujer que deje de sonreír maliciosamente, ni hombre que no se atuse las guías del bigote en ademán conquistador. ¡La cantidad de miradas lánguidas, de morosos apretones de manos, de palabritas con doble sentido que he tenido que soportar por esas capitales de Europa! Al principio me alarmaba un poco, temiendo que mi sabio se ofendiese; luego, y en vista de que no se ofende, en lugar de alarmarme, me indigno... hasta contra mí misma. ¿Qué mil diablos tendrán mis diecinueve años que así van suscitando intenciones pecaminosas? Me miro al espejo... ¡y nada! No soy bonita; ya lo sabes tú; tengo los ojos negros, pero no muy grandes; la boca muy roja, pero no pequeña; el pelo castaño, ni mucho ni poco, sin ondas, ni rizos, ni bucles de esos que en las novelas acostumbran a prender corazones; soy morena de cutis, pero no a lo romántico, sino con cierto tinte rosa de buena salud sobre las mejillas, más bien un poquito prosaico; tengo los dientes limpios, porque me los cuido, pero no son de un blanco deslumbrador; la nariz anda muy lejos de ser clásica, y no tiene tampoco ese respingo desarmónico que dicen que es aperitivo sensual para ciertos temperamentos; la frente... dicen que la frente, y yo lo creo así, es lo más bonito que tengo en la cara: pequeña, lisa, levemente hundida en el centro, con el pelo bien plantado en arco, abundante en las sienes,

cayendo en curva suave hasta las orejas chiquititas, acaracoladas, con el lóbulo bien despegado de la mejilla, lo cual dicen que es señal evidente de inteligencia...; puede pasar, sí, sí, la frente, puede pasar; en *El Defensor de la Provincia* llegaron a salir unos versos de un chico madrileño, en los cuales se hablaba de cierta clara luz sobre el marfil tostado de esta frente; pero tampoco en la frente está el daño, porque, al subirme el moño, con el fin de representar una poca más edad de la que tengo, me he echado el pelo casi hasta las cejas, con lo cual la frente no se me ve..., y no gasto pendientes, así es que las orejas bien pueden pasar inadvertidas; además que a nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido nunca enamorarse de unas orejas, por chiquitas y acaracoladas que sean... En fin, que motivo no existe, a no ser que un exceso de misericordia impulse a los hombres a sacrificarse por el gusto de hacer saborear las delicias del amor, que sin duda desconoce, a una chiquilla que no es precisamente una belleza, pero que está casada con un viejo. Esto de viejo lo dicen ellos, porque a mí me parece que los cuarenta y cinco son la flor de la edad para un hombre de ciencia, y que en mi cualidad libérrima de ser humano puedo, con toda la altivez que el caso merece, afirmar mi derecho a la fidelidad y a la felicidad por el camino que más guste. ¿No es verdad? Tuyísima.

SOLILOQUIOS DEL DISCÍPULO

Mi tía Ramona, al despertarme esta mañana me ha dicho: «Hoy cumples veinte años, Teófilo: eres todo un hombre, aunque no lo parezca... (mi tía Ramona es muy aficionada a estos arranques de franqueza casi ofensiva...) eres todo un hombre, y, si lo eres, me lo debes en primer lugar a mí, que te saqué del pueblo, donde no hubieras sido nunca más que un destripaterrones, como tu padre, que esté en la gloria, y tus cinco hermanos; a mí, digo, que desde mocoso te traje a casa y me he sacrificado por ti, para que llegues a ser lo que eres y luego a don Raimundo, que, sin más obligación que el aprecio que yo le merezco, verdad es que me lo debe, porque también por él me he sacrificado bastante; digo que sin más obligación que el aprecio que le merezco, y conste que entre él y yo no ha habido nunca gato encerrado, porque él es un señor cabal del todo, aunque me esté mal el decirlo, y a mí a cabal también no me gana nadie, y aunque todavía soy joven, y lo he sido muchísimo más, y estoy de buen ver, como está a la vista...; en fin, que no hubiera tenido nada de particular, porque otros lo hacen y otras lo consienten, y quien dice señor soltero y ama de gobierno, se suele figurar otra cosa; pero yo te aseguro que no y a la vista está, porque al señor doctor le bastan para su entretenimiento los huesos de sus animales...; digo que sin más obligación que el aprecio que le merezco, te ha servido de padre, y van ya doce años que te tenemos en casa y que viniste no digamos cómo, pero que daba lástima verte, y aquí te hemos vestido y te hemos calzado y te hemos tratado a qué quieres boca, y te hemos quitado la corteza del pueblo, y se te da carrera, y ya estás en segundo de Ciencias, y don Raimundo te quiere como si fueras hijo suyo, y te ha enseñado todo lo que sabe, y se fía

de ti para la cuestión de los huesos y de las piedras de colores como de sí mismo, y te consiente que limpies el polvo al despacho, cosa que a mí misma no me ha consentido nunca, a pesar del aprecio que le merezco, y comes a la mesa con él, lo cual, hijo mío, que sueles tener muy poca consideración y no piensas nunca, al hacer plato, en que tu tía está en la cocina, aunque me esté mal el decirlo; verdad que, ¿qué sería de una, si con lo egoístas que sois todos los hombres, no tomara sus medidas correspondientes antes de mandar las fuentes a la mesa?... Digo que, aunque me esté mal el decirlo, eres todo un hombre, y vas a cumplir, digo, has cumplido veinte años, porque naciste de madrugada, precisamente el día en que me compré yo esa falda verde que todavía tengo para andar por casa, y que, cuando me dieron la noticia, me llevé un susto, porque no te esperábamos hasta dos o tres meses más tarde, y con el susto se me ardió el aceite, que, aunque me esté mal el decirlo, tenía en la sartén, porque estaba preparando el almuerzo, y me saltó a este brazo, y todavía tengo la cicatriz, para que veas si me voy a olvidar del día en que naciste y si me tienes poco que agradecer...

Por aquí andaba la peroración de mi tía Ramona, cuando un campanillazo cortó el enmarañado hilo de su discurso; el señor doctor pedía el desayuno: «¡Voy, voy! gritó mi tía (el señor doctor es un poco impaciente). —¡Ay, hijo mío, qué vida lleva una tan apremiada! ¡No tiene una tiempo ni para decir tres palabras que a una le interesan!... —nuevo campanillazo del señor doctor—. ¡Voy, voy!... ¡Jesús, qué hombre tan vivo de genio! Conque ya lo sabes...; hoy cumples veinte años, y aunque me esté mal el decirlo...». «Ramona, Ramona, ¿dónde demonios se ha metido usted? —grita el profesor—; el chocolate, si le parece a usted que ha llegado la hora...».

Mi tía Ramona sale de mi cuarto.

¡Es verdad! Hoy cumplo veinte años..., y no lo parece. Siempre he sido un poquillo desmedrado; acaso tenga la culpa de ello el haber nacido, según dice mi tía, un poco prematuramente. A mí esta precipitación por venir al mundo me enorgullece un poco, porque tengo para mí que demuestra una innegable ansia de vivir, un afán de ser, una vocación de existir, que desde luego predestinan a grandes hechos al indi-

viduo que la trae o a quien ella trae al mundo. A días me ha molestado, siquiera sea levemente, esta digamos insuficiencia física; las gentes, como no ven del hombre más que la envoltura material, se sienten inclinadas a tener en poco al que anda mal de músculos; pero el espíritu consuela de todo, y lo que es en punto a desarrollo espiritual, no puedo quejarme de mi suerte: creo que puedo comprenderlo todo y sentirlo todo; puedo llevar muy alta la cabeza en mi orgullo de caña pensante.

Mi tía ha sido buena para mí; estas amas de llaves solteronas, cuando no aman a un perro o a un loro, se apasionan inevitablemente por un sobrino; yo he sido la pasión de mi tía, que, por otra parte, no puede sufrir con paciencia a ninguno de sus parientes, y don Raimundo también se ha mostrado siempre conmigo de una bondad inverosímil: él, que todos los días regaña con su doña Ramona, no ha tenido nunca para mí una sola palabra desagradable; verdad es que yo he sido siempre una criatura poco molesta, especie de perrillo silencioso, sin juegos de los que arman ruido, sin travesuras, sin rabetas; mi tía me inculcó en buen hora el principio de que mi virtud esencial, en casa del señor don Raimundo, consistía en pasar inadvertido; tengo para mí que el doctor —tan a la perfección cumplí los deseos de mi pariente y tan distraído le ha traído siempre el amor a la sabiduría— tardó años enteros en percatarse de mi presencia en la casa; cuando se enteró de que estaba yo allí, ya se había acostumbrado a que estuviese —esto puede parecer paradójica, pero no lo es—. Yo jugaba, cuando él estaba en casa, debajo de la mesa, con los carretes y ovillos de mi tía; cuando él estaba en clase, con los huesos y piedras de sus colecciones, que luego volvía a colocar en su sitio y por su orden, sin equivocarme jamás de estos juegos, casi prohibidos, me vino sin duda el instinto de clasificación; el doctor vino, por azar, a darse cuenta de que había en la casa quien supiera, casi mejor que él, el lugar y el número de orden de sus amadas chucherías científicas, y desde entonces me tomó un afecto que bien pudiera llamarse paleontológico, y decidió darme carrera y conservarme como auxiliar doméstico. Puedo decir sin falsa modestia que no he defraudado sus esperanzas; mis veinte años rebosan de conocimientos científicos; soy feo, pero natu-

ralista, y cuando dentro de dos años termine mi carrera, podré retener el puesto de auxiliar en la cátedra de mi padrino; no sé por qué mi tía Ramona ha tenido capricho en que yo llame padrino al señor doctor, y él no ha protestado nunca contra el espiritual parentesco. Sea como quiera, estoy contento de la vida. Pienso que, según dicen los novelistas, los veinte años son la primavera de las ilusiones: preparémonos a vernos florecer. Esta noche he soñado con el amor; debe de ser cosa de gusto, quiero decir de buen sabor; yo no he amado nunca, pero como las noches de invierno son largas y mi tía Ramona no me deja salir después de cenar, he tenido tiempo de leer no poco y estoy al corriente de la literatura amorosa contemporánea; así es que la pasión, si llega, no me ha de coger inexperto. Tengo mis teorías...

* * *

...Que no son más precisamente; pero pudieran serlo, si no se le hubiese ocurrido a Felipe Trigo formularlas antes que yo. A mí, francamente, Felipe Trigo me parece un genio. Sí, sí, tiene razón; el mundo está perdido porque los hombres han echado a perder el amor: una cosa que debiera y pudiera ser tan sencilla. Conque todas las mujeres fueran igualmente hermosas y todos los hombres igualmente fuertes, se arreglaba el conflicto; nada de diferencias, nada de pasiones exclusivas. ¿Es que a un gorrión se le viene a las mientes adorar a una gorriona especial con exclusión de todas las demás? Felipe Trigo asegura que no, y yo le creo bajo su palabra; un hombre, una mujer, es decir, muchos hombres y muchas mujeres; gimnasios y universidades donde establecer una armoniosa coeducación; a los diecisiete años justos, cada uno se enamoraría de su cada una; es decir, el universitario de la izquierda se enamoraría de su inmediata compañera de la derecha. Aquí se me ocurre una dificultad: ¿Y si la compañera se había enamorado antes del compañero de la derecha? Porque, a mi entender, no hay que contar siempre con que el amor de la mujer vaya del lado del corazón... En fin, Felipe Trigo lo dice, y él sabrá por qué. Enamorado el hombre, la hembra le corresponde; vanse juntos a formar, no un hogar, sino un grupo amante; no ha-

brá pasiones, porque ¿para qué, si todas las mujeres son iguales? Por lo tanto, suprimida la infidelidad. Sobrevendrá el inevitable embarazo, la mujer se retirará al hospital común, durante el breve espacio de dos o tres años, para cumplir sus deberes de madre y nodriza. Aquí se me ocurre otra dificultad: ¿Qué se hará de la castidad del hombre durante la ausencia de la esposa? Porque tres años de castidad deben de ser castidad exagerada para un hombre que ha probado el placer de dejar de ser casto. Verdad es que como todas las hembras estarán empleadas legítimamente, y a ninguna le vendrá en deseo faltar al elegido, por la razón apuntada antes, de que todos los hombres serán también iguales y no existirá placer en la variación, no habrá más remedio que esperar con paciencia...; pero me parece que, después del primer experimento de paternidad, la teoría de Malthus tendrá muchos prosélitos, y la especie humana correrá peligro de no multiplicarse demasiado: si mi admiración me lo permitiese, escribiría una respetuosa carta a Felipe Trigo para exponerle esta dificultad, porque sería grande lástima que por semejante fute-sa fuera a fracasar toda su admirable teoría del amor sexual...

Desgraciadamente, en nuestras universidades faltan las compañeras, y es de temer que la mayoría de los estudiantes tengamos que casarnos, una vez terminada la carrera, con mujeres que nos sean absolutamente desconocidas y que, habiendo pasado de los veinte años, habrán consumido el ardor de su juventud en deseos estériles y no sabrán responder a nuestros ardores y apasionamientos, sino con frías caricias resignadas. ¡Pobres mujeres! ¡Pasar la primavera de la vida en espera del beso que no llega, en ansia del abrazo que la naturaleza reclama y la sociedad prohíbe! Verdaderamente se parte el alma de conmiseración leyendo, por ejemplo, *La sed de amar*. Debe de ser cosa terrible para las pobres criaturas; los hombres tenemos esta hermosa libertad en la que el ejercicio del amor venal nos conserva los amantes verdores; puesto que ejercitamos la facultad de amar, no se nos agota en llamas de deseo. Aquí se me ocurre otra dificultad: ¿Y los que no la ejercitan, es decir, para hablar sinceramente, los que hemos

cumplido los veinte años sin haberla ejercitado? Sin duda somos tan de compadecer como esas ardorosas ingenuas, como esas vírgenes consumidas de deseo y de anemia... Sin duda...; el maestro lo dice... Entonces, soy también muy digno de lástima. Pero es el caso que, interrogándome sinceramente, no descubro en mí síntomas de la menor consunción interna; jugosos andan corazón y deseos, y creo que la primera mujer que tenga el privilegio de gustarme, siempre que yo le guste a ella, no se podrá quejar de su suerte... Veremos. De todas maneras, el problema del amor tiene su importancia, puesto que es esencial en la vida del hombre; sin embargo, hay hombres que parecen negar con su vida la susodicha esencialidad. El doctor don Raimundo, mi amado padrino, entre otros; dicen que tiene cuarenta y cinco años; no se ha casado nunca, que yo sepa, ni se piensa casar; mi tía Ramona lleva más de veinte años de vivir con él en absoluta limpieza de costumbres; él no sale de noche, ni de día más que para ir a clase; y, sin embargo, es un hombre sano, alegre, misericordioso... Luego el amor no se le ha echado a perder dentro del cuerpo y la abstinencia no le ha causado anemia. ¿Acaso esté yo destinado a vivir como él, sin voluptuosidades sensuales? Sería lástima, porque, a juzgar por las descripciones del maestro en amor, deben de ser las tales voluptuosidades el *non plus ultra* de lo bueno; aquel olvidarse del mundo y de la vida, aquella fusión de bocas y de almas, aquellos gritos «inarticulados», aquel gemir, aquel sollozar, aquel doblarse como juncos los cuerpos, y enroscarse luego como serpientes, y sentir la gloria y el infinito y el cielo y la tierra fundirse en derretimientos incomparables; verdaderamente da gana de morder la manzana... Y aquellos discursos que, en el vértigo de la más furiosa locura del amor, ellos y ellas pronuncian con arrebatada elocuencia y mayúsculas significativas: ¡Oh, Amada! ¡Oh, Mío! ¡Oh, Mío! Y lo del Todo, y lo de la Nada, y lo de las ofrendas y del don altísimo. Sí, sí, no es posible marcharse de este mundo sin unas cuantas noches de amor bajo colcha de raso...

* * *

¡Qué bonita es! Tiene unos ojos negros que se ríen solos; quiero decir que para reírse ella no necesita

mover los labios. ¡Unos ojos negros... es decir, castañito oscuros!... Con una chispa dentro que es lo que hay que ver... y que no ver, porque me parece a mí que si se ve mucho tiempo seguido, mareo seguro. ¡Lo que es a mí no ha habido hasta el presente ojos de mujer que me hayan hecho efecto semejante! Verdad es que de cerca, lo que se dice de cerca, no había visto hasta el presente más ojos femeninos que los de mi tía Ramona, y la verdad, los ojos de mi tía Ramona no me conmueven; en primer lugar, son de un colorcillo entre gris y verde, y en colores de ojos también tengo yo mi teoría: si no son negros, no son ojos. Puede que vean los ojos azules: no digo que no, ya que para eso están en la cara; pero lo que es mirar, no miran, y decir, ¡no digamos! Por eso me parece una solemne tontería el cantar que canta: «Ojos azules tenía la mujer que me engañó». ¿Cómo puede engañar lo que nada dice? Si me enamoro, y voy temiendo que llegue a enamorarme cualquier día de estos, será de una mujer con ojos negros, y parlanchines, y risueños... como los suyos... como los suyos. Cuando entró en clase pareció que entraba con ella un poco más de luz; debe de ser muy joven, porque lleva las faldas cortas y el pelo bajo, con un gran lazo negro en el moño. ¡Qué bonita es! Ni alta ni baja; anda a paso gimnástico, muy derecha, de prisa, como si el mundo fuera suyo; pero, sobre todo ¡mira con una tranquilidad! Entró en clase, digo, atravesó la sala y miró a todos lados, buscando puesto; pero miró sin precipitación, sin rubor, sin pensar que la estábamos mirando; había cuatro o cinco sitios vacantes; los consideró todos despacito, como pesando inconvenientes y ventajas..., y vino a sentarse a mi derecha, precisamente en la punta del banco. Como yo me apartase ligeramente para dejarle sitio, volvió la cabeza y me dijo: «Gracias». Entonces fué cuando le vi brillar la chispa de los ojos y sentí un extraño estremecimiento; mucho frío primero por la espalda, y después un calor muy grande en la cara y unas palpitaciones en las sienes; ella arreglaba sus papeles para tomar notas, y no volvió a mirarme en toda la clase; al salir me ha hecho una ligera inclinación de cabeza... ¡Qué bonita es!



Lleva una blusa blanca un poquito descotada; así se le ve el cuello tan bien colocado sobre los hombros; es decir, a mí me parece que está bien colocado, aunque no entiendo mucho de escultura; pero la línea suave que va desde detrás de la oreja al hombro da, cuando se la mira, una satisfacción casi científica, como la que se siente cuando en el encerado le sale a uno exacta una demostración. Esto debe ser una tontería; pero ¿qué culpa tengo yo de que cosas distintas produzcan sensaciones análogas? Es como cuando meto las manos en agua caliente: siempre me parece que estoy saboreando azúcar; esto me hace pensar que acaso haya en placer una especie de tabla de valores equivalentes; tal vez por eso a mi padrino no le hace falta ninguna el amor: puede que el armonioso encadenamiento de una serie de vértebras caudales en cualquier esqueleto de reptil prehistórico le dé a él tan plácida sensación de bienestar como a mí la dulzura de esta línea viva que, naciendo detrás de la oreja chiquita y fina, como una de esas conchas que recogen los chicos en las playas, va a esconderse, precisamente cuando empieza a ser más turbadoramente bonita, en la batista blanca de la blusa. Además, muchos días se pone una gargantilla de coral, que a mí me causa otra impresión, que también debe de ser una tontería, pero que tampoco puedo remediar; la gargantilla, digo, es de coral, y está hecha de bolitas muy rojas; ella es morena clara; pero junto al rojo de la gargantilla la piel del cuello parece muy blanca. Yo bien sé que las bolillas de coral no son cerezas, y me figuro que la piel del cuello estará tibia, como corresponde a toda piel de cuerpo vivo; pues, sin embargo, a fuerza de mirar garganta y gargantilla —el demonio hace que cuando las miro una vez no puedo apartar de ellas los ojos en toda la mañana—, a fuerza de mirarlas, repito, me entra una sed de tarde de canícula al sol, y me parece que si mordiera una de las bolitas de coral sobre el cuello tan blanco, sería lo mismo que morder cerezas puestas a refrescar en terrones de hielo. ¡Y tengo que hacer unos esfuerzos para no dejarme llevar de la golosina,

es decir, de la sed! Ello es que suelo salir de clase con la garganta seca, y cuando bebo agua en la fuente del claustro, que siempre me ha parecido el *non plus ultra* de la frescura, la encuentro nauseabundamente tibia y con sabor a hiel.

*

* *

Para escuchar al profesor en clase, cuando no toma notas, que es muy a menudo, tiene una postura mimosa, que, francamente, me saca de tino: apoya el codo del brazo derecho en la palma de la mano izquierda y, ladeando un poco la cabeza, deja descansar la mejilla sobre la mano derecha, cerrada. Así se queda inmóvil, con los ojos a medio entornar y la boca entreabierta, y va siguiendo las explicaciones, y a veces frunce el ceño, y a veces sonríe. Cuando algo le parece muy interesante, coge rápidamente el lápiz y hace unos cuantos signos en el papel; otras veces, cuando llega una demostración difícil, en Álgebra o en Geometría, cruza las manos sobre el pupitre, inclina un poco el cuerpo hacia delante y parece que va sorbiendo las palabras; cuando, después de un rato de atención concentrada, «vuelve en sí», y traga saliva, se le hincha un poco la garganta, y yo me acuerdo del cuello tornasol de una paloma que teníamos en el pueblo metida en una jaula; cuando está distraída, muerde el lápiz, y cuando está, digo yo que nerviosa o le cuesta trabajo entender algo, le parte por medio y le tira. A propósito de lápiz, ayer me sucedió una dulce aventura: yo no tomo las notas con lápiz, sino con pluma estilográfica; pero ayer se me olvidó llenarla —hace unos cuantos días se me olvidan una porción de cosas, a mí, que he tenido siempre tan buena memoria—, se me olvidó llenarla, y a mitad de clase de Mineralogía me quedé en seco; precisamente no tenemos texto, y los apuntes son indispensables; hace tiempo que estoy a morir con mi compañero de la izquierda, por motivos que no son del caso, así es que no podía pedirle auxilio; a ella no me atrevía; pero es lista como el mismo diablo; sin volver la cabeza, vió que yo no escribía, y magnánimamente me ofreció su lápiz. «Tome usted». «No, señora, muchas gracias; ¿y usted?». «Yo tengo otro». ¡Oh, diálogo amable y victorioso, palabras dichas a media voz! —Tome us-

ted... No, señora... Yo tengo otro... —Es la primera vez que nos hemos hablado. Ahora tengo el lápiz como una reliquia, y, puesto que ella le ha mordido tantas y tantas veces, le muerdo yo algunas, a escondidas en clase y a todo sabor en la soledad de mi cuarto, sin temor a microbios, porque ¿qué microbio puede haber en esa boca fresca que no sea microbio de buen humor, de gracia, de risa?... El lápiz es Koh-i-noor, amarillo, y está muy gastado; le guardo en una caja que fué de tinta china, de seda bordada, y que huele muy bien... Ella huele a fruta y a agua de río; por lo menos, cuando viene a sentarse a mi lado me parece que el aire se embalsama con esa fragancia, que apenas es olor, del campo a la orilla del agua, donde hay juncos y hierba crecida y algún saúco en flor. Se mueve, y la ropa le suena a limpia, y es como tirarse desde el puente al río en las siestas de agosto y nadar por debajo del arco, donde la sombra de la piedra da fresco de cueva; un frío que no sabe uno si es frío o buen olor, o sombra, o música —¡siempre la maldita confusión de sensaciones!— Pero el caso es que todas las que al verla y sentirla a mi lado y oírla suscita en mí, son de cosa bien oliente, y de aire libre, y de frescura y de frutas y huertos, y de amaneceres, y de agua que se queda en hojas de col, y pájaros que vienen a beberla, y que se dan un baño y sacuden las alas. Nunca se me ocurre pensar, cuando pienso en ella, en lumbres, ni en inviernos, ni en casas cerradas, ni en ambientes tibios... Y, sin embargo, todas esas cosas dicen intimidad, y esta chiquilla debe guardar para las horas íntimas, a juzgar por su paso gimnástico y su empaque de mujer sana, encantos y misteriosas reconditeces nada despreciables. Hoy la miraba: llegó a clase un poquito tarde; sin duda había venido muy de prisa y traía la cara sonrosada desde el cuello a la frente; le reían los ojos como nunca, respiraba con precipitación y, naturalmente, tenía la boca entreabierta, como una rosa en su rosal; para serenarse, escondió un momento la cara entre las manos. ¡Y yo que no le había mirado las manos nunca! Los ojos y el cuello tienen la culpa. Las manos son sencillamente inverosímiles: un poco morenas, chiquitas, delgadas y gordas al mismo tiempo; quiero decir que tienen los dedos más bien largos y, sin embargo, la palma, por detrás,

digamos el dorso de la mano, es redondo, lleno, con cuatro hoyitos... ¡ay!, un poco más morenos que el resto. Lleva en la izquierda, que es la que está a mi lado, una sortija de oro con cinco granates; ¡y aquí de los corales de la gargantilla! Si aquéllos son cerezas, éstos parecen granos de granada, y precisamente los granos de granada son una de mis pocas pasiones en punto a comestibles. Además, los hoyitos morenos parecen cosa de pan tostado, la tentadora corteza coruscante de las roscas o del pan de picos, de este pan de Castilla que sabe tan rico untado de miel... Decididamente, tengo tendencias antropofágicas frente a esta mujer. A otro cualquiera se le ocurriría pensar: ¡De buena gana le daría un beso! A mí no se me ocurre más que desear: ¡Si pudiera comérmela!...

*

* *

Y pienso: ¿es posible que esta criatura tan limpia, tan fresca, tan apetitosa, tan sonrosadamente morena, con boca tan burlona y ojos tan alegres, tenga, en la soledad de sus noches, esas horas de fiebre, de tormento, de sed de amar? Bien constituida para el amor está, a juzgar por lo poco que se ve y lo mucho que se adivina; la Naturaleza no hace nada inútil; luego si ella está formada para el placer, inevitablemente ha de sentir el aguijón del deseo..., o caen por tierra todas las admirables teorías del admirado e insigne autor de *El amor en la vida y en los libros*. Tiene dieciocho años no cumplidos, me lo ha dicho el más pequeño de los cuatro hermanos que vienen con ella a la Universidad, y no la dejan a sol ni a sombra en cuanto salimos de clase. ¡Dieciocho años! Viven fuera de la ciudad, más allá del río, en el arrabal, en una casona con huerta. Desde el balcón de nuestra casa se divisa la suya; ayer miré con un antejo de larga vista; en una especie de azotea con muchos tiestos había una señora cuidando un canario; luego se hizo de noche, muy oscura, y pensé yo: Puede que esté en la azotea soñando con el amor que desconoce... ¡Cómo le brillarán los ojos! ¡Qué suspiros dejará escapar, al parecer sin causa! ¡De qué palpitaciones será nido aquel pecho, de qué imaginaciones locas aquella frente!... —Hay que advertir que tiene la frente más bonita del mundo y, aunque parezca imposible, tan

parlanchina como los ojos; quiero decir que, merced a una extraña claridad que hay en ella, parece que le fueran brotando al exterior los pensamientos—. ¡Cómo soñará, pensaba yo, pues, en esta tibia noche de primavera, y quién pudiera soñar a su lado!... Es decir, los dos juntos puede que no soñaríamos; no, seguramente no soñaríamos. ¿Será ella alegre en las horas de amor? Pienso que sí, puesto que encuentra modo de poner cara de risa hasta cuando está oyendo las explicaciones del catedrático de Química general, que son de lo más melancólico que pueda imaginarse. ¡Y qué bueno debe de ser el amor con una mujercita alegre! Por ahí, no sé dónde, he leído yo algo sobre el gusto que da besar una boca que se está riendo, ¡y ella se ríe como nadie! Y además aseguran que cuando una mujer se está riendo no acierta a defenderse, y para el galán que sabe lo que se pesca, el instante de la risa loca es el de los grandes atrevimientos. Además, digo yo que el amor risueño debe dejar muy buen sabor de boca en el pensamiento... La veo reír, reír, reír, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos medio entornados, y los brazos caídos, y todo el cuerpo en temblador e incitante abandono... ¡Qué de cosas le diría yo para que la risa no se acabara nunca...! Pero tampoco debe de estar mal eso otro del amor apasionado, y hasta un poco triste; la mujer que suspira, que solloza, que se entrega con miedo, con remordimiento, arrastrada por la pasión irresistible; sí, la vistoria es más completa, más trascendental, y, por lo tanto, el placer más intenso... Si yo la sorprendiese, ahora que está de seguro soñando con el amor, y supongamos, ya que tan poco cuesta suponer, que conmigo; si yo la sorprendiese y ella, ruborosa y feliz por haberse dejado sorprender, dolida de pasión, quisiera defenderse y no supiera, y poco a poco, en dulcísimos huertos, fuera yo gustando las ocultas delicias de su saladísima persona, y ella suspirase, y pasara luego del suspiro al llanto, y del ceremonioso usted al tú balbuciente, y del dolor al goce y a la suprema felicidad de la inconsciencia, y yo algo más sereno que ella, ya que al cabo soy hombre, pudiera ir fundiendo fuego con fuego sobre la rosa de la divina boca y sorbiéndole las cristalinas lágrimas en besos largos, largos... ¡Oh, suave, amorosa, dulcísima convalecencia del dolor de amor! ¡Oh, cuerpo estremecido

y vibrante! ¡Oh, brazos que no saben desprenderse del cuello del amante! ¡Oh, boca mordida de besos y sedienta de nuevas heridas! ¡Oh, labios que piden callando reiterado veneno! A todo esto habría en el aire un solemne silencio, porque toda la noche se habría hecho cómplice del crimen de amor. La ropa, bellamente descompuesta, dejaría entrever tesoros de ordinario ocultos, pero que, ya rendida la hermosa, no cuidaría de esconder a los codiciosos ojos y a las osadas manos del amante; callarían ambos elocuentemente, dejando apaciguarse en languidez los arrebatos de la hermosa tormenta, y vueltos ya en sí, mas sin querer moverse, por no perder la deliciosa sensación de intimidad absoluta, irían naciendo en sus labios las palabras, como flores, primero lentamente, una a una; después en arrebatado tropel, en torrente, en desbordado río y tormenta deshecha; qué de bellos, truncados y apasionados juramentos no se harían entonces los dos enamorados corazones... Puede que ella a estas horas esté soñando todo esto; puede que yo, a quien con femenil hipocresía finge no conceder la atención más mínima, sea el héroe de sus nocturnas apasionadas divagaciones; puede...; pero entretanto yo soy el que tengo la boca seca, la garganta como si me hubiese tragado un gato, las piernas temblorosas, el corazón hecho una calamidad, y me tengo que meter en la cama, donde pasaré una noche que ¡ay, no es la primera!, como si mi tía Ramona se hubiera entretenido en sembrarme las sábanas de ortigas y cardos... ¡Los sueños de amor dan por resultado insomnios bastante molestos!

Teniéndome tan cerca a diario, ¿es posible que nunca haya reparado en mí? A juzgar por los signos exteriores, mi humilde persona es para ella lo mismo que si no existiese. Desde el día del lápiz cierto que me saluda, y con una sonrisa que, al descubrirle los dientes color de leche, no sé por qué endemoniada contradicción me da a mí más gana de morder que de ser mordido; cierto que me saluda, digo, al entrar en clase y al salir de ella, y aun si al ir y venir a la Universidad nos encontramos en la calle, pero estoy temiendo que ni siquiera sabe cómo me llamo. Como digo, estas son apariencias, pero también se dice que de apariencias no hay que fiarse, sobre todo cuando de mujeres se trata. Ellas son hipócritas en esto del

sentimiento, y gustan de disimular su amor; ésta es una astucia a que les obliga el mal entendido concepto del pudor femenino; mal entendido, sí, porque digo yo, ¿qué mal habría en que cualquiera de las mujercitas que al cabo del año reparan en uno —y supongo yo que, entre ellas, alguna habrá digna de toda clase de estimaciones, porque no ha de ser uno tan desgraciado que no vaya a gustarle más que al desecho de la humanidad femenina—; qué mal habría, vuelvo a decir, en que unas cuantas de ellas, ya que no todas, manifestasen de un modo o de otro la estimación que uno les merece? ¡Cuántas tramitaciones se facilitarían de este modo! Porque es lo cierto que si ellas no hablan por temor al qué dirá el mundo, nosotros también callamos muchas veces por miedo al qué se les ocurrirá decir a ellas. Yo, por ejemplo, por mi gusto ya le hubiera dicho a esta Teresita —¡Teresita se llama!— más de cuatro cosas trascendentales; y no se las digo ¡vea usted por qué! En primer lugar, porque, como ya he dicho, sus cuatro cancerberos de hermanos no la dejan ni a sol ni a sombra, y aunque otros estudiantes amigos de ellos se acercan y hablan con ellos y con ella, y hasta se ríen, y digo yo que le gastan bromas, a mí, para lo que quisiera decir, no me conviene el grupo, y lo que es en clase, imposible; ella no vuelve nunca la cara de mi lado —gracias a que no caben celos pensando que pudiera volverla del otro, porque con ella se acaba el banco, y si mira hacia la derecha no puede ver más que la pared y la ventana y el jardín botánico, y por el jardín botánico no suele pasar nadie en horas de clase, a no ser mi padrino cuando llega tarde, y lo que es mi padrino...—. No vuelve la cara, íbamos diciendo, y si alguna vez yo, haciéndome un poco el distraído, acerco muy pausadamente mi mano derecha a la suya izquierda y la rozo con toda precaución, ella se contenta con retirarla sin asombrarse en lo más mínimo, como si creyera en lo involuntario, por mi parte, del roce. He inventado astucias menudas haciéndome el torpe; he dejado caer una vez todos los papeles que tenía ella encima del pupitre; así, pensaba yo, ella se bajará a recogerlos; me precipitaré yo en su ayuda, y en el estrecho espacio que queda entre el pupitre y el banco, malo ha de ser que tropiecen manos o cabezas o las dos cosas a la vez. Relamiéndome estaba con la grata esperan-

za, porque debe de ser cosa exquisita saber por experiencia qué grado justo de temperatura tiene esa frente luminosa o la piel ambarina de sus manos; cayeron los papeles, y a mí se me sobresaltó el corazón; tengo yo esta condición pícara de que cuando estoy esperando algo bueno, el corazón se me vuelve loco a latidos; cayeron los papeles, precipítame a recogerlos, y la precipitación no me sirvió de nada, es decir, me sirvió para quedarme sin lo deseado; porque viendo ella mi apresuramiento en servirla, juzgó sin duda inútil molestarse, y con la mayor tranquilidad del mundo me los dejó recoger solito, y no hubo contacto. Cierto que luego me dijo muchas gracias, y sonrió con esa su sonrisa apetitosa; pero ¡ay de mí!, intangible. También he intentado repetidas veces pisarle un pie: ya he visto que los tiene tan chiquitos como las manos, y casi siempre lleva zapato bajo, con un lazo muy grande y una hebilla dorada y medias negras; pero tampoco he conseguido más que romperle un día el bajo de la falda, porque tiene la mala costumbre de cruzar las piernas como un hombre, la derecha sobre la izquierda, y entonces, naturalmente, a mi lado queda el pie que tiene en el aire, y aunque se ve mejor, ¡cualquiera la pisa! ¡Qué cosa tan difícil son las insinuaciones de amor! Por eso digo que ellas debieran darse cuenta de nuestras angustias y ahorrarnos siquiera la mitad del camino. ¡También el hombre es tímido y necesita que le den cierto ánimo! Ellas se burlan de nuestra timidez, y hacen mal, y no saben lo que se pierden.

*

* *

El caso es que el año pasado no le encontraba yo nada de particular; hasta me parecía feúcha, y me acuerdo que así se lo dije a Juanito Calzada, que estaba chiflado por ella, y hacía unas ponderaciones escandalosas; verdad es que él estaba a su lado, y yo, que soy un poco corto de vista, no la había mirado nunca de cerca; ella estaba en el primer banco, yo en el último, y lo único que distinguía de su persona era el lazo del moño, tan grande como es moda que le lleven estas niñas que van de corto, no sé por qué. Digo que me parecía feúcha, pero es terrible lo que ganan algunas mujeres con la proximidad. A ésta, cuando más de cerca se la ve, más gracia se le encuentra;

digo yo que será porque la gracia la tiene en los detalles; por ejemplo: eso de sacar un poquito la lengua y pasársela por los labios lentamente, como si a ella misma le supiese muy bien; y otro de pasarse la mano por la cara, deteniéndose mucho en los ojos, y en las mejillas, y sobre los labios, y al cruzar las manos de una manera extraña, con las puntas de los dedos hacia adentro, como si quisiera hacer un nido, y llevase el sutil trenzado a la boca, y pasarse así un rato con los labios ocultos, como si estuviese incubando un beso... Y cuando sale al encerado, y mientras el catedrático la pregunta, se queda con los brazos cruzados a la espalda, muy derecha y con la cabeza un poco levantada, como si estuviera buscando la contestación en el techo. Entonces, claro está, el pecho se adelanta y se la ve respirar lenta y profundamente, porque esta criatura todo lo hace con arreglo a la más estricta preceptiva higiénica. Pero no divaguemos; todo lo que os digo es para decir que, como dicen los autores franceses, la tengo en la sangre, como un virus, como un bacilo, como un germen, como un microbio, y voy temiendo que me va a hacer perder el curso; ella, en cambio, sacará, como el año pasado, cinco sobresalientes como cinco soles. Hay que ver con qué tranquilidad aprenden las mujeres las cosas más enrevesadas; yo soy buen estudiante, y, sin embargo, hay muchas cosas que este año no he logrado entender hasta que se las he oído repetir a ella. Además, tiene un modo admirable de tomar apuntes: cuatro palabras, otras cuatro rayas y aquí te quiero ver, programa; claro que no lo entiende nadie más que ella; el otro día falté a clase, porque llevaba cinco noches de insomnio por su culpa, y cuando a la sexta logré coger el sueño, no hubo fuerza humana que a la mañana pudiera despertarme, y cuando a mi tía Ramona se le ocurrió quitarme la ropa de la cama y regarme la cara con agua fría, ya había pasado la hora; bueno, ello es que falté a clase y no tenía apuntes, y atreviéndome a todo, al día siguiente se los pedí a ella, y ella me los dió con toda amabilidad, y me quedé completamente en ayunas... No sé a qué viene todo esto ni para qué cuento tales tonterías; es que por hablar de ella sería yo capaz de cualquier cosa, y en vista del insomnio, que amenaza acabar con mi salud, he decidido declararme. Después de

todo, no es tan fiero el león como lo pintan, y puede que ella se alegre de mi atrevimiento; hoy es martes, el sábado sin falta me declaro; para facilitar las cosas, el viernes volveré a faltar a clase y le pediré los apuntes, y al devolvérselos, le diré que no los he entendido, y ella tendrá que darme explicaciones y entraremos en conversación. Al principio había pensado en preparar unas cuantas frases, pero después he decidido guiarme de la inspiración del momento, que no puede faltar, digo yo, ya que la proximidad tiene, tratándose de ella, efectos tan decididamente incendiarios. Tengo un poco de miedo, porque como parece que es tan burlona...; pero al fin y al cabo el declarar el amor que se siente no es crimen, y todo el mundo se declara, y nadie se ha muerto por declararse, aun cuando le hayan dicho que no. ¡Que no! Esta es una idea que no se me había ocurrido nunca: el que ella pueda decirme que no, y lo malo es que puede que me lo diga; porque, después de todo, ¿quién me dice a mí que cuando sueña todo eso que yo sueño que sueña, lo sueña conmigo? Tremenda es la duda... El sábado veremos... El sábado... martes, miércoles, jueves... viernes... Cuatro noches por medio, y que de seguro no duermo ni una. Largo es el plazo... ¿Y si me declarara el jueves? Porque, pensándolo bien, también mañana miércoles puedo faltar a clase... No, no, acaso esta idea del sábado sea una inspiración; debe de serlo. «No hay sabadito sin sol —dice el proverbio— ni doncella sin amor». Claro que esto no significa nada, ni este proverbio tiene nada que ver con lo que a mí me ocurre; pero no importa; el sábado es el sábado, y el sábado ha de ser... Y entretanto..., martes, miércoles, jueves... ¡Qué largos son de pasar cuatro días con sus cuatro noches cuando le separan a uno de la felicidad!

*

* *

¡Tiene novio! Ahora sería el caso de gritar: ¡Maldición!, o cualquier otra cosa por el estilo. Tiene novio. ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes la idea de una probabilidad tan sencilla? Bien dicen que el que ama de veras se considera solo en el mundo con el objeto amado. ¡Ella y yo solos en el aula propicia! Y en el aula puede que sí; pero fuera del

aula, es decir, en un aula distante, aunque no mucho, en fin, en un aula de otra Facultad, ¡de la de Medicina!, estaba el compañero, el elegido, el amado. ¡Parece mentira, ha dicho en alemán, aunque yo lo he leído en castellano, otro desdichado amator; parece mentira que queriéndola yo como la quiero, tenga ella valor de querer a nadie! Le he visto: es rubio; ¡qué gustos tan extraños tienen las mujeres! Anda por los claustros, por la calle, con una alegría insolente; ¡ya puede! ¡Qué antipáticos son los hombres felices! De seguro que éste, como el marido de Carlota, no comprende los apasionamientos desesperados ni los suicidios por amor. Un triste nunca tiene razón frente al optimismo de un privilegiado. Puede que si yo fuera novio de ella paseara los claustros y las calles con tanta insolencia como él. ¡Oh, sueño de sus sueños en la azotea llena de macetas! Soñará con él, suspirará por él, se pondrá pálida por él... Y sí que está un poquito pálida; ahora lo noto, desde que sé que está enamorada... ¿Que cómo lo he sabido? Con la terrible sencillez de todas las tragedias: salimos de clase; pasó ella con tres hermanos y con ¡él! El cuarto hermano, el más pequeño, se quedó un poco atrás, hablando con otros; cuando pasó por mi lado le pregunté: «¿Quién es ese rubio que va con tu hermana?». Y él me contestó sencillamente: «Su novio». Después de lo cual echó a correr para alcanzarlos, y yo me desplomé sobre un banco. Nada más. Después he sabido que están en relaciones desde el mes de agosto, y que todo el mundo sabe y lo ha sabido siempre... , menos yo... , el único a quien le importaba saberlo. Verdad es que nunca se lo he preguntado a nadie. Tanto la quería que no me gustaba hablar de ella sinó conmigo mismo. ¡La quería! ¿Es posible que la fatalidad me obligue a conjugar en pasado el dulcísimo verbo? No, no; siempre será presente en mi corazón, porque, después de todo, no hay ley en lo humano ni aun en lo divino que me obligue a dejarla de querer porque ella quiera a otro o porque otro la quiera a ella; además, que aun no son marido y mujer y el mundo puede dar muchas vueltas; además, que ella no le puede querer de verdad; es imposible que una mujer con esos ojos negros pueda apasionarse por un hombre rubio; pero ¿y si se casa con él sin quererle mucho? Porque dicen que las mujeres son capaces hasta de casarse

sin amor, por sólo el gusto de estar casadas, y que luego se apasionan del hombre porque es el padre de sus hijos. ¡El padre de sus hijos! Y que si se casa con él, puede que sean rubios y que tengan los ojos azules, ¡tan maravillosamente negros como los hubieran tenido si, al mismo tiempo que de ella, lo hubieran sido míos!...

*

* *

¡Qué cosa tan triste y tan gris es la vida, sobre todo en el mes de mayo! El sol tiene una impertinencia tibia e insinuante y el aire una fragancia impertinente también. Quisiera ver llover todos los días y todos los días el cielo está de un azul monótono, vulgar, como una necia página en blanco. También la vida es una página en blanco, más necia que el cielo, y a cuya necesidad se añade la obligación que los hombres parecemos tener de llenarla con algo... ¿Por qué huele tan bien? Esta fragancia de las últimas violetas y de los primeros claveles yo no sé a qué cosa mala compararla; pero el caso es que araña, araña positivamente el corazón, le araña como mano odiosa que tuviese las uñas muy sucias... A mí otros años me gustaba la inquietud de este primaveral perfume de las flores: hasta era de los chicos románticos que llevan violetas en el ojal. Y es que, engañado, tomaba la inquietud por promesa; ahora sé que ya no queda nada por prometer y que, por lo tanto, la inquietud es inquietud a secas, y lo que es la inquietud, por mucho que digan los que escriben versos, no es buena más que cuando sabe uno que al fin de ella está el más indudable de los «sies» para responder a la atormentada pregunta del corazón. Mi tía Ramona, que nada sabe de mis desdichas, esta mañana me ha puesto en el cuarto un ramo de lilas; he llorado, no sé si de rabia o de pena, y de buena gana le hubiese tirado por la ventana. Comprendo a las devotas de San Antonio, que, cuando la esperanza en el santo les falla, le tiran al pozo; porque todas las devociones apasionadas no son más que promesas que nosotros obligamos a hacer al ídolo, en halago de nuestro deseo, y si el acontecimiento, digamos la verdad, desprestigia al ídolo, ¿qué otra cosa podemos hacer sino hacerle pedazos... aunque de paso se nos quiebre el corazón?

*
* *

Duermo como un tronco, ¡menos mal!, y algunas veces sueño con ella, pero siempre cosas desagradables: que está muy enferma, que reñimos, que ella me quiere mucho, y cuando me lo viene a decir yo me he casado ya con otra, a quien aborrezco, o me he metido fraile, o me he marchado a una América de donde no se puede volver... Lluve; yo, que tanto he deseado la lluvia, ahora que veo llover la aborrezco. Todo se ha puesto pardo en esta pardísima ciudad provinciana; las calles están sucias; las mujeres ya habían empezado a vestirse de claro, y el barro que cogen sobre las faldas de percal da una melancolía...; no sé cómo explicarme. En clase parece que llueve por fuera y por dentro, porque con tanta y tan tediosa tristeza chocan en los cristales las gotas de lluvia como las explicaciones de los profesores; todos se dan prisa a terminar los programas y hablan incansables como carretillas, y no hay quien los entienda. Ella no se ríe, está mucho más pálida, no toma notas, y en clase de Cristalografía, especialmente, no contesta nunca a derechas. ¡Y seguramente él tiene la culpa; y yo, que la sigo queriendo cada día más, no tengo derecho a irle a abrir la cabeza, por no ponerla triste! ¡Y el muy imbécil puede que no advierta la melancolía de ella, y si la nota, no le preocupa, porque esta mañana le he oído reír como un bárbaro leyendo los chistes de *Vida Galante!*

*
* *

Nunca creí que un examen ajeno pudiera hacer pasar tales angustias; pero es que ha sido incomprendible: ni una palabra. Estaba, al parecer, muy tranquila; pero no contestaba; mi padrino, venga preguntar, y ella, no responder, mirándole con sus ojazos negros, como si las preguntas no fueran con ella. ¡De qué buena gana hubiera yo salido a contestar por ella! Porque si hay en el mundo cosa sencilla de aprender, es la Cristalografía; es decir, a mí me lo parece; no sé si será por lo que ya he dicho de haberme pasado la niñez jugando con los cristales de mi padrino. Ello es que, naturalmente, la suspendieron, y ella, que pa-

recía tan serena, al leer la nota se echó a llorar como una criatura, o como una histérica, a grandes sollozos, y tardó más de diez minutos en calmarse, y luego se marchó con sus hermanos. Cuando pasó por delante de mí me dió una vergüenza mi sobresaliente..., y me quité el sombrero y la saludé con un respeto, como si fuera, qué sé yo, una reina destronada o una princesa de las que fueron a la guillotina. ¡De qué poco sirve el cariño en el mundo! Ni siquiera para lograr un cambio de calificación; aquí estoy yo con mi sobresaliente; ¡de bastante me sirve si no puedo ofrecérselo a ella!, y ella llorando, porque puede que esté llorando todavía por culpa...; no, lo que es esta vez la culpa no es de nadie, y menos que de nadie, de él, justo es reconocerlo, aunque me duela, porque a la misma hora él se estaba también examinando, y creo que su trabajo le ha costado aprobar; porque dicen, y puede que no mientan, que no es un Hipócrates, ni mucho menos. Me llaman a comer; si pudiera no ir a la mesa; porque, naturalmente, sin poderlo evitar, le tengo cierto rencor a mi padrino. ¿Tenía más que haberla aprobado sin contestar? Pero el buen señor dice que un aprobado o un sobresaliente son cosas de suyo tan baladíes, que no vale la pena de cometer una injusticia para darle a nadie el gusto de lograrlas; con lo cual suspende más que ninguno de los catedráticos y se queda tan fresco, y cuando le hablan de la aflicción de los alumnos que se quedan para septiembre o para el otro año, porque en otoño es mucho más feroz que en primavera, suele contestar: «¡Pobres muchachos!... Vea usted qué lástima... En fin, después de todo, son dignos de envidia, porque cuando toman tan a pecho cosa tan tonta, señal de que no tienen pena mayor por que afligirse».

*

* *

¡Qué bonita está una mujer convaleciente! Sobre todo ella. Claro que estas cosas interiores son tan difíciles de explicar, que apenas si uno mismo las entiende. En cuanto una mujer se le entra a uno en el corazón, anda uno hecho un mar de confusiones y todo es laberinto. Yo, es indudable que la quiero bien, puesto que creo que daría por ella hasta el pensar, que es lo mejor que un hombre tiene en el mundo; sí,

daría por ella hasta el pensar en ella; y a pesar de quererla bien, me da una melancolía tan suave, que casi es placer, el verla un poco pálida y débil, como si dijéramos entre la vida y la muerte; y así como por nada del mundo quisiera que pudiera morir, creo que por nada del mundo tampoco, ni aun por ella misma, quisiera que hubiese dejado de tener esta enfermedad, que le ha dado un encanto tan suave, tan pueril... tan no sé cómo, porque hablando de ella siempre hay que acabar el razonamiento con un «no sé cómo» o con un «no sé qué». Digo que está lindísima «hacia adentro». Cuando por las tardes la miro, sentada debajo de la parra, envuelta en su mantón a cuadros, me parece una cosa tan pequeña, tan frágil, como un niño que fuese muy mío, y a quien yo tuviese el deber de acariciar, de envolver, de llevar en brazos; y me paso las horas muertas mirándola —ya me sé de memoria hasta el lunar más chico de su cara, y tiene doce, que bien se pudieran llamar microscópicos, tanto, que estoy seguro que nadie más que yo ha reparado en ellos—, y mientras la miro, sin que ella se entere, me entra una tristeza tan dulce, pensando: «Aunque ella no lo sepa nunca, qué consuelo tan grande es saber que como yo la quiero no la quiere nadie». ¡Sí que hay horas felices en el mundo! Habla poco, y se le ha quedado la voz levemente opaca, y la risa también, tanto, que cuando se ríe parece como si la risa viniera de muy lejos, y al reírse abre mucho los ojos, como si a ella misma le sorprendiese oírse reír. ¡Qué tonterías digo! Mi padrino se ríe también hablando con ella; a él la convalecencia le ha puesto de muy buen humor; me parece que ya no le hace falta ninguna ir a la casería a tomar la leche recién ordeñada; pero sigue yendo, y yo bendigo a Dios que le conserva la gana de ir y de llevarme en su compañía, porque el día en que se acaben los paseos, ¿qué va a ser de mí? Cuando estuvo en la cama le cortaron el pelo, y ahora sacude la cabeza como un pérrillo al salir del agua, y parece más niña y más mía. ¡Más mía! En esto acaba todo: ella será de quien tenga que ser; pero dentro de mí, será más mía que de nadie, mucho más, porque como nadie sabrá que lo es, a nadie tampoco se le ocurrirá venir a disputármela. ¡Valiente consuelo! —dirían, si me oyesen, las gentes positivas—. ¡Qué le vamos a hacer! Cada uno se las arregla

como puede en esto de ser feliz o dejarlo de ser. Yo estaría contento con pasarme la vida sentado en el suelo, debajo de la parra, mirándola un poco de lejos, sin tocarla... y sin que nadie la tocase; porque, después de todo, ésta digo yo que debe ser la felicidad principal de estas tardes que yo me complazco en llamar felices; mientras estamos en la casería ella y su hermano, mi padrino y yo, hablando de animales pretéritos y de cristales de colores, y riéndonos como cuatro tontos porque una perdiz pasa entre el rastrojo o porque una gallina le quita a otra el pedazo de pan que acabamos de echarle, él no está allí. Y me pregunto yo a mí mismo, porque no quiero preguntárselo a nadie, ya que no hablando de él casi puedo hacerme la grata ilusión de que no existe: ¿Por qué no vendrá con ella a tomar leche a la casería? Dios nos dé muchas tardes de agosto, para ir, como dice el cantar, «gozando el amor triste».

*
* * *

Digo que cuando estuvo en cama le cortaron el pelo; ahora le llega casi al hombro, y empieza a encaracolarse un poco por las puntas. Hasta hace dos días no se me había ocurrido pensar: ¿Qué habrán hecho del pelo que le cortaron? Pero desde que la pregunta se me vino a la imaginación, no me ha sido posible pensar en otra cosa: tanto, que anoche no dormí, cavilando, y esta mañana he corrido una aventura que ahora que la recuerdo casi me da risa y muchísima pena. ¿Qué habrán hecho del pelo? Primero dije: ¿Si le habrán tirado? Pero sólo por haberlo pensado me entró tal indignación contra mí mismo que comprendí que el pensamiento se había hecho culpable, más que de un absurdo, de una estupidez: no es posible que nadie que la quiera tire una cosa que ha sido tan suya. Este «nadie que la quiera» me llevó naturalmente a pensar en quien tiene derecho a quererla, y me dije: «De seguro que se le habrá dado al novio». Pero si la suposición anterior me indignó contra mí mismo, esta segunda me indignó tanto contra él, que tampoco pude resignarme a ella: «No es posible —dije— que un hombre que se ríe leyendo los chistes de *Vida Galante* sea poseedor de tal tesoro..., tesoro para mí...» Ha dicho el héroe alemán ya repetidas ve-

ces citado: «Con que pudiera yo abrazarla sólo una vez, creo que se me llenaría para siempre este espantoso vacío que siento en el pecho». Con bastante menos me contentaba yo: con sólo poderme llevar a los labios esa trenza de pelo que ya no es suya... esa trenza de pelo... Las palabras son buenas evocadoras de pensamientos; al decir trenza, no sé por qué, vi en imaginación las muchas que cuelgan como *exvoto* en los altares de la Catedral, particularmente en los de la Virgen del Carmen y de San Antonio bendito. En esta tierra, las chiquillas que tienen buen pelo y lo estiman en mucho, acostumbran a darlo en pago de la salud que alcanzan o del amor que piden. Ello es que, como digo, vi en imaginación las trenzas de la iglesia, y pensé: Puede que ésta también le haya dado su trenza a la Virgen Santísima; ella es devota, porque todas las tardes cuando tocan a *Angelus* se santigua muy cristianamente y se queda callada un momento, sin duda para rezar sus tres Avemarías —entre paréntesis, pensando que ella las está rezando, las rezo yo también, ¡y me entran unas ganas de llorar mientras las rezo!—. Ella es devota, digo, y no tendría nada de particular. Con este pensamiento me acosté, y tantas vueltas me dió en la cabeza que como he dicho, no me dejó dormir. La noche es buena consejera de hazañas; aconsejado por ella, de madrugada me levanté, resuelto a una estupenda aventura: ir a la Catedral... y robar la trenza, así, robarla nada menos, y tenerla por mía para siempre. No sé si el propósito sería sacrilegio o tontería, pero a mí me quemaba el corazón tan agudamente como la más acariciadora esperanza. Me vestí; amanecía; a poco tocaron a oraciones en la Catedral; me eché a la calle, descolgándome por un ventana, porque mi tía Ramona todavía no había abierto la puerta; yo no acostumbro a madrugar tanto y todo en la ciudad me iba haciendo un efecto extraordinario; las calles desiertas, el airecillo fresco y penetrante; en la esquina misma de la Plaza Nueva me encontré a la pareja de la Guardia civil y me llevé un susto, sin duda porque iba con propósito de robar. Entré, subiendo la escalerilla de la calle del Nuncio, por la puerta del claustro; las flores que hay plantadas en él oían mucho y suave al mismo tiempo; y ya los gorriones alborotaban a más y mejor; pasó el campanero; de seguro que no me mi-

ró, pero a mí me pareció que me miraba y que se asombraba de verme tan temprano en sus dominios; entré en el templo; ya me había yo figurado que estaría solo, pero no tanto; ni viejas había, ¡y sonaban los pasos de un modo! Dirigíme a la capilla del Carmen; a San Antonio le había descartado, desde luego; porque, desgraciadamente, ella novio no necesita pedirle al santo taumaturgo. Era domingo: los sábados, de tarde, cantan allí la *Salve* o el *Regina Coeli*, y aún quedaba un olor tan suave a incienso... Yo no creo ni más ni menos que los demás muchachos de mi edad, es decir, creo que no creo nada, pero el olor a incienso me empujaba a arrodillarme irremisiblemente... Me arrodillé, y hasta hice intención de santiguarme; el diablo se debió de reír si, como decía mi abuela en el pueblo, se ríe de las gentes que hacen mal la señal de la cruz. La Virgen del Carmen es de talla antigua, pequeña, con el traje estofado y la cara ennegrecida por el humo de los cirios; el Niño es feo, pero tiene cara de misericordia; *in mente*, y por si acaso existen más allá de las nubes, les pedí a la Madre y al Hijo perdón por el premeditado sacrilegio. En la oscuridad de la capilla adivinaba, en el grupo de *exvotos*, las trenzas levemente teñidas de rojo y azul por la pálida luz del amanecer, que entraba por los vidrios de colores... ¡Me adelanté...! Allí estaban... Una, dos, tres..., cuatro..., hasta siete; tres eran rubias..., otra lleva, sin duda, años enteros de estar allí, tal la tienen de estropeada polvo y polilla; quedaban tres, las tres bastante negras, las tres recientes, las tres sujetas con lazos azules... ¿Cuál era la suya? No había yo pensado en la dificultad de que, queriéndola como la quiero, pudiera no conocer su trenza teniéndola delante. Acaso por el olor..., ese perfume suyo a campo, a río, a prado que acaban de segar...; fui acercando la cara a las tres matas de pelo... ¡Inútil! El aroma a incienso, impregnándolas todas, había destruído todo rastro de perfume individual, y entonces, ¡triste es decirlo!, me entró una repugnancia espantosa ante la idea de tocar una de aquellas trenzas, si acaso no acertaba con la suya; repugnancia, qué sé yo, a la tristeza misma del cabello cortado, a la enfermedad en rescate de la cual habían venido allí, a los lazos azules, que parecían cosa de mortaja; al polvo que, pasados días, las había de cu-

brir y roer... Y me marché casi llorando, no sólo sin robar, sino sin darle un beso a ninguna...

*

* *

Resulta que me he estado atormentando en balde, porque es lo cierto que desde hace tres meses no son novios, y que todo el mundo lo sabía, como lo otro, todo el mundo también, menos yo. Por eso, claro está, no venía con ella a tomar leche. Y yo, envidiándolo, cuando en este caso quien hubiera debido envidiarme a mí es él, puesto que yo estaba a su lado, aunque siempre un poquito lejos. También lo supe con bastante sencillez, y también me causó cierto deslumbramiento, aunque no tanto, porque las buenas noticias siempre le parecen a uno cosa natural. Indudablemente, digan lo que quieran los filósofos pesimistas —esto de filósofos pesimistas lo he aprendido de ella, que tiene la costumbre de hablar a menudo de filosofías—; digan lo que quieran los filósofos pesimistas, la vida tiene un sentido claro y definido, y el hombre ha nacido para ser feliz; y la mejor prueba de ello es lo pronto que el corazón se nos acostumbra a la felicidad. Doce horas nada más hace que sé que no es novia de nadie, y ya me parece, no sólo que lo he sabido desde hace siglos, sino que ha sido siempre así, y que no podía ser de otro modo. ¡No es novia de nadie! ¡No es novia de nadie! He aquí una afirmación clara como la luz del día, capaz de alumbrar las noches de este pobre estudiante de Ciencias con más plateado resplandor que todas las lunas de enero, y eso que de la luna de enero dice el cantar «que no hay luna más clara en todo el año». Es extraño lo bonitos que le parecen a uno los cantares cuando está enamorado de alguien, y lo bien que parece que responden estos ayes en copla a los deseos de decir ¡ay de mí!, que siente uno por la cosa más tonta. Si no pareciera ridículo, yo a ella le hablaría siempre en cantar, en copla gitana, de esas que parece que dan una puñalada, tan hondo debió de ser el desgarramiento interior del que juntó por vez primera las pobres palabras para decir su amor y su desdicha:

*¡Mira qué bonita era!
Se parecía a la Virgen
de Consolación de Utrera.*

No sé por qué será, pero a mí, positivamente se me llenan los ojos de lágrimas cuando la estoy mirando, y se me ocurre recordar la copla, y la digo bajito, como si le rezara una oración. Pues, y aquella otra:

—*Dame un abrazo. —No quiero.*

—*Dame un besito. —Tampoco.*

—*Dame una puñaladita,
dámela poquito a poco...*

Tiene razón la copla: poquito a poco, porque a gloria debe de saber hasta una puñalada si es la mano de «ella» la que nos parte el pecho, y es seguro que habríamos de pedir «más», para ir saboreando el deleite del dolor. ¡Ay, Dios mío! Ayer, a la vuelta, se adelantó ella un poco con mi padrino, y yo me quedé atrás con su hermano, porque me gusta verla un poco de lejos, cuando se pone en el horizonte esa faja dorada de la puesta de sol, y ella se destaca por negro sobre el oro como una santa en su hornacina, y de repente me entró esa comezón que digo de cantarle coplas para decirle de algún modo el «me muero por ti», que en prosa puede que resulte ridículo y que, sin embargo, es una verdad como un templo. Y como estábamos en el campo, y solos los cuatro, y pasaron unos mozos e iban canturreando, yo, como si los imitase porque sí, rompí a grito pelado con aquello de «Los ojos de mi morena ni son chicos ni son grandes». Afortunadamente no canto muy mal, y la hora y el campo le ponían a la voz lo que de poesía pudiera faltarle, y de los ojos negros pasé al «Te quiero porque te quiero y porque me da la gana», y de allí al «Dicen que no la quieres ni vas a verla, pero la veredita no cría hierba». A su hermano le pareció bien la ocurrencia, y rompió también a cantar, y así fuimos por turno llenando el aire de la tarde de apasionamientos, y a mí me parecía que el corazón se me quisiera salir por la boca en una exaltación de alegría desatinada y agradecida. Alguien preguntará: ¿Agradecida a qué ni a quién, infeliz? Agradecida sencillamente a ella, por la maravillosa misericordia de ser tan bonita, y de serlo delante de mí, y de andar por el campo para que la vieran mis ojos, y de escuchar la voz en que con palabras ajenas, por no atreverme a ensartar las propias, le iba diciendo: Te quiero, te quiero, te quiero

con toda mi alma; te quiero más allá de la vida y de la muerte, como dices que dicen tus filósofos; más allá de toda filosofía, como digo yo, y te he de querer, pese a quien pese, y más que te pese a ti misma, y más que me desespere queriéndote, y «más que me cueste la vida», como dice el cantar... Iba oscureciendo, y cuando nos acercamos al arrabal me acerqué yo a ella para decirle adiós, como de costumbre, y dijo mi padrino: «¡Muy alegre está el tiempo, jóvenes!». Y el hermano de ella se echó a reír y contestó: «Ya ve usted, doctor, cosas de la vida». Y yo, entretanto, le pregunté a ella: «¿Le ha molestado a usted que cantásemos?». Y ella me contestó: «Al contrario; me gusta mucho oír cantar en el campo al anochecer, y además tiene usted muy buena voz». ¡Dios la bendiga!

*
* * *

Sic transit gloria mundi. Este latín quiere decir, en el más desolado castellano, que aquí se acaba mi felicidad. Y, sin embargo, Dios me es testigo de que bien poco le pedía a la vida para ser feliz: verla todos los días, que ella me dijese tres o cuatro palabras amables, poderla querer sin cargo de conciencia. Hasta este poco le ha parecido mucho a la Divina Providencia; habrá quien dude de ella, y yo me acuso de haber dudado también no pocas veces; pero desde que veo el encarnizamiento con que la mala suerte se va complaciendo en destruir todas mis alegrías, bien poco pretenciosas, no puedo menos de creer en la existencia de los poderes sobrenaturales. Así dice mi padrino que han empezado todas las religiones: no por agradecimiento a un dios benéfico —al hombre, como ya tengo dicho, le parece cosa tan natural pasarlo bien, que de su propio impulso no se le ocurre agradecer nada a nadie—, sino por terror al Dios que hace daño. Creo, pues, como el desesperado poeta —y conste que me duele entrar en la creencia por el camino de la blasfemia—, que hay quien se divierte en ir sembrando el mal para que yo le recoja. El caso es éste: anoche, última noche de octubre, estando yo, después de cenar, detrás de los cristales del balcón, sin atreverme a abrirle, porque hacía una noche de perros, con lluvia y viento, pero queriendo adivinar en la oscuridad y en la lejanía hacia dónde caería la

ventana de aquella casona del arrabal, donde de seguro estaba ya durmiendo mi tesoro; estando, como digo, detrás de los cristales del balcón, resignado a mi suerte como nunca, porque desde que ha comenzado el curso la vuelvo a ver en clase todos los días, es decir, en clase no, porque ella no va más que a la de Cristalografía, que le falta aprobar en segundo, y yo asisto a todas las de tercero, sino en los claustros al entrar y salir, y todos los días se para, no sólo a saludarme, sino a hablar conmigo del tiempo y de la asignatura, y hace cuatro días me dijo si quería ayudarla a arreglar el armario de las colecciones, y pasé los tres cuartos de hora más felices que recuerdo en mi vida, subido en un banco para alcanzarle los cristales de la última tabla, que estaban demasiado altos para que los pudiera alcanzar ella...; en fin, resignado tan plácidamente a mi destino, que casi había llegado a ser dichoso, y si no me atrevía a hablarle de mi amor era por no sé qué extraño respeto en que, desde que estuvo enferma, se ha cambiado aquella mi antropofagia del principio —ahora no me dan ganas de comérmela, sino de echarme de rodillas en cuanto la veo y besarle los pies o la falda o cualquier otra extravagancia por el estilo—. ¿Por dónde voy, santo cielo? El desorden de mi pobre estilo es buena prueba del que reina en mis facultades desde la hora fatal... Todo sea por Dios, y por ella, y por mi padrino, y por mi tía Ramona, y por los favores que yo le debo a él, digo por la consideración que él le tiene a ella..., no sé lo que me digo. Acabemos. Quedamos, pues, en que anteanoche, mientras llovía fuera a todo sabor, mi tía Ramona quitaba la mesa y el señor doctor, sentado junto a la chimenea, fumaba su cigarro; ya había yo advertido en él repetidas señales de interior regocijo, tales como las de frotarse las manos acercándose a la lumbre, sonreír cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás hasta recostarla en el respaldo del sillón, etc.; pero, inocente de mí, las atribuí al bienestar vulgar que produce, aun en los espíritus más altruístas, y no creo que a mi padrino le mate el altruísmo precisamente, el sentirse caliente y bien comido cuando hace frío fuera y se presume que muchos infelices puedan haberse quedado sin cenar. Cuando mi tía terminó sus faenas y se dispuso a salir de la estancia, mi padrino la detuvo, diciendo:

—No te vayas, Ramona, que tenemos que hablar.

Yo me dispuse a salir a mi vez, por si acaso la conversación era cosa secreta; pero el padrino me detuvo también, añadiendo:

—No te vayas tú tampoco, Teófilo, que lo que tengo que decir a tu tía no está de más que lo oigas tú.

Sonóme el preámbulo, sin saber por qué, a cosa fatídica; mi tía, según su lamentable costumbre, se puso en jarras, recogiendo antes la punta derecha del delantal y sujetándosela al lado izquierdo de la cintura; yo me senté en el sillón vacante, junto a la chimenea y frente a mi padrino.

—Sobre todo —dijo éste, dirigiéndose a mi tía Ramona—, no me hagas aspavientos, ni me des gritos, ni mucho menos te desmayes, porque de nada te había de servir; ya sé que lo que vas a oír no ha de servirte de plato de gusto, porque estás muy acostumbrada a hacer en esta casa tu santísima voluntad; pero, hija mía, yo también lo estoy, y puede que de aquí en adelante, tanto tú como yo tengamos que plegarnos un poco a la voluntad ajena, y ya ves lo muy poco que a mí me apura; con que, filosofía y resignación, que, después de todo, y como tú dices, peor fuera no verlo, y viva la gallina, aunque viva con su pepita.

Yo no me tengo por demasiado torpe; pero, la verdad, no entendía palabra de todas las de mi padrino, y preguntándome estaba adónde querría venir a parar con su extravagante preámbulo; pero las mujeres, aunque sean de la especie inferior a que sin duda pertenece mi tía Ramona, deben de tener un instinto de adivinación o brujería que, en casos como éste, les hace infinitamente superiores a nosotros los hombres; así es que, mientras yo, como digo, estaba preguntándome qué habría querido decirnos el padrino, ya ella lo había adivinado, y dejando caer el delantal se acercó al doctor, echando fuego por los ojos, y le dijo con el mismo tono en que si hablaran hablarían los basiliscos:

—¿Que se va usted a casar?

Yo pensé, desde luego, que mi tía se había vuelto loca; pero, por lo visto, yo estaba en un error, y ella en su juicio, porque el padrino, dando por admitido y explicado el caso suficientemente, se limitó a advertir con toda calma:

—Ya te he dicho que no dieras voces,

—Es que... —quiso gritar de nuevo mi tía Ramona.

—Que no des voces ni hagas aspavientos; sí, me caso; me parece que no tiene nada de particular.

Esta apreciación de mi padrino no dejó de parecerme un tanto fantástica.

—¿Y con quién, si puede saberse? —rugió mi tía—. ¿Con la lagartona de doña Tulita, la cubana? Si ya decía yo que tales vecindades no podían traernos nada bueno; si esas mujeres que se pintan son el mismo demonio; si todos los hombres son ustedes iguales; en cuanto ven ustedes una peluca, porque lo que es el pelo de ella, a mí no me digan, que peluca es, y unos polvos y cuatro churretes de mano de gato, locos perdidos.

—Te equivocas, Ramona —dijo el doctor con grandísima calma—. Cierto que los encantos de doña Tulita son grandes, como dices; pero mis gustos no van por ahí.

Mi tía abrió de par en par, no ya los ojos, porque desde el principio de la conversación los tenía lo más abiertos posible, sino la boca, y se quedó como chiquillo rabioso, jadeante, y sin poder echar palabra fuera durante dos minutos por lo menos. Al cabo, y aun incrédula, pudo preguntar:

—¿Qué, no es doña Tula?

—No —respondió el padrino suavemente.

—Menos mal —gruñó entre dientes mi señora tía—. ¿Quién es, entonces? —siguió preguntando, ya con aire de verdadera curiosidad, pues sin duda sus previsiones no habían ido más allá del mirador de la cubana.

Mi padrino, antes de responder, se relamió un poco los labios, como si de antemano saborease la dulzura del nombre que iba a pasar por ellos, y después dijo con voz grave y algo conmovida, tal como yo no se la había escuchado nunca:

—Me caso con la niña del señor Alcaraz, el regente de la Escuela Normal.

Seguro es que no se hundió el techo de la sala, porque yo le miro ahora y está en su sitio, sin la más leve grieta; pero seguro es también que yo le sentí caer sobre mi cabeza, y anonadarme y hacerme polvo; creo que por breves instantes perdí el sentido; temo haber dado un grito muy grande y haber puesto una

cara muy rara; ello es que mi padrino se me quedó mirando, y entonces yo volví a la razón, y pregunté, por preguntar algo, con la mayor estupidez posible:

—¿Con Teresita?

—Con Teresita —respondió mi padrino—. ¿Te sorprende?

—¡Pues no le ha de sorprender! —intervino mi tía, rencorosamente. A él y a cualquiera. Es decir, a mí, no, que me sé de memoria a los hombres en general y a usted en particular, y no podía ser otra cosa, que bien dicen que a fuerza de estudiar y de saber todos los viejos se vuelven tontos...

El señor doctor hizo una mueca.

—Sí, señor; los viejos —recalcó mi tía, cogiendo en el aire el ligero despecho del señor doctor y deleitándose en agravarle—. Los viejos como usted, que a las mil y una se acuerdan de ir a buscar los cuernos que nunca tuvieron.

—¡Ramona! —interrumpió iracundo mi padrino.

—¡Señor doctor! —replicó ella, poniéndose decididamente en jarras y mirándole de alto a abajo con espantosa serenidad.

Hubo un silencio casi trágico. Mi tía, satisfecha de haber lanzado el dardo vengador, se fué luego calmando lentamente. Mi padrino había fruncido el ceño; acaso meditó un instante en la probabilidad de la triste aventura que mi tía le profetizaba; pero, sin duda, un risueño pensamiento debió de acudir en su auxilio, porque sonrió con toda beatitud y no dijo nada. Yo estaba hecho una piedra.

—¿Y cuándo es la boda? —preguntó mi tía, poniendo en la palabra «boda» inenarrables hieles de ironía.

—Para Año Nuevo —respondió el doctor—. He querido avisártelo con tiempo, porque sospecho que mi guardarropa necesitará reparaciones de cierta importancia; mañana haces un presupuesto y te daré el dinero que haga falta; también habrá que entenderse con el casero, para que empapele de nuevo las habitaciones.

—Sí, sí; todo se lo merece el santo —refunfuñó mi tía.

Aún siguieron hablando casi media hora de cosas caseras; yo, desplomado en el sillón, ni a llorar me atrevía mi mala ventura, ni a marcharme de allí, por miedo a que el padrino sospechase mi triste secreto.

¡Qué va a ser de mí cuando todos los días la vea entrar en esta sala, y andar por los pasillos, y sentarse a la mesa, y asomarse al balcón como mujer de otro a quien ni siquiera puedo tener el consuelo de desear la muerte! Porque tiene razón mi tía Ramona: si no fuera por el señor doctor, ¿qué sería a estas horas del hijo de mi madre?

¡Ay, Teresita, Teresita! ¡Ay, ojos negros y gargantilla roja! ¡Ay, manos retostadas y pies chiquitos! ¡Ay, coplas a la vuelta del paseo! Se acabaron las coplas, porque, ¿a quién se las voy a cantar? Seguro estoy de que no hay en el mundo mujer que me vuelva a poner en el alma esa tristeza alegre o esa suavidad triste que le obligan a uno a salir diciendo a voces: «¡Te quiero porque te quiero y porque me da la gana!»... y que, a medio cantar, le llenan a uno los ojos de lágrimas...

*

* *

De cómo pasé la noche de la revelación no quiero hablar; de cómo pasé la siguiente, es decir, la de ayer, valiera más no hablar; pero hablaré, porque en ella ha pasado lo que ha pasado y al cabo eso no pasa más que una vez en la vida; de otra muy distinta manera había yo soñado que pasase, porque enamorado primero del amor y después de mi Teresita —¡ay, ahora ni a llamarla mía me atrevo, porque me parece que sólo con pensar que pudiera serlo cometo un crimen de alta traición hacia mi padrino!; —enamorado, digo, primero del amor y después de ella, tenía resuelto aprovechar el consejo que San Francisco de Sales da a las vírgenes y haber guardado el primer amor para el primer marido, es decir, yo para la primera esposa..., para ella, en una palabra. Pero la tristeza me hizo cambiar de resolución; me levanté con un sabor de boca y de espíritu que nunca, nunca se me olvidarán; pero por costumbre de la pícara ilusionada memoria, en cuanto me tiré de la cama, pensé como todos los días: Dentro de media hora la voy a ver en la Universidad. También por costumbre se me alegró el corazón, que sin duda estaba un poco dormido; pero al moverse para la alegría se debió despertar, y recordó que no tenía derecho a alegrarse, y el movimiento ilusionado se trocó en dolor, y estuve llorando todo el tiempo que tardé en lavarme, con lo cual el

lavado me sirvió de bien poco, puesto que me corrían cara abajo confundidas el agua y las lágrimas, y, en vez de refrescarme me abrasaban la piel. Entró mi tía, como siempre que sucede algo grave, en vena de extenderse a mi cabecera en inacabables comentarios; no fué pequeña su sorpresa al ver que yo no la dejaba comentar y salía del cuarto, y a poco de la casa, como una exhalación, sin quererme parar a sorber el desayuno ni a dar los buenos días al señor doctor, que ya desayunaba, como hombre que tiene la conciencia tranquila y el corazón satisfecho. Ya en la calle, «¡La voy a ver!», me volvió a decir la memoria; pero el sólo pensamiento de verla me fué intolerable, ¡parece mentira!, y algo dentro de mí y, sin embargo, bien ajeno a mí mismo, porque a mí me parece imposible que mi voluntad propia haya decidido una sola vez, en plena consciencia, el dejarla de ver siquiera un instante en que sea posible verla, algo dentro de mí tomó la resolución extraña de no ir a la Universidad. Y no fuí. Son los primeros novillos que he hecho en mi vida; corrí calles, y me enteré corriéndolas de lo feas que son y de lo pronto que se acaban las calles de nuestra histórica ciudad; quise entrar al café, pero me dió vergüenza, porque tan de mañana no había nadie; pasé por delante de la catedral, luego de San Francisco, luego de las monjas carmelitas, ¡cuántas iglesias!, en todas hubiera entrado de buena gana; dicen que rezando se consuelan las penas; mas seguramente la mía no es de las consolables con la oración, porque ¿qué le puedo pedir yo a Dios en este caso? O que se muera mi padrino, lo cual es una barbaridad, o que deje yo de quererla, lo cual, además de ser otro barbaridad, es un imposible. Dicen que contra el imposible está el milagro; pero hasta el milagro no llega mi fe, y, además, que aunque Dios estuviera dispuesto a hacerle por mí, yo no quiero que le haga, porque no me quiero olvidar nunca de ella. ¿De qué serviría la vida si no sirviese para pensar que ella está en el mundo y que fuera de ella no hay más que tedio, y tedio, y más que tedio? La prueba de que todo es tedio cuando ella no está es que, cansado de darle vueltas a las calles salí al campo, y siendo yo un enamorado del campo y hombre que se conmueve en emoción puramente intelectual con los árboles y los prados y hasta con el agua del río, ayer no le encontraba

a nada de eso gracia ninguna, y ríos y huertos y álamos y prados me parecían una sola e inmensa cara fea e inexpressiva, de esas que ve uno todos los días, y a fuerza de mirarlas no le dicen a uno nada: la cara del bedel de la Universidad, o la del profesor de Zoología, o la de la estanquera de la Plaza Nueva, que todas las mañanas veo invariablemente soñolienta y desgredada, cuando al ir a clase entro a comprar la inevitable cajetilla. Dicen que la Naturaleza es acogedora —pensé o sentí confusamente— y que ampara en su regazo como madre a los corazones atribulados; pero ¿y cuando a los corazones atribulados les entra tedio por adelantado del regazo y de la caricia? Como era mediodía, tuve que volver a casa, porque a mi padrino no le sorprendiese mi ausencia y a mi tía Ramona no se le ocurriese irme a buscar a la Casa de Socorro. El padrino, no habiendo tenido clase con mi curso, no había reparado en mi falta de la Universidad; estaba de muy buen humor y todo se lo habló solo; dijo que a la tarde vendría el ebanista para tomar medida de las paredes para los muebles nuevos del comedor; sin duda habría ido a elegirlos con ella, y después del café, como de costumbre, se encerró a trabajar. Yo volví a salir a la calle, porque dentro de casa parece que la pena se hace cómplice de las paredes y le ahoga a uno; ahora sí había gente en el café; todos los malos estudiantes de la villa, más la media docena de señores mayores que no tienen nunca nada que hacer y se pasan la vida jugando al dominó; cuando entré, las fichas de los tres o cuatro que se estaban jugando hacían sobre el mármol de las mesas un ruido como de danza macabra. Yo no sabía dónde sentarme; pero de un grupo me llamó una voz conocida: era un chico que fué mi compañero en el quinto del grado, y que en el quinto sigue y seguirá hasta que eche canas, si Dios no lo remedia; estaba en una mesa de rincón con otros cinco, y alborotaban a más y mejor. A casi todos los conocía, porque con casi todos había estudiado algo; no parecieron sorprendidos de verme, sino de no haberme visto hasta entonces, porque a ellos les parece el orden natural de la vida pasar en el café las horas de clase. Tomé otra vez café, como lo toman ellos, con alcohol dentro, y luego más alcohol, no me atrevo en conciencia a llamarlo coñac, hasta cinco o seis copas; hablaban ellos

y callaba yo, y ellos no me preguntaban la razón de mi silencio, porque sin duda no les importaba; en realidad, no les daba frío ni calor nada de lo que pudiera pasarme, y yo lo sabía; pero no sé por qué me gustaba estar entre ellos, rodeado de calor humano, oyendo palabras de semejantes míos, sintiendo siquiera el contacto material del paño de su ropa; haciéndome, en suma, la ilusión de que su compañía aliviaba mi pena, y me parecían ellos, indiferentes, más compasivos que la Naturaleza, aun más que yo mismo lo pudiera ser para mi propio dolor. Pasaron horas como dormidas; a media tarde se acercó a nuestro grupo Mariano Uceda; es el novio que tuvo Teresita el invierno pasado y a quien tanto envidié; por primera vez me fué un poco simpático; sentóse a nuestra mesa y pidió no sé qué bebida extraña, a que él llamó veneno; traía el aire un poco preocupado; observáronlo los amigos, y él no lo negó.

—¿Estás enamorado? —le preguntó uno.

—Lo estuve, o poco menos —respondió él—; pero me ha servido de poco, porque se me casa la novia.

—Es verdad —afirmó otro—, y dicen que con el don Raimundo; las niñas de ahora son muy caprichosas.

Todos se echaron a reír bestialmente, como si el dicho tuviera muchísima gracia, y luego uno de ellos repitió el fatídico pronóstico de mi tía Ramona; la risa aumentó, y todos aplaudieron, declarando que bien merecida tendría la corona, no de laurel, mi heroico padrino.

—Si a estos buenos amigos les parece —dijo Mariano Uceda—, esta noche vamos a correr una juerga en honor de las próximas nupcias del señor catedrático.

¡Una juerga! La proposición fué acogida con unanimidad heroica. ¡Una juerga en honor de las nupcias del señor catedrático! Los poseedores de mayor número de «suspensos» eran los más ardientes en el afán de la celebración. Sin duda, por extraña trasmutación de valores, imaginaban vengar el bochorno de las repetidas calabazas universitarias, asociando el recuerdo de un profesor al bochorno de «una mala noche». ¡Una juerga... en honor...! «¿No vienes tú, Teófilo?». Yo, afortunadamente, no tengo calabazas que vengar, ni universitarias ni de las otras, puesto que, aunque haya querido a Teresita y la siga queriendo hasta el fin de mis días más que a las niñas de mis

ojos, no me ha dado el destino ocasión de ponerme en el trance de recibir un «no» de sus divinos labios... ¡No tengo calabazas que vengar!... Y, sin embargo, no sé qué oscura fiebre, qué turbio afán de «mala venganza» se apoderó de mí en aquel instante. ¡Sí, vengarme, vengarme, no sé de qué, de mí mismo, de mi amor, de mi locura silenciosa e ingenua, de mi ilusión tan de hombre y tan de niño, de la inocencia triste de las coplas gitanas, cantadas con tan hondo fervor al volver del paseo!... ¡Ya lo creo que voy! ¡No faltaría más!...

¡Y fuí!

La juerga es cosa triste, aunque parezca asunto de diversión. En primer lugar, hay que ir a buscarla a una calle tan estrecha, tan lóbrega y tan sucia, que ya predispone a las más horrendas melancolías; en segundo, la casa tiene una escalera por la cual parece que no se pudiera subir más que al patíbulo... En tercero, las «sacerdotisas del placer», si bien parecen jóvenes a cierta distancia, en la no menos cierta proximidad revelan, bajo el blanco y carmín del afeitado, una digamos escamada piel, reseca y rugosa, cruzada por intrincada red de menudísimas arrugas... Además, tienen la voz un poco ronca, y las manos, ¡horrible detalle para mí!, a un tiempo grandes, anchas, duras y muy cuidadas, con uñas pintadas de un subido rojo... ¡Ay, manos retostadas, pequeñas, sin aliño, un poquito morenas, de mi amor, manos con uñas rosas, sin pintar ni pulir, espejitos de mármol, más bien cristalizados fragmentos de sal-piedra! ¡Ay, manos de ella, que habéis podido ser dispensadoras de mi dicha y lo habéis sido de mi mala suerte! Por más que, ¡bienvenida sea mi mala suerte, puesto que me ha venido sin sospecharlo ni quererlo tú, por tus manos chiquitas de mujer honrada!

Digo que las «sacerdotisas del placer», aunque vestidas con batas elegantes de colores vistosos, me hacían el efecto de rosas ya marchitas, pero no sanamente marchitas en la mata y por ley natural de tiempos y estaciones, sino deshechas en babosa^o descomposición a fuerza de estar días y más días en el agua estancada de un florero. ¡Me entraron unas ganas de llorar mirándolas! Pero bebí un poquillo para vencer la melancolía, y con unas cuantas copas en el cuerpo... Había una que, al cabo, era morena y tenía en

los ojos una llama de alcohol que, cerrando un poco los míos del alma, acaso hubiera podido contrahacer, por un breve segundo, la chispa de oro de aquellos otros... Pero, ¡ay de mí!, más de cerca que yo, puesto que, aunque me pese, ha sido un año entero novio suyo, ha podido contemplar esa chispita Marianito Uceda, y, naturalmente, no había de pasarle inadvertida la coincidencia posible y, naturalmente también, la morena de los ojos castaños se le antojó a él, y no era cosa de disputar allí por objeto de tan poca monta... y con media docena de copas más, ¿qué más da una morena que una rubia?... Y rubia teñida fué la «vengadora» que me deparó el diablo, y cuando a las primeras luces del alba desperté o volví a mí, con harto mal sabor de boca, por entre las greñas mal doradas asomaba el crepé rubio pardo, mate, muerto, como cosa de nicho o de barraca de figuras de cera...

Estaba dormida; parecía más joven y más vieja que la noche antes. ¡Me entró un desconuelo tan extravagante por ella y por mí mismo! ¡Y pensar, vida mía, en otro amanecer posible, ¿por qué no?, y en otro posible despertar, si en vez de la teñida cabeza rubia estuviese en la almohada la tuya, castañito oscuro... y abriera yo los ojos con derecho a enredar aquellos rizos..., aunque no hubiese pasado nada!...

¡Mi primera noche de amor, Teresita! Ganas te darían, si lo hubieses visto, de llorar como yo y sobre mí; pero no hay para qué..., no hay para qué... Nada vale la pena de nada, Teresita... Y en cuanto a la venganza, que dicen que es placer de dioses..., cuando alguien te lo diga, no lo creas... ¡La venganza es la pena más negra de todas las negras penas de amor!

NOTAS DEL CATEDRÁTICO

¡Lucidos estamos si acaso la vida tiene un sentido trascendental! Tendría gracia que hubiésemos venido a este mundo para algo o determinado o preconcebido, o siquiera útil. Cuando más voy viviendo, más me convengo de la perfecta inutilidad del vivir. La prueba de que la Humanidad es cosa perfectamente innecesaria, es que, cuando desaparece un hombre, nadie lo nota, ni se perturba en lo más mínimo el conjunto que hemos dado en llamar vida universal. Y una agrupación en que, miembro por miembro, todos somos innecesarios, es perfectamente inútil en sí misma. Sin embargo, vivimos, es evidente. ¿Por capricho de alguien? Parece un poco extraño que nadie haya podido tener el capricho de crear hombres por sólo el gusto de verlos moverse sobre la superficie verde, azul o gris de un planeta; moverse sin sentido y alegrarse y dolerse y reír y llorar por cosas que no lo merecen, puesto que, al cabo, al mismo que las ha sufrido o gozado se le olvidan, lo cual prueba que no tuvieron nunca existencia real, porque todo lo que una vez ha sido, no puede nunca dejar de ser, científicamente hablando. Claro es que los hombres también tienen a veces por entretenimiento y diversión el crear muñecos con apariencia de reales; pero a los que se dedican a este *sport*, el mundo los designa con la palabra «poeta», sinónimo de loco. Y si la Humanidad está creada para el único y baladí propósito de que viva, preciso es admitir que la potencia creadora es tan poeta como el más loco de los hombres.

*

* *

... Todo lo cual, en modo alguno puede conducirnos al pesimismo: sería darle demasiada importancia a un problema ponernos tristes porque no le encon-

tramos solución: la tristeza es una implícita confesión de impotencia. ¿Y podemos, en realidad de justicia, llamarnos impotentes por no alcanzar a penetrar lo que acaso no sea sino superficie? Además, en los contactos superficiales es donde existe toda la voluptuosidad; vayamos, pues, rozando estas superficiales apariencias con lentitud y placidez que transformen el roce en caricia; cuando no se le piden peras al olmo, toda caricia es mutua, y el que va con deseo de acariciar se siente inevitablemente acariciado. ¿Quién podrá decir si los ojos acarician la belleza en las formas o si las formas acarician nuestros ojos por mediación de su belleza? Toda intención afectuosa, todo movimiento benévolo hallan su recompensa inmediata en esta inevitable reciprocidad. Y así vamos pasando la vida lo mejor posible. Hay tantos menudos placeres, que bien podemos afirmar que existe un gran placer ambiente que nos obliga a sonreír, a pesar nuestro: placer en la actividad ordenada del cuerpo; placer en el reposo; placer en esa misma inquietud de espíritu que nos pide ciencia y nos lleva a buscarla por los voluptuosos laberintos del estudio; placer en la mujer que pasa, en la risa que suena, en la salud, en la convalecencia, hasta en la enfermedad, por el goce sutil que nos produce la mimosa lástima que a nosotros mismos nos inspiramos; placer en el dolor ajeno, ciertamente que no considerado como sufrimiento en otros, sino como falta de sufrimiento en nosotros mismos; porque, bien dicen las gentes que creen, cada mal de los que vemos pasar en el mundo es un beneficio que debemos agradecer a Dios.

En resumen: la vida es una gratísima inutilidad, que a la hora presente se tiñe para mí de una no menos grata melancolía. Voy para viejo; ésta es una apariencia que tiene todo el aspecto de una triste realidad; pero estoy sano y puedo recordar todo un pasado amable: infancia curiosa, juventud con todos sus fuegos de amor y de entusiasmo. Claro es que llamo amor al dulce trato con la florida y suave carne de mujer, porque de la existencia de la pasión fatal me permito dudar levemente; tal vez esto consista en que he sido siempre hombre sano y enemigo de excesos, tanto alcohólicos como metafísicos; y sin estar siquiera levemente dañado por el alcohol o por la manía especulativa, creo que sea difícil sucumbir a ese mal de tris-

teza y locura que hemos convenido en llamar apasionamiento. Ahora, como he dicho, voy para viejo; mis curiosidades científicas me llevan las horas; doña Ramona es fea y lo ha sido siempre, aunque ella, que no sabe de líneas ni ha oído hablar de Grecia, se figure otra cosa; verdad es que a no haberlo sido no la hubiera guardado yo veinte años por ama de llaves, porque la casa se ha hecho para trabajar y nunca ha entrado en mi plan de trabajo tener la tentación a domicilio; es fea, indudablemente, pero guisa muy bien y tiene un arte especialísimo para encender las chimeneas sin que hagan humo. Teófilo es una especie de índice vivo; yo soy fanático del orden material, y con este chico he resuelto el problema de tener todas mis cosas ordenadas sin tomarme el trabajo de ponerlas yo mismo en su sitio; además, tanto me agradece lo poquísimo que le doy, que a días me proporciona la amable ilusión de creer que estoy realizando, con sólo mantenerle y vestirle, una acción generosa; y así, de cuando en cuando, puedo bañarme en complacencia al considerar mi propia filantropía. En la Universidad se van sucediendo generaciones de estudiantes que, aunque siempre me parecen los mismos, me distraen también siempre por su invariable incomprensión. De cuando en cuando brota un curiosó de buena fe, un sediento de ciencia, un ansioso de certidumbre; entonces la comedia se complica un poco, porque yo tengo un leve espíritu de contradicción, y allí donde veo una fe me complazco en sembrar una duda, no por maquiavelismo, sino por la absoluta seguridad en que estoy de que debemos dudar de todo, hasta de nuestra duda misma; y hay duelos silenciosos entre la cátedra y el banco, y, cosa extraña, tanto gusto me da vencer al discípulo ilusionado como que el discípulo me venza a mí. Lo curioso es que estos tales alumnos se figuran siempre que les tengo un odio personal —tan difícil es al hombre separar la pura idea de la idea, del concepto de la persona —y suelen sorprenderse no poco con el sobresaliente que invariablemente les otorgo a fin de curso. Claro que no me lo agradecen, ni a mí me hace falta, porque basta para mi contento la idea del que ellos se llevan, pensando que su mérito es tan indiscutible que me ha forzado a hacerles justicia a pesar del odio.

Los elementos de mi vida se combinan, pues, y cua-

jan en un cristal, no digamos rosado, porque a los cuarenta y cinco años son difíciles de ilusionar, sobre todo para hombre que no tiene costumbre de ilusionarse, pero sí de un ópalo bastante agradable: me moriré, sin duda, puesto que parece que eso del morir es cosa inevitable, pero aun no me quiero acordar de que me tengo que morir, y puede que llegándome la hora sin haber tenido ocasión de acordarme, no sienta el dolor del acabamiento. Por ahora, con los fuegos razonablemente apagados, vamos viviendo al sol, y cuando hace falta, calentándonos las manos a la lumbrera de la chimenea.

*

* *

Siempre he dudado bastante de la capacidad de las mujeres para la investigación científica, y me han atacado un poco a los nevios estas muñecas que se entran por las Universidades a caza de un título que prenderse en el moño, como si no tuviesen bastante para su emperejilamiento con todas las flores que Dios cría y todos los lazos que el diablo inventa. Siquiera cuando estudian Filosofía o Leyes, menos mal; ellas son sutiles de suyo y comprendo que gusten de divertirse, con la mayor seriedad académica, por los laberintos de sutileza en que pensadores y legisladores han ido enmarañando a todo sabor la madeja del argumento en pro y en contra. Pero Ciencias... , verdad es que a la Facultad de Ciencias pocas vienen, porque ¿qué les importa a ellas la verdad? Yo, en mi larga historia de catedrático, hasta la hora presente no había disfrutado más que una: recuerdo que era rubia, con lentes, un poco contrahecha y muy flaca; recuerdo también su insoportable aplicación, raro era el día en que no me tenía un cuarto de hora en la tremenda corriente de aire del rincón del claustro, consultándome alguna «duda» que se le había ocurrido al salir de clase. Recuerdo que casi me hizo renegar de mi culto a la duda, porque bueno es dudar, pero no tanto; recuerdo que le tomé un aborrecimiento cordial, porque después de dudar tan asiduamente, no logró sacar en limpio un solo cristal de la asignatura, y recuerdo que la aprobé, contra todas las voces de mi conciencia, en junio, el primer curso de Cristalografía, y en septiembre el segundo, por lograr la delicia

de no volverla a ver. Beatriz se llamaba la cuitada, y desde aquella época le tengo cierta antipatía al Dante, que había sido una de las pocas admiraciones literarias de mi juventud.

Esta de ahora es de otra especie: fruto de una familia pedagógica, pero fruto lozano en apariencia física, lo cual no deja de ser excepcional, porque casi todas las hijas de padres pedagogos suelen tener, acaso por exceso de higiene, un cierto colorcillo de marfil viejo, que más bien incita a la contemplación mística que a la delectación puramente admirativa; ésta, como digo, es de muy buen color, y tiene unos ojos negros que son como el compendio de toda curiosidad. Comprendo que si esos ojos suyos son reflejo del alma, se haya inclinado camino de la investigación, porque no parece sino que están a cada momento preguntando ¿por qué? o ¿para qué? Ya la había yo visto circular por los claustros, pero sin reparar gran cosa en ella, y tenía noticias de su claro ingenio, como dice mi amigo el catedrático de Química general, que se las da de hombre que conoce sus clásicos. Temíala pizpireta, y aun algo marisabidilla, pero, con todas sus matrículas de honor, es de una timidez portentosa, y se turba con sólo oír que se la nombra al pasar lista. Esta es una buena cualidad femenina, que se regocija encontrar en una futura compañera de borla.

*

* * *

Después de todo, tiene su lado bueno esto de que las mujeres frecuenten las Universidades, siempre que sean de buen ver, como ésta. Se habla con toda seriedad de adornar las salas de clase con reproducciones de obras maestras, tanto de pintura como de escultura, para desarrollar en el espíritu de los alumnos el amor a lo bello, y contrarrestar lo que de agostadora pudiera tener la aridez de ciertos estudios con el rocío refrigerante de la contemplación artística; no me parece mal, pero con menos gasto pienso yo que pudiera lograrse el mismo fin, procurando la matrícula de unas cuantas chiquillas bonitas y con cara alegre. Temo que toda mi antipatía hacia las mujeres que buscan la sabiduría pudiera consistir en la mala impresión que dejó en mi ánimo la contemplación diaria de aquella Beatriz contrahecha y de otras Lauras

y Eloíisas de no mucho mejor aspecto, que he visto vagamente al pasar por las aulas de mis compañeros.

*

* *

Toda filosofía no es sino un instinto de justificación o un modo de consuelo; y la misión docente de los llamados sistemas filosóficos no es, de seguro, pretensión de quien los formula, sino alucinación de quienes los escuchan: los de fuera proclaman maestra a aquella voz que creyó levantarse en la soledad y que fué sencillamente confesión de un remordimiento o alarido de un pensamiento atormentado; y el primero que se sorprende es, acaso, el cuitado autor de las palabras, que ve sus ayes trocados en dogmas. Esto se me ocurre a propósito de una teoría que hace días me complazco en ir edificando y que tiende a parecerme luminosa y razonadísima, únicamente porque me convendría que así lo fuese. ¿Qué es el determinismo sino un ansia de ver trocadas en leyes naturales e ineludibles las flaquezas en que nos es dulce caer? ¡Justificación, justificación...!

En resumidas cuentas, esta pretensión mía es tan justificable como otra cualquiera, y mi teoría es como sigue. En los primeros años de la vida consciente, deslumbrado el espíritu por el paso desde la oscuridad de la nada a la luz relativa de la realidad, tiende por ilusión de óptica a ver el mundo y los acontecimientos de colores azul, oro y rosa; no suele haber luz sin calor, y el mismo foco en que se engendran las susodichas ilusiones ópticas pone en la sangre una ficción de llama, y en el cerebro un rescoldo caldeador de todo viento que por él acierta a pasar; poco le basta entonces al hombre para ser feliz; no ha menester su inteligencia grandes verdades ni su corazón hondos afectos; bástanle, por lo tanto, las generalidades en la ciencia y en el amor la galantería. Pasan así los ilusionados años, que pudiéramos llamar en flor, y llegan los veinte de producción y fruto; el inmaduro espíritu va sazónándose y tomando posesión de sí mismo; ya pide verdades de más consistencia, para dar sentido a su producción; en esta época, las dulces mentiras del amor están casi de más en la vida del hombre, ya que tiene la mente hartó ocupada en echar leña a la hoguera de su individualidad; el trato carnal se limita

en sobriedad higiénica y razonable, y las ilusiones no las ha menester quien piensa y trabaja. Pero llega, con el límite extremo de la madurez, un poco de fatiga y un mucho de escepticismo; el hombre considera su obra y comprende que, aunque buena en el sentido de haberse realizado con la mayor perfección posible, es deleznable por innecesaria; no le duele, por cierto, haber gastado veinte años de su vida en realizarla, pero comprende que no es capaz de seguir empleando toda su actividad de cuerpo y espíritu en la realización de un bien ficticio. ¿Caerá entonces en la melancolía o en el pesimismo a que arrastra inevitablemente la ociosidad anímica? Ciertamente que así sucede en muchos casos; mas no debiera suceder, si en el límite de la vida activa hallaran el cuerpo aún fuerte y el espíritu todavía sano la ilusión de amor; ésta es la hora, y no la de la loca juventud, para refugiarse en la sombra del bosque encantado, a orillas del camino. ¿Tiene alguien derecho a descansar antes de estar siquiera levemente fatigado? Los brazos amantes de la mujer se han considerado en todo tiempo dulce corona de vencedores: para el hombre que *certamen certavit*, no digamos bueno, como el apóstol, pero siquiera sincero, ¿no está bien que disponga la vida una amable corona de vencedor, puesto que ya se sabe que el vencer no significa mérito, y que sólo el esfuerzo es merecedor del premio?

*
* * *

Sinceramente me pregunto a mí mismo: ¿Estás enamorado? Y respondo con igual sinceridad: ¡No! Pero en los ojos negros de esa chiquilla hay, indudablemente, una chispa de amor. Libreme el diablo de dar acogimiento a presunciones que pudieran parecer chochez adelantada. Creo en la susodicha chispa de amor, pero no me envanezco por ella, ya que sé de sobra que el inspirar cariño a una mujer no significa merecimiento alguno por parte del hombre. Llena está la historia y desbordante la leyenda de pasiones de las más divinas hacia los más indignos sujetos; princesas amaron a inmundos pastores, y Pasífae enloqueció por su toro. Ciertamente que ella es un ramo de alegre juventud, sana como el campo; y cierto que hasta el timbre de voz le suena a ilusiones desde media legua; cierto que yo tengo cuarenta y cinco años, pero tampoco de

salud corporal tengo nada que pedir a la madre Naturaleza, y en el espíritu, si hace tiempo murieron todas las ilusiones, queda una razonable e inalterable dosis de buen humor y de optimismo a ultranza, que no entristecerán, de seguro, los sueños de ella, si, como me figuro, se toma el trabajo de soñar conmigo.

*

* *

Acaso el optimismo me engaña, porque de cierto sería sabroso final para la vida recostar la cabeza en el pecho de esta criatura y dejarse dormir como niño por la canción de ella, que apenas tiene edad de ser madre. Sería sabroso...; pero la conciencia pregunta: ¿Sería lícito? ¡Bah! La conciencia no es sino un compendio de prejuicios corrientes. Se ha dado en afirmar que la juventud es para la juventud, y a fuerza de oírlo casi nos ha llegado a parecer un crimen el que una juventud de mujer se entregue a una virilidad madura, y hasta se ha llegado a llamar sacrificio al don de un cuerpo joven en el altar de amor, si no es joven también la mano que la coge. ¡Prejuicios, prejuicios, prejuicios! Lo esencial es saber si me quiere, porque si me quiere, ¿voy, por exceso de conciencia, a desdeñar esta rosa de mayo que me pone la vida en el camino? Y que, después de todo, bien puede suceder, guiada por su buen instinto, haya elegido, amándome, el mejor camino para lograr la felicidad; porque yo, que conozco el mecanismo de los sueños, podré, aunque no crea en ellos, conservarles los suyos con más seguridad que un chiquillo como ella, que con ella empezara a soñar a dúo, y despeñara la felicidad de ambos por extravagantes caminos de inconsciencia. Me río de mí mismo: nunca faltan buenas razones para defender una mala causa; pero, ¿por qué ha de ser decididamente mala esta causa mía?

*

* *

Claro es que, si me caso con ella, dentro de cinco años tendrá ella veinticuatro y yo cincuenta, y muy probablemente, reuma; y antes de que ella haya cumplido los treinta, estaré acaso a punto de morirme, y ojalá sea así, porque ni aun con su risa a la cabecera quiero verme caduco y catarroso. Me moriré: mi pa-

dre se murió a los cincuenta y mi abuelo a los cincuenta y ocho, después de una vida llena de salud... Me moriré, y ella se quedará viuda muy joven y se consolará de prisa, porque en la juventud saludable las penas duran poco, y volverá a casarse, y ¿dónde estará el mal de toda esta historia? No habrá mal, sino bien para todos: para mí, para ella y para el bienaventurado que la logre mujer y ya experimentada en las sabrosas lides de amor. A mí los celos póstumos no han de atormentarme y ella encontrará en el segundo amado el apasionamiento que yo no haya podido darle, porque lo que es enamorado, apasionadamente enamorado de ella, creo que no lo estoy; buena prueba de ello es que si quisiera renunciaría a su cariño, que más bien es para mí una voluptuosidad cerebral, una como sonrisa complacida, la lectura de un buen libro a la lumbre, el saboreo de un refresco en tarde de canícula, con el saborcillo excitante de lo inusual, de lo inesperado. Indudablemente, si quisiera, renunciaría; si quisiera, pero no quiero, porque el renunciamiento es una tontería, y, como dice el dicho popular: «Cuando pasan rábanos...».

*

* *

Tiene el espíritu de una elasticidad extraña; parece que a cada choque, no sólo rebotase, sino floreciese. Toma en serio todas las paradojas que se le dicen y responde a ellas con otras espontáneas, perfectamente lógicas o maravillosamente ilógicas, y que defiende con ardor de mártir que sostuviese un dogma; con lo cual siempre, a través de los más complicados laberintos de divagación intelectual, dice la verdad, y se es fiel a sí misma. Discurre como un hombre, se apasiona como una mujer y sueña como un niño, y cree en sus ideas, en sus apasionamientos y en sus sueños, con fe tan absoluta que parece amor. Habla *ex abundantia cordis* con palabrería original, y casi pudiera decirse fragante; habla, y todos callamos en derredor suyo, y entonces su voz adquiere una sonoridad extraña, que a ella misma parece como que la despierta del sueño que está alucinándola, y se calla de pronto, un poco avergonzada por haberse dejado sorprender en pleno delito de exaltación divagadora. Pienso que será buena cosa escuchar esta voz entusiasta y levemente

conmovida, aunque no se le de mucha importancia a lo que esté diciendo, porque al cabo «los sueños, sueños son», en las tardes de invierno, cuando la lluvia caiga monótonamente y esté uno cansado del tedio de otras voces que, sin entusiasmo ni emoción, hayan mascullado, durante la mortal hora y media, sobre la polarización de la luz o sobre la influencia del medio en el desarrollo de las formás cristalinas.

*

* *

Cuando me dijo, brillándole los ojos de alegría, que me quiere con toda su alma, pero que ha decidido no casarse conmigo hasta lavar con un sobresaliente la afrenta de su cristalográfica derrota, me hizo gracia el capricho, y acepté sin discusión el retraso que ella misma ponía a su dicha; pero he aquí que, desde que la tengo segura, me ha entrado una singular impaciencia por llegar al goce de la tibia felicidad conyugal; el estado atmosférico debe de tener la mitad de la culpa. Octubre se ha puesto lluvioso y frío como nunca; todo está gris, húmedo; la casa parece que estuviese deshabitada; Ramona está más fea que nunca; hasta Teófilo ha perdido algo de su espíritu de orden y a veces me encuentro las colecciones llenas de polvo; me parece que he leído ya cien veces todo el papel impreso que llega a mis manos; nadie descubre nada nuevo; las revistas traen los mismos artículos de siempre; hasta mis propios libros me molestan, y mis amadas paradojas, que tanto regocijo interior acostumbra a causarme, ahora me parecen tediosos artificios de palabrería, malabarismos lamentables, como juegos de prestidigitación que, además de ser fáciles, me saliesen mal. Octubre, repito, tiene la culpa, y yo pago la pena, y por una alucinación extravagante, me parece que esta misma casa húmeda, estos mismos libros insulsos, este mismo fallido paradojismo, hasta la cara abotargada de Ramona, y los ojos miopes de su sobrino adquirirían encanto nuevo y alegría insólita si sonase dentro de estas paredes la risa tan fresca de la niña del señor de Alcaraz; y meditando sobre tal idea, saco en consecuencia que, puesto que por voluntad suya ha de sonar dentro de medio año, es una tontería solemne que por voluntad mía no suene desde este mismo instante. Me vuelve pesimista esta

lluvia tenaz. ¿Quién me responde a mí de que he de llegar a junio con vida? Nada, nada, es preciso casarnos, porque, indudablemente, si la primavera es la estación del amor, el invierno es la del matrimonio.

*

* *

Es extraño el amor de las niñas inocentes; cuando le he dicho que debemos casarnos en seguida, ha dicho que sí, por darme gusto, pero sin mostrar la menor satisfacción; y al preguntarle yo si, después de todo, no se alegraba de ser unos cuantos meses antes doctora consorte, me ha respondido con la mayor ingenuidad: «¡Es lo mismo: estando una segura de que quiere y la quieren, año más o menos importa poco!». Y, sin embargo, me quiere de todo corazón, y muchísimo más que yo a ella; cuando me ve llegar se le encienden los ojos de alegría, y cuando hablo me escucha como si por mis labios estuviese hablando la sabiduría en persona; pero, ¡ay de mí!, tienen sus diecinueve años tanta juventud por delante, que no le importa desaprovechar días, y no piensa en que cada una de sus horas inconscientes es casi un siglo para quien lleva ya cerca de medio vagando por la tierra.

*

* *

¡Hecho! La ceremonia nupcial es cosa molestísima, y la familia, institución detestable. ¡Siete hermanos, amén del papá y la mamá, son demasiadas caras largas en una boda «a disgusto», porque, naturalmente, nos hemos casado a disgusto de la familia! Es una diversión como otra cualquiera esta de disgustarse cuando una hija se casa con quien bien le parece, inventada por las gentes burguesas para darse el lujo de la emoción; porque si no se disgustaran por cosas que no valen la pena, correrían el riesgo de pasar la vida sin disgustos, y como las ocasiones de regocijarse tampoco son muchas ni grandes, es muy posible que en toda una existencia no tropezasen con un solo aceleramiento extraordinario de la palpitación, no sé si decir cordial o cardíaca. Ella estaba contenta como unas pascuas; mas, queriendo fingir, por decoro, iba

de la llorosa madre al suspirante padre y a los malhumorados hermanos con sonriente zalamería, y ensartaba sus más desatinadas paradojas para animarlos, y viendo que no lo conseguía, no sabía si reír o llorar. Viaje al Monasterio de Piedra, no ciertamente por la manida poesía del sitio, sino porque yo temí, como es costumbre en esta ilustre villa, para el amanecer siguiente a la noche del sacrificio, la visita de toda la atribulada familia. En cuanto hemos entrado en el tren, le ha vuelto la alegría sin nubes; charlaba y se reía desafortadamente, se asomaba a la ventanilla, venía a sentarse enfrente de mí y me acariciaba con el terciopelo negro de sus ojos; pero no parecía ni ocurrírsele la idea de un halago más sensual; yo estaba un algo impaciente; pero encontré ridículo precipitar los acontecimientos en el tren. Hemos hablado cariñosa y cordialmente; le he dado las gracias por su «sacrificio», y ella, echándolo a broma, me ha hecho confidencias de su amor, burlándose un poco de sí misma; en el calor de la conversación le he cogido las manos; ella las ha dejado entre las mías con toda naturalidad; como tuviera puestos los guantes, se los he ido quitando despacio, sin dejar de hablar; sin dejar de hablar ella, ha hecho un lindo gesto entre mimoso y friolero; yo le he besado las puntas de los dedos; entonces ella se ha puesto un poco pálida y ha cerrado los ojos. Ha parado el tren. Habíamos llegado.

*

* *

Tiene un especial sortilegio para ganarse las voluntades; desde luego, parece dar por supuesto que todo el que se le presenta delante la debe querer; y, en efecto, todo el mundo la quiere; en dos días ha domesticado por completo a Ramona, que no estaba, en verdad, muy bien dispuesta hacia la reina y señora que se le había entrado en casa, y ahora mismo oigo cómo señora y fámula hablan en la cocina y se ríen mientras preparan —ella ha venido a comunicármelo con la mayor formalidad— un plato de dulce con arreglo a una fórmula química que no puede fallar. En cuanto a Teófilo, creo que ha perdido por completo su siempre dudosa humanidad y anda detrás de ella como perro faldero. Tiene una alegría tiránica,

y ha llenado la casa de luz, porque hasta los elementos parece que son cómplices suyos, y aunque el día aparezca nublado, afirma con tan despótica fe que ha de salir el sol antes de mediodía, que hasta el mismo sol acaba por darle gusto . . . , y sale. Y así estamos todos, con el alma al sol, puesto que ella lo quiere.

*
* * *

Se ha traído de casa de su padre media docena de canarios, y hasta dos centenares de libros. Asusta pensar lo que ha leído esta criatura, y a mí me dió, en el primer momento, un poco de miedo, por la semilla de locura que pudieran traer en las traidoras páginas la invasión de filósofos y místicos que iba ella colocando con toda seriedad entre la austeridad de mis libros de ciencia. Hace una vida que a la mayoría de las gentes pudiera parecer extravagante, pero que a mí me llena de regocijada admiración. Se levanta temprano, se emperejila, gastando toda el agua de un río, hace una inagotable sarta de devociones, abre de par en par los postigos y vidrieras, alborota para despertarme; yo no soy dormilón, pero suelo hacerme el dormido por darle el gusto de alborotar y darme a mí el de oírlo. Discute con Ramona el *menu* de comidas y almuerzos y trastorna todas las ideas sobre el método y la clasificación de mi buen Teófilo, estableciendo en mi despacho promiscuidades fantásticas, que a ella le parecen la cosa más natural del mundo, entre la ciencia, la devoción y la literatura. Mientras comemos y cenamos habla muy seria de mis clases y de sus sueños; cuida sus pájaros como si estuviese cumpliendo un rito; lee a sus filósofos sentada en el suelo, comiendo bombones de chocolate y pone el rosario de señal entre las páginas de Max Stirner; estudia con toda aplicación, porque tiene el vicio poco femenino de aprenderlo todo, con el gato en la falda y columpiándose en la mecedora; está muy empeñada en trabajar conmigo, y, verdaderamente, es buena auxiliar, porque comprende pronto, recuerda de prisa y llega a las deducciones finales de un salto, sin pararse en relaciones intermedias, pero toma las notas muchas veces en pie, con el libro en la mano y el papel en que escribe apoyado en la pared o en el crís-

tal de la ventana; se ocupa del arreglo doméstico, danza en la cocina y lleva las cuentas como un ama de casa; pero todo lo que hace lo va haciendo como si no le diera importancia, como juego, como diversión, y aunque nunca está ociosa, siempre tiene el aire de no tener absolutamente nada que hacer. Su desorden, su ruido, su actividad regocijada, su andar de gata, su trajinar de hormiga-cigarra, son como una perfecta matemática, ya que, a pesar del aparente desequilibrio, guardan armonía absoluta con su ser interior, con el matiz especial de su lozano espíritu y están regidos por leyes tan inmutables y científicas como la más almidonada rigidez. Yo me quedo mirándola cuando por las noches, sentada junto a la chimenea, se queda un poco pensativa y casi, tanta es la intensidad de su abstracción, casi un poco triste, y recuerdo las risas desatadas y las regocijadas paradojas con que ha estado jugando hace un momento, y me pregunto si este claro matiz de su alma, si esta elasticidad de su espíritu, si esta constante rima de su vida en sonrisa y trino serán cosa inconsciente o exceso de consciencia; y me da respeto y un poco de terror supersticioso el misterio que acaso pueda haber detrás de aquella serena y pensadora frente; pero cuando a los cinco minutos de mirarla y callar ya me voy inquietando, abre ella los ojos y me sonrío con tanta ingenuidad y dice con tanta sencillez una frase mimosa o alegre, que mando a paseo todas mis intrigadas cavilaciones.

*

* *

Toda sensualidad la resuelve, filtra y purifica instantáneamente en una exaltación de ternura; es de esas mujeres que no darán un beso sino queriendo con toda su alma, y la misma exaltación la defiende contra toda sorpresa de la carne. Seguro estoy de que la palabra placer no tiene para ella sentido alguno fuera del término esencial de cariño. Es tan fieramente pudorosa, que impone respeto. ¡Y al mismo tiempo tan arrulladora! Ahí está el mal; porque el hombre tiene, indudablemente, una castidad, digamos de ley inferior a la de la mujer, un fermento febril que se coló en el barro cuando el alfarero aquella tarde, en el

Edén, moldeó la frágil vasija humana... Y estas caricias, medio de madre, medio de niña, encienden en la sangre de este pobre sabio ardores de deseo que acaso a ella le cueste un poco de trabajo justificar, porque no los comprenda; sin embargo, no se sorprende ante ningún apasionamiento, y siempre está de buen humor y siempre sonríe y siempre se conmueve, porque en el fondo sigo estando seguro de que me quiere más, mucho más que yo a ella. Y por eso mismo me da a veces un como leve remordimiento aprovechar su amor para satisfacción de una sensualidad, si disculpable — ¡es una sarta de limpios corales esta criatura! —, acaso no del todo legítima. Por eso suelo ser en el trato exterior un poco frío, y hasta sonreír con aire de ironía ante sus apasionamientos sentimentales, y ella se suele molestar un poco y hasta me ha confesado que algunas veces le entran unos deseos rabiosos de arañarme. ¡Si ella supiera que todo ello no es más que miserable y dolorosa defensa contra el sortilegio de su carne joven, que hasta en la argentería de su voz, ¿qué digo?, hasta en la inmaterial ondulación de su pensamiento trasciende en tentación para este pobre barro tan suyo...., tan suyo!

*

* * *

¡Qué maravillosa mujer será dentro de quince años! ¡Y cómo entonces podría hacer, no ya la simple felicidad, sino la «dignidad» de una vida de hombre que supiera entenderla y merecerla! Hace tres días que está en su casa, porque su padre se ha puesto enfermo, y ella ha ido a cuidarle, y hace un frío en la calle y aquí dentro... Pienso que dentro de esos quince años acaso estaré yo tan enfermo como ahora su padre, y toda la luz de su claro espíritu se empleará en buscar alivio a mis achaques. Me indigna imaginarlo, porque, en realidad, no tengo derecho...; pero el caso es que si pienso que cumpliendo con mi obligación de hombre honrado, me he muerto para entonces, y otro goza la luz de sus serenos ojos, me entra una melancolía tan absurda... que vale más no pensar en ello... Vayamos a buscarla.

*

* *

¿Celos? No, por cierto. ¿De quién ni para qué? Ella es de una fidelidad incomparable, y toda su vida va corriendo delante de mí, como agua, con limpidez y sencillez. Creo que cuando una mujer nace honrada, lo es hasta el fin, inevitablemente. Y la mía ha nacido de la más pura cepa española, en esto de austeridad. No hay filosofías que puedan con ella; lo bueno es bueno y lo malo es malo, sin vuelta de hoja; ella podrá dudar metafísicamente de su misma existencia, pero en la práctica, ni aunque la descuarticen falta a sabiendas a un solo mandamiento de la ley de Dios. Luego no son celos, sino malestar, porque el que ella tenga veinte años y yo cuarenta y seis no me parece razón suficiente para que el mundo entero haya decidido, al parecer, que ella deba engañarme y yo deba sufrirlo con paciencia.

*

* *

Todo el mundo la quiere; es natural. A casa vienen siete veces al día sus siete hermanos, y si no pareciese demasiada atrocidad, sería cosa de pensar que los siete están un poco enamorados de ella. Y esto que a los siete hermanos les ocurre, le sucede igualmente a todo hombre que acierta a ponérsele al paso. A los viejos les entra una afectuosidad paternal sospechosa; a los jóvenes, un entusiasmo más sospechoso todavía; a los de media edad, una devoción intolerable. Todos me miran con cierto rencor mal disimulado, como si fuese yo, sin merecimiento alguno, monopolizador de algún tesoro que hubiese de pertenecer al dominio público. Media Europa llevamos corrida en dos años con el mismo resultado alterante; la opinión es unánime. Ciertamente que no deja de tener su picantillo agradable el ser marido de una mujer que le envidian a uno tantos que acaso la merezcan; toda calamidad tiene, si bien se mira, su lado sabroso, y a días, pensando en todo esto, me río con bastante sinceridad, y en apariencia me reiré siempre, porque antes morir que darles a ellos el gusto de haber logrado hacerme rabiar y a ella el disgusto de pensar que ha podido

hacerme pasar un mal rato... Sí, sí; el único gesto que en mi caso puede resultar airoso es el de una sonriente ironía. ¿Mi mujer les parece a ustedes de perlas? Lo sé, señores míos; pero no me importa, puesto que a la hora de los adioses, ustedes se van y yo me quedo, con mis cuarenta y siete años, cierto, ciertísimo; pero con sus veinte, aunque a ustedes les parezca inmoral... Sonreiremos..., sonreiremos, aunque la verdad es que estoy de ramitos de flores, tanto naturales como retóricas, hasta más arriba de las canas, que, ¡ay de mí!, empiezan a platearme la cabeza con apresuramiento desconsolador.

*

* * *

Tiene arranques que valen un imperio: el donaire con que ha puesto de patitas en la calle a su primo y ex novio es digno, cuando menos, de una corona. Al tal Marianito le tenía yo atravesado en la garganta, ni más ni menos que una espina; con el achaque del parentesco, y dándoselas de corazón generoso, había logrado conservar la amistad de la niña, y era ello un menudeo de miraditas lánguidas que, francamente, me ponía los nervios de punta; a ella, que, sin embargo, es tolerante, también le ha llegado a alterar el sistema nervioso la presunción del nene, y ayer, volviendo a casa, me la encontré excitada, sofocadísima y con una cara muy de mujer, que afecta poner cuando llegan los que ella llama «grandes momentos». A mi «¿qué te sucede?» un poco inquieto, me contestó muy seria:

—¡Que he mandado a paseo al majadero de mi primo!

¡Qué abrazo le hubiese dado de bonísima gana! Pero, fiel a mi táctica de indiferencia, sonreí amablemente, murmurando:

—¡Es usted demasiado cruel, mi señora doña Teresita! ¡Pobre muchacho!...

—¡Pobre demonio! —exclamó ella con indignación cómica.

Y luego, acercándose a mí:

—¿No me lo agradece vuestra señoría, señor doctor?

—Muchísimo.

—¿Nada más que muchísimo?

—¿Quiere que me arrodille para darle las gracias?

—No tanto; pero un poquitín más de entusiasmo...

¡Y hacía una mueca tan linda, de chiquilla mimosa y enojada! El hombre es débil; la expresión de mi agradecimiento alcanzó el más subido grado de elocuencia; y mientras yo iba fervorosamente agradeciendo, ella se reía, se reía... ¡Es un ángel!

*

* *

Tu quoque? Decididamente, hay que tomar la Humanidad a risa, si no quiere uno hacer de la vida la más lamentable de las tragedias; porque, de pararse a pensarlo, con sentido siquiera levemente trascendental, es verdaderamente trágico el que cosa al parecer tan sencilla como mi sencilla felicidad pueda hacer la desgracia de otro hombre, acaso de otros varios, que, después de todo, tienen el mismísimo derecho que yo a ser felices y a fundar su felicidad sobre la misma base de la mía. En estricta ley de fraternidad, debiéramos repartir hasta la dicha; pero puesto que la inhumana ley de humanidad decreta que la dicha deje de serlo en cuanto cesa de ser exclusiva... Afortunadamente, no soy filósofo ni socialista, porque sería grave cosa esto de ponerme yo mismo en contradicción con mi propia individualidad teórica... Sonríamos una vez más: es el caso que ayer, llegando a la Universidad, me encontré con que los señores alumnos habían decidido protestar contra no sé qué desmán pedagógico del ministro de Instrucción Pública, declarándose en huelga, y nuestro amable rector, dándoles la razón, cerró las aulas. Volvíme, pues, a casa con toda placidez; entré; mi mujer no me estaba aguardando en la escalera, cosa muy natural, puesto que no esperaba verme volver tan pronto; busquéla y la encontré en su cuarto, sentada en el suelo, como de costumbre, leyendo un puñado de cuartillas... y llorando con la más indudable desolación. Grandemente turbado, puesto que era la primera vez que la veía triste, precipitéme a averiguar la causa de sus lágrimas, y entonces sucedió una cosa inaudita: turbóse, quiso negar el llanto, fingir alegría, reír... y esconder las cuartillas debajo del sofá en que estaba apoyada.

—No, Teresita, no —dije yo, lleno de sobresalto,

sin saber por qué, rechazando el abrazo en que intentaba envolverme; —tú estabas llorando cuando yo entré aquí, y quiero saber quién tiene la culpa.

—Nadie —replicó ella—; nadie tiene la culpa; lloro porque soy tonta, y nada más.

—Lloras —insistí yo— por esos papeles que estabas leyendo.

—Sí que es verdad —respondió ella bastante confusa, bajándose a coger las cuartillas y apretándolas luego contra sí, como si quisiera defenderlas.

—¿Y se puede saber lo que dicen, que tanto te conmueve?

—No —replicó, serenándose de pronto, como si hubiese tomado una gran resolución.

—Es que yo tengo derecho a saberlo —dije, un poco amoscado.

Ella hizo un mohín de apesadumbrado asombro.

—Es que no te lo debo decir —afirmó.

Y al afirmarlo tenía en los ojos tal luz de honrada y noble serenidad, que preciso hubiera sido ser rematadamente necio o decididamente mal hombre para dudar de su rectitud de conciencia un solo momento; yo, sin embargo, tuve el valor de fingir que dudaba y me puse a mirar por la ventana con un «¡No hablemos más!» del peor gusto posible; pero todo hombre es imperfecto, y, ya que no el temor, me atenaceaba el cerebro la curiosidad de saber el porqué de las lágrimas de una mujer que, además de ser mía, no llora nunca. Ella, entretanto, colocó las cuartillas sobre su mesa y puso encima un libro; luego se acercó a mí y me cogió la mano:

—¿Te has enfadado conmigo?

—No.

—Te has enfadado, y haces mal, aunque yo comprendo que puede que tengas motivo, en apariencia, para enfadarte.

—Si lo comprendes... —comencé yo.

—¿Por qué no lo remedias? —terminó ella—. Porque no se debe hacer traición a nadie.

—De ti para mí no hay traición que valga. ¿Qué piensas?

Se había puesto muy seria, muy seria, y luego sonreía:

—Si estuviera segura de que no te enfadabas... Porque verás..., hay cosas que me dan tanta ra-

bia...; no, muchísima más rabia que a ti... Pero ésta no..., ¿sabes?... , ésta no, porque me da muchísima lástima...

Y vuelta a llorar. En vista de lo cual juré, por sus divinos ojos, no enfadarme, y cumplo mi palabra, aunque las famosas cuartillas, al parecer escritas con la mayor sinceridad, son de mi buen Teófilo, y dicen como sigue:

«Cada día es más bonita y más buena y yo más infeliz; porque cada día la quiero más y cada día me da más cargo de conciencia quererla; y si cuando la veo a ella sola me parece que sería hasta un crimen dejarla de querer, cuando veo solo a mi padrino, no encuentro palabra bastante denigrante para vituperar yo mismo mi propia ingratitud, y cuando los veo juntos..., cuando los veo juntos no me parece nada, sino que la tierra se hunde y el cielo se desploma y que valiera más no haber nacido. Al principio tenía una esperanza: Puede que quieran vivir solos —pensaba yo— y me mande a paseo; esperanza, digo, por decir algo; pero en cuanto me ponía a esperarlo, era poco menos que acabar de vivir; malo es verla de otro, pero ¿y no verla? Afortunadamente, es decir, por desdicha, no se les ha ocurrido que yo estoy de más; tan poco soy, que ni siquiera estorbo, y aquí estamos todos, es decir, aquí están, porque lo que es yo, como si no estuviera; y gracias a Dios que «ausente de mí mismo» —esto de ausente de mí mismo es cosa que ella dice algunas veces—, gracias a Dios o al diablo, digo, que ausente de mí mismo, o como sea, la tengo delante por lo menos ocho de las veinticuatro horas del día; porque cuando al padrino le da por viajar y se van por esas Inglaterras y esas Alemanias en busca de ciudades lacustres y otros esparcimientos prehistóricos, no quiero pensar en cómo se queda esta casa y en cómo me quedo yo dentro de ella; verdad es que entonces tengo el consuelo de llorar a gritos, porque ahora, ¿quién se atreve a llorar ni a poner mala cara? En cuanto me ve un poco triste me pregunta: «¿Qué te pasa, Teófilo?». Me llama de tú porque el padrino se lo dijo. Después de todo, Dios le bendiga, porque buen corazón sí que le tiene, y buenas ocurrencias también, algunos días. «¿Qué te pasa, Teófilo?». Digo yo que lo mismo se lo preguntaría a un pobre de pedir que llamase a la puerta, y que no tiene

nada de particular que me lo pregunte; pero a mí me da un gusto tan empapado en pena el oírsele preguntar, que prefiero no oírlo; y en cuanto me da la melancolía pongo una cara tan satisfecha que ayer me la vi en el espejo al pasar y a mí mismo me hizo llorar de risa».

»Ella se ríe siempre, pero no de mí ni de nadie, sino de todo. Esto parece una paradoja, pero no lo es; se ríe, sin duda, porque no lo puede remediar; esta mala razón la he inventado para no confesarme a mí mismo que se ríe porque es feliz; porque, a pesar de que la quiero tanto, me da demasiada tristeza pensar que se ríe porque es feliz, sin tener yo nada que ver en su felicidad; se ríe, digo, de todo, a todas horas, pero no se ríe de nadie, y con todo el mundo es tan cariñosa; demasiado; yo creo que no debiera serlo tanto con tanta gente; bueno que lo sea con el padrino; aunque me duela, al cabo ella le quiere y es natural, y con sus hermanos, porque son sus hermanos, y es natural también, aunque algunas veces se ponen bastante insoportables con esos aires que se dan los siete de quererla más que nadie en el mundo, como si hubiera hermanos, ni padre, ni madre, ni marido capaces de quererla como yo la quiero, sin decírselo a nadie, ni a ella. ¡Ni a ella! Seguro estoy de que tantos como hay que dicen que la quieren, no tendrían constancia de quererla si no se lo pudieran decir, porque una de las cosas mejores del cariño es la dulzura del decir «¡Te quiero, te quiero, te quiero... vida mía!». Yo he inventado toda una letanía de cariños, y bien de noche, cuando ella de seguro está dormida, hago un hoyo en la almohada y allí los voy gritando todos; gritando, sí, porque la pluma, cuerpo mal conductor, es discreta, y se traga los gritos tan bien como el más trágico de los abismos, y no dice nada».

»...Pero si la pluma no dice, es posible que cualquier día de estos diga yo una barbaridad, porque no hay silencio que resista a la dulzura abominable de esta suavidad suya, de esta presencia sonreidora que continuamente le atormenta a uno el corazón no sé si como una caricia o como cien mil puñaladas. Hay detalles horribles; y lo tremendo es que no son los malos, sino los buenos los que a mí me dan ganas de

morirme. Por ejemplo: resisto con bastante valor el que ella, al despedir a mi padrino, le abraza en la escalera; pero cuando, como ayer sucedió, me duele la cabeza a más no poder —ahora he dado en la gracia de tener jaqueca casi todas las noches y vértigos casi todas las mañanas—, y ella se entera, y antes de acostarse entra en mi cuarto con mi tía Ramona y me obliga a tomar un sello de antipirina y me pone la mano en la frente para saber si tengo calentura, la mataría de muy buena gana... o me mataría yo, que es lo que habrá que hacer, más tarde o más temprano, lo estoy viendo. Lo malo es que no está uno seguro, ni mucho menos, de la existencia de «un mundo mejor». Y si con el *tirito* se acaba todo, nos hemos lucido..., porque lo que es no verla, no verla, aunque se muera uno de tristeza de estarla viendo, ¡eso sí que no!».

Cuando terminé la lectura, ya Teresita no lloraba; pero estaba muy seria, y yo también; y me exigió no sé cuántas palabras de honor de que no me enfadaría con mi insigne ahijado, porque —afirma y puede que tenga razón— bastante desgracia tiene el infeliz, y los que por incomprensible privilegio somos felices en este planeta de desdichas, estamos obligados a compadecer a los que no lo son, mucho más si nuestra propia felicidad tiene la culpa de su desdicha, y *alter alterius onera portate*, dice que ha dicho no sé cuál de sus Santos Padres. Cuando dice latines, se pone más bonita que nunca, cosa que puede parecer paradoja, como dice mi enamorado discípulo, pero que es la verdad. Y como su doctrina es absolutamente lógica, aunque un poco difícil de poner en práctica, porque la misericordia no suele ser achaque de humanos corazones en lances de rivalidad amorosa, prometí lo que quiso, y con toda calma me dispuse a echar una peluca a nuestro impresionable Teófilo antes de devolverle sus cuartillas, que Teresita, revolviendo papeles en busca de unas notas sobre los microlitos, había encontrado en su cartapacio.

*

* *

Pero antes de que yo me hubiese decidido a llamarle, vino él a mi presencia, demudado y nervioso. El infeliz, de vuelta a casa, había, sin duda, echado

de ver la falta de las denunciadoras cuartillas en su cartapacio, y juzgándolo todo perdido, quiso salvar al menos el honor.

—Padrino —me dijo, y le temblaba no sólo la voz, sino todo el cuerpo—, no se enfade usted por lo que le voy a decir, ni me llame usted ingrato que no lo soy, porque bien sabe Dios que no quisiera querer lo que quiero, pero no puede ser, y como sé lo que le debo a usted y lo que debo a mi conciencia de hombre honrado, me voy para siempre, aunque no me quisiera marchar, y vengo a decirle a usted adiós y a pedirle que no me juzgue mal, y a que me despida usted de Teresita, y le diga usted que no tengo la culpa, ni ella tampoco, por supuesto; pero que soy un desdichado, y que ¡qué le vamos a hacer!— Supongo que, de no haber tenido antecedentes más claros, me hubiese sido bastante difícil sacar algo en limpio de las incoherentes palabras de mi discípulo, dichas a media voz y precipitadamente; y a fe que le envidié la emoción, porque a pesar de su lamentable aspecto, era noble arranque de generosidad juvenil; sólo sus veinte años son capaces de tan admirable imprudencia; y veinte años que, como los suyos, tienen aún la ilusión de la rectitud humana, hasta el punto de suponer capaz de justicia serena a un enemigo, y venir a ponerse en sus manos con tan evidente desesperación. Sin responder le alargué las cuartillas famosas; entonces, de pálido que estaba, se puso lívido y no acertaba sino a decir: «Me voy, me voy, me voy...».

—Teófilo, hijo —le dije yo, echando el caso a broma, porque de veras me había conmovido bastante—. Teófilo, hijo, no seas ridículo—. Abrió a más no poder los espantados ojos y no dijo nada—. No seas ridículo, y, sobre todo, si de cuando en cuando se te vienen a la imaginación tonterías más o menos explicables, porque los pocos años acostumbran a jugarle a uno estas malas pasadas, no emborrones cuartillas con tus impresiones, y si las emborronas, guárdalas un poquito mejor, porque no es cosa de que los corazones anden en papeles que el viento se lleva sabe Dios adónde, y no hablemos más, y ahora vete a dar un paseo, que estás muy sofocado, y a esas jaquecas vespertinas el aire libre les viene de perlas, y no olvides que a las ocho cenamos y que no me gusta tener a la mesa gente con cara triste.

La que el cuitado puso en aquel instante no es para descrita, y casi doy razón a los novelistas en lo de asegurar que pueden pasar por unos ojos rayos de esperanza, de ilusión, de bienaventuranza, y por una frente sombras de desaliento, de tristeza, de angustia; ello es que en un instante pareció ponerse muy contento y muy triste; comenzó a hablar todo ilusionado y hasta creo que llegó a decir: ¡Muchas gracias!, o cosa así; pero la conciencia no le consintió entregarse a la que él, sin duda, juzgó criminal alegría, y revolviendo, como suele decirse, el puñal en la herida, exclamó:

—¡Es que usted no sabe cuánto la quiero!

Decididamente, la criatura había resuelto que le pusieran de patitas en la calle.

—Ni creo que seas tú el llamado a venir a decirme —repliqué fingiendo el mayor enojo.

Entonces tuvo un grito del alma, digno de ser grabado en bronce:

—¿A quién se lo voy a decir?

¡Tenía razón! Y más que razón, heroísmo, cuando tan fácil y tan dulce le hubiera sido írselo a contar a ella... como hacen todos los demás.

—Bueno, bueno; tú no te puedes marchar de esta casa, porque no tienes otra, y porque yo no quiero que te marches; eres hombre honrado, y puesto que tanto dices que la quieres, supongo que no tendrás empeño en amargarle la vida con complicaciones. Esto, me figuro que es una tontería; tú aseguras que es una desgracia; sandez o desdicha, ella no tiene, como dices muy bien, culpa ninguna, y no es justo que pague la pena; así es que ya lo sabes: paciencia y duchas, y a buscar una novia de buen ver, y al año que viene a hacer el doctorado en Madrid, y a casarte a vuelta de correo.

Dicho lo cual, di media vuelta, y me marché pensando en lo muy fácil que es ser generoso cuando se es feliz; y sin saber por qué, me dió como vergüenza de mí mismo el haber echado a broma, siquiera de palabra, una emoción sincera; pero si tomamos en trágico las tragedias del vivir cotidiano, ¿será posible continuar viviendo? Naturalmente, no ha salido a cenar, y yo se lo agradezco; he ido con mi mujer al teatro para hacerla reír sin ser directamente responsable de su risa; hace un momento, al pasar por la

puerta de Teófilo, me ha parecido oír algo como suspiro o llanto... después de todo ¡feliz él! Está sufriendo y tal vez sea un poco mentecato... pero tiene veinte años... veintidós... ¡mis veintidós años de hace ya veinticinco!

*

* *

Cuando se duerme; cuando se calla; cuando, con el libro entre manos, deja de leer; cuando por los cristales del balcón mira largo rato la vega y el río, o el cielo de noche; cuando se arrodilla a rezar y esconde la cara entre las manos; cuando algunos anocheceres se sienta en el suelo cerca de mí, y me coge la mano, y suave y distraídamente me la acaricia, y se está largo rato inmóvil y en silencio, tal vez con el pensamiento muy lejos y únicamente unida a la realidad por el leve contacto caricioso, me entra una ternura desolada e inquieta... Porque bien sé que su silencio, en todas estas horas que el poeta acaso llamaría misteriosas, no es vacío ni inactividad espiritual, y que si entonces callan las palabras es porque la mente está tejiendo sus más sutiles elaboraciones, porque ella es araña incansable en esto del imaginar y el soñar, y tiene en el sueño esas alas de luz, únicas capaces de hacerla salir limpia y libre sobre las miserias de lo acostumbrado; siempre sueña de alto, y razona desde lo más hondo de su sueño, y además... ¡es tan criatura! Y yo, que mal que pese al florecimiento con que su cariño ha maravillado mi alma, soy hombre y no soy joven, y he dejado en las zarzas del camino todos los entusiasmos, menos el de quererla cada día más, pienso melancólicamente, cuando la veo pensar o rezar o dormir —digamos cuando el alma se le va por las nubes—, que acaso un día, y no lejano, se dé ella cuenta de que cuando sale del mundo, sale sola, aunque me lleve a mí de la mano. A veces, a la vuelta de uno de sus viajes espirituales, se vuelve a mirarme y me sonrío con sonrisa de complicidad, y yo aparto los ojos por miedo a que comprenda que yo no puedo ni siquiera imaginar de dónde vuelve, ni la visión que le hace sonreír... Tiquis miquis... chochees... ¡dolorosas chochees en todo caso, y sufrimiento real y posi-

tivo, aun cuando esté fundado en cosa de tan poca realidad como el miedo al fantasma de un sueño!... Estos son mis celos, y ésta mi tortura, más grande por informe, porque su misma vaguedad la permite envolverme y penetrarme todo con una niebla tenaz e insidiosa. ¡Ojos tan negros y de tan clara luz! ¿Será posible que el amor os ciegue y os siga cegando misericordiosamente hasta el fin de mi vida? ¡Si hubiera un Dios para pedirle que hiciera ese milagro! ¡O una muralla de diamante para guardarla sola con su ilusión, de tal modo que la luz de su espíritu, reverberando incansablemente, cayese sobre mí y me confundiese, como ahora me confunde, por virtud de amor, en la gloriosa vibración de la luz reflejada! Una muralla de diamante... porque mientras esté frente a frente y a solas conmigo, la generosa ceguera de su cariño le hará creer en una juventud de espíritu, cómplice de la suya. Por fortuna, no abundan en el mundo los hombres capaces de leer la cifra de la luz interior que a las veces le sale por los ojos o por los labios en miradas radiantes o en arrebatada palabrería: cuando habla dejándose llevar de esa lumbre interior que yo tan bien conozco, aunque tan indigno de comulgar en ella; cuando habla, digo, delante de otros hombres, ¡tengo un miedo de que alguno la entienda! Por triste fortuna, casi todos los hombres, aun los muy jóvenes, son lamentablemente sordos de espíritu, y suelen oírla como quien oye llover, y así conservo yo siquiera la ventaja de saberme arrodillar a tiempo cuando el misterio pasa y los demás no le sienten pasar, y, en resumen, soy más digno que nadie de velarle el sueño... ¡Pero y si un día se le pone delante el espíritu verdaderamente complementario, el alma joven y entusiasta, la mente embrujada y esperanzada como la suya! Esperanzada... ese es el gran peligro, porque la esperanza no puede estar sino en la juventud...; esperanzada... , seguramente todas sus edificaciones intelectuales y cordiales son alcázares para el porvenir, y yo ya no le puedo pedir a la vida más que una tienda de reposo... ¡Pero el amor, la fuerza incontrastable del amor, el poder invencible del amor!... Ella te ama... es cierto; pero el amor, desengañémonos frente a la verdad, no es sino un elemento en la completa compenetración de las almas... Te ama de amor; pero ¿y si llega el que sepa

acabar la frase que ella empiece, el que sepa decir lo que ella está callando, el que acierte a cantar la copla que ella tiene en el pensamiento, el que pueda cogerla de la mano, y al asomarse al porvenir, tenga vida delante para prometer un «¡haremos!» al anhelo de su actividad?... Ciertamente que ella me ama, cierto que es fiel, cierto que nunca ha de faltarme la rosa abierta de sus labios, ¡eso lo sé, porque la conozco!; pero ¡y si un día, al darme ese beso que nunca ha de negarme, me le da con tristeza! ¡Y si una de estas noches en que reza, o medita, o mira al cielo, o me acaricia suavemente la mano, el suspiro que deje escapar va a buscar otro nido, y piensa con resignación melancólica que el amor la engañó al empezar la vida y que acaso equivocó el camino!...

DE TERESA ALCARAZ A CARLOTA, SU AMIGA

Dulcísima: Esta carta es de adioses, porque me voy de España. Y no a un vulgar París, ni a un Londres cualquiera: Europa nos queda ya estrecha, como dicen los americanos, y nuestro «navegar pintoresco» no es por esta vez figura retórica: nos lanzamos real y efectivamente a cruzar la inmensa llanura del mar, y nos vamos... a Australia. No te asustes, porque volveremos; yo he de volver siempre, vaya donde vaya, porque no salgo nunca de mí misma, y aunque no soy patriota, ni mucho menos, siento confusamente que la mejor raíz del corazón se me queda siempre en esta ciudad que, vieja y pobre, ha enriquecido mi juventud con tan maravillosas visiones y me ha enseñado a querer y a pensar. Es una rareza, y apenas sé cómo explicártela; en todas partes soy feliz, ¡cómo no, si llevo el amor conmigo!; pero me parece que mi felicidad viajera sólo aquí se confirma y sanciona: toda la tierra es tránsito, y aquí está el lugar de reposo; por todo el mundo llevo los ojos abiertos, y sólo aquí los cierro para traer al mundo dentro de mí misma; todos los paisajes me encantan, pero no los comprendo cordialmente hasta que, en recuerdo, los miro desde el balcón de esta casa mía, romantizados y confundidos en la visión escueta de esta alameda, de este río, de este puente, de este arrabal... Peregrino el cuerpo, curiosa la mente, por toda la tierra quisieran llevar su sed de aires nuevos y de palabras desconocidas; pero si he de morirme o he de tener un hijo, a X... he de venir, aunque sea arrastrándome, porque sólo este austero rincón castellano me parece digno de que en él se acabe o comience una vida.

Además, ¡aquí se quedan tantos que me quieren bien! Mi padre está muy viejo y la vejez le ha puesto

pesimista; mi madre, aunque optimista en el fondo, está un poco cansada de vivir y no tiene ya el heroísmo de reír sin causa para que en la casa «no se ponga el sol», virtud femenina que aprendí en su ejemplo, y que ahora era yo la única llamada a practicar en aquel hogar, que se está quedando un poco frío; de mis hermanos, se ha casado uno y dos están fuera; los pequeños se han hecho formales antes que nosotros, y no llenan la casa de ese alboroto del que las madres dicen «me vuelve loca», pero que indudablemente les hace vivir. Aquí dejamos a Ramona, achacosa y caduca, y a Teófilo, que, decididamente, no se quiere casar, aunque gana dinero... en fin, que me da como un poco de remordimiento irme tan lejos con mi felicidad, dejando detrás algunas almas tristes, y mientras cierro los baúles, parece que por toda la casa corre un viento de melancolía.

Nos vamos, como te digo, a Australia, en misión científica; estaremos un año estudiando especies animales, que aunque todavía no han desaparecido, creo que están a punto de desaparecer; antes de que definitivamente desaparezcan, la vieja Europa manda emisarios que las clasifiquen en los catálogos de la sabiduría, para guardar, siquiera entre las páginas de la ciencia oficial, la rosa seca de sus esqueletos, y ahorrar a los sabios del porvenir el trabajo de las reconstrucciones más o menos fantásticas. A mi marido le pone contentísimo la idea del viaje: dice que el ir conmigo a una tierra tan nueva de puro vieja —parece que la Australia es lo único que queda de un antediluviano continente— le da como una especie de nueva juventud y un retoñar de nuevas ramas románticas; como todo el mundo tiene el don de amargarse siquiera levemente la buenaventura, mi señor catedrático ha dado en la flor de dolerse en medio de lo que él llama su incomparable felicidad —no lo repito por darme tono, que conste—, de dolerse, digo, porque le queda poca vida para gozarla, y como el chiquillo del cuento, no pudiendo acabar con el plato de sopas que tenía delante, llora «por lo que quedaba». Por supuesto, que lo de la poca vida lo dice él, porque no hay bajo la capa del cielo hombre con más traza de vivir por lo menos un siglo. Esto le digo yo sinceramente —no estaría tan contenta si creyese otra cosa—, y él primero se alegra, y luego se entristece, porque dice

que soy una farsante misericordiosa que ando encendiendo candelillas de ilusión para alegrar negruras de lo inevitable. Tan testarudo es en esto de augurarse la muerte, que algunos días ha conseguido hasta hacerme llorar. ¡Y vaya usted a convencerle, después de haberme visto llorando, de que no estoy ya derramando lágrimas sobre la visión de su sepultura! Los hombres son una calamidad, y algunos días da tristeza pensar lo poco que podemos nosotras, mujeres, de quien ellos dicen que depende su felicidad, para hacer dichosos ni a los que amamos ni a los que dejamos de amar; todo el corazón, y todavía es poco; todo el amor y toda la alegría, y basta la sombra de una preocupación para traer a casa la tristeza, nuestra enemiga natural; porque, ¿habrá hombre que, si en casa está triste, no se sienta inclinado a echarle la culpa a su mujer? No va esto precisamente con mi marido, que tiene una especie de superstición sobre mi influencia con el destino, y cree poco menos que a pie juntillas en que tengo la buena suerte atada a la pata de la mesa; pero, en fin... él se entristece muchos días, y a mí, que sé el porqué de sus melancolías me da rabia no poderle convencer, a él, tan sabio, de la sabiduría indudable del «mientras dura, vida y dulzura».

Esto bien pudiera servir de lección a los enamorados mal correspondidos que, para amargarle la vida a una mujer, dan en la flor de jurarle, sin duda creyéndolo, que si ella les quisiera querer estarían en el séptimo cielo de la dicha: —No, señores míos; es cosa de ir diciendo a los pocos o muchos que se le pongan a uno delante: no se hagan ustedes ilusiones: el cielo o el infierno lo llevamos dentro, y no hay amor ni desamor capaces de transformar la gota de miel o de hiel que, el día en que nacimos, nos puso el destino en los labios.

¿Pesimismo? No, no; si bien se mira, todo tiene su lado bueno en este mundo; a mí esta seguridad que tengo, y que a primera vista puede parecer triste, de la incapacidad del amor para hacer la felicidad de nadie, me consuela del remordimiento que pudiera causarme ciertas malaventuras, que algunos espíritus ilusionados se obtinan en achacar a la fatalidad de mi indiferencia.

Me pides noticias de la que tú llamas «mi corte de amor». A todo se acostumbra uno en la vida, y des-

pués de cinco años de matrimonio, parece que mi ciudad natal se va acostumbrando a la idea de mi fidelidad; claro es que nunca falta algún forastero incomprensivo, que se obstina en compadecerme y consolarme; pero yo también me voy acostumbrando a inspirar compasión, y ya ni me indigno, como en un principio, ni me río, como solía después; el espíritu humano no se distingue por lo multiforme precisamente, y yo he llegado a componer una especie de formulario para salir del paso, en la escena inevitable, con las menos palabras y la mayor amabilidad posible; espero que en los diez años que me faltan, digamos de servicio activo, en esto de inspirar sentimientos más o menos dignos del nombre de pasión, habré llegado a la perfección en el arte de decir que no, sin que se ofenda demasiado el que venía buscando otra cosa. Y no vale la pena de hablar más del asunto.

Acuérdate de mí: yo no te olvidaré, y si en Australia hay, como me figuro, postales ilustradas, te enviaré vistas a cada correo, adornadas de sentencias más o menos profundas: quiero a mi vuelta encontrarte casada. A propósito: a mediados de invierno recibirás una visita que te envió; se llama Jaime Alzola y es arquitecto; vino aquí hace año y medio a dirigir las obras de restauración de la catedral, y en cuanto las termine irá a tu Segovia, creo que a planear una estación nueva para el ferrocarril. Nos hemos tratado bastante, y hemos simpatizado mucho; tiene veintiocho años y es tan paradojista como yo, pero él cree en sus paradojas y las defiende con tanto fuego, que forzoso es compartir su entusiasmo no pocas veces, y creer en ellas en contra de toda razón; levanta teorías con tan buen arte como levantaría torres, y tanto en sueños como en arquitectura, está, como yo, por la línea gótica; creo que con paciencia, cariño y buena mano, hasta se podría hacer de él un místico... pasado por Nietzsche. No me ha hecho el amor, afortunadamente, «no por falta de ganas», me dijo esta mañana al despedirse, «sino por todo lo contrario». Este por todo lo contrario es otra agradable paradoja, y eso le tengo que agradecer; y me alegro de estar obligada a este agradecimiento con él precisamente, porque —a ti, que eres parte de mí misma, bien te lo puedo decir— es el único hombre, el único de quien se me ha ocurrido pensar: «También casada con éste me parece

que sería feliz». Naturalmente —parece que el caso es tan inevitable como una ley física—, este hombre, que de no ser las cosas como son, y yo como Dios me ha hecho, pudiera haber sido el único peligroso, es también el único que le ha inspirado a mi marido una confianza cordial y una estimación casi calurosa. Pensando en esto, casi me alegro de marcharme a Australia, porque las simpatías sentimentales son de suyo enredosas y ocasionadas a tristezas; si alguna queda por aquí, que no lo creo, consuélala tú; no sabes qué descanso de conciencia y qué alegría de corazón sería para mí encontrarte a la vuelta convertida en señora de Alzola; te lo digo como lo siento, y ya sabes que no sé mentir; pero si mi deseo es profecía, no le digas a él que yo lo he deseado. Hasta el año que viene, o hasta nunca. Tuyísima.

TODO ES UNO Y LO MISMO

I

¿Quién me había de decir, hace cuatro años, la noche fatal en que supe que Teresita se casaba con el doctor don Raimundo de la Gala, mi protector y maestro, que aún había en el mundo para mí la posibilidad de una pena más grande? Yo estaba enamorado de ella como un asno, y no sé por qué he de emplear pasados hipócritas al hablar de un amor que voy temiendo que ha de ser presente único para mi corazón testarudo: estaba enamorado de ella, de ella, sí, señor, de ella, como lo estoy ahora, y como lo he de estar hasta que me muera, porque esto no tiene remedio. Aquella noche llevaba ya cerca de dos años de fecha esta inacabable calamidad; ahora lleva seis largos; ésa es la única diferencia. ¡Ay, Teresita, bien adentro supieron clavarme el puñal tus ojazos negros! No sé si fueron ellos, o tus labios, tan encarnados y tan risueños, «la causa de mi perdición primera», como dice la copla, ¿qué más da? Puede que fuera aquel cuello color de ámbar, ceñido de aquella gargantilla de corales rojos que tanta sed me daba, ¡vaya usted a saber! El caso es que tú, como dice también una copla, «eras, eres y serás entre todas las mujeres...» ¡Qué tontería, señor, qué tontería tan grande y tan indigna de todo un doctor en Ciencias físicas y naturales, auxiliar de la cátedra de Cristalografía en la castellana Universidad de X..., inventor del novísimo alambique que lleva mi nombre, ¡qué tontería sentir el famoso nudo en la garganta y la opresión en el corazón y las lágrimas en los ojos siempre que recuerdo que hay coplas en el mundo, sólo porque a ella dice que le gusta oírlas cantar! Buenas estaban todas estas monsergas sentimentales en los años románticos en que tus floridos dieciocho dieron en tierra con la serenidad de mis veinte,

ignorantes entonces de todo amor que no fuese el purísimo amor a la Ciencia, que también, Teresita, ha de morir conmigo; pero a los veinticinco, y cuando tú ya llevas cuatro cumplidos de matrimonio... Verdad es que nunca lo he podido creer, a pesar de vivir en tu misma casa y de estarte viendo día por día salir de mañanita, bien temprano, de la alcoba de mi ilustre maestro, con el pelo, ¡tu pelo tan negro y tan bonito!, un tanto despeinado y los ojos aún borrados de sueño. Siempre he querido hacerme la ilusión de que dormías sola, Teresita, a pesar de la enorme cama dorada a cuya cabecera colgó tu piedad un Cristo y a cuyos pies previno tu ternura, no sé si decir conyugal o filial, unas zapatillas para don Raimundo... Sí, vida mía; cuatro años ha sabido mi amor, cobarde a fuerza de despótico, conservar la ficción de que en aquella casa tú eras, ni más ni menos que yo, una discípula, una hija adoptiva, cuando más un juguete sentimental y platónico del señor catedrático. Y así hemos ido viviendo como Dios nos ha dado a entender: tú tan tranquila —¿es posible que una mujer tan buena como tú pueda vivir tranquila, cuando sabe que hay en su misma casa un hombre que se muere por ella?—, nuestro ilustre maestro tan satisfecho —¡dichoso él!—, y yo tan acostumbrado a mi desesperación, que creo que bastantes días se me llegó a olvidar que estaba desesperado. ¡Cuando tuve tiempo y serenidad para inventar mi alambique!

Verdad es que tú, mi vida, tienes absoluta dominación tiránica sobre las almas que son tan tuyas; donde tú estás se acaba la voluntad; dueña de todos, señora de todos, desde que entraste en aquella casa decidiste que todos habíamos de ser felices; ¿y quién es capaz de contradecirte ni contrariarte? ¿Quién resiste al imperio de tu adorable «¿Quién manda aquí?» ¡Tú, y tú, y siempre tú! Y a aquel mohín de reina ofendida con que tantas veces, y al parecer sin motivo ni fundamento, pregonas por los pasillos la inapelable ley: «En mi casa no quiero gente triste.» ¿Qué remedio sino estar alegre, aunque algunos días, para conseguirlo, se tenga uno que emborrachar a fuerza de tragarse las lágrimas?

¡Y pensar que todo eso, tan amargo, era todavía felicidad!

¡Pensar que aquellos celos negros y continuos aún

podían llamarse dicha y buena suerte! Pensar que creyó uno haber agotado los más laberínticos refinamientos del sufrir, y encontrarse, después de cuatro años, con que todavía no había ni sospechado lo que es padecer. Porque, como he dicho al principio — ¡quién me lo había de decir!—, había otra pena más grande, la única, después de todo, que vale la pena de llamarse pena, una pena más grande que la de verla de otro: la pena de no verla.

Porque si era cosa de desatinarse noche por noche, después de haber pasado la velada en aquel salón lleno de libros y de fósiles, donde el maestro y yo trabajábamos juntos y ella leía su Kempis o su Nietzsche, o bordaba sobre etamine flores extravagantes y animales nunca vistos, o, sentada en el suelo, miraba la lumbre de la chimenea, verla levantarse y oírla decir: «Ea, se acabó lo que se daba; cada mochuelo a su olivo. Buenas noches, Teófilo», y mirarla salir del salón, y ver a don Raimundo salir detrás de ella frotándose las manos, si era cosa, digo, de desatinarse, tanto, que tantas noches, por no pensar en ello, me iba de casa y no volvía hasta el amanecer —porque poco después acostumbraba ella a salir de su cuarto, como ya he dicho—, cosa de archidesesperarse es ahora pensar que no hay olivos ni mochuelos; que no hay veladas, ni despedidas, ni esperanzas de amanecer; que ella está, ¡santo cielo!, en Australia, y yo en Granada la bella, en la tierra del suspiro del moro, en el paraíso perdido de Boabdil.

II

Hay que explicar por qué he venido yo a Granada en este abril fragante y desesperado y teniendo mi cátedra en tierra de Castilla; mi cátedra, que es la de don Raimundo, ahora que está él en Oceanía. Pues, señor, mi maestro, después de tantos años de estudiar Paleontología por todos los libros del mundo y todos los museos de Europa, decidió este invierno que no quería morirse ¡así Dios le dé mil años más de vida sobre los cincuenta que ahora goza!— sin ir a ver con sus propios ojos los animales raros —restos, al parecer, de la fauna de un continente desaparecido— que aún quedan en Australia, y en uso de su perfec-

tísimo derecho, ha pedido al Gobierno una pensión de estudio, y en uso de otro derecho no menos perfecto, aunque desesperante, ¡ay de mí!— el matrimonio es una institución abominable y llamada a desaparecer en cuanto las mujeres se den cuenta de que vale más ganarse la vida en libertad que dejar que los hombres las mantengan a cambio de una condena a cadena perpetua—, y en uso, digo, de ese derecho perfecto y detestable, se ha llevado consigo a Teresita, su legítima esposa.

Las mujeres son incomprensibles. ¡Enamorarse a los diecisiete años de un buen señor de cuarenta y cinco, profesor de Cristalografía, paleontólogo, paradjista y feo, y no haberse querido enterar de que a su lado, precisamente a su lado, en el banco del aula, tenía un compañero de apenas veinte, loco por ella, loco perdido!... Verdad es que cuando se enteró, ya después de casada —¡no me quiero acordar de aquel día!—, lloró; lloró de veras; pero lloró de lástima, como lloran las mujeres felices por los hombres que no les importan, y desde entonces ha sido más buena que nunca conmigo, y don Raimundo también, ¡Dios se lo pague!, y hemos seguido viviendo juntos porque ellos han querido, y ella y él han tomado la piadosa resolución de hacer como que se les hubiese olvidado mi desdicha, y aquí no ha pasado nada.

Pues bien; ellos ahora hace ya dos meses se marcharon a Australia, y yo me quedé en casa solito con mi tía Ramona, ama de llaves desde *ab aeternum* de mi don Raimundo. Ya la pobre está bastante alcatranada, porque tampoco es ninguna niña, y aunque me quiere —dice ella, y yo lo creo— más que si fuera su hijo, su compañía no es la más propia para consuelo de otras ausencias. Ello es que apenas Teresita se hubo marchado, se apoderó de mí una tremenda melancolía, complicada con mal humor rabioso y sin sentido; los pobres alumnos andaban medio locos, porque, pasada una semana, el mal humor se mudó en desequilibrio mental o anemia cerebral o no sé qué demonios, y mis explicaciones eran incomprensibles y contradictorias; pasada otra, el loco era yo, y me di a pasear por la vega, desde la caída de la tarde hasta el amanecer, hablando solo, como en los dramas; todo, eso sí, con mucha resignación, porque Dios me es testigo de que no quisiera cambiar ni una coma

en la ordenación que el destino ha dado a mi vida; ni aunque quisiera, ¿de qué había de servirme? El único arreglo al parecer lógico de esta calamidad sería la muerte —¡el Señor no me tenga en cuenta este mal pensamiento!— de mi maestro; pero tampoco iríamos adelantando gran cosa, porque ella no me quiere a mí, y si viuda llegase a enamorarse de otro... No, no; celos por celos, prefiero éstos, a los cuales ya estoy acostumbrado. Algunas veces, porque ella es mujer simpafiquísima, demasiado, ¡ay de mí!, y tiene siempre una porción de admiradores; algunas veces, digo, me entran hasta ideas homicidas contra alguno de los mequetrefes que le hacen el amor, y no comprendo la serenidad con que su marido toma las cosas. Verdad es que ella no le hace caso a nadie, y que la posesión —es más fuerte que yo decir el matrimonio— debe de tener virtud apaciguante. Cavilaciones y laberintos: lo único que importa es que mi locura resignada dió al traste con mi salud —una cosa que me ha asombrado siempre es, estando tan triste, estar tan sano y tener tan buen apetito—; dejé de comer, ni más ni menos que una chiquilla romántica; empecé a tener fiebre— dice el médico, ¡idiota!, que mis paseos nocturnos por la vega tienen la culpa— y caí en cama con delirio y todo... Al convalecer, me han recetado cambio de aires, me han dado una licencia de cuatro semanas, y he pensado en Granada no sé por qué; es decir, sí lo sé; pero es una simpleza, y más vale guardármela para mí solito.

Aquí estoy; llegué anoche lloviendo; en el coche, al atravesar la ciudad y subir por la cuesta, camino de la Alhambra, porque vivo en lo alto del monte, como los ingleses, la luz de los faroles del coche reflejándose en los charcos, y las sombras de los altos árboles cayendo sobre ellos, me hacían pensar en una noche de cuento californiano de Bret Harte, en que también hay una diligencia y noche y charcos y una hospedería: claro que California no es Australia, pero más cerca está que de España, y sobre todo es otro mundo, y hay que pasar el mar para ir a un país y al otro. ¡El mar! Yo no le he visto aún, porque no he salido de X. . . más que para ir a Madrid a doctorarme; pero Teresita dice que le gusta más que nada en el mundo, y que es la única cosa que consuela de todo. ¿De qué habrá tenido que consolarse ella?

No lo sé; me parece que de nada, porque desde que la conozco siempre la he visto de buen humor, y antes de que yo la conociese tampoco ella había visto el mar.

III

Vivo en una pensión, a dos pasos del palacio árabe, donde por el momento no hay más españoles que yo, los mozos de servicio y las camareras. El dueño es italiano; la dueña, francesa; los huéspedes, ingleses y alemanes en su mayoría; algún francés. Es una casa limpia y cómoda, donde a todas horas se ve a alguien tomando té con pan tostado. Hay más mujeres que hombres, casi todas viejas y todas feas, sin excepción; pero de un feo extraño y desconsolador.

El servicio del comedor se hace en mesitas separadas; yo estoy solo en una, y anoche, al cenar, y al almorzar esta mañana, me causaba un desasosiego atosigante el espectáculo de la unánime fealdad femenina. ¡Qué pies descomunales! ¡Qué manos huesosas, torpes de movimiento, rojas! ¡Qué cuerpos a un tiempo rígidos e inconsistentes! —no sé por qué me parece que debajo de cada vestido existe, no un cuerpo de mujer, sino un duro maniquí de mimbre—. Y, sobre todo, ¡madre mía!, ¡qué caras! Las hay de pájaro, de perro, de oveja, de pez, de todo, menos de mujer. ¡Piel «floridas», como dicen ellas, en rojos inverosímiles, o descoloridas en incomprensibles grises tirando a verde! ¡Oh fealdad española, que eres sencillamente fea! Pero estas fealdades sajonas tienen refinamientos de pesadilla: en la mesa de enfrente hay cuatro muchachas, digo muchachas en el sentido de la palabra inglesa *girl*, mujer soltera de edad indefinible, porque, esta es otra, ¿qué edad pueden tener estas mujeres flacas, con gestos invariablemente pueriles, con voces atipladas y vestidas de colorines? Las cuatro *girls* que tengo enfrente, acompañadas por una madre o tía o *chaperon*, contemporánea indudable del hombre de las cavernas, acabarán por quitarme el apetito a pura lástima que me dan las pobres: hay dos rubias, una morena y otra pelirroja; de noche, el cabello rojo de esta última parece de oro, y es la única belleza que entre las cuatro logran poseer; nunca he visto narices más largas ni provistas de más

extraña movilidad; son como trompas de elefante-feto conservadas en alcohol; ¡cielo santo!, a cada instante, mientras comen la sopa, temo que la nariz de cualquiera de ellas llegue antes que la boca a la cuchara, ¡y me entra una angustia tan fuera de sazón! La morena tiene, por bajo de unos labios pálidos, unos dientes inmensos, blanquísimos, salientes ¡y se ríe!... ¿Es posible que una mujer se ría con esos dientes? ¡Oh despreocupación británica! Una de las rubias tiene la boca hendida y la frente abombada; con lo cual, la abominable nariz trombimorfa parece moverse desde lo hondo de un valle, alumbrado por unos ojos azul porcelana, inquietos, chiquitines, sin pestañas ni cejas. A la otra rubia y a la pelirroja no les veo la cara, pero no me atrevo a decir afortunadamente, porque les veo el nacimiento del cuello, la nuca —¡oh afrodisíacos novelistas franceses!—, donde el cabello mal plantado de pavor, los hombros puntiagudos, las espaldas huesosas, transparentándose a través de virginales muselinas, como desafiando toda tentación...

Y siquiera estas cuatro vírgenes, aunque tan feas, están sanas, y aunque con destemplados altibajos de flauta, se ríen y hablan con alegría de buena ley —cierto es que beben clarete en abundancia consoladora para la prosperidad de nuestra industria vinícola—; pero hay otras muchas que, además de inglesas y viejas y abominablemente feas, tienen cara de enfermas, y llenan la mesa con botellitas de específicos, y están tristes, y comen inverosímiles cocimientos de harinas británicas, y en el salón, después de cenar, hacen media ¡con estambre negro! ¡Horror, horror! Y pensar mientras como, sin saber hacia dónde volver la vista en busca de un poco de solaz, que he comido cuatro años —descontando los meses infaustos de vacaciones veraniegas, en que tú viajabas por la Europa sabia con nuestro don Raimundo— que he comido cuatro años, Teresita, frente a tus ojos negros. ¡Positivamente dan ganas de abrazar a cualquiera de los hombres que hay por el comedor —aunque también bastante florecidos por el alcohol y harto mal trajeados, tienen figura humana—, y a la noche, la camarera que entró a abrirme la cama —una granadina insignificante, pero con las facciones en su sitio, los labios rojos y los ojos oscuros— me ha parecido un ángel vestido de negro.

IV

Estuve esta mañana en el palacio de Carlos V; no le tengo grandes simpatías al buen emperador; no sé por qué, siempre he sido en historia un poco romántico y la casa de Austria —unida inevitablemente en mi espíritu con la línea horizontal, ¡aberraciones ideológicas!— me parece una profanación del espíritu patrio.

De sobra sé que todo esto de razas y de patrias es una solemne majadería; no en balde se viven quince años en compañía del estupendo paradojista don Raimundo de la Gala, y cuatro en la de Teresita, anarquista absoluta en fuerza de catolicismo, de misericordia y de sentido común. «La tierra — suele decir ella— es demasiado chica para que pueda caber en cabeza humana que sea sentimiento noble esto de quererla partir en pedazos; además —añade en los raros momentos en que consiente en mostrarse sentimental—, no hay más patria que el corazón de los que nos quieren.» Eso digo yo; pero a días, y frente a ciertos aspectos, monumentos e insignias que estamos acostumbrados a considerar como representaciones del sentimiento patrio, una estúpida sensibilidad epidérmica —sin duda heredada de mi abuelo, que el pobre se dejó matar por su Dios, su patria y su rey en la guerra carlista— remueve en mí no sé qué poso heroico, y me siento con hambre y sed de hazañas... Es la bestia humana que de cuando en cuando quisiera calmar la inquietud espiritual anegándola en un baño de sangre.

Así esta mañana: ya conocía yo el famoso patio de este palacio, por haberle visto en fotografías y estereóscopos; pero así, al natural, ruina de una grandeza inacabada, agrietado, vetusto, lleno de ortigas y jaramagos, me ha hecho una impresión acaso inocente, sin duda pueril, pero sin duda también masculina: esta mole de piedra, en lugar de caerse sobre el corazón, parece como si me le hubiese puesto alas, y he soñado en cruzadas y en guerras, en conquistas y descubrimientos; he sentido en la frente el aire de los mares que llevan a tierras desconocidas, he comprendido el salvaje arranque de Hernán Cor-

tés, la brutal arrogancia de Pizarro, la desatada furia del duque de Alba...

Debieron ser felices aquellos hombres de escasa inteligencia y sangre muy caliente, obstinados, testarudos, incomprensivos, con los senderos del pensamiento abiertos en la peña viva y en línea recta. ¡Qué ojos tan asombrados los suyos si les fuera dado entrar por los laberintos espirituales con que a la hora presente damos vueltas y más vueltas a las ideas, para ellos tan claramente definidas, del bien y el mal! ¿Qué pensaría Guzmán el Bueno de nuestros escrúpulos y quintaesencias sobre la responsabilidad del padre y el derecho del hijo? ¿Qué, Isabel la Católica, de nuestra afirmación rotunda: «¡No hay derecho a civilizar, porque la civilización es el fracaso de la felicidad y el único derecho positivo de pueblos e individuos es el derecho a ser felices!»?

¡A ser felices! Pensar que tan pocos lo son, y que a tan poca costa pudiéramos serlo todos, con sólo tener el alma templada para soportar la verdad serenamente; porque la verdad, por negra que parezca, es mucho más misericordiosa que las ficciones con que intentamos disfrazarla malamente; el alma —diremos el alma para expresar de un modo comprensible el impulso, al parecer interior, de los seres humanos, que es determinativo de la totalidad de sus actos—, el alma es mucho más compleja de lo que pensamos, y la vida también; nosotros tenemos —por la tiranía de las palabras— definidos los sentimientos y movimientos con una limitación que asusta: hay oposiciones que la moral universal del mundo da como evidentes, y que en realidad de verdad no existen; hay exclusivismos que son sencillamente mutilaciones de la personalidad y, por lo tanto, monstruosidades; hay actos materiales de tan evidente sencillez e inocuidad como el beberse un vaso de agua cuando se tiene sed, y, sin embargo, eso que llamamos sentido moral los ha complicado, asignándoles tremendas significaciones espirituales. ¿Cómo se explica que la Humanidad, agrupación de seres inteligentes, haya llegado, después de tantos siglos, a un estado de «ley» que parece la negación absoluta de toda inteligencia? Parece que, puestos a legislar, hubiesen querido los hombres apresar el agua en una cesta —de tal manera han querido hacer sólida, dura, inmóvil y esquinada la infi-

nita movilidad, fluidez y vivacidad de su naturaleza, inquieta, curiosa y mudable por esencia.

Y lo peor de todo es que lo han conseguido. ¡Parece mentira! Prisionera está el agua en su cestillo, y tan dormida y tan ignorante de su propia esencia cristalina y libre, que sufre la presión y la dureza de los mimbres en su blandura móvil y ondulante, sin darse cuenta de que le bastaría, menos que querer, pensar que pudiera querer escaparse para verse libre de las prisiones ilusorias.

Es cosa de pensar: ¿Acaso la inteligencia, que nos parece esencia misma de la humanidad, no sea sino facultad de estos últimos tiempos? Ciertamente que, pensándolo bien, nos encontramos con que el don de ensartar las ideas con lógica no es tan universal como parece; pocas gentes hay capaces de asociar, ni aun después que se les ha mostrado el hilo de la ensartadura, la idea o el acto con sus consecuencias indudables. La mayoría de los hombres y de las mujeres se pasan la vida jugando con las pocas palabras — ¡no me atrevo a decir ideas! —, con las pocas palabras que poseen, como chiquillos con abalorios sueltos; les falta la facultad de combinación; todas las verdades están en el cestillo. ¡Pero cualquiera encuentra el orden en que han de formar sarta!

Por eso adoptan, no sólo con resignación, sino con agradecimiento, todas las combinaciones que unos cuantos privilegiados han decorado con pomposas fórmulas, sin pensar en que ¡pobre del alma que no ha hecho su propia sarta para su uso particular! Las leyes son cómodas... las leyes son cómodas... la moral es buen banco para echarse a dormir; aunque la almohada a veces resulte un poco dura, el caso es evitarse el insomnio.

Las religiones... es incomprensible: Teresita, que indudablemente se ha hecho su propia sarta, después de haber fabricado uno por uno los abalorios, sigue rezando el rosario todos los días al toque de oraciones. Uno en que yo le hice notar con cierto mal humor la contradicción, me contestó con aquella sonrisa de monjita que tiene:

— ¡Qué le hemos de hacer, Teófilo, hijo, me gustan los abalorios azules!

¡Ay, Carlos V, Carlos V, a qué vericuetos nos ha llevado la contemplación del palacio que comenzó tu

orgullo, y que la tacañería de tus augustos sucesores ha dejado sin terminar! Verdad es que siempre venimos a parar a lo mismo; y es que, como diría ella, en uso de su perfecto derecho al paradojismo desata-do, la tierra es redonda.

V

¡Albricias! Hoy ha venido a la pensión una inglesita que no es fea del todo. Es alta, pero no demasiado desgarbada; tiene el pelo color de ceniza con reflejos de plata que en tiempos hubiese estado sobredorada; los ojos verdes —¡qué cosa tan inverosímil son unos ojos verdes!—; los pies grandes, pero de buena forma y bien calzados; las piernas finas, con cierto leve arranque de ánfora que no está mal del todo, y unas enaguas con encaje blanco bastante sugestivo. Estos detalles, que pudieran parecer un tanto pecaminosos, son absolutamente inofensivos, y dependen de que la inglesita se ha sentado en el comedor en una mesa que guarda con la mía cierta posición perpendicular, y, con despreocupación o coquetería —¡vaya usted a saber nunca lo que significa un movimiento de mujer!—, ha cruzado una pierna sobre otra, y se le ha levantado la falda casi hasta la rodilla. Viaja sola, al parecer, puesto que come también sola, y mientras come, pone un libro apoyado en el vaso y lee, o hace que lee. No sé tampoco cuántos años tendrá: vista de espaldas —a mí las mujeres muy altas siempre me dan idea de demasiada madurez— parece haber pasado de los treinta; mirada de frente, la inocencia de los ojos verdes y cierto mohín pueril en la boca la acercan a los veinte. ¿Qué más me da, y, después de todo, a mí qué me importa? Vendrá, como todas, con billete Cook; pasará a lo sumo tres días en Granada; se hartará de correr, para enterarse de que el tazón de la fuente de los Leones es de una sola «pieza» de mármol y de que las leyendas de los frisos dicen en letras árabes «¡Sólo Alah es vencedor!», y se marchará por donde ha venido, repitiendo el eterno *Quite interesting!*, después de haber escrito un millón de postales, para dejar indudablemente consignado que, alma artista, ha venido a la Alhambra y ha soñado bajo las bóvedas estalactíticas y policromas. Después

de comer se ha instalado en una de las mecedoras del vestíbulo, ha cerrado los ojos y se ha estado meciendo despacito tres cuartos de hora largos. Yo, instalado en la mecedora fronterera, he fumado un cigarro, y la he estado mirando con morosidad agradecida: al cabo es la primera mujer a quien puedo mirar sin repugnancia desde que estoy en la ciudad encantada, y de tal modo se me iban acostumbrando los ojos a la desolación de los rostros deformes, que el que ésta tenga cara de persona me parece especialísima misericordia, no de la naturaleza, sino suya: casi me entran deseos de decirle: «¡Tantísimas gracias, señora o señorita!» Y me alegro de que haya cerrado los ojos, porque así la he podido mirar sin demasiada impertinencia. Además, todo ha de decirse, mientras los ha tenido cerrados, he podido hacerme la ilusión de que eran negros. ¡Qué ansias tengo de ver unos ojos negros, mejor dicho, castañito oscuro, en los cuales arda de cuando en cuando una chispa burlona o apasionada!...

VI

Desde la azotea del hotel he visto ayer tarde la puesta de sol; pero la he visto a contraluz, digamos reflejada en un espejo; el espejo era la crestería, coronada de nieve, de la Sierra Nevada. La vega iba apagando sus verdes jugosos en la pereza del atardecer; el caserío pardo del barrio de la Alhambra parecía arrojarse más amorosamente en la arboleda; el Generalife erguía sus cipreses con cierta ficción mística; los del camposanto, un poco a la derecha, enrojecían a los últimos rayos del sol. Digo que el sol se ponía a mi espalda; desde el jardín de los Adarves, sin duda, la caravana sajona le despedía con sus exclamaciones admirativas, porque éste es el último número del programa diurno; ir a ver cómo se pone el sol desde el susodicho jardín, y extasiarse inevitablemente. Yo, que tengo hace días un sobreagudo espíritu de contradicción, he decidido no contemplar en toda una semana el disco rojo que se hunde entre océanos de cobre fundido, y me he encaramado a la azotea para darme el gustazo de volver la espalda a Helios en persona. Y Helios no debe ser rencoroso, o acaso está tan harto como yo de admiraciones sajonas

con exclamación a minuto fijo, porque, en vez de ofenderse por mi descortesía, me ha recompensado maravillosamente. ¡Maravillosamente!... es extraño cómo se me han pegado al estilo los adverbios de Teresita... Maravillosamente... Bueno; ello es que la sierra era como un espejo digno del sol. Primero se tiñó de un rosa intenso; toda la nieve era como un prisma, como un tamiz en que el rojo de los rayos solares, refractándose, sufría suave degradación —un poeta diría, tal vez, purificación—; a mí, fuera de toda ciencia y de toda poesía, se me ocurre decir feminización; porque aquel rojo de poniente, trocado en rosa a oriente por obra y gracia de la nieve serrana, era como pujante deseo varonil, suavizado en consentidora y dócil sonrisa femenina. La cualidad que más me gusta en las mujeres es la suavidad; hay un momento —todos los hombres sabemos cuál— en que todos los ojos de mujer, por muy fieros que sean, como que se apagan en un anegamiento de docilidad implorante y apasionada. Dicen que hay hombres que para la consumación de ciertos dulces ritos apagan la luz; yo, ¡pobre de mí!, no he podido hasta ahora atisbar la divina transformación más que en el fuego de ojos mercenarios; pero siempre he dejado la luz encendida, porque es, en realidad, de verdad ese instante el único que logra exaltar la voluptuosidad comprada a cierta pura suavidad de amor. ¡Señor! ¿a qué sabrán los besos cuando al darlos se pierda en la inconsciencia la facultad de saber a qué saben? De todos modos, ¡gracias a todos los ojos de mujer que, por poco dinero, y sin que mi pobre persona os importara ni poco ni mucho, habéis consentido en apagaros para mí, al parecer sumisamente!...

Quedamos en que la sierra se tiñó de rosa; luego, sin duda cuando se hubo hundido el sol, el rosa pasó al aire, y la nieve quedó de azul purísimo; era como un cristal en que se hubiese cuajado el cielo; pasó también al aire el puro azul y en el de la nieve fueron apareciendo matices verdosos; por último, sierra, nieve, aire y cielo se fundieron en un violento disolvente; desapareció toda idea de solidez y estabilidad; la inmensa mole de la sierra parecía de nube o de gasa; había en todo el aire una paz tan extraña y un silencio en el que se oían distintas voces que debían venir de una legua, seguramente de la ciudad en lo hondo.

Es particular, y yo he reparado en ello muchas veces: siempre que en el crepúsculo se para uno a escuchar el silencio, se oye una voz de mujer que llama a un chiquillo; a mí me hace siempre una impresión tan honda, que me inclino a creer que la tal voz no es realidad humana, sino un como alarido de la tierra que, a su modo y con este milagro, proclama el inefable imperio o instinto de maternidad... Teresita, me acuerdo, siempre que se encuentra a un chiquillo, aunque sea en medio de la calle, le abraza sin besarle, muy fuerte, y le dice: «¡Hijo mío!» No sé si ella sabrá por qué lo dice tan honda y apasionadamente. ¿Por qué no tendrá un hijo esa mujer? Por más que me parecería un absurdo tan grande un hijo suyo y de don Raimundo... ¿Por qué no han de poderse tener hijos en una mujer con sólo el deseo? ¡Un hijo mío y de ella, aunque ella no supiera que era mío! ¡Un pedazo de carne amasado en su sangre, para poder besarlo!... Estoy idiota: ¿de qué le sirve a un padre un hijo sin el amor de la madre en él?

De todas estas divagaciones disparatadas tiene la culpa este silencio del anochecer. ¡Qué charlatán de feria es el corazón en cuanto se da cuenta de que le está uno oyendo! ¡Qué insoportable enmarañador de sensaciones y desatinos en cuanto se percata de que está uno siquiera levemente dispuesto a hacerle caso! Yo siempre me hepreciado de hombre formal y más bien positivista, y no le he dejado desbarrar casi nunca —¿a qué ni para qué—; pero aquí estoy tan fuera de mi centro, sin ocupaciones, sin libros, en una tierra tan distinta de la parda tierra de Castilla que los ojos están hechos a mirar, que me parece que yo no soy yo, y, perdida toda disciplina, el corazón se venga del largo silencio que tantos años le vengo imponiendo. ¿Tengo derecho a dejarle hablar? Después de todo, ¿por qué no? Estamos en vacaciones, y vacaciones de convaleciente: ¿por qué no hemos de permitirnos el lujo de un poco de blandura sentimental? Hasta con lágrimas, sí, señor, hasta con lágrimas; una embriaguez como otra cualquiera: no lo ha de saber nadie; nadie se ha de reír de mí; en cuanto pasen estas tres semanas yo procuraré olvidarlo para no reirme de mí mismo... Vamos a darnos el gustazo de sufrir quince días como en las novelas, a echarnos de cabeza en las aguas amargas. ¡Quién fuera capaz de

hacer versos, o al menos quién supiera unos cuantos de memoria! Yo no sé más que unas cuantas coplas que, como ya he dicho, me conmueven estúpidamente: una sobre todo, que es casi sin sentido: «Mira qué bonita era. ¡Se parecía a la Virgen de Consolación de Utrera!»... Y eso que no he estado en Utrera nunca, y que no tengo la menor idea de en qué pueda consistir la hermosura de la Virgen de Consolación. Tengo sueño.

VII

Ahora ya tengo con quién hablar: no sé si decir que me alegro o que lo siento: de todas maneras es buena prueba contra la falta de libertad humana y el inevitable imperio del Destino esta puerilidad de haber encontrado interlocutor en la ocasión misma en que me había decidido al monólogo desenfrenado. El interlocutor es interlocutora: la cosa no ha podido ser más sencilla. Ayer, en la escalera del hotel, bajando yo, subía la inglesita de los ojos verdes: se le cayó un saquito que llevaba en la mano; yo se lo recogí; ella me dió las gracias con un gesto; siguió subiendo, yo seguí bajando; se olvidó el incidente. A mediodía crucé con ella en la plaza de Armas: me pareció de buena educación quitarme el sombrero; ella inclinó ligeramente la cabeza. Al anoecer subí a la torre de la Vela: como estaba solo, me lancé a la divagación, que por esta vez se iba prendiendo a la bravía vegetación de chumberas que trepa monte arriba por la ladera del barrio gitano; divertíame en mirar las fachadas blancas de las cuevas, asomando entre el verde lechoso de nopales y pitas; luego la intentaba poner a tono con el resignado rumor del agua del río, más bien adivinado que oído en realidad, tan honda el agua, tan en alto yo. Llevaba ya leído más de tres veces, sin enterarme de la reincidencia ni del sentido de las palabras, el cartel que, colgado en la espadaña, explica cómo no sé quién ni por qué ha mudado de sitio la campana, y cómo la espadaña se quemó y, naturalmente, puesto que era absolutamente necesaria, la volvieron a construir.

Debe de ser cosa de anemia del cerebro, tal vez la quinina que me han hecho tomar para cortar la fiebre: yo he pensado siempre en algo, y ahora me paso

encontraron su mirada y la mía, que no hubo más remedio que hablar; yo, sin embargo, no me decidía; pero vi cómo en sus labios se estaban formando las palabras, y me entró un terror loco y sin sentido, un espanto de oír la inevitable frase admirativa, el famoso *Quite beautiful*, que estaba sintiendo cuajarse entre los dientes blancos; tan violento fué el pánico, que creo que hice el movimiento de taparme los oídos con ambas manos, movimiento que no pude acabar de realizar, porque me lo impidió la sorpresa; la inglesita me dijo, hablando en castellano con bastante acento, pero con voz suave:

—¿Es usted español?

¡Sentí un consuelo ante la inesperada insignificancia de la pregunta!

—Sí, señorita —respondí, sonriendo lo más amablemente que pude.

Dije señorita sin saber por qué; ella no protestó, luego había acertado.

—¿Usted es inglesa? —pregunté a mi vez, por preguntar.

—Sí, señor; escocesa, de Glasgow; he venido a España a pasar cuatro meses: un premio de la clase de español en la Escuela especial de Comercio.

Callamos; del jardín de los Adarves subió una algarabía de pájaros que se iban a acostar. Yo pensé: ésta es una soledad a dos bastante buena para principio de una aventura romántica. Y me dió mucha rabia considerar cómo el destino le suele dejar a uno a solas en ocasiones propicias al sentimentalismo, casi siempre con las personas que no le inspiran a uno el menor arranque sentimental. La inglesita entonces me pareció muy fea; verdad es que los reflejos del sol la obligaban a guiñar los ojos y a plegar la nariz con cierta mueca desagradable; después me he convencido de que fea no es, aunque precisamente no pueda considerársela como una belleza. Tiene la frente blanca y sin la menor arruga, pero un poquitín abombada; a mí me gustan las frentes levemente hundidas y un poco ambarinas, como si las hubiese retostado el fuego interior del pensamiento; la boca, sí, la tiene linda, menuda y carnosa, como de niña muy pequeña, con los dientes muy blancos y afilados en punta, como de perro; la barba es redonda, con un hoyito en medio —tampoco eso me gusta demasiado—; las

las horas muertas sin pensar, es más, tengo el cerebro como manos de chiquillo torpe: se me caen las ideas y se me hacen pedazos; no puedo recordar ni aspectos de lugares, ni rostros de personas, ni sonidos de voz, ¡qué desolación! Algo de esto debe de ser lo que los místicos llaman sequedades, ya que al cabo todo es uno y lo mismo. Tengo su retrato y le miro, pero no la conozco: no es ella, no me dice nada, se le han apagado los ojos, hasta el tesoro de palabras suyas, que he guardado con tal devoción, y que he saboreado repitiéndolas tantas y tantas veces, es como un limón que en fuerza de estrujarlo no da jugo, como una flor que ya no huele a nada: tanto la hemos mordido y apretado para meternos el buen olor en el sentido. ¿Qué hacer sino dejar pasar las horas, apurando esta nueva forma, digamos amorfa, de dolor?

A fuerza de mirar las chumberas, en cuyas paletas pulidas tendía el sol poniente irisaciones, víneme a preocupar de no recuerdo qué monsergas de índices de refracción que no pude hacer comprender a los alumnos pocos días antes de caer enfermo: también esa idea se me rompió en pedazos, a pesar de su absoluta insignificancia; eché de menos una mecedora, o siquiera el valor necesario para tirarme al suelo — había un perro tumbado en las losas— y dejar que pasaran sobre mi cuerpo todos los fragmentos de cosas destrozadas que, saliendo de mí, parecían estar en el aire amenazándome con caer no sé como ni cuándo, pero seguramente con nuevo dolor para la extravagante sensibilidad inlocalizable que se ha despertado en una, para mí desconocida, región de mí mismo. Es desesperante: puede que haya porciones de nuestro ser que no hemos sospechado nunca, y de poco nos sirve ignorarlas, puesto que nos duelen cuando llega el momento en que nos han de doler. Somos eternamente niños en alguna ignorancia. ¡Señor, saberlo todo!... No sé lo que me digo...

En estas y otras, detrás de mí se produjo un rumor. Volví la cabeza: la inglesita de los ojos verdes estaba a dos pasos, admirando, al parecer con toda su alma, unas cuantas nubes que cumplían como buenas su deber de arrebolarse para hacer la puesta de sol lo suficientemente decorativa. Tan de frente, y con tal intensidad —como que cada uno estábamos absorto por completo en nuestra propia divagación— se

orejas, sí, aunque no por sí mismas, sino porque me recuerdan otras acaracoladas y menuditas, con un rosa de caracol marino dentro; el cuello, que lleva descubierto, es largo, a la italiana, y gracioso; de pecho no hay que hablar, pero no importa: soy espiritualista hacia esa región de la escultura humana; dicen que ha dicho Ninon de L'Enclos, a quien tantas patrañas se atribuyen: «Siempre tiene bastante una mujer cuando basta para llenar la mano de un hombre.» Las manos son grandes, pero con una remota evocación de hoyuelos; las uñas, bien cuidadas; la piel, fina. Claro que en la torre de la Vela no puede enterarme de todo esto; puesto que la primera impresión fué más bien desagradable, no me entraron deseos de investigar con más detalle. Después de un silencio corto, pero intenso —el silencio parece una piedra que fuese cayendo en un pozo—, ella volvió a hablar.

—Me imaginaba que usted era español, pero no lo creía completamente; está usted muy serio a causa de los lentes y se creería que es usted un alemán.

Hablaba tan seria y con acento tan de Augusto de circo, que me eché a reír con harta descortesía; pero ella, que sin duda es buena muchacha, en vez de ofenderse, se echó a reír también, y como en la risa no cabe acento ni trueque de verbos sustantivos, y como tiene un timbre de voz cristalino y refrigerante, se me disipó un tanto la antipatía; además, estaba completamente asombrado de oírme reír a mí mismo.

—No soy alemán —dije—; pero casi es lo mismo, porque soy catedrático.

Dije esta tontería por oírla reír otra vez; pero como el pueblo inglés es inverosímil en el candor, para tomar en serio las cosas que se dicen en broma, se me quedó mirando muy grave, y exclamó el más británico de los ¡No!, con su inflexión en *u*, solemne y cómica.

Decididamente la pobre criatura no conseguía hacerse simpática.

—Sí, señorita, sí —dije un tanto amoscado—; catedrático auxiliar, pero catedrático, en la docta Universidad de X...

Ella abrió los ojos lo más que pudo.

—¿De Filosofía? —preguntó.

—No, señorita; de Cristalografía.

—¿Realmente?

—Sin duda ninguna.

El sol se había hundido por completo; la zona de luz que quedara a Poniente iba empalideciendo. En el jardín de los Adarves apareció el guardián llave en mano; también la vieja que alumbraba la escalera de la torre se presentó en la tronera, levantando el candil.

—Ya cierran.

—Sí, ya cierran; vámonos.

Y bajamos.

—Vayan con Dios los señoritos —dijo la vieja melosamente.

Me molestó la unión ideológica que suponía el plural, sin duda inocente; ella no dijo nada. —Puede que vaya contando los escalones para aportar un dato más a la cultura de su patria— pensé con harta mal humor.

Llegados a la puerta, nos despedimos: ella se fué camino del hotel; yo, por la puerta de la Justicia, bajé a Granada a comprar cigarros.

VIII

... Pero había invadido los hoteles una caravana: franceses, aborrecibles franceses normalistas, en peregrinación organizada por una revista de ciencias; todos con su lacito rojo, ellos en el ojal, ellas en el pecho; todos de mal genio, y todos con un miedo cerval a las corrientes de aire; desde que han venido no se puede respirar en el hotel, porque su ocupación principal es ir cerrando puertas y ventanas.

Han venido trescientos, con lo cual se han llenado todos estos hoteles de clase media; en el Wáshington dicen que está un Rosthchild dando propinas de cincuenta francos a los limpiabotas —de cuando en cuando sirve de algo la imbecilidad humana—, y a la noche no cabíamos en el comedor. Una familia —papá, mamá y dos niños—, toda vestida de gris, se había apoderado de mi mesa. El *maitre d'hôtel* —también es francés, también tiene mal genio, y eso que estaba rebosante de júbilo— me dijo misteriosamente que «Si monsieur no tiene inconveniente, monsieur puede sentarse en esta mesa, porque la señorita no ve inconveniente.» Yo tampoco; la señorita alzó sus ojos verdes y me dió amablemente las buenas noches; yo le

pedí perdones por la intrusión; ella dijo que estaba encantada; yo repuse, naturalmente, que el encantado era yo; sacaron la sopa, y yo hice platos galantemente.

De noche estaba más bonita; se había puesto un corpiño de gasa bastante transparente; tiene un arranque de brazos lindos; entonces, por natural progresión descendente, llegué por el brazo a la mano, y reparé en lo de los hoyuelos; estaba ella jugando con unas migas de pan; luego descortezó un pico del panecillo y mordió la corteza; entonces reparé en lo de los dientes; en lo de las orejas me fijé porque lleva unas esmeraldas en los pendientes, que a la luz de las lámparas tenían absolutamente el mismo verde que sus ojos.

Teresita no lleva pendientes nunca, porque dice que es costumbre de salvajes. Yo no sé qué diga que me gusta más, porque los pendientes, si son de piedra, dan un brillo extraño a los ojos de las mujeres; pero la oreja sin pendiente, si el lóbulo es bonito y está bien separado —dicen que esto es señal indudable de inteligencia—, produce cierta sensación turbadora de desnudez, por lo menos a mí. ¡Cuántas veces me he sentido antropófago mirando las orejas de Teresita!

Hablamos; ella se llama Maud, nombre suave; le dije que, a mi entender, en castellano debe de traducirse Magdalena; ella me respondió que en su lengua significa «amarga»; repliqué yo, como por máquina, con la inevitable cita salomónica: «La mujer es amarga, etc., etc...» Ella me preguntó si era esa mi opinión personal; contesté yo que acaso, pero que de todas maneras hay amarguras preferibles a la más dulce miel. Al llegar aquí me di cuenta de que estaba siendo perfectamente idiota; pero me tuvo sin cuidado. Puesto que he decidido prescindir unos días de toda disciplina mental, digamos tonterías, que nadie las oye; además, es posible que a esta mujer, por estar dichas en español, no le resulten tan imbéciles como a mí que las estoy diciendo; con lo que deje de entender, pondrá en ellas la dosis de misterio necesaria para irlas tolerando sin demasiado tedio; una vez le he oído decir a un poeta, bastante exigente en cuestión de rimas españolas, que los versos en idioma extranjero siempre le parecían mejores. Para todo hay consuelo en este mundo.

Al acento, que en un principio me movía a risa, me he acostumbrado pronto; la sintaxis me sigue haciendo gracia; habla con una corrección que asusta; parece una heroína de don Juan Valera.

Yo sé un poco de inglés, pero prefiero hablar en castellano, y ella también, porque está decidida a aprovechar el viaje para hacer progresos en la lengua; sin embargo, a los postres de aquella primera cena en común sintió un poco de escrúpulo ante su egoísmo, y me propuso que cambiásemos lección de idiomas, hablando un día en castellano y otro en inglés, con lo cual saldríamos ganando los dos; yo decliné el ofrecimiento con generosidad española:

—En cualquier idioma en que hable con usted, señorita, siempre seré yo el que vaya ganando.

Ella se me quedó mirando muy intrigada:

—No he comprendido.

—¡Válgame Dios! Tuve que explicarle que mi frase había sido una galantería, aunque muy sincera, con lo cual perdió todo su aroma, y no pude menos de pensar que una mujer española hubiese comprendido la intención aunque la hubiesen dicho el cumplido en chino.

Estas mujeres que lo saben todo y viajan solas son desconcertantes de ingenuidad.

IX

Me he echado de la cama y me he puesto a vestir con presteza que a mí mismo me ha sorprendido: hace ya tantos días que me daba lo mismo levantarme que quedarme acostado. Creo, Dios me perdone, que hasta me he arreglado la onda del pelo con un poco de coquetería... Por cierto que al mirarme al espejo —no me había mirado desde que vine aquí— me he sorprendido desagradablemente. Tengo los ojos hundidos y cansados, con ojeras verdosas; la piel de la cara tirante y seca, los labios destrozados, y una mueca total de angustia, como si estuviera pidiendo algo imposible —¡ay, Teresita, y tan imposible!—. Quisiera haber soñado esta noche contigo. Recuerdo que en los tiempos felices en que éramos compañeros de banco en la facultad de Ciencias, soñaba casi todas las

noches sueños disparatados, pero en todos los disparates entrabas tú como tema esencial. Ahora no sueño, o sueño en cosas estúpidas; hoy me han amargado la noche unas perdices trufadas que no conseguía trincar: verdad es que en la cena de ayer nos sirvieron un pollo a la italiana harto difícil de digerir. ¡Qué cosa tan despreciable es el hombre!

Digo que me eché de la cama con presteza: había quedado citado con Maud para ir de mañanita juntos a visitar la Alhambra: yo ya la he visitado muchas veces; me deja un poco frío y me marea: no soy artista, y para sentir las obras de arte necesito que se acomoden casi en absoluto a la modalidad especialísima de mi espíritu; la Alhambra es una casa, y yo no comprendo más «aspecto de casa» que un hogar con lumbre y con libros.

En mi tierra castellana es el invierno largo y áspero, y aunque ahora es primavera, me dan frío los suelos de mármol y baldosas, y las paredes de azulejos. Luego se me enmaraña el pensamiento en el laberinto policromado de las paredes; es maravilloso, lo comprendo, pero me da vértigos ver perderse y quebrarse las líneas en aquella orgía de combinación: la piña, la concha, el sarmiento, el panal, todo luminoso, quebrado, ensartado, hecho, deshecho, roto, recompuesto. Comprendo que haya espíritus, más bien intelectos, que caigan de rodillas ante la geométrica locura de quien fué capaz de traer todo un cielo a la bóveda del que llaman salón de Embajadores; pero yo, para mis necesidades de emoción, necesito la estancia recóndita, pequeña, clara, eso sí, pero monocroma, con uno o dos cuadros de poco color —mejor grabados—, recogidos en marcos muy sencillos; con una chimenea y una lumbre, para ir rezando quedo el salmo interior. Esto le decía yo a Maud, que se extasiaba ante la inagotable fantasía de un friso.

—Sí, sí —me respondió; pero ¿no cree usted, don Teófilo... —ya le he pedido por todos los dioses que me suprima el don, lo cual le ha sorprendido no poco, porque cree que el uso de la tal palabreja es indispensable al equilibrio de la sociedad española—, ¿no cree usted que el ir sonando el agua de taza en taza, y luego por las losas que forman canalitos, es como

una corriente vital que saliese del corazón mismo de quien la imaginó, para regocijo de oídos muy amados? A mí este palacio, que no sospechaba, a pesar de haber visto de él tantas fotografías e interpretaciones, me ha hecho comprender un sentido de la vida femenina, que no sospechaba tampoco. Vea usted este que llaman Mirador de Lindaraja: en tiempos, como todas las ventanas de la Alhambra, tuvo sus celosías, y da sobre un jardín pequeño y cerrado. Aquí se acaba el mundo para la mujer que aquí vive. Yo siempre he pensado, y siempre me han enseñado a pensar, que el mundo es demasiado pequeño para mi aspiración, y que debemos echar nuestra inquietud universo adelante, y hacer vibrar la vida universal con la palpitación propia nuestra; no he comprendido nunca el secuestro de una personalidad femenina. Y aquí lo comprendo; siento que puede ser feliz una vida dentro de esta prisión de colores, oyendo cantar estas fuentes, mirando el jardín pequeñito por las celosías del mirador, jugando como una gata sobre las losas, vestida como para el amor, cerrando los ojos para pasar sobre los párpados muchísimas flores, respirando inciensos, comiendo siempre frutas y a deshora, bebiendo agua muy fría, y sin saber del mundo sino lo que de él hubieran visto los ojos del hombre que me amase sobre todas las cosas, y de quien yo pudiera dejarme amar...

—¿Aun sin necesidad de quererlo a él?

—Cuando una mujer se deja amar es porque ama.

—Usted cree...

—Indiscutiblemente.

—¿Y ha querido usted así alguna vez?

Mujer al cabo, respondió a la indiscreta pregunta con otra:

—¿Y usted?

—¡Yo, sí, señora; con toda mi alma!

¡Qué alegría me dió podérselo decir a alguien por primera vez! ¡Ay, Teresita, comprendo la emoción de los cristianos al entonar el Credo!

Maud sonrió.

—¡Qué apasionados son ustedes los españoles!

—¡Ay, señora mía, mucho más lo seríamos si pudiésemos, créamelo usted!

Al llegar aquí, y oírme a mí mismo, me entró un

poco de susto. ¡Si irá esta mujer a figurarse que este apasionamiento va con ella! ¡Bah, es inglesa y no entiendo de matices!

—Y queriendo usted así como dice, ¿no ha sentido el deseo de encerrar para siempre a la mujer amada en una de estas cárceles maravillosas, y de traer todo el color del cielo, del fuego, del oro, a reír para ella, y toda la canción del agua a decir su elogio, y de ser para ella, con el amor que usted sintiera e inspirase, el intérprete único de la vida y del mundo, contándole el vivir en cuentos como a un niño?

—He sentido el deseo de cogerla del brazo y salir con ella a campo abierto, y ponerla delante de la tierra y del cielo, y decirle: —¡Mira! —y mientras ella mirase la vida, estarme yo mirando en sus ojos.

—También es bonito eso que usted dice —dijo ella, bajando un poco la voz—; sí, es posible que sea lo mismo; al menos es el mismo deseo de inmovilidad y de contemplación; puede que el que más ame, sea el hombre o sea la mujer, experimente inevitablemente ese afán de quietud, y quiera ver la vida, como en un espejo, en la interpretación del otro; sí, es posible...

Habíamos llegado, en el jardín de Lindaraja, a la reja que, abierta en el muro, deja ver el río y la arboleda profusa de la vertiente, y la vertiente opuesta, y el Albaicín al fondo, y en lo más alto las cumbres redondas, tendidas de olivares.

—Mire usted —dije, y juro que lo dije en toda inocencia; pero ella volvió los ojos a mirarme, con una expresión entre turbada y sorprendida.

Los ojos, con los reflejos del follaje, los tenía más verdes que nunca; a mí me parecieron casi negros; no sé cómo ni cuándo ni por qué le cogí la mano; ella no me la quitó, y yo la apreté un poco contra uno de los hierros de la reja; así estuvimos un rato bastante largo con las manos juntas, mirando al paisaje sin mirarnos ni decir palabra; al llegar uno de los guardianes nos hemos separado, sonriendo con cierta complicidad, y al salir de la Alhambra, como hay que subir cuesta, le he ofrecido el brazo. Casi parecíamos marido y mujer. La vida es absolutamente idiota.

X

Hoy la tengo rencor. Y es porque ayer la he dado un beso. ¡Qué animal tan ingrato es el hombre! Tiene los labios fríos y le sabe la boca a canela; sin duda —pensé en el mismo momento en que la besaba— se limpia los dientes con pasta oriental: la misma que usa Teresita; una caja de porcelana blanca, donde hay pintada una pirámide y una caravana que va por el desierto. ¡Me da una rabia que haya besos de mujer que puedan saber a lo que puede que sepan los suyos! En fin, no pensemos en cosas tristes.

Fué en el Generalife: los cipreses han tenido la culpa, o las fuentes, o aquella glorieta con el olor a bojés del laberinto —el olor de los bojés y el de los saúcos en flor han sido siempre, para mi sensualidad, poderosamente excitantes—, o la puesta de sol, o el silencio; más bien creo que haya sido el silencio, que por mi parte iba rayando en descortesía; siempre que con una mujer va siendo uno demasiado poco atento, corre el peligro de ser, por arrepentimiento, demasiado atrevido, y éste fué nuestro caso.

A mí ya he dicho que las arquitecturas y monumentos, en general, me dejan bastante frío; en cambio, la Naturaleza me emociona como a una niña cursi, y la pícara suerte —¿por qué hemos de llamarle suerte a nuestra desdicha?— quiere que yo no me pueda emocionar sin perderme en la madeja enredada de su recuerdo: no la quiero nombrar... porque no. Ahora bien; este huerto, o jardín, o carmen, o como se le quiera llamar, del Generalife, siendo arte, puesto que la mano del hombre lo ha hecho, se parece a la Naturaleza como un buen retrato a una cara bonita; como un buen retrato hecho en el mejor instante de la modelo y del pintor. Caía la tarde; se entra por un paseo de cipreses recortados, que hacen unos sobre otros sombras fantásticas; nunca se ha visto geometría más emocionante; al pie de los cipreses hay muchos lirios blancos, que ahora están en flor; también están en flor los árboles frutales —ya he dicho que este carmen es un huerto—, y las peonías color de rosa, y los amarillos rosales trepa-

dores, y los mundos blancos. Todas estas flores las conozco yo: son flores de huerto castellano; los cipreses, en mi tierra, son árboles de cementerio; pero el sol poniente les doraba esta tarde con reflejos de cobre, y no evocaban ideas de muerte, sino, por el contrario, de intensísima voluptuosidad. ¡Y aquí sí que está el agua en su sitio! Los hilillos que, como por magia, suben de entre las macetas floridas y caen en la acequia, parece imposible que no hayan brotado por voluntad propia, que no hayan estado siempre allí. Y luego, algún demonio debe vivir en la casa del huerto; ello es que alguien tocaba al piano una sonata de Beethoven... Con todo esto iba yo del brazo de Maud; es difícil, cuando una vez se ha ofrecido el brazo a una mujer, dejar de ofrecérselo otras muchas, siempre que la ocasión se presenta; ellas están tan acostumbradas a que cualquier familiaridad por parte nuestra la consideremos favor por parte suya, que, habiéndonos atrevido una vez, el mayor pecado a sus ojos sería no volver a atrevernos. Bueno, íbamos del brazo, y andábamos con cierto compás de acuerdo perfecto; creo que, hasta sin enterarme gran cosa, estrechaba yo un poco su brazo contra el pecho, y ella se le dejaba estrechar, puede también que por no ofenderme. Pero bien sabe Dios que el pensamiento le tenía yo bien lejos de allí: en el continente australiano nada menos. Había dicho Maud:

—¡Qué bonita es esta hora de atardecer! ¿Verdad?

—Verdad —había yo respondido, e inmediatamente me había puesto sin querer a pensar.

Hora de atardecer... las seis de la tarde. ¿Qué estará haciendo Teresita ahora, que son las seis de la tarde?... Es decir, en Australia no son ahora las seis de la tarde... ¡qué han de ser!... ni remotamente... Vamos a ver... Australia... unos 140 grados de longitud Este... es decir, nueve horas y media de diferencia en adelanto... porque, naturalmente, puesto que el sol nos viene por Oriente, allí amanece antes... Nueve horas y media... aquí ahora son las seis... las seis de la tarde, más nueve y media... las tres y media de la madrugada... y ni siquiera de hoy, de mañana... hoy es aquí sábado... las tres y media de la madrugada del domingo...

Hasta hoy no había pensado en eso, ¡y me dió una rabia! Ni siquiera el consuelo de los enamorados cursis de pensar que ahora mismo puede que ella estuviese mirando, lo mismo que yo, cómo se pone el sol... El sol, esa es otra; es decir, las estrellas... Madrid. 40 grados latitud Norte... Australia, 30 latitud Sur... es decir, que ni los mismos astros están en su cielo... Con eso me ahorro de soñar a la luz del lucero... pero es desesperante... Las tres y media de la madrugada... estará dormida... soñando... ¿quién sabe?... de todos modos, no soñará conmigo... aunque puede que sí... ¿no he soñado yo la otra noche con unas perdices trufadas?

Habíamos llegado a la glorieta, pasando por la umbrosa rampa donde están las tres fuentes.

—¡Qué callado va usted! —dijo Maud.

Y yo me asusté de mi silencio: llevaba más de veinte minutos sin abrir la boca.

—¿En qué va usted pensando?

Fuí a decirle que en nada o que en ella, pero me pareció la mentira una traición a mi propio amor triste, y no quise mentir; y como ella me mirase con ojos de reproche, y hasta hiciese ademán de apartarse de mí, un poco ofendida, no quise quedar mal con esta mujer que, después de todo, harto hace en acompañarme a pasear melancolías, y sujetándola por la cintura, le di el beso famoso. Lo malo es que ahora, para seguir quedando bien, le voy a tener que dar otros cuantos, y por eso la tengo rencor.

XI

Tiene una modalidad de inteligencia que va bien con la mía: original sin demasiado atrevimiento; seriedad —ni por asomo se le ocurre una paradoja—; lógica, algunas veces un poquito desesperante; generosidad, paciencia, buena conversación; sabe de muchas cosas lo bastante para que guste oírla hablar; además, lo comprende casi todo: sería el compañero ideal de viaje, el amigo perfecto a quien se le podrían contar todas las locuras inspiradas por una mujer. Lo malo es que aquí la mujer es ella... es decir, lo malo del todo tampoco, porque tiene la piel fresca,

limpia y suave, y los gestos de amor son de tal naturaleza, que no se necesita un apetito desordenado para encontrarles buen sabor. Además, yo tengo el estómago sano, porque no he abusado nunca de manjares fuertes. Naturalmente, a aquel beso del Generalife han seguido otros muchos: van cuatro días, y he perdido la cuenta; ya me sé de memoria los menudos rincones de manos, brazos, rostro —tiene una suavidad especial detrás de las orejas y un calorcillo bastante agradable en el cuello, debajo de la barba, donde me gusta a ratos esconder la cara para pensar callando en cosas mías—. Y luego todas estas mimoserías ahorran palabras: cuando no se tienen intereses comunes, es bastante difícil sostener la conversación a fuerza de inteligentes observaciones; ya nos hemos dado la vuelta completa por los socorridos temas de los autores favoritos, de los manjares preferidos, de las músicas más emocionantes; ella prefiere a Wagner y yo a Beethoven; me es indiferente. También nos sabemos de memoria nuestros más sutiles comentarios sobre la Alhambra; la hemos puesto de frente, de perfil, de canto; del espíritu árabe, tan fino, tan airoso, tan romántico, en contraposición con el áspero espíritu visigodo, ya no hay que hablar; del error político de Isabel la Católica, de la pobreza del campo andaluz, de la pereza nacional, de cómo España pudiera ser el país más perfecto y feliz del mundo ayudado por esta hermosura de sol, pero de cómo acaso el sol tiene la mitad de la culpa de que no lo sea, no nos quedan ya comentarios; hasta por Física he llegado a comentarlo yo, explicándole que el calor dilata y disocia las partículas de los cuerpos, y que así ha destruído en nuestra patria el espíritu de asociación, base y garantía del progreso moderno...

Estoy asustado de mí mismo; es inconcebible lo que le hace a uno decir una mujer discreta y charlatana, para no quedarse atrás. Ella está encantada con todo esto; pero su entusiasmo a veces me humilla un poco, aunque mi patriotismo sea un tanto negativo, porque está tan plenamente convencida de que somos un pueblo inferior, atrasado y «típico». Esto de típico —chistes aparte— es lo que yo no puedo sufrir; me ataca a los nervios que le parezcan típicos

los hombres con alpargatas, las mujeres con una flor en el moño y las filas de burros que pacienzudamente vienen en busca de agua al jardín del aljibe. Tanto me enfadé ayer oyéndole decir por cuarta o quinta vez ante la fila de alborozados asnillos: «¡Qué típico es esto! ¡Marruecos puro!», que estuve a punto de decirle que también es muy típico el que las inglesas tengan los pies tan grandes y tan feos, y el que no pocas de ellas se emborrachen con *whisky*; afortunadamente, no lo dije, porque ella sí que tiene el patriotismo quisquilloso, y hubiéramos acabado mal; además, no merece una descortesía por mi parte, porque es la amabilidad, la suavidad y la tolerancia en persona; por eso yo tengo también que hacer algunas concesiones.

Ayer —vergüenza me da decirlo—, ayer nos retratamos juntos —eso es lo de menos— en una de esas fotografías que tienen patio árabe, y vestidos de moro —y eso es lo de más—. ¡De moros! Ella ya tengo dicho que es rubia como las candelas; verdad es que he oído decir en no sé qué poesía que las huríes de Mahoma tienen los ojos verdes; pero de todos modos, la propiedad ha quedado hartamente malparada; yo no gasto ni barba ni bigote; mis ojos difícil es decir de qué color son —una componenda amistosa entre gris de rata y avellana clarito—, y a poco se me olvida quitarme los lentes; el turbante me estaba que ni pintado; del albornoz, no hablemos; ella sí que estaba guapa, aunque impropia, y confieso que al verla vestida, según dice ella, «como para el amor», me entraron ideas un poquitín pecaminosas; vista al natural, es menos delgada de lo que parece. Después del retrato «sentimental» en la otomana inevitable, ella se hizo otro con mantón de Manila, apoyada en el parte-luz de un ajimez, con el aire más flamenco que le ha sido posible adoptar. Yo, al salir, le he pedido al fotógrafo por todos los santos que si salimos bien no nos exponga en la vitrina del escaparate, y que me venda el clisé del grupo; no faltaría más sino que Teresita viniese alguna vez a Granada y me viese vestido de mamarracho, «hilando el perfecto amor», como dice Maud, traduciendo al pie de la letra de un novelón francés, con esta mora de guardarropía.

XII

Soy un mal hombre, no me cabe duda. Y no precisamente porque crea yo que en el ejercicio del amor físico —de algún modo hay que llamar a las cosas—, en el ejercicio, digo, físico del amor, haya nada inmoral, ni siquiera reprochable, siempre que exista el mutuo acuerdo de los interesados; no me perdonaría yo, ni creo que la sociedad debiera perdonármelo, el haber iniciado a una virgen en el dulce misterio, contra su voluntad; pero creo que todas las vírgenes del mundo están en su perfectísimo derecho a dejar de serlo cuando les convenga y en compañía de quien mejor les plazca, sin necesidad de leyes ni bendiciones, y sin que la sociedad tenga el menor derecho a intervenir con censuras, ni mucho menos con penalidades: cada uno es cada uno, dueño absoluto de sí mismo, me parece a mí; la vida es corta y un poco triste por mucho optimismo con que se la intente sobrellevar; bueno estaría que las leyes y opiniones ajenas fueran a impedir al individuo, sea hombre o sea hembra, endulzarla con las dedaditas de miel que sean más de su gusto; es curioso que a nadie se le haya ocurrido legislar todavía sobre el hambre y la sed, decidiendo que no se pueda comer y beber sin sanción previa del juez del distrito. Estas, naturalmente, son ideas mías y nadie está obligado a aceptarlas por buenas, pero a mí me parecen el colmo de la lógica.

Mis remordimientos, por consiguiente, no van por ahí. Remordimientos ni más ni menos que los del místico más escrupuloso. Ya digo que no van con el hecho en sí. Yo he cedido a un impulso naturalísimo; a mi entender, Maud estaba perfectamente de acuerdo conmigo: el que calla —dice el refrán— otorga, sobre todo —añado yo— cuando, a más de callar, no se defiende; he pasado una tarde más bien agradable; creo que ella tampoco lo ha pasado mal. ¿Entonces?... Bueno, pero... ¿y la otra?... Verdad que muchas veces —¡cuatro años dan tanto de sí!—, muchas otras veces... en uso de mi perfectísimo derecho, como queda dicho, he apagado la sed en aguas

mercenarias y no he sentido este resquemor de conciencia... En aguas mercenarias... puede que ahí esté el quid... ¡Tampoco!... no se peca más porque el pecado no cueste dinero... además, este escrúpulo mío, aunque para tranquilizarme a medias quiera afirmarme lo contrario, tiene un poco que ver con Maud. La pobre muchacha ha sido demasiado buena conmigo —a una mujer, por muy bien que la vaya en estos casos, siempre le tiene uno que agradecer la misericordia—, bonísima, y no merecía esta mala acción, porque una mentira es una mala acción, después de todo; puede que la única indudablemente mala del mundo... Vayamos a cuentas, o a cuento, que es lo mismo: acaso en cuanto yo me haya dicho a mí mismo la verdad, sin distingos, me quede tranquilo: la confesión católica tiene sus ventajas, aunque no sea más que la de poner orden en las ideas mediante el examen de los hechos. Empecemos por el principio.

Estaba el día tormentoso, con calor sofocante —después he sabido que ayer tarde hubo temblor de tierra en varios puntos de España y Portugal—. Habíamos pasado la mañana en Granada visitando iglesias; esto había empezado a ponerme de muy mal humor; yo no soy católico más que por estar bautizado, como todo hijo de madre española; pero en esto, como en el patriotismo, me entran ráfagas de parcialidad por espíritu de contradicción, y me molesta mucho el que individuos de otras confesiones entren en las iglesias como en un Museo y se burlen de nuestra *idolatría*. A mí no se me ocurriría nunca burlarme de las genuflexiones de un zulú ante sus fetiches. Maud es protestante de nacimiento y librepensadora por convencimiento; también eso me molesta, sin razón ninguna; me gusta, por sentimentalismo o no sé por qué, que una mujer tenga religión positiva: en resumen, me sentía por dentro un poquito agrio.

Salimos de la catedral: en la placeta que hay delante está el mercado de flores: estaba cuajado de lilas y claveles; aquí a las lilas les llaman cinamomos, y yo pienso que a Teresita, si lo supiera, le agradaría lo oriental del nombre, ya que tanto le gusta la flor;

todas las primaveras he ido yo a una huerta del río a buscar para ella ramos inmensos, porque le gusta llenar la casa de ellas y esconder la cara entre los racimos frescos y fragantes. ¡Me dió una tristeza y una alegría tan extravagantes ver aquellas canastas llenas de flores moradas y blancas! Le propuse a Maud que comprásemos unas cuantas; pero ella prefería claveles: le parecía más español, más andaluz, más típico, ¡otra vez el odioso adjetivo! La hubiese estrangulado. Compré claveles, naturalmente, una docena rojos y otra blancos, y compré también lilas o cinamomos, pero los claveles se los di a ella, y las lilas —un manojo insensatamente grande— las llevé yo como en triunfo por calles y plazas, cuesta de Gomeres arriba, bajo las arboledas de la Alhambra luego, y me di una orgía de desenfrenado recuerdo metiendo la cabeza en el ramo y respirando aroma, como si en ello me fuese la vida. A Maud le hacía gracia mi entusiasmo y se reía con toda inocencia; a mí la risita me ponía los nervios de punta.

Estaba la comida en el hotel, detestable. No me cabe duda: aquí la merluza —pescado invariable— la deben fabricar con hojas de talco pegadas con engrudo, y las chuletas deben venir directamente del reno prehistórico, compañero del hombre de las cavernas; el queso es cartón-piedra que, por milagro de química, ha conseguido ponerse rancio, y los higos deben haber salido de las excavaciones de Pompeya, cuando no de algún hipogeo a orillas del Nilo.

Tan endemoniadamente me sentó el almuerzo, que a los postres pedí café. ¡Nunca lo hubiera hecho! Adiós siesta, institución divina y apaciguante; no pudiendo dormir, salí al balcón, el cual es corrido; dos pasos más allá abre sobre la misma galería el balcón de Maud, que también —a iguales causas idénticos efectos— estaba despierta y nerviosa, amén de lindamente despechugada dentro de una bata-kimono con flores muy feas, pero con amplitud bastante agradable. En resumen: que empezamos a hablar en el balcón, y a poco entramos en su cuarto, porque estaba más fresco; que yo le seguía teniendo muchísima rabia, y que por no decirle alguna atrocidad, apelé al acostumbrado recurso mímico; que ella tenía la piel

más suave, más limpia y más fresca que nunca; que en la bata-kimono no había ni señal de botones, corchetes ni impedimenta alguna por el estilo; que el retrato a lo moro nos había iniciado ya un tanto en las posturas lánguidas, y que sucedió lo que tenía que suceder, sin resistencia por su parte, y con no demasiada violencia por la mía. Hasta aquí nada más natural; pero es el caso que yo tenía el corazón borracho de aquel aroma a cinamomos; es el caso que hubiera yo dado la vida porque los ojos verdes fueran aquellos negros, porque el cabello rubio fuera aquel castaño oscuro que llevo enredado en el alma, y que para mí al menos lo fueron y lo fué. ¡Ay, Teresa, mi amor, perdóname, vida de mi alma! Yo siempre en estas horas —un poco negras, aunque quiera decir otra cosa por consolarme— te he apartado de mí, te he dejado a la puerta, me he arrancado de la memoria hasta el recuerdo de tu nombre, y ayer no, corazón; ayer no, vida mía; ayer te tuve demasiado cerca, y los cabellos rubios no fueron para mí más que un pretexto; le pedí que cerrase los ojos por no ver que eran verdes, y besé los tuyos; le quité los pendientes de esmeraldas, y mordí tus orejas desnudas, y te dije mil veces: «¡Vida mía, mi alma, mi amor, mi mujer, mi única mujer!», y tuve por ti y para ti toda la locura soñada y presentida, la que siempre he creído mentira y ficción de novelas, y desde ayer soy tuyo como nunca, Teresa, vida de mi vida, y me da una angustia y un remordimiento haberme dado a ti y el que hayas sido mía en una carne a la que no he llegado por amor.

Perdóname tú, santa mía, porque fueron muchas las horas de ofenderte, y porque te ofendí con todas las adoraciones; perdóname, porque hasta tuve ideas dignas de Felipe Trigo... se me ocurrió —casi no me atrevo a decirlo— que entre dos que bien se quieren no debe haber separación posible, y que hasta las derrotas de la fidelidad física podrían convertirse en testimonios de requintada y última fidelidad sentimental. ¡Si tú me quisieras a mí, Teresita, creo, y el amor me perdone la atrocidad que podría tolerar con paciencia la idea de nuestro don Raimundo en el ejercicio de sus más dulces derechos conyugales, aunque

supiese la hora y el segundo, y concertando yo las circunstancias accidentales, para lograr ciertas coincidencias felices... ¿Por qué no han de poder los amantes darse cita sentimental en el placer de amor ya que llevan siglos de dársela en la contemplación de la luna? Todo es uno y lo mismo, y en resumidas cuentas, todos los placeres del mundo son voluptuosidad y nada más que voluptuosidad.

Puede que este refinamiento materialista o espiritualista —que también da lo mismo— pueda parecer artificioso y elaborado *a posteriori*; ahora que pienso en ello fríamente, también me lo parece a mí; pero juro al amor que se me ocurrió, en el que un devoto de la sensación llamaría instante supremo, y que entonces me pareció evidéntísimo, aunque muy triste, ya que por desgracia en mi relación sentimental con el único amor de mi vida estoy a media correspondencia.

¡Perdón una vez más, Teresa mía! Sucedió, en un instante de relativa calma, que Maud abrió los ojos, y me dijo con acento más sajón que nunca:

—¿Realmente tú me amas tanto como esto?

¡Qué había yo de contestar! Si el mentir era ofensa, peor hubiera sido confesar la verdad. ¿Qué remedio sino acudir al gesto, para resolver el conflicto, siquiera con buena educación? Cierto que, vuelto a realidad de conciencia, ya se había roto el encanto... pero la piel seguía fresca y suave —esta mujer es un milagro de tersura epidérmica—, y no bajamos a cenar... Por eso digo que soy un mal hombre.

XIII

Me gusta el Albaicín: es un laberinto de circunvoluciones tan complicadas, que casi parece un cerebro. Cuando se lo dije así a Maud empezó por no comprenderlo, y cuando, al cabo, lo hubo comprendido, se llevó las manos a la cabeza dando gritos de horror. La comparación le había parecido sanguinaria, o, para hablar con más propiedad, carnicera. Yo también, pensándolo mejor, me quedé un poco espantado de mí mismo: la soledad, aunque sea de dos en compañía, es indudablemente perniciosa para el equili-

brio mental; hasta un espíritu sencillo y rectilíneo como el mío cae en la flaqueza de los alambicamientos comparativos. He abusado de la meditación, del comentario sutil... y de otras muchas cosas. Esta vida que llevamos es absolutamente animal, y realmente —como diría ella— no valía la pena de haber venido, ella desde Escocia y yo desde Castilla, en busca de impresiones artísticas y desconocidas, para hacer lo que hacemos; porque lo que es la contemplación de las obras de arte, Dios la dé, y la naturaleza granadina tampoco debe estar muy desgastada a fuerza de mirarla nosotros— me sigue molestando un poquitín el plural, pero han llegado las cosas a un punto en que es de absoluta justicia emplearle.

Las tardes —empezaremos la relación del día por la tarde, porque también es de absoluta justicia, dado el orden de los acontecimientos— siguen bochornositas. Dicen por aquí que se ha adelantado el verano este año y que ni en julio hace tanto calor. Los almuerzos siguen siendo detestables, y seguimos tomando café. No hay para qué seguir adelante con la progresión de igualdades... Por la persiana del cuarto de Maud entra un resol verdoso que hace sobre las paredes azules un efecto de fantasmagoría bastante oriental. Fuera pían los pájaros, y en el salón alguien toca al piano valeses y nocturnos, con todo lo cual anochece, y bajamos al comedor con tan buen apetito que la comida nos sabe a poca, a pesar de ser tan detestable como el almuerzo. De nueve a diez es, digamos, la hora poética y espiritual del día; nos vamos a la plaza de Armas, y apoyados en el parapeto, miramos en lo hondo lo que los granadinos llaman «el cielo abajo», es decir, la ciudad con todos sus faroles encendidos; es muy bonito, y de veras dan ganas de ser poeta para decir algo que verdaderamente sepa a noche, del silencio y la calma que hay por toda la vega, del cielo azul profundo y sus estrellas innumerables, de la fosforescencia en que parece estar envuelta la ciudad, del olor a campo y a jardín que sube de las verdes y floridas vertientes; además, suena más que nunca el ruido del agua que corre, y algunos surtidores entre la arboleda, iluminados por la luna, las noches en que sale, o por algún farol propicio, parecen cosa de cuento de hadas, refulgen-

tes e inquietos como si tuviesen luz propia y agitación de cosa viva.

Echados de bruces sobre el parapeto pasamos sin hablar una media hora —es admirable lo bien que hemos aprendido a callar— y luego nos volvemos al hotel muy despacito y sin mirarnos ni pronunciar más palabras que las necesarias, llegados a la puerta, para darnos oficialmente las buenas noches. Ella se queda en el salón, porque siempre tiene que escribir muchas cartas —pregúntome yo si le estará contando a alguna amiga sus impresiones de «viaje sentimental»— y yo subo a esperarla en el balcón corrido. El resto de la noche...

Del resto de la noche no sé decir sino que ama-nece y que entonces, rendido, no sé si de pasarlo bien o mal, no sé si de ofender al amor o de arrepentirme de estarle ofendiendo, me duermo, y me despierto a la hora justa de serenarme a fuerza de agua fría y de bajar al comedor en busca del fementido almuerzo. Ella dice que pasa la mañana en la Alhambra; me parece imposible, pero allá ella.

XIV

Recibo una carta de mi tía Ramona: dice que está muy sola y que vuelva pronto. Dentro viene otra de Teresita. Dice Byron, que no habiendo recibido nunca palabra por carta de su mujer, guardaba casi como reliquia un cuadernito en cuya primera hoja había ella escrito «Gasto de casa», y que siendo la única muestra de su letra que le quedara tras la separación, a veces le ocurría conmoverse mirándola... Casi de la misma trascendencia son las muestras que guardo yo de la escritura de Teresita: ella suele escribir las etiquetas para los ejemplares de cristales de la colección de su marido; yo he despegado algunas, sustituyéndolas por otras escritas por mí, y las guardo con mucha más devoción que Byron; por eso he conocido la letra del sobre. La carta dice así:

«Mi querido Teófilo: Hemos llegado a Sidney, y acabamos de desembarcar. Estamos en un hotel que parece de Europa; todo es uno y lo mismo, como dices tú, y nos acordamos de España y de ti (¡Dios la ben-

diga!). Aún no tenemos impresiones; pero no hemos querido dejar de darte los buenos días. Creo que el viaje será interesante, y que la ciencia española está de enhorabuena. Que me cuidéis la casa, y los tios del mirador, y el pájaro. Suponemos que estás atareadísimo entre tus inventos y la cátedra. No vayas a trabajar demasiado y a ponerte enfermo, ahora que no estamos nosotros ahí, que Ramona, la infeliz, no está para trajines de enfermera.

»No dejes de ir de cuando en cuando por mi casa, y de hablar con mi padre de todo lo humano y lo divino, para que el pobre se distraiga un poco. Perdona la molestia de tantos encargos: ya sé yo que has de hacerlos con gusto por ser cosa nuestra (¡pícaros plurales!). Como te interesa tanto la Botánica, he pensado en hacer para ti una colección de flores de Australia; te las iré mandando poco a poco, para que las ordenes tú, porque a mí creo que se me han olvidado las clasificaciones. Diviértete mucho, y acuérdate de nosotros lo poco necesario para pasarlo bien. Que te cuides y cuides a Ramona, que no trabajes mucho, y que escribas. Ya sabes tú lo muy de veras que te queremos. — *Teresa*.

»P. S. — Dice Raimundo que en las lecciones sobre polarización de la luz te detengas bastante.»

XV

Maud se ha sorprendido harto, y hasta ha llorado un poco, al conocer mi resolución de marcharme inmediatamente. —Aún podíamos tener un buen tiempo cuatro o cinco días —me ha dicho, destrozando el castellano con emoción encantadora—. ¿Por qué marcharse así? ¿Estás enfermo? ¿Qué te dice esa carta que has recibido? —En realidad —esto me lo digo yo a mí mismo—, la carta me dice bien poco, aunque a mí me parezca un monumento— ¡cada uno se contenta con lo que puede!—; pero el caso es que en cuanto la he leído se me ha desencadenado un remordimiento agudo. ¡Ay, Teresita, mientras tú cortas flores para mi colección, yo...! ¡Imposible, imposible! Claro que a ella le trae sin cuidado que yo haga o que deje de hacer; ¡qué envidia les tengo

a los creyentes que cuando pecan están seguros de ofender a su Dios! Ella no se ofende por nada... porque le da lo mismo; pero me ofendo yo por ella, y es igual; me da rabia Maud, muchísima rabia, como si la pobre tuviese la culpa; también me da remordimiento dejarla así, ¿qué le vamos a hacer? Esta mañana, llorosa y un poquito sofocada, ¡estaba tan bonita!

¡Qué triste es el campo andaluz al anochecer; triste y bonito, como Maud llorando! Ahora que corre el tren camino de Córdoba, la velocidad me hace ver las cosas un poco turbias, como si también en el aire hubiese lágrimas; de hecho hay una bruma sobre las crestas de la Penibética, un vapor violeta levemente dorado por el sol que se hunde frente a la cordillera. Y la tierra roja, bajo el verde ceniza de los olivares... ¡Santo cielo, ahora va a emocionarme a mí el crepúsculo como a un poeta enfermo!... No; tiene razón Maud: enfermo sí lo estoy; no sé si es pena o desequilibrio nervioso; siento en derredor mío como la sensación evidente de un abrazo muy suave, pero muy apretado, y que da muchas ganas de cerrar los ojos y no volverlos a abrir nunca... y una fatiga; me parece que aún estoy pisando aquellas piedras del Albaicín que, en el suelo, todas puestas de filo, hacen dibujos lindos y destrozan los pies; además, tengo una fatiga visual que me produce extrañas alucinaciones geométricas; en cuanto cierro los ojos, veo arabescos y tracerías que se agitan desafortadamente. No me cabe duda: la mitad, por lo menos, de este desasosiego interior, se lo debo al abuso de alicatados, azulejos, leyendas, arcos festoneados, bóvedas de panal, techos estrellados y archicaladas celosías. Ahora se me ponen delante las columnas salomónicas, y de mármol negro por añadidura, del templete de la Cartuja; me producen la misma sensación insufrible que esos giratorios cañitos de cristal con que en algunos relojes muy feos se pretende imitar el chorro de una fuente. Además, tengo vértigos y un runrún especial en la cabeza, como si toda la sustancia cerebral se me hubiese trocado en un enjambre de abejas, y no encuentro palabras para decirme a mí mismo lo que estoy pensando; una diversión...

¡Ay, amor, amor mío!... «Mi querido Teófilo...» Mi querido Teófilo... parece que la estoy oyendo hablar... «Que te cuides, que no trabajes mucho...» ¡Qué entonación tienen las palabras escritas!... «He pensado en hacer para ti una colección de flores de Australia...» Y las tuyas son frescas, frescas y suaves como la piel de Maud... ¡No sé lo que me digo!... Ya se ha ocultado el sol del todo... a estas horas, con nueve de diferencia, por el camino de latitudes, ella... ni calcular me deja esta cabeza mía. Puede que Maud también esté ahora un poco triste, como el campo. Los olivares dan mucha pena; parece que para ellos no hay primavera nunca: ¡qué hojas tan duras y plateadas! He gustan las plantas de hojas muy verdes, muy jugosas... como la madreSelva que tiene Teresita en el mirador. ¡No faltaría más sino que ahora se hubiese secado la madreSelva! «Que me cuidéis los tiestos y el pájaro...» ¿Se habrá acordado de cuidar el pájaro mi tía Ramona?... Loja... ¡Qué algarabía traen esas mujeres y esos chiquillos! ¡Naranjas! ¡Roscos! ¡Agua fresca! ¡Agua fresca! Yo también quisiera ser un chiquillo y dormirme en tus brazos, alma mía; porque este abrazo que se cuaja en el aire para mí, debe de ser tuyo, ¡quiero que sea tuyo! El tren marea, pero al cabo duerme. Sí; ahora me parece el sueño más natural del mundo éste de imaginar que te tengo a mi lado... pero si te tuviera cerca, ¿me atrevería a mirarte a la cara, después de lo que he hecho? ¡Señor, Señor, qué pena tan estúpida ésta de tener tanto remordimiento por haber sido infiel a un amor a quien no le importa un comino que uno lo sea o no lo sea!... Me dan vértigos... ¡qué latido en las sienes tan desagradable!... naturalmente... fiebre... En cuanto llegue a X... me meto en la cama y no salgo en dos meses... Me he divertido con el viajecito de convalecencia.

ÍNDICE DE AUTORES DE LA COLECCIÓN AUSTRAL

De los 1246 Primeros Volúmenes

- ABENTOFAIL**,
1195-El filósofo autodidacto.
- ABOUT, Edmond**
723-El rey de las montañas.*
- ABRANTES, Duquesa de**
495-Portugal a principios del siglo XIX.
- ABREU GÓMEZ, Ermilo**
1003-Las leyendas del Popol Vuh.
- ADLER, Alfredo**
775-Conocimiento del hombre.*
- AFANASIEV, Alejandro N.**
859-Cuentos populares rusos.
- AGUIRRE, Juan Francisco**
709-Discursos históricos.*
- AIMARD, G.**
276-Los tramperos del Arkansas.*
- AKSAKOV, S. T.**
849-Recuerdos de la vida de estudiante.
- ALARCÓN, Pedro A. de**
37-El capitán Veneno.-El sombrero de tres picos.
428-El escándalo.*
473-El final de Norma.
1072-Historietas nacionales.*
- ALCALÁ GALIANO, A.**
1048-Recuerdos de un anciano.*
- ALFONSO, Enrique**
964...Y llegó la vida.*
- ALIGHIERI, Dante**
875-El convivio.*
1056-La Divina Comedia.*
- ALONSO, Dámaso**
595-Lijos de la ira.
- ALSINA FUERTES, F. y PRELAT, C. E.**
1037-El mundo de la mecánica.
- ALTAMIRANO, Ignacio M.**
108-El Zarco.
- ALTOLAGUIRRE, M.**
1219-Antología de la poesía romántica española.*
- ÁLVAREZ, G.**
1157-Mateo Alemán.
- ÁLVAREZ QUINTERO, S. y J.**
124-Puebla de las mujeres.- El genio alegre.
321-Malvaloca.- Doña Cármenes.
- ALLISON PEERS, E.**
671-El misticismo español.*
- AMADOR DE LOS RÍOS**
693-Vida del marqués de Santillana.
- ANDREIEV, Leónidas**
996-Sachka Yegulev.*
1046-Los espectros.
1159-Las tinieblas.
1226-El misterio.
- ANÓNIMO**
5-Poema del Cid.*
- 59-Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
156-Lazarillo de Tormes.
337-La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús Dagarbe.
359-Libro del esforzado caballero Don Tristán de Leonís.*
374-La historia del rey Canamor y del infante Turían, su hijo.- La destrucción de Jerusalén.
396-La vida de Estebanillo González.*
416-El conde Partinuples.- Roberto el Diabolo - Clamades y Clarmonda.
622-Cuentos populares y leyendas de Irlanda.
668-Viaje a través de los mitos irlandeses.
712-Nala y Damayanti.
892-Cuentos del Cáucaso.
1197-Poema de Fernán González.
- ANZOÁTEGUI, Ignacio B.**
1124-Antología poética.
- ARAGO, F.**
426-Grandes astrónomos anteriores a Newton.
543-Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)
556-Historia de mi juventud.
- ARCIPRESTE DE HITA**
98-Libro de buen amor.
- ARÉNE, Paul**
205-La Cabra de Oro.
- ARISTÓTELES**
239-La Política.*
296-Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.)*
318-Moral, a Nicómaco.*
399-Metáffsica.*
803-El arte poética.
- ARNICHES, C.**
1193-El santo de la Isidra.- Es mi hombre.
1223-El amigo Melquiades.- La srta. de Trevélez.
- ARNOLD, Matthew**
989-Poesía y poetas Ingleses.
- ARNOULD, Louis**
1237-Almas prisioneras.*
- ARRIETA, Rafael Alberto**
291-Antología poética.
406-Centuria porteña.
- ASSIS, MACHADO DE**
1246-Don Casmurro.*
- ASSOLLANT, Alfredo**
386-Aventuras del capitán Corcorán.*
- AUNÓS, Eduardo**
275-Estampas de ciudades.*
- AUSTEN, Jane**
823-Persuasión.*
- 1039-La abadía de Northanger.*
1066-Orgullo y prejuicio.*
- AZORIN**
36-Lecturas españolas
47-Trasuntos de España.
67-Espanoles en Paris.
153-Don Juan.
164-El paisaje de España visto por los españoles.
226-Visión de España.
248-Tomás Rueda.
261-El escritor.
380-Capricho
420-Los dos Luises.
461-Bianco en azul.
475-De Granada a Castelar.
491-Las confesiones de un pequeño filósofo.
525-Marfa Fontán.
551-Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.
568-El político.
611-Un pueblecito.
674-Rivas y Larra.
747-Con Cervantes.*
801-Una hora de España.
830-El caballero Inactual.
910-Pueblo.
951-La cabeza de Castilla.
1160-Salvadora de Olbena.
1202-España.
- BABINI, José**
847-Arquimedes.
1007-Historia sucinta de la ciencia.*
1142-Historia sucinta de la matemática.
- BAILLIE FRASER, Jaime**
1062-Viaje a Persia.
- BALMES, J.**
35-Cartas a un escéptico en materia de religión.*
71-El criterio.*
- BALZAC, H. de**
77-Los pequeños burgueses.
793-Eugenia Grandet.*
- BALLANTYNE, Roberto M.**
259-La isla de coral.
517-Los mercaderes de pieles.*
- BALLESTEROS BERETTA A.**
677-Figuras imperiales.
- BARNOUW, A. J.**
1050-Breve historia de Holanda.*
- BAROJA, Pío**
177-La leyenda de Jaun de Alzate.
206-Las inquietudes de Shanti Andía.*
230-Fantasías vascas.
256-El gran torbellino del mundo.*
288-Las veleidades de la fortuna
320-Los amores tardíos.
331-El mundo es cansa*.

- 346-Zolacafín el aventurero.
365-La casa de Aizgorri.
377-El mayorazgo de Labraz.
398-La feria de los discretos.*
445-Los últimos románticos.
471-Las tragedias grotescas.
605-El laberinto de las sirenas.*
620-Paradox, rey.*
720-Aviraneta o La vida de un conspirador.*
1100-Las noches del Buen Retiro.*
1174-Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox.*
1203-La obra de Pello Yarza.
1241-Los pilotos de altura.*
BARRIOS, Eduardo
1120-Gran señor y rajadiblos.*
BASHKIRTSEFF, María
165-Diario de mi vida.
BAUDELAIRE, C.
885-Pequeños poemas en prosa.-Crítica de arte.
BAYO, Ciro
544-Lazarillo español.*
BEAUMARCHAIS, P. A. C. de
728-El casamiento de Figaro.
BÉCQUER, Gustavo A.
3-Rimas y leyendas.
788-Desde mi celda.
BENAVENTE, Jacinto
34-Los intereses creados. Señora ama.
84-La Malquerida. - La noche del sábado.
94-Cartas de mujeres.
305-La fuerza bruta. - Lo eursi.
387-Al fin, mujer.-La honradez de la cerradura.
450-La comida de las fieras. - Al natural.
550-Rosas de otoño. - Pepa Doncel.
701-Titania.-La infanzona.
BENEYTO, Juan
971-España y el problema de Europa.*
BENOIT, PIERRE
1113-La señorita de la Ferté.*
BERCEO, Gonzalo de
344-Vida de Sancto Domingo de Silos. - Vida de Sancta Oria, virgen.
716-Milagros de Nuestra Señora.
BERDIAEFF, N.
26-El cristianismo y el problema del comunismo.
61-El cristianismo y la lucha de clases.
BERGERAC, Cyrano de
287-Viaje a la Luna. - Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol.*
BERKELEY, G.
1108-Tres diálogos entre Hilar y Filónus.
- BERLIOZ, Héctor**
992-Beethoven.
BERNARDEZ, Francisco Luis
610-Antología poética.*
BJOERNSON, Bjoernstjerne
796-Svinnave Solbakken.
BLASCO IBÁÑEZ, Vicente
341-Sangre y arena.*
351-La barraca.
361-Arroz y tartana.*
390-Cuentos valencianos.
410-Cañas y barro.*
508-Entre naranjos.*
581-La condenada.
BOECIO, Severino
394-La consoliación de la filosofía.
BORDEAUX, Henri
809-Yamié.
BOSSUET, J. B.
564-Oraciones fúnebres.*
BOSWELL, James
899-La vida del Dr. Samuel Johnson.*
BOUGAINVILLE, L. A. de
349-Viaje alrededor del mundo.*
BRET HARTE, Francisco
963-Cuentos del Oeste.*
1126-Maruja.
1156-Una noche en vagón-cama.
BREWSTER, Ralph H.
890-Las seis mil barbas de Athos.
BRONTE, Carlota
1182-Jane Eyre.*
BRUNETIÈRE, Fernando
783-El carácter esencial de la literatura francesa.
BURTON, Robert
669-Anatomía de la melancolía.
BUSCH, Francis X.
1229-Tres procesos célebres.*
BUTLER, Samuel
285-Erewhon.*
BYRON, LORD
111-El Corsario. - Lara. - El sitio de Corinto. - Mazeppa.
CABEZAS, Juan Antonio
1183-Rubén Darío.*
CADALSO, José
1078-Cartas marruecas.
CALDERÓN DE LA BARCA
39-El alcalde de Zalamea. - La vida es sueño.*
289-Casa con dos puertas maña es de guardar. - El mágico prodigioso.
384-La devoción de la cruz. - El gran teatro del mundo.
496-El mayor monstruo del mundo. - El príncipe constante.
593-No hay burlas con el amor. - El médico de su honra.*
659-A secreto agravio, secreta venganza. - La dama duende.
- CALVO SOTELO, J.**
1238-La visita que no tocó el timbre. Nuestros ángeles.
CAMBA, Julio
22-Londres.
269-La ciudad automática.
295-Aventuras de una neseta.
343-La casa de Lúculo.
654-Sobre casi todo.
687-Sobre casi nada.
714-Unaño en el otro mundo.
740-Playas, ciudades y montañas.
754-La rana viajera.
791-Alemania.*
CAMOENS, Luis de
1068-Los Lusíadas.*
CAMPOAMOR, R. de
238-Doloras - Cantares. - Los pequeños poemas.
CANCELA Arturo
423-Tres relatos porteños y Tres cuentos de la ciudad.
CANÉ, Miguel
255-Juvenilia y otras páginas argentinas.
CANILLEROS, Conda de
1168-Tres testigos de la conquista del Perú.
CANOVAS DEL CASTILLO, A.
988-La campana de Huesca.*
CAPDEVILA, Arturo
97-Córdoba del recuerdo.
222-Las invasiones inglesas.
352-Primera antología de mis versos.*
506-Tierra mía.
607-Rubén Darío.
810-El Padre Castañeda.*
905-La dulce patria.
970-El hombre de Guayaquil.
CAPUA, San Francisco de
678-Vida de Santa Catalina de Siena.*
CARLYLE, Tomás
472-Los primitivos reyes de Noruega.
906-Recuerdos.*
1009-Los héroes.*
1079-Vida de Schiller.
CARRERE, Emilio
891-Antología poética.
CASARES, Julio
469-Crítica profana.*
CASTELAR, Emilio
794-Ernesto.*
CASTELO BRANCO, Camilo
582-Amor de perdición.*
CASTIGLIONE, Baitasar
549-El cortesano.*
CASTRO, Guillén de
583-Las mocedades del Cid.*
CASTRO, Miguel de
924-Vida del soldado español Miguel de Castro.*
CASTRO, Rosalía
243-Obra poética.
CATALINA, Severo
1239-La mujer.*
CEBES
733-La tabla de Cebes.
CELA, Camilo J.

- 1141-Viaje a la Alcarria.
CERVANTES, M. de
 29-Novelas ejemplares.*
 150-Don Quijote de la Mancha.*
 567-Novelas ejemplares.*
 686-Entremeses.
 774-El cerco de Numancia.
 El gallardo español.
 1065-Los trabajos de Persiles y Sigismunda.*
- CÉSAR, Julio**
 121-Comentarios de la Guerra de las Galias.*
- CICERÓN**
 339-Los oficios.
- CIEZA DE LEÓN, P. de**
 507-La crónica del Perú.*
- CLARÍN (Leopoldo Alas)**
 444-¡Adiós, «Cordera!» y otros cuentos.
- CLERMONT, Emilio**
 816-Laura.*
- COLOMA, P. Luis**
 413-Pequeñeces.*
 421-Jeromín.*
 435-La reina mártir.*
- COLÓN, Cristóbal**
 633-Los cuatro viajes del Almirante y su Testamento.*
- CONCOLORCORVO**
 609-El lazarillo de ciegos caminantes.*
- CONDAMINE, C. María de la**
 268-Viaje a la América meridional.
- CONSTANT, Benjamín**
 938-Adolfo.
- CORNEILLE, Pedro**
 833-El Cid. - Nicomedes.
- CORTÉS, Hernán**
 547-Cartas de relación de la conquista de Méjico.*
- COSSIO, Francisco de**
 937-Aurora. - Los hombres.
- COSSIO, José María de**
 490-Los toros en la poesía.
 762-Romances de tradición oral.
 1138-Poesía española (Notas de asedio).
- COSSIO, Manuel B.**
 500-El Greco.*
- COUSIN, Victor**
 696-Necesidad de la filosofía.
- CROCE, B.**
 41-Breviario de estética.
- CROWTHER, J. G.**
 497-Humphrey Davy.-Michael Faraday (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).
 509-J. Prescott Joule, W. Thomson J. Clerk Maxwell (hombres de ciencia británicos del siglo XIX).*
- 518-T. Alva Edison. J. Henry (hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX).
 540-Benjamin Franklin, J. Willard Gibbs (hombres de ciencia norteamericanos).*
- CRUZ, Sor Juana Inés de la**
 12-Obras escogidas.
- CUEVA, Juan de la**
 895-El Infamador. - Los siete infantes de Lara.
- CUI, César**
 758-La música en Rusia.
- CURIE, Eva**
 451-La vida heroica de María Curie.*
- CHAMISSO, Albert de**
 852-El hombre que vendió su sombra.
- CHATEAUBRIAND, F.**
 50-Atala. - René. - El último Abencerraje.
- CHEJOV, Antón P.**
 245-El jardín de los cerezos
 279-La cerilla sueca.
 348-Historia de mi vida.
 418-Historia de una aragulla.
 753-Los campesinos.
 838-La señora del perro.
 923-La sala número seis.
- CHERBULIEZ, Victor**
 1042-El conde Kostia.*
- CHESTERTON, Gilbert K.**
 20-Santo Tomás de Aquino.
 125-La Esfera y la Cruz.*
 170-Las paradojas de Mr. Pond.
 523-Charlas.*
 535-El hombre que fue Jueves.*
 546-Ortodoxia.*
 580-El candor del padre Brown.*
 598-Pequeña historia de Inglaterra.*
 625-Alarmas y digresiones.
 637-Enormes minucias.*
- CHMELEV, Iván**
 95-El camarero.
- CHOCANO, José Santos**
 751-Antología poética.*
- DANA, R. E.**
 429-Dos años al ple del mástil.
- DARÍO, Rubén**
 19-Azul.
 118-Cantos de vida y esperanza.
 282-Poema del otoño.
 404-Prosas profanas.
 516-El canto errante
 860-Poemas en prosa.
 871-Canto a la Argentina. - Canto épico a las glorias de Chile.
 880-Cuentos.
 1119-Los raros.*
- DAUDET, Alfonso**
 738-Cartas desde mi molino.
 755-Tartarín de Tarascón.
 972-Recuerdos de un hombre de letras.
- D'AUREVILLY, J. Barbey**
 968-El caballero Des Touches.
- DAVALOS, Juan Carlos**
 617-Cuentos y relatos del Norte argentino.
- DELEDDA, Grazia**
 571-Cósima
- DELFINO, Augusto Mario**
 463-Fin de siglo.
- DELGADO, José María**
 563-Juan María.*
- DEMAISON, André**
 262-El libro de los animales llamados salvajes.
- DESCARTES**
 6-Discurso del método.
- DÍAZ CARABATE, Antonio**
 711-Historia de una taberna*
- DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy**
 519-La Argentina.*
- DÍAZ-PLAJA, Guillermo**
 297-Hacia un concepto de la literatura española.
 1147-Introducción al estudio del romanticismo español.*
 1221-Federico García Lorca.*
- DICKENS, C.**
 13-El grillo del hogar.
 658-El reloj del señor Humphrey.
 717-Cuentos de Navidad.*
 772-Cuentos de Boz.
- DICKSON, C.**
 757-Murió como una dama.*
- DIDEROT**
 1112-Vida de Séneca.*
- DIEGO, Gerardo**
 219-Primera antología de sus versos.
- DINIZ, Julio**
 732-La mayorazguita de los cañaverales.*
- DONOSO, Armando**
 376-Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos).
- DONOSO CORTÉS, Juan**
 864-Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.*
- D'ORS, Eugenio**
 465-El valle de Josafat.
- DOSTOYEVSKI, F.**
 167-Stepántchikovo.
 267-El jugador.
 322-Noches blancas - El diario de Raskólnikov.
 1059-El ladrón honrado.
 1093-Nietotchka Nezvanova.
- DROZ, Gustavo**
 979-Tristezas y sonrisas.
- DUHAMEL, Georges**
 928-Confesión de medianoche.
- DUMAS, Alejandro**
 882-Tres maestros (Miguel Angel, Ticiano, Rafael).
- DUNCAN, David**
 887-La hora en la sombra
- EÇA DE QUEIROZ, J. M.**
 209-La ilustre casa de Ramires.*
 524-La ciudad y las sierras.*
 799-La correspondencia de Fadrigue Mendes.*
- ECHACUÉ, Juan Pablo**
 453-Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos.
 1005-La tierra del nombre.

ECKERMANN

973-Conversiones con Goethe.

EHINGER, H.

1092-Clásicos de la música.*

EICHENDORFF, José de

926-Episodios de una vida tunante.

ELIOT, George

949-Silas Marner.*

ELVAS, FIDALGO DE

1099-Expedición de Hernando de Soto a Florida.

EMERSON, R. W.

1032-Ensayos escogidos.

EPICTETO

733-Enquiridión o máximas.

ERASMO Desiderio

682-Coloquios.*

1179-Elogio de la locura.

ERCILLA, Alonso de

722-La Araucana.

ERCKMANN-CHATRIAN

586-Cuentos de orillas del Rhin

912-Historia de un recluta de 1813.

945-Waterloo.*

ESPIÑA, A.

174-Luis Candelas, el bandido de Madrid.

290-Ganivet.

ESPIÑA, Concha

1131-La niña de Luzmela.

1158-La rosa de los vientos.*

1196-Altar mayor.*

1230-La esfinge maragata.*

ESPINOSA, Aurelio M.

585-Cuentos populares de España.*

ESPINOSA, Aurelio M. (h.)

645-Cuentos populares de Castilla.

ESPRONCEDA, José de

917-Poesías líricas.-El estudiante de Salamanca.

ESQUILO

224-La Orestíada.-Prometeo encadenado.

ESTÉBANEZ CALDERÓN, S.

188-Escenas andaluzas.

EURÍPIDES

432-Alceste. - Las Bacantes. - El ciclope.

623-Electra. - Ifigenia en Táuride.-Las Troyanas.

653-Drestes. - Medea. - Andrómaca.

EYZAGUIRRE, Jaime

641-Ventura de Pedro de Valdivia.

FALLA, Manuel de

950-Escritos sobre música y músicos.

FARMER, L y HEXTER, G. J.

1137-¿Cuál es su alergia?

FAULKNER, W.

493-Santuario.*

FERNÁN CABALLERO

56-La familia de Alvareda.

364-La Gaviota.*

FERNÁNDEZ de

AVELLANEDA, Alonso

603-El Quijote.*

FERNÁNDEZ DE VELASCO Y PIMENTEL, B.

662-Deleite de la discreción. - Fácil escuela de la agudeza.

FERNÁNDEZ-FLÓREZ, W.

145-Las gafas del diablo.

225-La novela número 13.*

263-Las siete columnas.

284-El secreto de Barba Azul.*

325-El hombre que compró un automóvil.

FERNÁNDEZ MORENO B.

204-Antología 1915-1947.*

FIGUEIREDO, Fidinno de

692-La lucha por la expresión.

741-Bajo las cenizas del tedio.

850-★ Historia literaria de Portugal. (Era medieval: De los orígenes a 1502.)

861-★★ Historia literaria de Portugal (Era clásica: 1502-1825).*

878-★★★ Historia liter. de Portugal. (Era romántica: 1825-Actualidad.)

FLORO, Lucio Anneo

1115-Gestas romanas.

FORNER, Juan Pablo

1122-Exequias de la lengua castellana.

FÓSOLO, Hugo

898-Últimas cartas de Jacobo Ortíz.

FOUILLE, Alfredo

846-Aristóteles y su polémica contra Platón.

FOURNIER D'ALBE E. E.

663-Efestos. Quo vadimus Hermes

FRANKLIN, B.

171-El libro del hombre de bien.

FRAY MOCHO

1103-Tierra de matreros.

FROMNTIN, Eugenio

1234-Domingo.*

FÜLÖP-MILLER, René

548-Tres episodios de una vida.

840-Teresa de Ávila, la Santa del éxtasis.

930-Francisco, el santo del amor.

1041-¡Canta, muchacha, canta!

GABRIEL Y GALÁN, J. M.

808-Castellanas. - Nuevas castellanas. - Extremeñas.

GÁLVEZ, Manuel

355-El gaucho de Los Cerillos.

433-El mal metafísico.*

1010-Tiempo de odio y angustia.*

1064-Han tocado a degüello (1840-1842).*

1144-Bajo la garra anglo-francesa.*

1205-Y así cayó don Juan Manuel... (1850-1852)*

GALLEGOS, Rómulo

168-Doña Bárbara.*

192-Cantactlaro.*

213-Canaima.*

244-Reinaldo Solar.*

307-Pobre negro.*

338-La trepadora.*

425-Sobre la misma tierra.*

851-La rebelión.

902-Cuentos venezolanos.

1101-El forastero.*

GANIVET, A.

126-Cartas finlandesas. - Hombres del Norte.

139-Idearium español. - El porvenir de España.

GARCÍA DE LA HUERTA, V.

684-Raquel. - Agamenón vengado.

GARCÍA GÓMEZ, E.

162-Poemas arábigoandaluces.

513-Cinco poetas musulmanes.*

1220-Silla del moro y nuevas escenas andaluzas.

GARCÍA ICAZBALCETA, J.

1106-Fray Juan de Zumárraga.*

GARCÍA MERCADAL, J.

1180-Estudiantes, sopistas y pícaros.*

GARCÍA Y BELLIDO, A.

515-España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strabón.*

744-La España del siglo I de nuestra era.*

GARIN, Nicolás

708-La primavera de la vida.

719-Los colegiales.

749-Los estudiantes.

883-Los ingenieros.*

GASKELL, Isabel C.

935-Mi prima Fíls.

1053-María Barton.*

1086-Cranford.*

GELIO, Aulo

1128-Noches áticas (Selec.)

GÉRARD, Julio

367-El matador de leones.

GIBBON, Edward

915-Autobiografía.

GIL, Martín

447-Una novena en la sierra.

GOBINEAU, Conde de

893-La danzarina de Shammakha.

1036-El Renacimiento.*

GOETHE, J. W.

60-Las afinidades electivas.*

449-Las cuitas de Werther.

608-Fausto.

752-Egmont.

1023-Hermann y Dorotea.

1038-Memorias de mi niñez.*

1055-Memorias de la Universidad.*

1076-Memorias del joven escritor.*

- 1096-Campaña de Francia y Cerco de Maguncia. *
- GOGOL, N. V.**
173-Tarás Bulba. - Nochebuena.
746-Cuentos ucranios.
907-El retrato.
- GOLDONI, Carlos**
1025-La pscadara.
- GOLDSMITH, Oliverio**
869-El vicario de Wakefield. *
- GOMES DE BRITO, B.**
825-Historia trágico-marítima. *
- GÓMEZ DE AVELLANEDA, G.**
498-Antología (poesías y cartas amorosas).
- GÓMEZ DE LA SERNA, R.**
14-La mujer de ámbar.
143-Greguerías 1940-52.
308-Los muertos, las muertas.
427-Don Ramón M. del Valle-Inclán. *
- 920-Goya. *
- 1... - Guevedo. *
- 1212-Lope viviente
- GOMPERTZ, Maurice**
529-La panera de Egipto.
- GONCOURT, Edmundo de**
873-Los hermanos Zémgano. *
- GONCOURT, E. y J. de**
853-Renata Mauperin. *
- 916-Germinia Lacerteux. *
- GÓNGORA, L. de**
75-Antología.
- GONZÁLEZ DE CLAVIJO, R.**
1104-Relación de la embajada de Enrique III al Gran Tamorlán. *
- GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pedro**
689-El concilio de Trento.
- GONZÁLEZ MARTINEZ, E.**
333-Antología poética.
- GONZÁLEZ OBREGÓN, L.**
494-México viejo y anecdótico.
- GOSS, Madeleine**
587-Sinfonía inconclusa. *
- GOSS, M y HAVEN, R.**
670-Brahms. *
- GOSSÉ, Philip**
795-Los corsarios berberiscos. - Los piratas del Norte.
814-Los piratas del Oeste. - Los piratas de Oriente. *
- GRACIÁN, Baltasar**
49-El héroe. - El discreto.
258-Agudeza y arte de ingenio. *
- 400-El crítico. *
- GRANADA, Fray Luis de**
642-Introducción del símbolo de la fe. *
- 1139-Vida del venerable maestro Juan de Ávila.
- GUÉRARD, Albert**
1040-Breve historia de Francia. *
- GUERRA JUNQUEIRO, A.**
1213-Los simples.
- GUEVARA, Antonio de**
242-Epístolas familiares.
759-Menosprecio de corte y alabanza de aldea.
- GUICCIARDINI, Francesco**
786-De la vida política y civil.
- GUINNARD, A.**
191-Tres años de esclavitud entre los patagones.
- GUNTHER, John**
1030-Muerte, no te enorgullezcas. *
- HARDY, T.**
25-La bien amada.
- HAWTHORNE, Nathaniel**
819-Cuentos de la Nueva Holanda.
1082-La letra roja. *
- HEARN, Lofcadio**
217-Kwaidan.
1029-El romance de la Vía Láctea.
- HEBBEL, C. F.**
569-Los Nibelungos.
- HEBREO, León**
704-Diálogos de amor. *
- HEGEL, G. F.**
594-De lo bello y sus formas. *
- 726-Sistema de las artes.
773-Poética. *
- HEINE, E.**
184-Noches florentinas.
952-Cuadros de viaje. *
- HENNINGSEN, C. F.**
730-Zumalacárregui. *
- HERCZEG, F.**
66-La familia Gyurkovics. *
- HERNÁNDEZ, J.**
8-Martín Fierro.
- HERNÁNDEZ, Miguel**
908-El rayo que no cesa.
- HESSE, Hermann**
925-Geirtrudis.
1151-A una hora de medianoche.
- HESSEN, J.**
107-Teoría del conocimiento.
- HEYSE, Paul**
982-El camino de la felicidad.
- HOFFMANN, E. T.**
863-Cuentos. *
- HOMERO**
1004-Oisea. *
- 1207-La Ilíada. *
- HORACIO**
643-Odas.
- HOWIE, Edith**
1164-El regreso de Nola.
- HUARTE, Juan**
599-Examen de Ingenios. *
- HUDSON, G. E.**
182-El ombú y otros cuentos rioplatenses.
- HUGO, Víctor**
619-Hernani. - El rey se divierte.
652-Literatura y filosofía.
673-Cromwell. *
- HUMBOLDT, Guillermo de**
- 1012-Cuatro ensayos sobre España y América. *
- HURET, Jules**
1075-La Argentina.
- IDARBOUROU, Juana de**
265-Poemas.
- IBSEN, H.**
193-Casa de muñecas. - Juan Gabriel Borkman.
- ICAZA, Carmen de**
1233-Yo, la reina. *
- INSÓA, A.**
82-Un corazón burlado.
316-El negro que tenía el alma blanca. *
- 328-La sombra de Peter Wald. *
- IRIBARREN, Manuel**
1027-El príncipe de Viana. *
- IRVING, Washington**
186-Cuentos de la Alhambra.
476-La vida de Mahoma. *
- 765-Cuentos del antiguo Nueva York.
- ISAACS, Jorge**
913-Marfa. *
- ISÓCRATES**
412-Discursos histórico-políticos.
- JACOT, Luis**
1167-El Universo y la Tierra.
1189-Materia y vida. *
- 1216-El mundo del pensamiento.
- JAMESON, Egon**
93-De la nada a milonarios.
- JAMMES, Francis**
9-Rosario al Sol.
894-Los Robinsones vascos.
- JANINA, Condesa Olga**
(«Robert Franz»)
782-Los recuerdos de una cosaca.
- JENOFONTE**
79-La expedición de los diez mil (Anábasis).
- JIJENA SÁNCHEZ, L. R. de**
1114-Poesía popular y tradicional americana. *
- JOKAI, Mauricio**
919-La rosa amarilla.
- JOLY, Henry**
812-Obras clásicas de la filosofía. *
- JONES, T. W.**
663-Hermes.
- JUAN MANUEL El infante D.**
676-El Conde Lucanor
- JUNCO, A.**
159-Sangre de Hispania.
- KANT, Emanuel**
612-Lo bello y lo sublime. - La paz perpetua.
648-Fundamentación de la metafísica de las costumbres.
- KARR, Alfonso**
942-La Penélope normanda.
- KELLER, Gottfried**
383-Los tres honrados pelneros.
- KEYSERLING, Conde de**
92-La vida íntima.

- KIERKEGAARD, Sören**
158-El concepto de la angustia.
1132-Diario de un seductor.
- KINGSTON, W. H. G.**
375-A lo largo del Amazonas.*
474-Salvado del mar.*
- KIPLING, Rudyard**
821-Capitanes valientes.*
- KIRKPATRICK, F. A.**
130-Los conquistadores españoles.*
- KITCHEN, Fred**
831-A la par de nuestro hermano el buey.*
- KLEIST, Heinrich Von**
865-Michael Kohlhaas.
- KOESSLER, BERTHA**
1208-Cuentan los araucanos...
- KOROLENKO, V.**
1133-El día del juicio.
- KOTZEBUE, Augusto de**
572-De Berlín a París en 1804.*
- KSCHEMISVARA**
215-La ira de Caúsica.
- LABIN, Eduardo**
575-La liberación de la energía atómica.
- LAERCIO, Diógenes**
879-Vidas de los filósofos más ilustres.
936-Vidas de los filósofos más ilustres.
978-Vidas de los filósofos más ilustres.
- LA FAYETTE, Madame de**
976-La Princesa de Clèves.
- LAIN ENTRALGO, Pedro**
784-La generación del noventa y ocho.*
911-Dos biólogos. C. Bernard y Ramón y Cajal.
1077-Méndez Pelayo.*
- LAMARTINE, Alfonso de**
858-Graziella.
922-Rafael.
983-Jacelyn.*
1073-Las confidencias.*
- LAMB, Carlos**
675-Cuentos basados en el teatro de Shakespeare.*
- LAPLACE, P. S.**
688-Breve historia de la astronomía.
- LARBAUD, Valéry**
40-Fermina Márquez.
- LA ROCHEFOUCAULD, F. de**
929-Memorias.*
- LARRA, Mariano José de**
306-Artefactos de costumbres.
- LARRETA, Enrique**
74-La gloria de don Ramiro.*
85-«Zogobix».
247-Santa María del Buen Aire. - Tiempos iluminados.
382-La calle de la vida y de la muerte.
411-Tenía que suceder... Las dos fundaciones de Buenos Aires.
- 438-El linera. - Pasión de Roma.
510-La que buscaba Don Juan. - Artemis.
560-Jerónimo y su almohada. - Notas diversas.
700-La naranja.
921-Orillas del Ebro.*
1210-Tres films.
- LATORRE, Mariano**
680-Chile, país de rincones.*
- LATTIMORE, Owen y Eleanor**
994-Breve historia de China.*
- LEÓN, Fray Luis de**
51-La perfecta casada.
522-De los nombres de Cristo.*
- LEÓN, Ricardo**
370-Jauja.
391-Desperta ferrol
481-Casta de hidalgos.*
521-El amor de los amores.*
561-Las siete vidas de Tomás Portolés.
590-El hombre nuevo.*
- LEOPARDI, G.**
81-Diálogos.
- LERMONTOF, M. I.**
148-Un héroe de nuestro tiempo.
- LEROUX, Gastón**
293-La esposa del Sol.*
378-La muñeca sangrienta.
392-La máquina de asesinar.
- LEUMANN, C. A.**
72-La vida victoriosa.
- LEVENE, Ricardo**
303-La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad.*
702-Historia de las ideas sociales argentinas.*
1060-Las Indias no eran colonias.
- LEVILLIER, R.**
91-Estampas virreinales americanas.
419-Nuevas estampas virreinales: Amor con dolor se paga.
- LEVI-PROVENÇAL, É.**
1161-La civilización árabe en España.
- LI HSING-TAO**
215-El círculo de tiza.
- LINKLATER, Eric**
631-María Estuardo.
- LISZT, Franz**
576-Chopin.
763-Correspondencia.
- LOEBEL, Josef**
997-Salvadores de vidas.
- LONDON, Jack**
766-Colmillo blanco.*
- LOPE DE RUEDA**
479-Eufemia. - Armelina. - El deleitoso.
- LOPE DE VEGA, F.**
43-Peribáñez y el Comendador de Ocaña. - La Estrella de Sevilla.*
- 274-Poesías líricas.
294-El mejor alcalde, el rey. - Fuente Ovejuna.
354-El perro del hortelano. - El arenal de Sevilla.
422-La Dorotea.*
574-La dama boba. - La niña de plata.*
638-El amor enamorado. - El caballero de Olmedo.
842-Arte nuevo de hacer comedias. - La discreta enamorada.
1225-Los melindres de Belisa. - El villano en su rincón.*
- LÓPEZ IBOR, Juan J.**
1034-La agonía del psicoanálisis.
- LO TA KANG**
787-Antología de cuentistas chinos.
- LOTI, Pierre**
1198-Ramuncho.*
- LOWES DICKINSON, G.**
685-Un «banquete» moderno.
- LOZANO, C.**
1228-Historias y leyendas.
- LUCIANO**
1175-Diálogos de los dioses. - Diálogos de los muertos.
- LUGONES, Leopoldo**
200-Antología poética.*
232-Romancero.
- LUIS XIV**
705-Memorias sobre el arte de gobernar.
- LULIO, Raimundo**
889-Libro del Orden de Caballería. - Principes y lugares.
- LUMMIS, C. F.**
514-Los exploradores españoles del siglo XVI.*
- LYTTON, B.**
136-Los últimos días de Pompeya.*
- MA CE HWANG**
805-Cuentos chinos de tradición antigua.
1214-Cuentos humorísticos orientales.
- MACDONALD, P. y BOYD CORRELL, A.**
1057-La rueta oscura.*
- MACHADO, Antonio**
149-Poesías completas.*
- MACHADO, Manuel**
131-Antología.
- MACHADO, M. y A.**
260-La duquesa de Benaméjil. - La prima Fernanda. - Juan de Mariana.*
706-Las Adelfas. - El hombre que murió en la guerra.
1011-La Lola se va a los puertos. - Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel.*
- MACHADO Y ÁLVAREZ, A.**
745-Cantes flamencos.

- MAETERLINCK, Mauricio**
385-La vida de los termes.
557-La vida de las hormigas.
606-La vida de las abejas. *
- MAEZTU, María de**
330-Antología-Siglo XX. -
Prosistas españoles. *
- MAEZTU, Ramiro de**
31-Don Quijote, D. Juan
y La Celestina.
777-España y Europa.
- MAGDALENO, Mauricio**
844-La tierra grande. *
931-El resplandor. *
- MAISTRE, Javier de**
962-Viaje alrededor de mi
cuarto.
- MAISTRE, José de**
345-Las veladas de San
Petersburgo. *
- MALLEA, Eduardo**
102-Historia de una pasión
argentina.
202-Cuentos para una In-
glesa desesperada.
402-Rodeada está de sueño,
502-Todo verdor perecerá,
602-El retorno.
- MANACORDA, Telmo**
613-Fructuoso Rivera.
- MANRIQUE, Gómez**
665-Regimiento de prínci-
pes y otras obras.
- MANRIQUE, Jorge**
135-Obra completa.
- MANSILLA, Lucio V.**
113-Una excursión a los
indios ranqueles. *
- MANTOVANI, Juan**
967-Adolescencia. Forma-
ción y cultura.
- MANZONI, Alejandro**
943-El conde de Carna-
nola.
- MARACH, Jorge**
252-Martí, el apóstol. *
- MAQUIAVELLO**
69-El Príncipe (comenta-
do por Napoleón Bon-
aparte).
- MARAGALL, Juan**
998-Elogios.
- MARAÑÓN, G.**
62-El Conde-Duque de Oli-
vares. *
129-Don Juan.
140-Tiempo viejo y tiempo
nuevo.
185-Vida e historia.
196-Ensayo biológico sobre
Enrique IV de Castilla
y su tiempo.
360-El «Empeinado» visto
por un inglés.
408-Amiel. *
600-Ensayos liberales.
661-Vocación y ética
710-Españoles fuera de Es-
paña.
1111-Raíz y decoro de Es-
paña.
1201-La medicina y nuestro
tiempo.
- MARCO AURELIO**
756-Soliloquios o Reflexio-
nes morales. *
- MARCOY, Paul**
163-Viaje por los valles de
la quina. *
- MARCU, Valeriu**
530-Maquiavelo. *
- MARECHAL, Leopoldo**
941-Antología poética.
- MARIAS, Julián**
804-La filosofía española
actual.
991-Miguel de Unamuno. *
1071-El tema del hombre. *
1206-Aquí y ahora.
- MARICHALAR, A.**
78-Riesgo y ventura del
Duque de Osuna.
- MARIN, Juan**
1090-Lao Tszé o El univer-
sismo mágico.
1165-Confucio o El huma-
nismo didactizante.
1188-Buda o La negación
del mundo. *
- MARMIER, Javier**
592-A través de los tró-
picos. *
- MÁRMOL, José**
1018-Amalia. *
- MARQUINA, Eduardo**
1140-En Flandes se ha pue-
sto el sol. - Las hijas
del Cid. *
- MARTÍ, José**
1163-Páginas escogidas. *
- MARTINEZ SIERRA, G.**
1190-Canción de cuna.
1231-Tú eres la paz. *
1245-El amor catadrático.
- MARRYAT, Federico**
956-Los cautivos del bos-
que. *
- MASSINGHAM, H. J.**
529-La Edad de Oro.
- MAURA, Antonio**
231-Discursos conmemora-
tivos.
- MAURA GAMAZO, Gabriel**
240-Rincones de la historia.
- MAUROIS, André**
2-Disraeli. *
660-Lord Byron. *
731-Turguenev.
750-Diario. (Estados Uni-
dos, 1946.)
1021-Cinco rostros del amor.
1204-Siempre ocurre lo in-
esperado.
- MAYORAL, Francisco**
897-Historia del sargento
Mayoral.
- MEDRANO, Samuel W.**
960-El Libertador José de
San Martín. *
- MELVILLE, Hermon**
953-Taipei. *
- MÉNDEZ PEREIRA, O.**
166-Núñez de Balboa.
- MENÉNDEZ PELAYO, M.**
251-Don Isidoro, Cervantes
y otros estudios.
350-Poetas de la Corte de
Don Juan II. *
- 597-El abate Marchena.
691-La Celestina. *
715-Historia de la poesía
argentina.
820-Las cien mejores poe-
sías líricas de la len-
gua castellana. *
- MENÉNDEZ PIDAL, R.**
28-Estudios literarios *
55-Los romances de Amé-
rica y otros estudios.
100-Flor nueva de roman-
ces viejos. *
110-Antología de prosistas
españoles. *
120-De Cervantes y Lope
de Vega.
172-Idea imperial de Car-
los V.
190-Poesía árabe y poesía
europea.
250-El idioma español en
sus primeros tiempos.
280-La lengua de Cristó-
bal Colón.
300-Poesía juglaresca y ju-
glares. *
501-Castilla, la tradición,
el idioma. *
800-Tres poetas primitivos.
1000-El Cid Campeador. *
1051-De primitiva lírica es-
pañola y antigua épica.
1110-Miscelánea histórica-
literaria.
- MERA, Juan León**
1035-Cumandá. *
- MEREJKOVSKY, D.**
30-Vida de Napoleón. *
737-El misterio de Alejan-
dro I. *
764-El fin de Alejandro I. *
884-Compañeros eternos. *
- MERIMEE, Próspero**
152-Mateo Falcone.
986-La Venus de Ille.
1063-Crónica del reinado
de Carlos IX. *
1143-Carmen. - Doble error.
- MESA, E. de**
223-Poesías completas.
- MOMANOS, R. de**
283-Escenas matritenses.
- MEUMANN, E.**
578-Introducción a la es-
tética actual.
778-Sistema de estética.
- MIELI, Aldo**
431-Lavoisier y la forma-
ción de la teoría quí-
mica moderna.
485-Volta y el desarrollo
de la electricidad.
1017-Breve historia de la
biología.
- MILTON, John**
1013-El paraíso perdido. *
- MILL, Stuart**
83-Autobiografía.
- MILLAU, Francisco**
707-Descripción de la pr-
vincia del Río de la
Plata (1772).
- MIQUELARENA Jacinto**
854-Don Adolfo, el liber-
tario.

- MIRLAS, LEÓN**
1227-Helen Keller. (Historia de una voluntad).
- MIRÓ GABRIEL**
1102-Glosas de Sigüenza.
- MISTRAL, Federico**
806-Mireya.
- MISTRAL, Gabriela**
503-Ternura.
1002-Desolación. *
- MOLIÈRE**
106-El ricachón en la corte. - El enfermo de aprensión.
948-Tartufo. - Don Juan.
- MOLINA, Tirso de**
73-El vergonzoso en Palacio. - El Burlador de Sevilla. *
- 369-La prudencia en la mujer. - El condenado por desconfiado.
442-La gallega Mari-Hernández. - La firmeza en la hermosura.
- MONCADA, Francisco de**
405-Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos.
- MONTAIGNE, Miguel de**
903-Ensayos escogidos.
- MONTERDE, Francisco**
870-Moctezuma II.
- MONTESQUIEU, Barón de**
273-Grandeza y decadencia de los romanos.
862-Ensayo sobre el gusto.
- MOORE, Tomás**
1015-El epígrafe.
- MORAND, Paul**
16-Nueva York.
- MORATIN, L. Fernández de**
335-La comedia nueva - El sí de las niñas.
- MORETO, Agustín**
119-El lindo don Diego. - No puede ser el guardar una mujer.
- MUÑOZ, Rafael F.**
178-Se llevaron el cañón para Bachimba.
896-¡Vámonos con Pancho Villa!
- MURRAY, Gilbert**
1185-Esquilo. *
- MUSSET, Alfredo de**
492-Cuentos.
- NAPOLEÓN III**
798-Ideas napoleónicas.
- NAVARRO Y LEDESMA, F.**
401-El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. *
- NERUDA, Jan**
397-Cuentos de la Malá Strana.
- NERVAL, Gerardo de**
927-Silvia. - La mano encantada. - Noches de Octubre.
- NERVO, Amado**
32-La amada inmóvil.
175-Plenitud.
211-Serenidad.
311-Elevación.
- 373-Poemas.
434-El arquero divino.
458-Perlas negras. - Místicas.
- NEWTON, Isaac**
334-Selección.
- NIETZSCHE, Federico**
356-El origen de la tragedia.
- NODIER, Carlos**
933-Recuerdos de juventud.
- NOVALIS**
1008-Enrique de Ofterdingen.
- NOVÁS CALVO, L.**
194-El Negrero.
573-Cayo Canas.
- NOVO, Salvador**
797-Nueva grandeza mexicana.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvor**
304-Naufragios y Comentarios. *
- OBLIGADO, Carlos**
257-Los poemas de Edgar Poe.
848-Patria. - Ausencia.
- OBLIGADO, Pedro Miguel**
1176-Antología poética.
- OBLIGADO, Rafael**
197-Poesías. *
- OBREGÓN, A. de**
1194-Villon, poeta del viejo París. *
- O'HENRY**
1184-Cuentos de Nueva York.
- OPPENHEIMER y otros.**
987-Hombre y ciencia.
- ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, P.**
695-Viaje del mundo. *
- ORTEGA Y GASSET, J.**
1-La rebelión de las masas. *
11-El tema de nuestro tiempo.
45-Notas.
101-El libro de las misiones.
151-Ideas y creencias.
181-Tríptico: Mirabeau o el político. - Kant. - Goethe.
201-Mocedades.
- OSORIO LIZARAZO, J. A.**
9.7-El hombre bajo la tierra. *
- OVÍDIO, Publio**
995-Las Heroidas. *
- OLANAM, Antonio F.**
888-Poetas franciscanos de Italia en el siglo XIII.
939-Una peregrinación al país del Cid.
- PALACIO VALDÉS, A.**
76-La Hermana San Sulplicio. *
133-Marta y Marfa. *
155-Los majos de Cádiz.
189-Riverita. *
218-Maximina. *
266-La novela de un novelista. *
277-José.
298-La alegría del capitán Ribot.
- 368-La aldea perdida. *
588-Años de juventud del doctor Angélico. *
- PALMA, Ricardo**
52-Tradiciones peruanas, (1ª selec.).
132-Tradiciones peruanas, (2ª selec.).
309-Tradiciones peruanas, (3ª selec.).
- PAPP, Desiderio**
443-Más allá del Sol... (La estructura del Universo.)
980-El problema del origen de los mundos.
- PARDO BAZÁN, Condesa de**
760-La sirena negra.
1243-Insolación.
- PARRY, W. E.**
537-Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste.
- PASCAL, Blas**
96-Pensamientos.
- PELLICO, Silvio**
144-Mis prisiones.
- PEMÁN, José María**
234-Noche de levante en calma.-Julietta y Romeo.
1240-Antología de poesía lírica.
- PEPYS Samuel**
1242-Diario. *
- PEREDA, J. M. de**
58-Don Gonzalo González de la Gonzalera. *
414-Peñas arriba. *
436-Sotileza. *
454-El sabor de la tierra. *
487-De tal palo, tal astilla. *
528-Pedro Sánchez. *
558-El buey suelto... *
- PEREYRA, Carlos**
236-Hernán Cortés. *
- PÉREZ DE AYALA, Martín**
689-El concilio de Trento.
- PÉREZ DE AYALA, C.**
147-Las máscaras. *
183-La patena de la esposa.
198-Tigre Juan.
210-El curandero de su honra.
249-Poesías completas. *
- PÉREZ DE GUZMÁN, F.**
725-Generaciones y sucesiones.
- PÉREZ FERRERO, M.**
1135-Vida de Antonio Machado y Manuel. *
- PÉREZ GALDÓS, B.**
15-Marianela.
1001-Fortunata y Jacinta. *
1014-La fontana de oro. *
1024-Miau. *
1031-Ángel Guerra. *
1044-Lo prohibido. *
1070-Trafalgar.
1074-La corte de Carlos IV. *
1081-El 19 de Marzo y el 2 de Mayo. *
1087-Bailén. *

- 1094-Napoleón en Chamarín. *
- 1105-Zaragoza. *
- 1121-Gerona. *
- 1127-Cádiz. *
- 1134-Juan Martín el Empeinado. *
- 1150-La batalla de los Arapiles. *
- 1170-El abuelo. *
- 1191-La de Bringas. *
- 1215-El amigo Manso. *
- PÉREZ LUGÍN, Alejandro**
357-La casa de la Troya. *
- PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor**
531-Juárez, el imposable. *
- 807-Cuauhtémoc. *
- PFANDL, Ludwig**
17-Juana la Loca.
- PIGAFETTA, Antonio**
207-Primer viaje en torno del Globo.
- PLA, Cortés**
315-Galileo Galilei. *
- 533-Isaac Newton. *
- PLATÓN**
44-Diálogos. *
- 220-La República o el Estado. *
- 639-Apología de Sócrates. - Critón o El deber del ciudadano.
- PILOTINO**
985-El alma, la belleza y la contemplación.
- PLUTARCO**
228-Vidas paralelas: Alejandro-Julio César. *
- 459-Vidas paralelas: Demóstenes-Cicerón. Demetrio-Antonio. *
- 618-Vidas paralelas: Teseo - Rómulo. Licurgo-Numa. *
- 843-Vidas paralelas: Solón-Publícola. Temístocles-Camilo. *
- 868-Vidas paralelas: Pericles-Fabio Máximo. Alcibiades-Coriolano. *
- 918-Vidas paralelas: Aristides-Marco Catón. Filopemen - Tito Quincio Flaminio. *
- 946-Vidas paralelas: Pirro-Cayo Mario. Lisandro-Sila. *
- 969-Vidas paralelas: Cimon-Lúculo. Nicías-Marco Craso. *
- 993-Vidas paralelas: Sertorio-Eumenes. Foción-Catón el Menor. *
- 1019-Vidas paralelas: Agis-Cleómenes. Tiberio-Cayo Graco. *
- 1043-Vidas paralelas: Dion-Bruto. *
- 1095-Vidas paralelas: Timoleón-Paulo Emilio-Pelópidas - Marcelo. *
- 1123-Vidas paralelas: Agesilao-Pompeyo. *
- 1148-Vidas paralelas: Arto-
- jerjes - Arato. Gaiba - Otón. *
- POE, E. Allan**
735-Aventuras de Arturo Gordon Pym. *
- POINCARÉ, Henri**
379-La ciencia y la hipótesis. *
- 409-Ciencia y método. *
- 579-Últimos pensamientos. *
- 628-El valor de la ciencia. *
- POLO, Marco**
1052-Viajes. *
- PORTNER KOEHLER, R.**
734-Cadáver en el viento. *
- PRAVIEL, A.**
21-La vida trágica de la emperatriz Carlota. *
- PRÉVOST, ABATE**
89-Manon Lescaut. *
- PRÉVOST, Marcel**
761-El arte de aprender. *
- PRIETO, Jenaro**
137-El socio. *
- PUIG, Ignacio**
456-¿Qué es la física cósmica? *
- 990-La edad de la Tierra. *
- PUIGAR, Fernando del**
832-Claros varones de Castilla. *
- PUSHKIN, A. S.**
123-La hija del capitán. - La nevasca. *
- 1125-La dama de los tres naipes. *
- 1136-Dubrovsky. - La campesina señorita. *
- QUEVEDO, Francisco de**
24-Historia de la vida del Buscón. *
- 362-Antología poética. *
- 536-Los sueños. *
- 626-Política de Dios y gobierno de Cristo. *
- 957-Vida de Marco Bruto. *
- QUILES, Ismael**
467-Aristóteles. *
- 527-San Isidoro de Sevilla. *
- 874-Filosofía de la religión. *
- 1107-Sartre y su existencialismo. *
- QUINCEY, Tomás De**
1169-Confesiones de un comedor de opio inglés. *
- QUINTANA, M. J.**
388-Vida de Francisco Pizarro. *
- 826-Vida de los españoles célebres: El Cid. Guzmán el Bueno. Roger de Lauria. *
- RACINE, Juan**
839-Athalía. - Andrómaca. *
- RADA Y DELGADO, Juan de Dios de la**
281-Mujeres célebres de España y Portugal (1ª selec.). *
- 292-Mujeres célebres de España y Portugal (2ª selec.). *
- RAINIER, P. W.**
724-África del recuerdo. *
- RAMÍREZ CABAÑAS, J.**
358-Antología de cuentos mexicanos. *
- RAMÓN Y CAJAL, S.**
90-Mi infancia y juventud. *
- 187-Charlas de café. *
- 214-El mundo visto a los ochenta años. *
- 227-Los tónicos de la voluntad. *
- 241-Cuentos de vacaciones. *
- 1200-La psicología de los artistas. *
- RAMOS, Samuel**
974-Filosofía de la vida artística. *
- 1080-El perfil del hombre y la cultura en México. *
- RANDOLPH, Marion**
817-La mujer que amaba las lilas. *
- 837-El buscador de su muerte. *
- RAVAGE, M. E.**
489-Cinco hombres de Francofort. *
- REGA MOLINA, Horacio**
1186-Antología poética. *
- REID, Mayno**
317-Los tiradores de rifle. *
- REISNER, Mary**
664-La casa de telarañas. *
- RENARD, Jules**
1083-Diario. *
- RENOUVIER, Charles**
932-Descartes. *
- REY PASTOR, Julio**
301-La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América. *
- REYES, Alfonso**
901-Tertulia de Madrid. *
- 954-Cuatro Ingenios. *
- 1020-Trazos de historia literaria. *
- 1054-Medallones. *
- REYLES, Carlos**
88-El gaucho Florido. *
- 208-El embrujo de Sevilla. *
- REYNOLDS LONG, A.**
718-La sinfonía del crimen. *
- 977-Crimen en tres tiempos. *
- 1187-El manuscrito de Poe. *
- RICKERT, H.**
347-Ciencia cultural y ciencia natural. *
- RIVADENEIRA, Pedro de**
634-Vida de Ignacio de Loyola. *
- RIVAS, Duque de**
46-Romances. *
- 656-Suilevación de Nápoles capitaneada por Masaniello. *
- 1016-Don Álvaro o la fuerza del sino. *
- RODENBACH, Jorge**
829-Brujas, la muerta. *
- RODEZNO, Conde de**
841-Carlos VII, Duque de Madrid. *

- RODÓ, José Enrique**
866-Ariel.
- ROJAS, Fernando de**
195-La Celestina.
- ROJAS, Francisco de**
104-Del rey abajo, ninguno. - Entre bobos anda el juego.
- ROMANONES, Conde de**
770-Dña María Cristina de Habsburgo y Lorena.
- ROMERO, Francisco**
940-El hombre y la cultura.
- ROMERO, José Luis**
1117-De Heródoto a Pólibio.
- ROSENKRANTZ, Palle**
534-Los gentileshombres de Lindenberg.*
- ROSTAND, Edmundo**
1116-Cyrano de Bergerac.*
- ROUSSELET, Luis**
327-Viaje a la India de los Maharajahs.
- ROUSSELOT, Xavier**
965-San Alberto, Santo Tomás y San Buenaventura.
- RUIZ DE ALARCÓN, Juan**
68-La verdad sospechosa. - Los nechos privilegiados.
- RUIZ GUIRAZÚ, Enrique**
1155-La tradición de América.*
- RUSKIN, John**
958-Sésamo y lirios.
- RUSSELL, B.**
23-La conquista de la felicidad.
- RUSSELL WALLACE, A. de**
313-Viaje al archipiélago malayo.
- SAENZ HAYES, R.**
329-De la amistad en la vida y en los libros.
- SAID ARMESTO, Víctor**
562-La leyenda de «Don Juan».*
- SAINTE-PIERRE, B.**
393-Pablo y Virginia.
- SAINTE-BEUVE, C. de**
1045-Retratos contemporáneos.
1069-Voluptuosidad.*
1109-Retratos de mujeres.
- SAINZ DE ROBLES, F.**
114-El «otro» Lope de Vega.
- SALINAS, Pedro**
1154-Poemas escogidos.
- SALOMÓN**
464-El cantar de los cantares. (Versión de Fray Luis de León.)
- SALTEN, Félix**
363-Los hijos de Bambi.
371-Bambi.
395-Renni «El salvador».*
- SALUST' O, Cayo**
366-La conjuración de Catilina. - La guerra de Jugurta.
- SAMANIEGO, Félix María**
632-Fábulas.
- SAN AGUSTÍN**
559-Idiario.*
- 1199-Confesiones.*
- SÁNCHEZ-SÁEZ, Braulio**
596-Primera antología de cuentos brasileños.*
- SAND, George**
959-Juan de la Roca.*
- SANDERS, George**
657-Crimen en mis manos.*
- SAN FRANCISCO DE ASÍS**
468-Las florecillas. - El cántico del Sol.*
- SAN JUAN DE LA CRUZ**
326-Obras escogidas.
- SANTA CRUZ DE DUENAS, Melchor de**
672-Floresta española.
- SANTAMARINA, L.**
157-Osneros.
- SANTA TERESA DE JESÚS**
86-Las Moradas.
372-Su vida.*
636-Camino de perfección.
999-Libro de las fundaciones.*
- SANTILLANA, Marqués de**
552-Obras.
- SANTO TOMÁS**
310-Suma Teológica. (Sel.)
- SANTO TOMÁS MORO**
1153-Utopía.
- SARMIENTO, Domingo F.**
1058-Facundo.*
- SCOTT, Walter**
466-El pirata.*
877-El anticuario.*
1232-Diario.
- SCHIAPARELLI, Juan V.**
526-La astronomía en el Antiguo Testamento.
- SCHILLER, J. C. F.**
237-La educación estética del hombre.
- SCHLESINGER, Erna C.**
955-La zarza ardiente.*
- SCHMIDL, Ulrico**
424-Derrotero y viaje a España y las Indias.
- SÉNECA**
389-Tratados morales.
- SHAKESPEARE, W.**
27-Hamlet.
54-El rey Lear.
87-Otelo-Romeo y Julieta.
109-El mercader de Venecia. - Macbeth.
116-La tempestad. - La doma de la bravía.
127-Antonio y Cleopatra.
452-Las alegres comadres de Windsor. - La comedia de las equivocaciones.
488-Los dos hidalgos de Verona. - Sueño de una noche de San Juan.
635-A buen fin no hay mal principio. - Trabajos de amor perdidos.*
736-Coriolano.
769-El cuento de invierno.
792-Cimbelino.
828-Julio César.
872-A vuestro gusto.
- SHELLEY, Percy B.**
1224-Adonais y otros poemas breves.
- SHAW, Bernard**
615-El carro de las manzanas.
630-Héroes. - Cándida.
640-Matrimonio desigual.*
- SIRIRIAK, MAMIN**
739-Los millones.*
- SIENKIEWICZ, Enrique**
767-Narraciones.*
845-En vano.
886-Hania. - Orso. - El manantial.
- SIGUENZA Y GÓNGORA, Carlos de**
1033-Infonutios de Alonso Ramírez.
- SILÍO, César**
64-Don Alvaro de Luna.*
- SILVA, José Asunción**
827-Poesías.
- SILVA VALDES, Fernán**
538-Cuentos del Uruguay.*
- SIMMEL, Georg**
38-Cultura femenina y otros ensayos.
- SLOCUM, Joshua**
532-A bordo del «Sprays».*
- SÓFOCLES**
835-Ayante. - Electra. - Las Traquinianas.
- SOFOVICH, Luiza**
1162-Biografía de la Glorianda.
- SOLALINDE, A. G.**
154-Cien romances escogidos.
169-Antología de Alfonso X el Sabio.*
- SOLÍS, Antonio**
699-Historia de la conquista de Méjico.*
- SOPENA, Federico**
1217-Vida y obra de Franz Liszt.
- SOREL, CÉCILE**
1192-Las bellas horas de mi vida.*
- SOUBRIER, Jacques**
867-Monjes y bandidos.*
- SOUVIRÓN, José M^o**
1178-La luz no está lejos.*
- SPENGLER, O.**
721-El hombre y la técnica y Otros ensayos.
- SPINELLI, Marcos**
834-Misión sin gloria.*
- SPRANGER, Eduardo**
824-★ Cultura y educación. (Parte histórica.)
876-★★ Cultura y educación. (Parte temática.)
- STAEL, Madame de**
616-Reflexiones sobre la paz.
655-Alemania.
742-Diez años de destierro.*
- STARK, L. M.**
944-Ciencia y civilización.*
- STENDHAL**
10-Armancia.
789-Victoria Accoramboni.
815-★ Historia de la pin-

- tura en Italia, (Escuela Florentina - Renacimiento - De Giotto a Leonardo - Vida de Leonardo de Vinci.)
- 855-★ Historia de la pintura en Italia. (De la belleza ideal en la antigüedad. Del bello ideal moderno. Vida de Miguel Ángel.) *
- 909-Vida de Rossini.
- 1152-Vida de Napoleón (Fragmentos). *
- STERNE, Laurence**
332-Viaje sentimental.
- STEVENSON, R. L.**
7-La Isla del Tesoro.
342-Aventuras de David Balfour.
- 346-La flecha negra. *
- 327-Cuentos de los mares del Sur.
- 366-A través de las praderas.
- 776-El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde. - Olalla.
- 1118-El príncipe Otón. *
- 1146-El muerto vivo. *
- 1222-El tesoro de Franchard. - Las desventuras de John Nicholson.
- STOKOWSKI, Leopoldo**
591-Música para todos nosotros. *
- STONE, I. P. de**
1235-Luther Burbank el mago de las plantas.
- STORM, Theodor**
856-El lago del Immen.
- STORNI, Alfonsino**
142-Antología poética.
- STRINDBERG, A.**
161-El viaje de Pedro el Afortunado.
- SUÁREZ, Francisco**
381-Introducción a la metafísica. *
- 1209-Investigaciones metafísicas. *
- SWIFT, Jonatán**
235-Viajes de Gulliver. *
- SYLVESTER, E.**
483-Sobre la índole del hombre.
- 934-Yo, tú y el mundo.
- TÁCITO**
446-Los Anales: Augusto-Tiberio. *
- 462-Historias. *
- 1085-Los Anales: Claudio-Nerón. *
- TAINÉ, Hipólito A.**
115-★ Filosofía del arte.
448-Viaje a los Pirineos. *
- 505-★ Filosofía del arte. *
- 1177-Notas sobre París. *
- TALBOT, Hoke**
690-Al borde del abismo. *
- TAMAYO Y BAUS, Manuel**
545-La locura de amor. - Un drama nuevo. *
- TASSO, Torcuato**
744-Noches.
- TEJA ZABRE, A.**
553-Morelos. *
- TELEKI, José**
1026-La corte de Luis XV.
- TEOFRASTO**
733-Caracteres morales.
- TERENCIO, Publio**
729-La Andriana. - La suegra. - El atormentador de sí mismo.
743-Los hermanos. - El eunuco. - Formión.
- TERTULIANO, Q. S.**
768-Apología contra los gentiles.
- THACKERAY, W. M.**
542-Catalina.
1098-El viudo Lovel.
1218-Compañeras del hombre. *
- THIERRY, Agustín**
589-Relatos de los tiempos merovingios. *
- THOREAU, Henry D.**
904-Walden o Mi vida entre bosques y lagunas. *
- TICKNOR, Jorge**
1089-Diario.
- TIEGHEM, Paul Van**
1047-Compendio de historia literaria de Europa. *
- TIMONEDA, Juan**
1129-El patrañuelo.
- TOEPFFER, R.**
779-La biblioteca de mi tío.
- TOLSTOI, León**
554-Los cosacos.
586-Sebastopol.
- TORRES BODET, J.**
1236-Poesías escogidas.
- TORRES VII, XANDE, D. de**
822-Vida *
- TURGUENEFF, I.**
117-Relatos de un cazador.
134-Anuchka. - Fausto.
482-Lluvia de primavera. - Remanso de paz. *
- TWAIN, Mark**
212-Las aventuras de Tom Sawyer.
649-El hombre que corrompió a una ciudad.
679-Fragmento del diario de Adán y Diario de Eva.
698-Un reportaje sensacional.
713-Nuevos cuentos.
1049-Tom Sawyer detective. - Tom Sawyer en el extranjero.
- UNAMUNO, M. de**
4-Del sentimiento trágico de la vida. *
- 33-Vida de Don Quijote y Sancho. *
- 70-Tres novelas ejemplares y un prólogo.
99-Niebla.
112-Abel Sánchez.
122-La tía Tula.
141-Amor y pedagogía.
160-Andanzas y visiones españolas.
179-Paz en la guerra. *
- 199-El espejo de la muerte.
- 221-Por tierras de Portugal y de España.
233-Contra esto y aquello.
254-San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más.
286-Soliloquios y conversaciones.
299-Mi religión y otros ensayos breves.
312-La agonía del cristianismo.
323-Recuerdos de niñez y de mocedad.
336-De mi país.
403-En torno al catolicismo.
417-El Caballero de la Triste Figura.
440-La dignidad humana.
478-Viejos y jóvenes.
499-Aímas de jóvenes.
570-Soledad.
601-Antología poética.
647-El otro. - El hermano Juan.
703-Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana.
781-El Cristo de Velázquez.
900-Visiones y comentarios.
- UP DE GRAFF, F. W.**
146-Cazadores de cabezas del Amazonas. *
- URIBE PIEDRAHITA, César**
314-Toá.
- VALDÉS, Juan de**
216-Diálogo de la lengua.
- VALERA, Juan**
48-Juanita la Larga.
- VALLE, R. H.**
477-Imaginación de México.
- VALLE-ARIZPE, Artemio de**
53-Cuentos del México antiguo.
340-Leyendas mexicanas.
881-En México y en otros siglos.
1067-Fray Servando Teresa de Mier. *
- VALLE-INCLÁN, R. del**
105-Tirano Banderas.
271-Corte de amor.
302-Flor de santidad. - Coloquios románticos.
415-Voces de gesta. - Cuento de Abril.
430-Sonata de primavera. - Sonata de estío.
441-Sonata de otoño. - Sonata de invierno.
460-Los Cruzados de la Causa.
480-El resplandor de la higuera.
520-Gerifaltes de antaño.
555-Jardín umbrío.
621-Claves líricas.
651-Cara de Plata.
667-Amita de Nación.
681-Romance de lobos.
811-La lámpara maravillosa.

- VALLERY-RADOT, René**
470-Madame Pasteur.
- VAN DINE, S. S.**
176-La serie sangrienta
- VAPIOS**
319-Frases.
1166-Relatos diversos de cartas de jesuitas. (1634-1648).
- VASCONCELOS, J.**
802-La raza cósmica.*
961-La sonata mágica
1091-Filosofía estética
- VÁZQUEZ, Francisco**
512-Jornada de Omapua y Dorado. (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)
- VEGA, El inca Garcilaso de la**
324-Comentarios reales. (Selección.)
- VEGA, Garcilaso de la**
63-Obras.
- VEGA, Ventura de la**
484-El hombre de mundo. - La muerte de César.*
- VELA, Fernando**
484-El grano de pimienta.
- VELEZ DE GUEVARA, Luis**
975-El Diablo Cojuelo.
- VERGA, Giovanni**
1244-Los Malasangre.*
- VERLAINE, Paul**
1088-Fiestas Galantes. - Romanzas sin palabras. - Sensatez.
- VICO, Giambattista**
836-Autobiografía.
- VIGNY, Alfredo de**
278-Servidumbre y grandeza militar.
748-Linq-Mars.*
1173-Stello.*
- VILLA-URRUTIA, Marqués de**
57-Cristina de Suecia.
- VILLALÓN, Cristóbal de**
246-Viajes de Turquía.*
264-El Cróton.*
- VILLIERS DE L'ISLE-ADAM,**
833-Cuentos crueles.*
- VINCI, Leonardo de**
353-Aforismos.
650-Tratado de la pintura.*
- VIRGILIO**
203-Églogas. - Geórgicas.
1022-La Eneida.*
- VITORIA, Francisco de**
618-Relecciones sobre los Indios.
- VIVES, Juan Luis**
128-Diálogos.
138-Instrucción de la mujer cristiana.
272-Tratado del alma.*
- VOSSLER, Carlos**
270-Algunos caracteres de la cultura española.
455-Formas literarias en los pueblos románicos.
511-Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
565-Fray Luis de León.
624-Estampas del mundo románico.
644-Jean Racine.
694-La Fontaine y sus fábulas.
771-Escritores y poetas de España.
- WAGNER, Ricardo**
785-Epistolario a Matilde Wesendonk.
1145-La poesía y la música en el drama del futuro.
- WAGNER-LISZT**
763-Correspondencia.
- WAKATSUKI, Fukuyiro**
103-Tradiciones japonesas.
- WALSH, W. T.**
504-Isabel la Cruzada.*
- WALLON, H.**
539-Juana de Arco.*
- WASSILIEW, A. T.**
229-Ochraná.
- WAST, Hugo**
80-El camino de las llamas.
- WATSON WATT, R. A.**
857-A través de la casa del tiempo o El viento, la lluvia y seiscientas millas más arriba
- WECHSBERG, Joseph**
697-Buscando un pájaro azul.*
- WELLS, H. G.**
407-La lucha por la vida.*
- WHITNEY PHYLLIS, A.**
584-El rojo es para el asesinato.*
- WILDE, José Antonio**
457-Buenos Aires desde setenta años atrás.
- WILDE, Oscar**
18-El ruiseñor y la rosa.
65-El abanico de Lady Windermere - La importancia de llamarse Ernesto.
604-Una mujer sin impor-
- tancia. - Un marido ideal.*
- 629-El crítico como artista. - Ensayos.*
- 646-Balada de la cárcel de Reading. - Poemas.
- 683-El fantasma de Canterville. - El crimen de Lord Arturo Savile.
- WILSON, Mona**
790-La reina Isabel.
- WILSON, Sloan**
780-Viaje a alguna parte.*
- WISEMAN, Cardenal**
1028-Fabiola.*
- WYNDHAM LEWIS, D. B.**
42-Carlos de Europa, emperador de Occidente.*
- WYSS, Juan Rodolfo**
437-El Robinson sulzo.*
- YAREZ, Agustín**
577-Melibe, Isolda y Alda en tierras cálidas
- YEBES, Condesa de**
727-Spínola, el de las Lanzas y Otros retratos.
- ZAMORA VICENTE, Alonso**
1061-Presencia de los clásicos.
- ZORRILLA, José**
180-Don Juan Tenorio. - El puñal del odio.
439-Leyendas y tradiciones.
614-Antología de poesías líricas.*
- ZUNZUNEGUI, Juan A. de**
914-El barco de la muerte.*
981-La Úlcera.*
1084-Las novelas de la quiebra: ★ Ramón o La vida baldía.*
- 1097-Las novelas de la quiebra: ★★ Beatriz o La vida apasionada.*
- ZWEIG, Stefan**
273-Brasil.*
541-Una partida de ajedrez. - Una carta.
1006-La Viena de ayer.
1130-El arcano de la creación artística.
1149-La curación por el espíritu. Introducción. Mesmer.
1172-Nuevos momentos estelares.
1181-La curación por el espíritu: Mary Baker Eddy, S. Freud.*
1211-Jeremías.*

* Volumen extra

Facilidades de pago para la adquisición de esta colección completa, o los volúmenes que le interesen. Solicite condiciones y folletos en colores.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE LOGROÑO

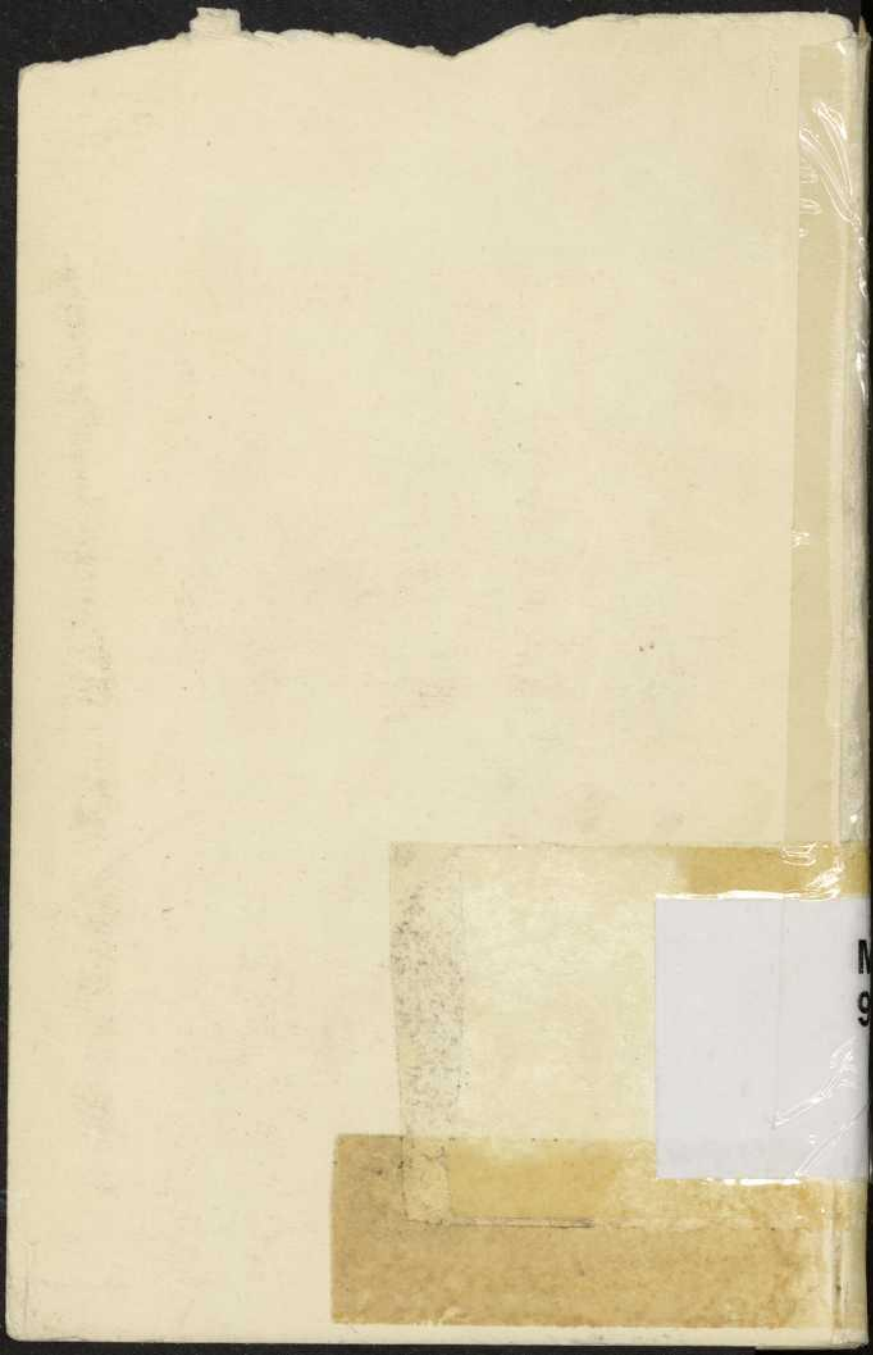
1. Solamente podrán hacer uso del servicio de préstamo a domicilio quienes estén en posesión de la Tarjeta Nacional de Lectura.

2. El préstamo a domicilio no podrá exceder de 15 días ni de una obra o dos volúmenes.

3. De la pérdida o deterioro de los libros se hará responsable al lector que se los hubiera llevado en préstamo.

4. Las obras de consulta, los libros raros o de mucho precio y otros, a juicio de la Dirección, se exceptúan del servicio de préstamo a domicilio.

5. El retraso en la devolución de los libros será sancionado —si no se realiza su correspondiente renovación— con el abono de una peseta por libro y día.



THE UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

1245

MDS
9191